

El último bosque de la Celtiberia



Óscar Dulce Recio

Lectulandia

Aliso, de origen numantino, consigue escapar del campamento romano de Ocillis, dirigiéndose a Tiermes en busca de los Docilicos, con quienes su padre hizo un pacto de hospitalidad. Poco a poco se irá integrando en el grupo, cuya misión fundamental es proteger al Rey del Bosque. Además, por sus características, es iniciado como hombre-árbol, mediador entre la divinidad y los humanos. El peligro procede de Roma, cuyo objetivo es la conquista de la Celtiberia...

Lectulandia

Óscar Dulce

El último bosque de la Celtiberia

ePub r1.0
epubdroid 05.08.15

Óscar Dulce, 2008

Diseño de cubierta: Redna G. sobre dibujo de John Howe

Editor digital: epubdroid

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres

MAPAS

DISTRIBUCIÓN DE LOS PUEBLOS PRERROMANOS



PROLOGO

Ha sido mi propósito en esta novela recrear lo que podría ser la vida cotidiana en una ciudad-estado celtíbera, más concretamente en una aldea de dicha ciudad-estado, de principios del siglo I a. de C.

El hecho de escoger tal cultura obedece a su singularidad, muy bien definida, y a su marcada diferencia en relación a la potencia dominadora: Roma. Nos encontramos con una cultura céltica cuya articulación social resulta muy difícil de asimilar por parte de la civilización romana, de ahí el prolongado enfrentamiento y la resistencia de las tribus de la meseta.

Me he centrado en un hecho histórico muy concreto recogido en las fuentes, la caída de Tiermes, acontecimiento del que se sabe muy poco.

Esta ausencia de datos, apenas se conservan algunos párrafos, puede extenderse a toda la Hispania. Muy poco se sabe de un periodo histórico que transcurre en la península entre el año 133 a. de C., año de la caída de Numancia, y el 88 a. de C., comienzo de las guerras sertorianas.

García Moreno caracteriza estos años como una época de levantamientos indígenas constantes y de un avance de la frontera metro a metro y día a día. Los historiadores antiguos, influenciados por los intereses del círculo escipiónico, presentaron la gesta numantina como el final de la resistencia de los indígenas contra Roma, final sólo prorrogado, un siglo más tarde, con las contiendas de Augusto contra cántabros y astures. Los historiadores modernos parecen haber caído en el mismo prejuicio que los antiguos: se ha presentado la caída de Numancia como el último hito de la resistencia en Hispania. Los trabajos presentados por García Moreno (*Hispani Tumultuantes*, 1987) revelan la falsedad de dichas afirmaciones. Al mismo tiempo que la romanización avanzaba con gran empuje en determinadas zonas (p. e. la Celtiberia Citerior), las escaramuzas y las incursiones de celtíberos y lusitanos eran constantes.

A la hora de relatar la caída de Tiermes, y teniendo en cuenta el enorme vacío existente en las fuentes, me he limitado a reconstruir la época, el modo de vida y los acontecimientos dentro de los parámetros proporcionados por la historia y la arqueología. De lo que se trataba era de evitar errores: elementos de la cultura material equivocados, costumbres incompatibles o acontecimientos inverosímiles.

Así, por ejemplo, no hay en las fuentes ninguna noticia de la expedición guerrera que emprenden los celtíberos de Tiermes, en la novela, por la comarca de Edeta y el Levante. Tampoco la hay de una derrota de los romanos por esas fechas y relacionada con la misma expedición. Ahora bien, historiadores como García Bellido o Martín Almagro-Gorbea han constatado la frecuencia de estas incursiones en territorio bético o levantino, como modo de vida propio de unas culturas célticas, la Lusitana y la Celtíbera, que permitían dar salida a los problemas de superpoblación y falta de

recursos, habituales en ellas. La derrota de la legión romana que se describe en la novela está en relación directa con el hecho histórico posterior de que se presentara en Tarraco todo un ejército consular, cuatro legiones, para resolver una situación insostenible de la que no se dice nada más en las fuentes.

Para fijar los parámetros histórico-culturales en los que se desenvuelve la novela me he servido de los estudios de destacados especialistas, sobre todo de García Bellido, García Moreno, Martín Almagro-Gorbea, José María Blázquez, Salinas de Frías, Alberto J. Lorrio, Burillo Mozota, Marcelo Vigil, Caro Baroja, Alvaro Capalvo, Santos Yanguas, Marco Simón y Albertos Firmat.

Pero lo que ha sido mi mayor reto es la reconstrucción del pensamiento de los celtíberos, pueblo prerromano resultante de la celticización de la meseta norte y que en el momento de la conquista romana habían asimilado elementos de la cultura íbera, aunque la lengua, la estructura social y las costumbres fueran enteramente celtas.

Aquí es donde reside la mayor dificultad, los romanos no se pararon a registrar la idiosincrasia de este pueblo, como sí lo hizo, por ejemplo, Julio Cesar con los galos. El desconocimiento al respecto es total y toda reconstrucción no pasa de ser hipotética. Por otro lado, en las novelas históricas ambientadas en esta época se tiende a presentar a los indígenas de un modo demasiado cercano al mundo romano, con unos esquemas, por ello mismo, próximos a los actuales, pecando así de etnocentrismo. Lo cierto es que nos encontramos con una civilización distinta y en muchos aspectos opuesta a la romana, con un universo simbólico, hoy perdido, que articulaba la realidad de un modo diferente a como lo hacía la cultura grecorromana.

Los celtíberos para los romanos eran bárbaros, y este término peyorativo ocultaba su incapacidad para conocer y reconocer a los pueblos que no eran el suyo. Cuando se trataba, por ejemplo, de dar cabida a la religión de los pueblos sometidos dentro del culto romano lo que se hacía era reconvertir los dioses indígenas, adaptándolos al panteón romano. Es decir, se las arreglaban para encontrar sus propios esquemas en la cultura que trataban de asimilar. Y cuando la reconversión de un dios no era posible porque aludía a nociones desconocidas, como es el caso de la divinidad celtíbera, entonces afirmaban que los celtíberos adoraban a un «dios innombrable». La alteridad siempre fue temida y rechazada.

En la reconstrucción de lo que pudo ser el pensamiento y la religión celtíbera merece destacar varios autores como Marco Simón y José María Blázquez, pero sobre todo, el exhaustivo estudio de Sopeña Genzor, *Ética y Ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*. Este estudio parte de una hipótesis de trabajo que he hecho mía a la hora de elaborar la novela: si los historiadores nos hablan de una cultura sustancialmente céltica en el caso celtíbero, será en clave celta como debemos interpretar o reconstruir su mundo simbólico a partir de los escasos datos extraídos de las fuentes, la arqueología o la iconografía.

Así, a la hora de plantearnos la división del tiempo que podrían concebir los

celtíberos, aun cuando no se dispone de ninguna información, me he basado en la que utilizaban los celtas: la partición del año en dos estaciones, la Oscura y la Luminosa, y la estructuración de la vida comunitaria en base a cuatro fiestas: Fiestas de Lug, Imbolc, Beltain y Samain.

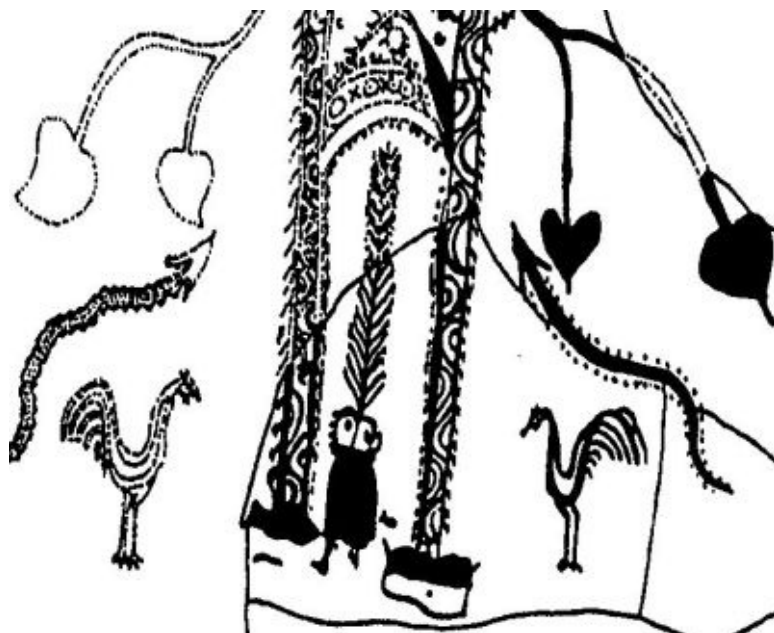
Para el conocimiento de la cultura celta me he basado en estudios de D'Arbois de Jubainville, Henri Hubert, Françoise Le Roux, Jan de Uries, Jean Markale, Mircea Eliade, Marco Simón y Sopena Genzor.

Así mismo me he inspirado en la mitología celta irlandesa: *Las invasiones de Irlanda*, *El ciclo del Ulster* y *El ciclo ossiánico* y la literatura galesa: *Los Mabinogi*; así como cuentos, leyendas y costumbres del folclore irlandés, gallego y meseteño.

La cosmovisión celta descansa sobre dos elementos fundamentales: la figura del druida como individuo vertebrador de la misma y la noción del Más Allá como espacio paralelo que dota de sacralidad a la naturaleza.

De nuevo no dicen nada las fuentes de druidas en la celtiberia, algunos historiadores dudan incluso de la existencia de una casta sacerdotal semejante a la de la Galia.

Sin embargo, una cerámica numantina muestra a una especie de sacerdote con sombrero cónico sacrificando lo que parece un gallo sobre un ara. Y en Monreal de Ariza, otra representación icónica en una cerámica muestra a un hombre de cuya cabeza brota un árbol. Esta figura está enmarcada por dos columnas que sujetan una bóveda. A los lados del conjunto aparecen sendos gallos y sendas serpientes cornudas.



La etimología del nombre «druida» apunta a la sabiduría o videncia y al árbol, de tal modo que el druida es el sabio y también el hombre-árbol. La figura del Monreal de Ariza ha sido interpretada como un druida u hombre-árbol (Marco Simón, Sopena). Yo he escogido en la novela esta última denominación, en lugar de druida,

por ceñirse más a lo poco que se conoce, que es precisamente el mencionado dibujo.

En cuanto al Más Allá, ese espacio mágico que se abre en determinados lugares, una isla, una fuente, un claro en el bosque, o al que acceden los héroes de las leyendas después de esforzadas peripecias, donde moran los dioses y los muertos, o mejor los vivos que han cruzado al Otro Lado mediante ese tránsito que es la muerte; es, tal vez, el elemento más presente no sólo en narraciones e iconografías, sino en la totalidad de la cultura y de la vida cotidiana de los celtas.

Los especialistas han insistido en la existencia de aspectos chamanísticos en el druidismo, así como también es posible encontrarlos entre los germanos y en el mundo griego (el orfismo). Desde este punto de vista el hombre-árbol sería también, como intermediario entre los dioses y los hombres, quien accedería al Otro Lado mediante el dominio de técnicas extáticas en los lugares donde el tránsito todavía es posible: en las profundidades de los bosque, las montañas sagradas, etc.

Para conocer en profundidad esa religión arcaica de origen norasiático que es el chamanismo me he basado en el exhaustivo estudio de Mircea Eliade *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*.

Una característica común de gran parte de los iniciados que terminarán siendo chamanes, tal como muestra Eliade, es la labilidad nerviosa, y en muchos casos, un claro componente epiléptico. De ahí que me planteara que el personaje principal, Aliso, padeciera epilepsia.

Ello me llevó a interesarme por esta enfermedad (*Epilepsia*, Lennart Gram), especialmente por la consideración que se le daba en la antigüedad según las distintas culturas (*Historia de la epilepsia*, García-Albea). De enorme interés ha resultado para mí el libro del psiquiatra Javier Álvarez *Éxtasis sin fe*, donde se aborda la semejanza entre los fenómenos extraordinarios que ocurren durante el proceso místico con la sintomatología psíquica que acontece durante los ataques epilépticos. Según Álvarez existiría una capacidad extática en nuestros cerebros a la que denomina «hiperia», hoy en desuso, que debió jugar un papel importante en etapas anteriores de la humanidad. La intuición artística, el placer estético o el sentimiento oceánico serían manifestaciones «modernas» de esa capacidad. El místico sería un sujeto capaz de provocarse a sí mismo, mediante técnicas precisas, una crisis epiléptica parcial que le facilitaría vivencias extraordinarias: despersonalización, distorsión del tiempo y del espacio, alucinaciones, sensación inefable, calma interior, beatitud, bienestar absoluto, etc.

Por último, he tenido también en cuenta estudios eruditos del sustrato indoeuropeo que subyace no sólo a la cultura celta, sino también a la germana, la romana, la griega y la hindú. Se trata de elementos comunes y universales de estas culturas que quedan reflejados en sus diferentes mitologías. Así, por ejemplo, nos encontramos un relato similar sobre el origen del cosmos, basado en el desmembramiento de un ser primordial, tanto en la mitología germana (*Ymir*) como en la hindú (*Purusha*). Un relato semejante es el que yo pongo en la novela en boca

de Cántaber, el hombre-árbol, cuando le explica a Aliso el origen del mundo y la función de los hombres-árbol.

Dumézil es quien más ha investigado este sustrato común indoeuropeo en las diferentes mitologías. Destaca la división trifuncional que hace de las divinidades en correspondencia con la estructura tripartita de la sociedad, la cuál, de nuevo, es posible encontrar en todas las culturas indoeuropeas. Su estudio de la segunda función, la de los guerreros, mediante el estudio de los dioses y héroes que la encarnan (Desde *Indra* hasta *Cuchulain* y *Hércules*) me ha servido para caracterizar a los guerreros celtíberos y sus costumbres, entre los que sobresale *Medugenus*, modelo de héroe, y el papel específico que jugó esta clase en el seno de la sociedad.

Merece consideración algunos estudios comparativos, como el de Bruce Lincoln, llevado a cabo entre las sociedades indoeuropeas, de pastores y guerreros, y la de los Nuer, pueblo del sur de Sudán, también de pastores y guerreros, buscando una relación «materialista» entre el tipo de sociedad y las representaciones religiosas que dé cuenta de las coincidencias entre ambas culturas. Así mismo, el estudio de Pritchard sobre los Nuer me ha servido para entender la complejidad de las relaciones, basadas en el parentesco, sobre las que se articulan unidades más amplias, como la tribu, y que posibilitan un cierto equilibrio social sin la necesidad de la mediación de instancias más modernas como el estado.

EL AUTOR

Capítulo uno



La ciudad apareció de repente. Al coronar un cerro, siguiendo la senda, golpes metálicos, cencerros, voces humanas y de animales impregnaron el aire.

Tiermes se apiñaba en lo alto del promontorio siguiente, un macizo rocoso, ocre como toda la comarca. Numerosas columnas de humo se erguían desde las techumbres de las chozas. El alto se antojó rebanado del resto de la ladera por el lienzo de la muralla que lo seccionaba de un lado a otro.

Al hombre le pareció pequeña. No se imaginaba que la ciudad que andaba en boca de todos en el campamento de Ocillis resultara ser aquella aglomeración de chozas.

Descendió hasta el collado y tomó el camino que rodeaba el cerro. Los hombres y las mujeres con los que se cruzaba le miraban recelosos. Sus greñas y su mirada les conferían un aire temible, pero su aspecto, en cambio, no era tan salvaje y descuidado como se lo pintaron desde siempre. A pesar de ser gente humilde, pastores y campesinos, se apreciaba en la pulcritud y cuidado de su porte una cierta altivez. Nada tenían que ver con los campesinos ausetanos y lacetanos de la costa, ni siquiera con los arévacos sometidos de Ocillis.

El camino rodeaba el cerro por su lado este y continuaba, por el sur, hasta el otro lado, el oeste. El hombre dio así casi una vuelta completa al macizo rocoso.

Se admiró de la inmensa pared de piedra que convertía la parte sur de la ciudad en inexpugnable. Ni siquiera las murallas de Tarraco, levantadas por el hombre, alcanzaban su altitud y verticalidad. A la vista de tales defensas comprendió porqué aquella ciudad podía ser tomada como enemigo peligroso de Roma.

Al pie del ciclópeo muro natural se disponían una sucesión interminable de cuevas y oquedades horadadas a golpe de pico en la roca que hacían las veces de majadas de ovejas y cabras. Una multitud de muchachas y niños exprimían los pezones de sus animales para llenar los cántaros y encaminarse con ellos hacia la puerta de la ciudad. Los más niños bebían directamente, con deleite, de las ubres de las cabras. Otros salían ya con sus animales camino de los pastos.

El bullicio era mayor en la rampa de acceso a la ciudad: un estrecho pasillo, labrado en la piedra, que unía las tres terrazas sobre las que se asentaban las chozas. Hacia la mitad se encontraban los portones de entrada, uno detrás de otro. Dos surcos a ambos extremos del firme facilitaban el tránsito de los carros.

Uno de los escasos carros que el hombre pudo ver aquella mañana pareció

quedarse trabado a mitad del pasillo, según bajaba, con su sobrecarga de sagos encajonada entre los goznes y el batiente del portón. Al empujar con fuerza los bueyes, una parte importante de la mercancía se fue al suelo, provocando la hilaridad de jóvenes y niños que esperaban, abajo, a que el tramo quedara despejado.

Los mismos muchachos ayudaron a aligerar la carga y a bajar sobre sus cabezas los fardos hasta el ensanche donde, a continuación, paró el carro después de salvar la estrechez del pasillo. Detrás bajaban en tropel bestias y hombres que habían quedado retenidos y que al confluir con los que buscaban entrar formaron un caudal variopinto en el que el extranjero pudo perderse.

Una vez en la ciudad tuvo la misma impresión que sintiera al contemplarla desde el cerro contiguo. No había calles pavimentadas ni plazas ni foro, tampoco templos ni acueductos; sólo un imponente edificio de adobe, en la parte más alta, destacaba sobre un mar de tejados de ramas, paja y barro. Las manzanas de chozas adosadas se disponían sin ninguna ordenación previa de las calles, acomodándose al desnivel de las distintas terrazas. A veces habían empleado el fondo de las mismas, un cortado vertical, como pared trasera donde se apoyaban. La mayor parte utilizaban la roca rebajada como suelo de la vivienda y como zócalo sobre el que se levantaban los muros de tapial. Muchas de ellas, especialmente en la terraza inferior, contaban con alguna dependencia rupestre anexionada al resto o, simplemente, la vivienda era la cueva misma tallada con habilidad y cerrada con adobe. Aljibes y silos también habían sido excavados en la arenisca. El efecto era el de una inmensa aldea incrustada en la piedra.

Pronto se desvaneció su curiosidad. Ni siquiera el movimiento matutino que animaba Tiermes lograba sacarle de la congoja. El extranjero se dedicó a deambular de un lado a otro. A pesar del sago con el que tapaba su túnica, el pelo corto, a lo romano, lo delataba. Empezó a creerse objeto de todas las miradas. Advertía con agudeza el vacío que desde hacía dos días sentía en el diafragma. Buscó un rostro amistoso al que abordar, con el que desempolvar su lengua materna, pero las miradas desconfiadas, los murmullos, le hicieron desistir.

Caminó sin ton ni son por el entramado de calles mientras la opresión iba en aumento. Ladera abajo salió de las últimas casas a un amplio recinto, similar en superficie al de la ciudad y contenido en el tramo inferior de la muralla. Un olor penetrante le reveló que era el encerradero del ganado. Cercados de madera fraccionaban el espacio y separaban a caballos y terneros. El resto de los animales ya habían sido conducidos a pastar o lo estaban siendo en ese momento.

Retrocedió. Volvió al laberinto. Algunas calles se desdibujaban con el polvo levantado por el tránsito; otras, las de pavimento rocoso, permanecían despejadas. Le llamó la atención la red de canalillos que recorrían los laterales de las callejuelas para la evacuación de las aguas. Ahora estaban secos. Los meses de lluvia acababan de terminar.

Un estrépito metálico le hizo levantar la vista. Ignoraba el tiempo que llevaba allí,

en medio de la calle de las herrerías.

Había oído siempre que los herreros celtíberos eran los mejores del mundo, que ninguna espada superaba a las forjadas en ciudades como Bórbilis y Turiasu, y ahora se encontraba allí, en medio de tales portentos. Y lo primero que le llamó la atención fue el miserable aspecto de sus talleres: dependencias ampliadas y abiertas a la calle de las propias viviendas, no locales espaciados e independientes como los de los campamentos militares donde había transcurrido su vida. En una superficie mínima el herrero se movía como podía entre la fragua, el yunque y el fuelle asistido por un aprendiz. Por todas partes había escoria y restos de carbón vegetal; las paredes atestaban de todo tipo de piezas metálicas: hoces, tijeras, bocados, estribos, rejas, punzones...

Reparó en un hombre ennegrecido por el hollín y escondido bajo una inmensa mata de pelo. Enfriaba en un caldero una hoz que había terminado de trabajar. Su ensimismamiento tranquilizó al extranjero que se acercó a él. Tuvo que tocarle el hombro.

—Mi nombre es Aliso, de los Eladunacos; he viajado desde Ocillis y acabo de llegar a vuestra ciudad. Busco a la gente de los Docilicos.

Los ojos oscuros y fieros del herrero terminaron de quebrar su voz insegura.

Lo que vio delante de sí aquel forjador fue a un hombre de unos treinta años, alto, mata de pelo rojiza e inmensa nariz en medio de la cara; un extraño envuelto en un sago innecesario ya a esas alturas de la Estación Luminosa; unos ojos grandes y asustados, una expresión profunda de miedo y de fatiga, un hombre a punto de desmoronarse.

Aliso se dio cuenta de que el aprendiz había dejado de tirar de la cuerda que activaba el fuelle y lo miraba. Al otro lado de la calle, en las dos herrerías de enfrente, también habían cesado en sus labores. Tenían la atención fija en él. El herrero se encogió de hombros.

—No conozco a esa gente.

Dejó la hoz en el balde, se levantó y se acercó a la fragua para mover con unas tenazas una pieza al rojo vivo. Los golpes del martillo se reanudaron en las otras fraguas pero Aliso no dejaba de advertir punzantes miradas.

Marchó de allí tan rápido como pudo. Dos calles más abajo, exhausto, se sentaba en uno de los bancos de piedra que, a veces, acompañaban las fachadas de las casas. Hundió la cara entre sus manos.

Alguien lo llamó.

Levantó la vista y se puso de pie. Era una muchacha. Llevaba envuelta la cabeza con la toca clásica de las mujeres íberas. Sus rasgos, en un rostro redondo, no eran armoniosos; la expresión era dura, como la de una mujer de cuarenta, pero algo en su mirada invitaba a la alegría. Aliso adivinó que ese algo era la curiosidad. También advirtió manchas de hollín en los bajos de la túnica. Sin duda venía de la herrería.

—¿Quieres saber dónde viven los Docilicos?

Asintió. La muchacha le hizo una seña para que la siguiera. Subieron por una de las calles principales, una de las arterias que recorría la ciudad a lo largo, hasta la parte alta de Tiermes. Después callejearon y salieron encima del farallón que había admirado desde abajo. No muy lejos distinguió el puesto de guardia que vigilaba el acceso de entrada. Desde allí se podía dominar todo el sur de la comarca hasta la inmensa pared que la cercenaba de este a oeste: la sierra. Una oscura y ancha franja de árboles, a sus pies, parecía el reflejo de la sierra en la tierra. Desde los bosques hasta la ciudad se extendía un espacio árido, agreste, irregular, con gruesas manchas del verde cereal, ya crecido, en las parameras.

—¿Ves el río?

Aliso no vio el río pero vio la arboleda y los huertos que lo flanqueaban. Zigzagueando acompañaba el pie del macizo rocoso que se levantaba en la parte este, de dimensiones similares al promontorio de la ciudad y coronado por los blancos manchones de las buitreras.

—Si sigues el curso del río, hacia la mano izquierda, por el camino paralelo llegarás al Bosque Sagrado. Allí está la Aldea del Bosque, donde viven los Docilicos.

Aliso volvió hacia ella el oído bueno para no perder palabra, pero aun así no terminaba de entender todo lo que le decía. Ella hablaba de la mano izquierda al tiempo que señalaba al sur. Sin duda se refería con la misma palabra a algo distinto.

Asomó de nuevo la vivacidad en los ojos de la muchacha.

—¿Son tus parientes?

—Son mis amigos.

Eso creo, pensó para sus adentros.

—La gente les tiene miedo. Son los guardianes del santuario y dicen que la magia de los hombres-árbol los ha vuelto extraños y temibles.

Aliso puso cara de haberse enterado. A la muchacha le divertía la zozobra del hombre. Después se puso seria.

—No vuelvas a dirigirte así a un herrero, has cometido una irreverencia.

Lo miraba con gravedad.

—Nadie les habla de esa manera, así, sin el debido respeto. Lo cierto es que muy pocos se atreven a dirigirles la palabra.

—¿Por qué?

La muchacha puso cara de incrédula, como si no entendiera que alguien pudiera desconocer algo tan obvio.

—Son magos —dijo.

Capítulo dos



Apenas llevaba media milla por el camino paralelo a la vega del río cuando Aliso oyó tras de sí el ruido de unos caballos. Al girarse vio a tres jinetes que se acercaban a galope. El hombre se orilló a un lado para dejarles pasar, pero cuando los corceles estuvieron a su altura se detuvieron. Supo entonces que lo buscaban a él.

Eran guerreros, al menos dos de ellos. Portaban petos de lino revestidos con placas de bronce, grebas de pelo enrolladas en los tobillos, espadas ceñidas al costado y sendas jabalinas en la mano. Habían recogido sus largas cabelleras con bandas para evitar molestias y su expresión era fiera y tenaz.

El otro hombre, el tercero, iba armado tan sólo con un puñal cruzado en la cintura de forma casi horizontal. Por los ricos hilos de cobre y de plata que ornaban la empuñadura y las placas de la funda adivinó que era alguien importante. También se lo dijo la textura de su túnica de lana, de color crudo, mucho más trabajada que las bastas prendas habituales, y también el repujado de sus botas de cuero de cabra y las espirales labradas en las placas de bronce que acompañaban al cinturón.

Sobre todo había algo en él que le llamó la atención: su pelo corto, no tanto como lo llevaban los romanos, pero sí lo suficiente como para contrastar con el resto de los celtíberos.

—He oído que buscas a los Docilicos.

Se trataba de un hombre endeble, delgado y nervioso; los ojos parecían los de un búho y el papo y los mofletes, con barba de varios días, le colgaban de la cara.

—Así es.

—¿Y quién es el que los busca?

—Soy, soy Aliso, de los Eladunacos, ve-vengo de Ocillis.

—¿Por qué los buscas?

—Porque necesito de su hospitalidad.

El búho se le quedó mirando un rato. A Aliso le parecía oír el ruido del pensamiento detrás de aquellos ojos inmensos y notaba que sus propias fuerzas lo abandonaban, que no podía dejar de tartamudear.

—¿Qué te hace pensar que te la van a dar?

Creyó llegado el momento de enseñar la chapa. Se echó las manos a la nuca y desató el nudo del cordón. Tiró de él hasta extraer el colgante: una chapa de bronce con la forma de una cabra vista desde arriba. Apenas tenía un palmo de longitud. Su madre se la había atado al cuello cuando ya era un muchacho y la había llevado

consigo desde entonces.

Le alcanzó la pieza al jefe de los guerreros. Éste la cogió y la plantó delante de sus ojos:

—Hacen pacto de hospitalidad el clan de los Eladunacos y el clan de los Docilicos —leyó en el bronce—. Según se la devolvía, le hizo una seña al guerrero que cortaba el camino para que se acercara.

—No estaría bien entretener más a un huésped de los Docilicos.

A Aliso le pareció que había ironía en sus palabras. Al girarse y reanudar su camino pensó que ya estaba a salvo pero las palabras del notable volvieron a clavarle en la tierra.

—Espera extranjero, quiero decirte algo.

Dirigió su oído bueno hacia él pero no escuchó nada de sus labios. En su lugar había una sonrisa burlona, misteriosa; una sonrisa que parecía reclamar su complicidad. El extranjero no entendió nada y se encogió de hombros.

—¿El qué?

La sonrisa se hizo más amplia y la bola negra de los ojos más intensa. Le estaba diciendo «te he descubierto», se lo estaba diciendo pero no caía y entonces cayó en la cuenta y el terror lo vapuleó. Le había hablado en la lengua de los romanos y él no sólo la había entendido, también le había contestado en la misma lengua, como un imbécil, como un pelele.

—Conoces la lengua de los romanos mejor que la nuestra pero no conoces nuestras costumbres: tratas al herrero como si fuera un hombre cualquiera. ¿Pretendes que creamos que eres un celtíbero?

—Soy, soy Aliso, de, de, de los Eladunacos...

—Y vienes de Ocillis, exactamente donde nuestros enemigos tienen su base de operaciones. ¿Sabes lo que creo? Creo que eres un romano, un romano que conoce nuestra lengua, un espía.

Le pareció que le faltaba el aire pero al mismo tiempo un cosquilleo se encendió en sus piernas y en sus brazos. La fatiga se diluía y la energía se multiplicaba.

—No, no soy un espía, no lo soy —suplicó.

—Hay espías por todas partes. Las gentes de Tiermes ya no son gratas a los romanos.

—No soy un espía —gritaba esta vez.

Sin darse cuenta había saltado fuera del camino, ribazo abajo, y corría con la vista nublada, a través de los huertos, con zancadas que desmenuzaban el caballón de los surcos, que lanzaban por los aires berzas y cebollas. Percibió bultos moviéndose por los laterales. Serían labriegos, hombres o mujeres, o no lo serían, sólo eran bultos. Al saltar un muro de piedra se desprendió del sago molesto y continuó la carrera despreocupado de su túnica romana en evidencia. Ya casi alcanzaba la arboleda cuando el golpe seco de la jabalina en el sauce lo paralizó.

Uno de los guerreros corrió a su lado con la espada desenvainada mientras el otro,

a cierta distancia, levantaba una jabalina. Aliso cayó de rodillas y se puso a gimotear.

—No soy un espía, no lo soy.

La punzada de un cuchillo bajo el mentón le hizo levantar los ojos. El búho presionó el filo hacia arriba y el fugitivo se puso de pie como un resorte. Reparó entonces, el notable, en la otra placa, la que llevaba muy ceñida al cuello con la cadena y que el sago había ocultado hasta ese momento.

Acercó sus ojos y leyó.

—«Soy Medoro, si me coges fuera de los aledaños de Ocillis restitúyeme a mi dueño, Aulo Quadrato, segunda centuria de la primera compañía de la tercera cohorte».

Los tres hombres rompieron en carcajadas.

—Así que era eso —resopló el jefe mientras guardaba su puñal—, un esclavo, un esclavo miserable y prófugo... ¿Y para eso nos haces correr? Debería empapar esta tierra con tu sangre y lo haría sino fuera por el pacto con los Docilicos. Dime, ¿cómo llegó a ti la tésera?

—Mi madre me la colgó del cuello siendo un muchacho.

—¿Quién era tu madre?

—Aucia, de los Crastunigos; fue vendida como esclava, conmigo ya en su vientre, después de la destrucción de Numancia.

El nombre de la ciudad arévaca que había encabezado una feroz resistencia contra Roma durante veinte años, hasta la total aniquilación, tornó graves sus rostros.

—¿Quieres decir que eres un superviviente de aquello, un numantino?

Aliso bajó la cabeza.

—Mi padre murió allí, Lesso, de los Eladunacos. Antes de caer le dio la tésera a mi madre para que me la entregara cuando hubiera crecido.

—¿Y ese nombre, Medoro?

—Es el nombre que me puso mi amo; pero el mío, el verdadero, es Aliso, de los Eladunacos.

El hombre mantuvo aún su mirada sobre el desdichado unos instantes sin decir nada. Después se dio la vuelta y, seguido de los otros dos, bordeó el huerto por el talud que le separaba del contiguo. Desde lo alto volvió a girarse.

—Hay muchos prófugos como tú. Ahora que Tiermes es rebelde llegan todos los días. No sé que esperáis encontrar, nuestra propia gente pasa hambre. Quizás terminéis echando de menos a vuestros amos.

Parecía haber concluido, pero recordó algo. Miró a su alrededor tratando de comprobar que nadie lo oía.

—Créeme, si fueras un espía de los romanos, no me fatigaría detrás de ti; me trae sin cuidado.

De nuevo Aliso volvió a encontrarse con una enigmática sonrisa de autosuficiencia, como si aquel hombre pretendiera ser cómplice de algún secreto compartido.

Capítulo tres



A su izquierda el río discurría pegado al muro de piedra de la estribación rocosa que conducía a la sierra. A la derecha las parameras y los campos de cereales llenaban la extensa loma. Le llamó la atención que los límites de las piezas no eran ni regulares ni geométricos como las cuadrículas cultivadas de las planicies de Tarraco. Aquí le parecieron manchas, formas indefinidas con brazos inesperados y difusos, más el producto espontáneo de la naturaleza que de la mano del hombre.

El tránsito era escaso pero constante. Embozado en su sago prefería bajar la mirada antes que cruzarla con los caminantes. Se trataba de gentes que traían, a sus espaldas o en los animales, diversos productos a la ciudad: leña, vellones, hortalizas; o que se acercaban con sus aperos y herramientas para repararlos o cambiar alguna pieza. También vio gente enferma: ancianos que apenas se sostenían sobre la montura, tullidos, mujeres desesperadas con sus hijos en brazos, hombres consumidos por dolores cuyos sobrios semblantes no lograban disimular. Recordó que la muchacha había mencionado que la aldea de los Docilicos se encontraba en el Bosque Sagrado.

La confusión mental iba en aumento, la presión en el pecho se acentuaba. Un zumbido se hizo con su cabeza. Comenzó a coger forma algo que de manera imprecisa lo acompañaba desde el punto de la mañana: era un olor, un olor insistente a paja mojada.

Tal estado le resultaba familiar, también lo era aquella fragancia. Precedían siempre al ataque. Extrajo del pecho el tercer colgante: un amuleto de raíz de peonía que le ayudaba a combatir la enfermedad y se lo llevó a la nariz para aspirar con fuerza. Cayó en la cuenta de que él era otro enfermo más en el camino al Bosque Sagrado.

Su ánimo se abatió en un desasosiego irreversible. Vaciló. No supo muy bien qué hacía allí. Delante, la vereda se adentraba en el robledal. Vio el macizo boscoso pegado a la sierra en un mismo plano. Alguien que venía por el sendero se le antojó una figura en un decorado de madera y tela, como aquellos que había visto en los teatros de las barracas que rodeaban los campamentos militares.

Persuadido de la inminencia del ataque salió del sendero y buscó un lugar apartado, cerca del río, donde sufrir la sacudida. Debajo de una chopera encontró un espacio amplio y mullido en el que resultaría imposible golpearse la cabeza. También se hallaba lo suficientemente apartado como para no ser visto por nadie. Se sentó y

esperó.

La tensión de las últimas horas le había hecho olvidar que llevaba demasiado tiempo sin dormir y que sus fuerzas estaban al mínimo. Habían sido ya dos noches en vela caminando por parajes impracticables para evitar a comerciantes y viajeros romanos que pudieran dar la alarma a las patrullas. Apenas comió durante ese tiempo y la excitación vivida en las últimas horas lo había desbordado. Conocía el precio que tenía que pagar por aquellos excesos.

Sin embargo, ser capaz de enlazar causalmente en su cabeza los acontecimientos lo animó. Quizás el mal no había terminado de hacerse con él. Se recostó en la hierba sintiéndose algo mejor. Tampoco se habían hecho presentes esos instantes de alborozo ilimitado que antecedian inmediatamente al ataque.

La primera vez que vivió aquella explosión vital creyó que su propio genio tomaba presencia en él, ya que tal claridad de conciencia sólo era atribuible a la de un dios. Pero la oscuridad y, luego, la convalecencia y el horror que siguieron a la dicha, le hicieron concebir tal estado como el más cruel de los escarnios.

Una multitud de imágenes y nimios detalles relativos a su primera sacudida se superpusieron hasta diluirse en las tinieblas que envolvieron su espíritu de un modo repentino. Al despertar, el sol se encontraba en el lugar opuesto al de la mañana. El murmullo del agua acarició con dulzura su conciencia, también el lejano martilleo de un cencerro.

Se llevó la mano a la boca. No había sangre. Al recorrer con la lengua los dientes no observó nada raro, ninguna herida, tan sólo las dos mellas de siempre. No, el ataque no había tenido lugar. La opresión en el pecho ya no le ahogaba. Se encontró bien, descansado, aunque advertía la angustia agazapada. Después de una embestida el estado en el que se despertaba era lastimoso: apenas podía moverse por el dolor que punzaba sus músculos y la sensación de vacío y de tristeza le sumía en un letargo de varios días.

Nada de esto le ocurría. Respiró aliviado. Un ruido, entonces, le hizo ponerse en pie de un salto. Venía de la otra orilla del arroyo, de unos arbustos varios pasos más arriba. Algo o alguien andaba por allí.

Vio sacudirse la broza con un nuevo chasquido al que siguieron varios más. Al rato asomaba, entre la maleza, la cabeza de un perro. El animal parecía sediento y acercó el hocico al agua, pero no bebió. Volvió a erguirse y se giró hacia el numantino. Era blanco, robusto, con la cabeza redonda, orejas tiesas y pelo medianamente largo. Aliso pensó en un perro de caza. La lengua le colgaba y su mirada era amistosa.

Sí, era amistosa, pero, ¿cómo podía saberlo? Un frío pasmo le hizo estremecerse. Había algo extraño en la mirada de aquel perro. El animal desapareció de repente, secundado, de nuevo, por crujidos y meneos de la vegetación. El esclavo prófugo estuvo dándole vueltas hasta encontrar una explicación que agudizó aún más su aprensión: lo que había advertido en los ojos del perro era una expresión humana, un

gesto de aliento, de confortación. Parecía animarle, decirle que ya estaba cerca.

No, no era posible. Se repitió a sí mismo, con aprensión, que eran imaginaciones suyas, que sólo era un animal.

Cubrió varios pasos río arriba. El viento de la tarde agitaba con suavidad las luces y las sombras. El cauce torcía de repente creando un recodo exuberante de zarzas que le obligó a sortearlo introduciéndose en el agua con las sandalias de esparto en la mano. El riachuelo apenas le llegaba a los tobillos en los tramos más profundos. De vez en cuando se detenía y prestaba atención tratando de distinguir algún chasquido por encima del murmullo o de localizar un movimiento extraño. Ya estaba dispuesto a regresar cuando notó algo.

Se encontró a sí mismo en medio de la corriente, quieto como una columna y orientado hacia la orilla. Tuvo la plena convicción de que algo había sucedido, no sabía el qué pero aquel lugar no era exactamente el mismo que hacía unos brevísimos instantes. Apretó con fuerza el amuleto de raíz de peonia y restregó el pecho con el puño cerrado para aliviarlo de la desazón que volvía a él. Se llevó las manos a la cabeza y frotó su pelo rojizo con fruición, como tratando de ayudarse a pensar, hasta que supo qué había cambiado: era el ruido, el murmullo, los pájaros, el viento. Tuvo la certeza de haber vivido un salto. Sí, en aquellos breves momentos había ocurrido como si todos los sonidos de un paraje nuevo, desconocido, se hubieran superpuesto sobre el anterior.

Al girarse de espaldas volvió a chocar con la misma impresión. Tal vivencia le sumía en el terror porque le anunciaba de nuevo la inmediatez del ataque. Apenas le había echado un vistazo a esa parte según remontaba el riachuelo, pero ahora estaba seguro de que no era la misma. Seguía la broza y detrás, más allá de los chopos, el robledal se espesaba.

Crepitó una rama, después se movieron las puntas más altas de un macizo de retama. Aliso clavó la vista en un claro. Lo que fuera tendría que pasar por allí. Hubiera deseado encontrar unas piedras de mayor superficie para equilibrar mejor su cuerpo en medio del río.

Asomó entre la maleza una mujer. Venía cautelosa, mirando con precisión. Cuando descubrió a Aliso se detuvo; después, midiendo cada paso, se fue acercando. No tenía miedo y en ningún momento apartó la mirada. Por el anhelo que había en sus ojos claros Aliso pensó que lo confundía con otro.

Se excitó. Esa fue su primera impresión. Había algo salvaje y sensual en la joven. El pelo abundante y vigoroso, del color de la tierra, caía sobre sus hombros y espalda. El balanceo de sus pechos, debajo de la túnica, acompañaba su pausada evolución. Encima de ellos resaltaba un collar inmenso, como una banda, de cientos de cuentas de ámbar, cerámica y pasta vítrea, vuelto varias veces sobre su cuello. Pero era su mirada y su sonrisa lo que lo excitaban: había intriga, ansiedad, parecía entregársele sin tapujos. No recordaba Aliso haber vivido una sensación semejante: era algo parecido a caer abiertamente dentro de alguien, sin ningún pudor.

Percibió una falta de continuidad en los movimientos felinos de la joven, como si hubiera saltos en el trayecto. La irrealidad volvía a adueñarse del murmullo del agua, del sol y de las sombras. Después, cuando ya apenas los separaba un paso, ella se detuvo y él pudo fijarse en sus ojos. La sacudida casi le hizo perder el equilibrio y se echó a temblar. Los ojos de ella eran tan grandes y tan abiertos que la pupila se despegaba de los bordes. Le parecía estar contemplando en ellos un lugar lejano, o tal vez la imagen de un sueño. Creyó estar en la entrada de una cueva viendo como, afuera, caía la lluvia sobre el mar. Vio un sol negro dando vueltas en el horizonte. Se vio a sí mismo en el fondo de una sima abismal, con los ojos vueltos hacia la luz de la superficie. Sintió urgencia por encaramarse a la luz y la realidad de tal angustia lo llenó de pánico. Tuvo que cerrar los ojos y hacer un esfuerzo para desembarazarse de aquellas imágenes. Al abrirlos se encontró de frente con el rostro de ella. No reconoció ninguna expresión humana, más bien la locura y el vértigo.

Hubiera querido salir corriendo pero estaba clavado sobre aquellas dos piedras, con las sandalias de esparto en la mano. La joven le dio la espalda y desapareció por donde había venido.

Capítulo cuatro



Anochecía cuando llegó a la aldea. Esta consistía en una única calle principal que remontaba la loma de un suave altozano para descender, después, por la otra vertiente. El paraje era abrupto y encajonado entre la sierra y los roquedales. Aliso se alegró de poder dejar la oscuridad, instalada ya en el interior de la masa arbórea, y de salir a aquel claro imprevisto.

Los perros fueron los primeros en acercársele y en delatar escandalosamente su llegada; luego, lo rodeó un montón de niños desharrapados y sucios que echaron a andar tras él con alborozo. Cada una de las dos hileras de viviendas era una sucesión de chozas adosadas lateralmente, compartiendo todas un mismo muro trasero que, al tiempo, lo era también de otra sucesión de chozas adosadas y dispuestas, detrás, hacia el exterior del poblado. El suelo de la calle estaba empedrado con losas y piedras en el tramo de entrada; después, ya arriba, el firme era tan sólo tierra apisonada que las lluvias recientes habían embarrado y salpicado de charcos. No obstante, todas las casas disponían de un encachado de piedras delante de la entrada, bajo el pórtico, que permitía evitar el fango. Especialmente las mujeres, aunque también hombres y muchachos, descansaban allí debajo, sentados en bancos de madera o de adobe unidos a la fachada y atentos a aquel extranjero que deambulaba con aire perdido.

Los encachados contaban con una solera de barro donde alumbraban los primeros fuegos del anochecer. Al pasar al lado de una de estas hogueras Aliso oyó la voz quebrada de una mujer mayor.

—A lo mejor este hombre nos cuenta qué se le ha perdido por aquí.

El numantino saludó a un grupo de tres mujeres y un anciano. Después de presentarse y de aludir a Ocillis como lugar de procedencia, preguntó por la máxima autoridad del clan. Le señalaron una choza, al otro lado de la calle, en la parte más alta de la aldea. Los niños, después de que los adultos les dieran una voz, lo llevaron al lugar exacto. No se distinguía aquella vivienda de la de los demás, pero ya Aliso había constatado en Tiermes que no había grandes diferencias entre las casas de unos y las de otros, como pudiera haberlas en una ciudad romanizada. En realidad, todas eran chozas estrechas y adosadas.

Los gritos de los rapaces hicieron salir a una mujer joven y después a un hombre mayor, éste de porte sobrio y muy digno, que, tras oír a Aliso, se presentó a sí mismo como Casaretos, patriarca de los Docilicos. Su aspecto era bastante avejentado: era calvo en todo el cráneo salvo detrás de las orejas de donde colgaban, sobre la espalda,

largos mechones; su rostro era enjuto, de facciones marcadas y nariz prominente, siguiendo la tónica de la tierra. Empuñaba un largo bastón de avellano con la cabeza de una cabra, en bronce, como empuñadura. Sus maneras y sus palabras se ajustaban al laconismo y contención habituales. Aliso le mostró la chapa en forma de cabra. El anciano se la llevó a los ojos y trató de descifrala con expresión sufriente, pero la luz ya era escasa. Hizo pasar al numantino al interior y, una vez en la estancia central, acercó la tésera al fuego del hogar, situado en el centro de la habitación. Después de examinarla detenidamente durante un rato se incorporó y le dijo a Aliso que esperara allí, que no tardaría en volver.

El hombre permaneció sentado en un banco corrido, de adobe, que recorría las tres paredes de la habitación principal. Intuyó que ése era el espacio donde la familia hacía su vida en común. Las paredes, encaladas, sujetaban diversos anaqueles en los que descansaban todo tipo de recipientes y objetos domésticos. Se percató de que no había chimenea: el humo se reconcentraba debajo del entramado de paja, ramas y barro y, poco a poco, se iba filtrando por entre las numerosas rendijas. También se fijó en las armas que colgaban en una de las paredes: tres espadas y dos puñales, mucho más toscas que las de aquel notable termestino y sus guerreros. Las empuñaduras de las espadas, incluso, eran de madera; pero al esclavo le llamó la atención el lugar preferente que se le daba a su colocación, en la pared más vistosa, como dándoles una importancia especial. Al echar un vistazo al estante inmediatamente superior a las armas dio un respingo. Descubrió las oquedades de los ojos de dos calaveras cuyas sombras rielaban con la luz de la hoguera. La mujer joven, callada, atendía un recipiente dispuesto en una trébede sobre el fuego. Un berrido hizo que el convidado reparara en un niño de pocos meses, envuelto en pieles, en una esquina del poyo. La madre no le hizo, en principio, ningún caso. Solamente cuando hubo atendido convenientemente al extranjero, lo cogió entre los brazos y se lo llevó al pecho. Aliso, con las viandas delante, ya no estaba para nadie. Comió con la avidez de dos días de hambre las gachas, los tasajos de carne salada, la torta de bellotas, el queso de cabra. Su agradecimiento era tal que no rechazó la cerveza que le ofreció la mujer en un vaso de madera, aun cuando sabía que era perjudicial para su enfermedad.

Mientras tanto entraban y salían otros niños. También llegaron dos hombres, que optaron por marcharse al explicarles la joven que Casaretos estaba a punto de regresar con los ancianos. Aliso se estremeció con la recelosa mirada de aquellos hombres rudos bajo sus melenas greñudas, pero luego, al enterarse ellos de que el extranjero era portador de una tésera, su gesto se suavizó y se tornó amistoso. Por último entró una anciana con un cántaro de leche recién ordeñada que dispuso en la tercera estancia, la del fondo, la que Aliso imaginaba como despensa. Después regresó a la primera, la de la entrada, y desapareció en una trampilla abierta en el suelo.

Volvió Casaretos seguido de una comitiva de cinco hombres, todos ellos de

apariencia avejentada: pelo blanco y escaso, dentadura mellada y rostros agrietados. Tomaron asiento en el banco, alrededor del hogar. El cuidado con que escogían el sitio en relación al primero, Casaretos, le hizo suponer a Aliso que existía un orden de importancia y dignidad entre ellos.

Casaretos hizo las presentaciones. Los otros hombres eran hermanos o primos. El patriarca decía su nombre, el nombre del padre y el del abuelo. Aliso conocía el nombre de su progenitor porque su madre se lo había repetido miles de veces, pero desconocía el de sus abuelos.

—Soy Aliso, hijo de Lesso, de los Eladunacos, clan extinguido con la destrucción de la antigua Numancia —dijo al llegarle el turno.

Los hombres asintieron con reverencia y gravedad. En ese momento la mujer mayor acercó una jarra de cerveza y fue llenando los cuencos de madera, previamente repartidos, respetando escrupulosamente el orden que guardaban en sus sitios. Casaretos se levantó y desapareció por el vano de la estancia posterior. Para sorpresa de Aliso, los demás ancianos comenzaron a hablar de la cerveza, de su sabor, del punto de maceración, del tiempo de reposo. La vieja volvió a llenar los cuencos y la charla se animó. Al numantino le parecía que él ya no importaba y que el verdadero asunto era la cerveza del patriarca.

—Aquí está, en el fondo, la misma —se oyó decir a Casaretos al otro lado.

Apareció con una tela apergaminada, de lino, que desenvolvió junto al hogar. Apareció una cabra de bronce, la misma que la de Aliso. Puso a su lado la de éste y confirmó su identidad a la vista de todos.

—Recuerdo haberle oído a mi padre de tratos de gentes de Numancia con los Docilicos, antaño, cuando la ciudad era la más poderosa entre los arévacos. Venían en busca de hierbas que abundan en estos parajes: sabuco, flor de malva, pero sobre todo ruda, salvia, eléboro y la planta que brilla, la planta del sol, la del dios Belenos... La tésera data de los tiempos de Coronerus, hijo de Vicanus y de Mentina. Los numantinos se alojaban en nuestras casas mientras recolectaban las hierbas y luego los nuestros se alojaban en las suyas cuando iban a Numancia en busca de hierro.

Casaretos hizo un alto pero no despegó la vista de la cabra.

—Sin duda esa gente eran hombres-árbol —miró a Aliso por primera vez—, tus antepasados. Este bosque siempre ha sido lugar de reunión para ellos, no en vano vive en él el Rey del Bosque y su comunidad, Rey al que los Docilicos estamos consagrados desde el principio de los tiempos y al que protegemos y servimos con nuestra propia vida.

Recordó Aliso con perplejidad las palabras de la muchacha de Tiermes al referirse a los Docilicos: «Son los guardianes del santuario y dicen que la magia de los hombres-árbol los han vuelto extraños y temibles». Ahora volvía a oír de esos misteriosos hombres-árbol y le aseguraban, además, que sus propios antepasados lo eran también.

—¿Quiénes son los hombres-árbol?

Los ancianos se miraban con estupefacción. Uno de ellos, de cara de torta y ojillos muy vivos, tomó la palabra.

—Está claro extranjero que no eres un celtíbero si desconoces quiénes son.

Aliso bajó la cabeza.

—Toda mi vida he sido un esclavo al servicio de los romanos. Mi madre me enseñó la lengua de mi familia y me contó historias que ya he olvidado; por lo demás, lo ignoro todo sobre vosotros.

De nuevo se producía un cambio de gesto en aquellos rostros de tierra. Su mirada chispeante y socarrona se enfriaba y se hacía distante. Aliso entendió que los había decepcionado; le pareció, incluso, que ahora lo despreciaban. Pensó que el motivo de aquel cambio de actitud tenía que ver con su condición de esclavo. Empezaba a sentirse incómodo y culpable.

Después de un prolongado trago de cerveza Casaretos chasqueó la lengua.

—Los hombres-árbol son hombres sagrados, hombres dioses. Ellos gobiernan con su magia los ciclos del año y de la luna, protegen de las enfermedades a hombres y ganado, administran la justicia entre los clanes y son sabios. Si no existieran, el año se desarticularía, la tierra y las hembras dejarían de dar sus frutos y los hombres nos mataríamos entre nosotros hasta la aniquilación; es por ellos que Dios dispuso de su existencia y que nosotros velamos por su cuidado.

Un gruñido de asentimiento y satisfacción recorrió la fila de ancianos. Todos llevaron los vasos de cerveza a los labios para celebrar las palabras del patriarca.

—Pero ahora, extranjero, háblanos de ti, cuéntanos como lograste sobrevivir a la destrucción de la más poderosa de las ciudades arévacas y cuéntanos también cómo ha sido tu vida desde entonces y cómo es que, siendo esclavo, has logrado llegar hasta aquí.

Capítulo cinco



—**M**i madre siempre evitó hablarme de los últimos días de Numancia y cuando lo hacía su gesto se retorcía de dolor y desazón. Lo que sé lo sé por boca de otros y es lo que todos cuentan: que después de un año de sitio, en los últimos días, ya no eran hombres, sino alimañas, y que se abalanzaron los unos sobre los otros para devorarse sin reparar en si eran niños o ancianos, padres o hijos, hermanos o hermanas.

»Mi madre sobrevivió a tales atrocidades y fue vendida como esclava por el cuestor del ejército, llevándome ya a mí en sus entrañas. Ella tenía diecisiete años. La adquirió un tratante de prostitutas, un esclavo administrador al servicio de un publicano rico, que la puso a trabajar en los lupanares de los poblados de las barracas que se levantan alrededor de los campamentos. En estos barracones ha transcurrido toda mi vida: primero castillos y campamentos del valle del río Iber y de la cuenca del Salo, después el campamento pretoriano acampado a las afueras de Tarraco.

Ya no le importó la nueva expresión de reserva y rechazo de los Docilicos al mencionar la prostitución de su madre. Sin duda era el huésped menos digno que cabía esperar: esclavo prófugo e hijo de prostituta.

Habló después de Ucalegón Cuadrato, el legionario que compró a su madre en el lupanar que frecuentaba para convertirla en su concubina, cuando él tenía ya trece años. Aucia, su madre, rebautizada Melania en el prostíbulo, convencería a aquel rudo campesino del sur de Roma para que comprara también a su hijo con el fin de no separarle de su lado. Más tarde Ucalegón manumitiría a Aucia y se casaría con ella.

—Lo hizo para que el hijo de ambos fuera libre y pudiera hacer carrera en las nuevas colonias de veteranos de la costa. Según la ley romana los libertos no pueden acceder a cargos administrativos, pero sí sus hijos.

»En cuanto a mí he seguido siendo esclavo toda mi vida y nunca aquel hombre me vio como otra cosa distinta a un esclavo.

»Debido a la necesidad de un ejército permanente en esta inestable provincia, la que ellos llaman La Citerior, mi amo pudo reengancharse varias veces en el ejército pretoriano con la promesa de tierras en las nuevas colonias al final de la carrera. Llegó a ser centurión de la primera centuria de la primera cohorte, el que porta el aguila de la legión. Pasaba los inviernos acampado en Tarraco y compró una casa en el poblado de las barracas para que pudiéramos vivir mi madre, mi hermanastro y yo. Pero no fue un hombre con demasiada suerte. Un año antes de la licenciatura el gobernador de La Ulterior, un tal Calpurnio Pisón, pidió refuerzos para mantener a

raya a las tribus comprendidas entre el Durio y el Tagus.

—Los vettones —interrumpió Casaretos.

—La belicosidad y valor de los vettones solamente es equiparable a la de los propios arévacos —sentenció otro.

—En esos momentos Roma necesitaba todos sus efectivos para frenar a los cimbrios, llegados del norte, y no se encontraba en condiciones de enviar tropas de socorro a La Ulterior.

—Sí, los cimbrios, una gente muy civilizada... Creo que los romanos se cagaron en los calzones después de aquella derrota en la Galia —soltó el más viejo, un hombrecillo de cara colorada y bolsas bajo los ojos al que apenas quedaban dientes.

—La de Arausio —completó Aliso.

Pero ya todos reían y celebraban con gozo el comentario del decrepito hombrecillo.

El numantino adivinaba el sentido de aquel regocijo tan exagerado. Después de la derrota de Arausio, a orillas del Ródano, en la que perecieron dos ejércitos consulares enteros, unos ochenta mil hombres, y de la que se contaría después que sólo habían escapado con vida diez soldados, parte del contingente cimbrío, bárbaros afines a los teutones, se desmembró y penetró en La Citerior a través de los Pirineos. Aliso tenía muy presentes aún los días de pánico que se vivieron en Tarraco con la noticia de la invasión. Las tropas del gobernador abandonaron el campamento y se encerraron detrás de las murallas de la ciudad, dispuestos a evitar cualquier enfrentamiento con aquella masa ingente de barbaros, cientos de miles, que arrastraba tras de sí a familias y ganados y que saqueaban y devastaban todo lo que se ponía en su camino.

En muy pocos días llegaron a las fértiles tierras del Valle del Río Iber, utilizando en su desplazamiento el entramado de calzadas romanas que empezaban a proliferar en la parte más romanizada de la provincia. Pero allí les esperaba una sorpresa: los celtíberos habían sido capaces de levantar un ejército propio, integrado por tribus que acostumbraban a guerrear entre ellas mismas, y presentaron combate en algún lugar de lo que los romanos llamaban la Celtiberia Citerior. Los cimbrios salieron derrotados y se apresuraron a dar la vuelta y a regresar por donde habían venido. Aliso recordaba cómo la noticia de la victoria causaría, en un primer momento, alivio en Tarraco, al que seguiría, después, un temor creciente al reparar en la rapidez de respuesta de una Celtiberia a la que creían enteramente sometida desde la destrucción de Numancia. La confederación de belos, titos, pelendones y arévacos había logrado lo que no consiguieran los ejércitos romanos. Después de aquella victoria las cosas ya no fueron las mismas en la provincia, especialmente en la zona más occidental y fronteriza, la que llamaban la Celtiberia Ulterior, y que, propiamente, era el territorio de los arévacos y pelendones. Aliso rememoró las inquietantes noticias que habían circulado por el campamento de Tarraco y por el colegio de esclavos del poblado de las barracas en los últimos años: noticias referentes a asaltos a patrullas, impago de impuestos, asesinatos de comerciantes y magistrados. El empeoramiento de la

situación parecía irreversible y el nombre de una ciudad, invicta en las guerras anteriores, empezaba a repetirse con creciente insistencia: Tiermes.

Ahora, el numantino, creía ver en las risas desairadas de los ancianos al mencionar a los cimbrios ese arrebató de orgullo e independencia que había prendido de nuevo en los celtíberos.

Trató de recuperar el hilo de su relato.

—Mi amo, el esposo de mi madre, murió en una escaramuza de los lusitanos, de los vettones. El propio pretor, el tal Calpurnio Pisón al que habían acudido a socorrer, pereció en el desastre.

»Tan sólo le faltaba un año para licenciarse, el tiempo suficiente para perder su derecho a las tierras en la colonia y gran parte de la prima de licencia.

»Mi hermano de madre, Aulo, heredó la casa y a mí como esclavo. Él contaba con catorce años y yo con veintiocho. Mi madre había muerto unos años antes de tisis. En el lecho de muerte le hizo jurar a su marido que me concedería la manumisión más adelante. Pero no lo hizo. Tampoco hubo mención alguna en el testamento.

»Mi hermano de madre esperó a tener diecisiete años para poder alistarse en el ejército como ciudadano. Después fue enviado a la frontera, al campamento de Ocillis, en pleno corazón de la Celtiberia. Desde entonces, desde hace dos años, he vivido allí, como su esclavo.

El hombrecillo de bolsas bajo los ojos y rostro enrojecido se puso de pie y sacudió las piernas alternativamente, sobre el suelo de arcilla, para sacarlas de su aletargamiento. Luego dejó escapar una ventosidad y volvió a sentarse.

—Los romanos no son gente civilizada. Nunca un celtíbero trataría como esclavo al hermano de madre, aunque tales lazos sean endeble y percederos —sentenció Casaretos—. Es preferible acabar con su vida antes que rebajarle a una condición tan indigna e impropia entre parientes.

—Mi hermano de madre aprendió de su padre —prosiguió Aliso—. Nunca fui un pariente para ellos, yo era un bárbaro hijo de un bárbaro, un salvaje, un animal al que habían accedido mantener por respeto a mi madre.

El patriarca parpadeó.

—Los romanos siempre han visto así a los pueblos libres, nunca sus iguales, siempre salvajes a los que quitar las tierras y esclavizar en sus minas o en sus campos.

—Crecí hablando la lengua de mi madre, pero mi mundo es más el mundo de los romanos que el vuestro. Lo ignoro todo de vuestras costumbres, de vuestros dioses, de vuestros hombres-árbol. Soy más romano que arévaco y, sin embargo, nunca me vieron como romano ni yo mismo me he sentido como tal.

Había gravedad en la expresión de sus rostros hirsutos. Siguió un silencio intenso, de noche cerrada. De repente estalló de nuevo el llanto del bebé en la primera estancia, la de entrada a la casa. La vieja, acurrucada en una estera de cáñamo, se

despabiló y avivó el fuego del hogar. El viejecillo de cara colorada, el más bebedor, comprobó con disgusto que ya no quedaba cerveza en la jarra.

Casauretos se había inclinado sobre el hogar para alcanzar las téseras. Al incorporarse extendió el brazo hacia Aliso y le devolvió la suya.

—Los hombres hacen los pactos para distinguirse de las bestias. Sin ellos el mundo sería un lugar inhóspito e intransitable y ningún favor cabría esperar fuera de los lazos que nos unen a nuestros parientes. El dios Tokoitos preside los juramentos y desaprueba con la violencia más aniquiladora su incumplimiento. Tú, extranjero, has venido a reclamarnos lo que nuestros antepasados convinieron en las téseras y, aunque tu condición es indigna y detestable a nuestros ojos, es deber nuestro corresponderte y acogerte como si fueras uno más de los Docilicos.

El patriarca, Aliso y el resto de ancianos se pusieron de pie con la intención de dar solemnidad al momento. La anciana había vuelto con más cerveza que repartió entre los presentes. Casauretos derramó parte de su copa en el fuego del hogar e hizo una seña a Aliso para que hiciera lo mismo.

Después seguiría una acalorada discusión sobre quién habría de acogerlo en su casa. Todos querían que fuera la suya o la de algún hijo. Aludían no a la abundancia como argumento sino, todo lo contrario, a la carencia. Reparando Casauretos en la perplejidad del huésped quiso explicarle.

—Así como Tokoitos castiga las infracciones también es cierto que concede buena fortuna a quien cumple el pacto y otorga hospitalidad al extranjero necesitado.

Finalmente Casauretos hizo convenir a todos que la situación del más viejo, el hombrecillo al que llamaban Abicus, era la más apurada: su esposa Monoua llevaba enferma varios días y todo parecía indicar que no tardaría en partir al País de los Bienaventurados. El anciano reaccionó con un regocijo apenas contenido y se puso a canturrear y a ensayar algunos pasos de danza pero el alcohol ingerido le hizo tropezar y habría ido al suelo de no ser por la presteza de Aliso.

Envueltos en los sagos salieron a la calle. El olor a bosque y a humedad hizo que Aliso se arrebuajara en el suyo. En lo alto un mar de estrellas titilaban acompasando el canto masivo de los grillos. Notó que Abicus le rozaba en el hombro para que lo siguiera. La oscuridad casi era completa: en algunos pórticos, a lo largo de la calle, refulgían las ascuas de los hogares abandonados.

El viejecillo torció por la única calle que cruzaba con la principal. A pesar de la noche y de la cerveza caminaba con soltura y Aliso tenía dificultades para distinguir su bulto en la oscuridad. Oyó que abría un portón en una de las chozas. No muy lejos de allí unos perros comenzaron a ladrar furiosamente. El numantino se apresuró a entrar en la negra boca por donde se había desvanecido Abicus.

Atento a los ruidos que hacía el viejo y tanteando la pared llegó a la estancia central. Las ascuas moribundas del hogar le permitieron vislumbrar algunos bultos tumbados en el suelo. Oyó la voz impaciente de Abicus.

—Échate donde quieras.

Así lo hizo. Palpó el suelo para evitar darse con alguien y se dejó caer. Al momento dormía profundamente.

Capítulo seis



Cantudobua acarició el lomo de Amónica, la única vaca que tenían. El establo, como casi todos los de la aldea, se hallaba en el cortado rocoso, aprovechando las cuevas y las oquedades de la base del mismo.

Esa mañana Atta, la pequeña, apenas le había traído, en el cántaro, tres dedos de leche de las ubres de Amónica. Y ya eran cuatro las noches sin probar bocado el animal. Ni siquiera levantó la cabeza para mirarla por el rabillo, como acostumbraba a hacer siempre que oía llegar a alguien. Parecía aletargada, clavada en aquel suelo de arcilla y excrementos.

No cabía duda de que Tokoitos los había bendecido, al alojar al extranjero, haciendo que Monoua se recuperara, pero el favor no parecía haber alcanzado a Amónica.

Unas sombras oscuras amenazaron de repente su pensamiento. La mujer dio un respingo y se puso en marcha de nuevo.

Al volver a casa se encontró a Monoua en la estancia de entrada, junto al telar, girando la piedra superior del molino que trituraba las bellotas. La nuera le gritó por no emplearse en tareas más delicadas y de menor esfuerzo. Al advertir que la anciana no iba a cejar en su labor se desentendió y se marchó a la habitación del fondo, la despensa. Allí estaban las vasijas de almacenaje, los aperos de labranza, la utilería, los vellones, los quesos y, colgados del techo, los escasos tasajos de carne y pescado, conservados a la sal, que les quedaban todavía.

La Estación Oscura ha sido severa en extremo, pensó. Han muerto demasiados niños y demasiados ancianos y la que viene no parece mejor. Cantudobua visualizó con aprensión los frágiles y escasos tallos de la nueva cosecha, que apuntaban por entonces, y que presagiaban una mayor penuria.

Extrajo de una vasija el suero y lo apartó en otra más ancha y abierta, aunque de menor altura. Luego lo mezclaría con la poca leche que Amónica les había dado esa mañana. Extrajo el cuajo de la primera vasija, ya solidificado y estable, y lo puso en la encella de mimbre donde soltaría el resto de suero y donde cogería la forma del queso. Presionó con las manos un buen rato para compactar la masa y despojarla de lo que quedaba del líquido acuoso y amarillento.

Si Amónica moría lo iban a pasar mal. Los terneros de la vaca aportaban la carne que comían durante el año. La caza y la escasa pesca no eran suficientes para mantenerlos. Sin carne no iba ser fácil para los ancianos y para Atta, la pequeña,

sobrevivir a la Estación Oscura.

Claro que, ahora que Monoua estaba bien y la lana prácticamente esquilada, quizás les diera tiempo de tejer los sagos suficientes, antes del Samáin, para cambiarlos por un cerdo. Un cerdo no era una vaca, pero sería la solución para la Estación Oscura.

Esta idea alivió algo la congoja de Cantudobuoa. Colgaba, ahora, del techo la encella con el queso, ya salado, en una red. Allí reposaría unos cuantos días.

De la cosecha no podría esperarse mucho: no sólo por la escasez y mala calidad sino también por la inminencia de la guerra. Corrían rumores de que el enfrentamiento era ya inevitable. El consejo exigiría, entonces, la mayor parte de la cosecha de ese año para los silos de la ciudad.

Cantudobuoa se sentó sobre la tapa de una enorme vasija.

Si al menos fueran ciertas las últimas murmuraciones. Se hablaba de que el consejo había dado permiso para una expedición de saqueo después del Samáin. Tales razias eran tradicionales entre las fratrias de jóvenes, pero llevaban años en desuso por los pactos contraídos con los romanos. Ahora los pactos estaban rotos. Sin duda Eladus formaría parte de la incursión y tal vez podría hacerse con ganado o con monedas que intercambiar por ganado.

Cantudobua se dio cuenta que ésta era la opción más real para sortear el año y, a pesar de su aguante a la incertidumbre, no pudo dejar de sentir el aguijón de la ansiedad. Saltó de la vasija y salió rauda de la despensa.

Se agachó junto a Monoua y recogió de la estera la harina ya molida. El molino eran dos piedras circulares superpuestas y perfectamente encajadas. En el agujero del eje rotatorio la anciana introducía la bellota y, después de triturarla con la rotación de la muela sobre la solera, la harina caía por la juntura a la estera. Cantudobua echó el producto al cedazo para tamizarlo y limpiarlo de impurezas. Con sus fuertes brazos agitaba el aro de madera de un lado a otro mientras la harina, espolvoreada, caía sobre una artesa.

Monoua se puso a hablar del extranjero. Desde hacía unos días no dejaba de hacerlo: que si era un hombre fuerte, que si era alto, que si trabajaba bien. Cantudobua sabía a donde quería ir a parar.

—Han pasado cuatro años desde que murió Mágilo, tu marido. Todavía tienes treinta y siete: ¿qué esperas para juntarte con un hombre? Y no me refiero a esos amigos que visitas de vez en cuando.

—No quiero volver a repetir la experiencia, con una vez ya es suficiente.

—Mi hijo no fue un buen marido, salió a Abicus, su padre —reconoció Monoua—. Su corazón era grande y alegre, pero no era un hombre que se hiciera respetar.

—Vivo bien así —sentenció Cantudobua—. No deseo otro dueño para esta casa que no sea mi hijo Eladus.

Monoua dejó de moler y dispuso sobre el rescoldo del hogar una parrilla. Después se agachó junto a la artesa y arrancando una pella de la masa que estaba

confeccionando su nuera se puso a moldear las tortas.

Había algo que Cantudobua no podía ocultarse a sí misma: la novedad del extranjero despertaba inquietud en su cuerpo. No era un hombre espectacular: de figura encorvada y, para ser más joven que ella, le faltaban dos dientes. Tampoco parecía muy sano del oído derecho. Su carácter se antojaba extraño y desagradable: sumiso, obediente, los ojos siempre asustados, como los de un niño pequeño o una mujer, y no bebía cerveza. Luego estaba la costumbre de recoger hierbas raras, al igual que un hombre-árbol, para tomarlas después en infusión del modo más inadvertido posible.

A pesar de todo, su cuerpo se alegraba de su presencia: estaba la altura, más que la de la mayoría, y sus brazos y piernas largos y musculosos. Se mostraba reservado y contenido, nada que ver con Mágilo, su marido muerto. Cantudobua pensó que el anhelo que sentía por él era obra de la Divinidad, a la cual advertía más y más en sus entrañas según se acercaba la noche del encantamiento.

El Encantamiento de la Luna, repitió para sí. Supo, con un escalofrío, que entonces ocurriría lo que tuviera que suceder.

Esa tarde el numantino regresó de la sierra cuando no había oscurecido aún. Traía al jumento cargado con los últimos vellones que había esquilado.

—Has terminado antes de la luna llena —sonrió Cantudobua; lucía unas saludables mejillas coloradas en una cara redonda y arrugada por el sol—, la lana será buena y abundante.

Pero el regocijo se desvaneció al comprobar que Abicus no volvía con él. Les explicó a las mujeres que se había ido con otro hombre mayor, un tal Cabuniaeginus, a la Aldea de la Piedra; que allí se celebraba una fiesta y que volvería a la noche siguiente.

Cantudobua miró a Monoua y encontró la angustia en el fondo de sus ojos. El extranjero se percató de la alarma.

—¿Qué-qué es lo que ocurre?

—¿No te ha contado nada de esa aldea? —inquirió Cantudobua.

—Me ha dicho que no está muy lejos, al pie de la sierra; que el río brota allí, de repente, debajo de una roca y que de ahí le viene el nombre al pueblo y al río.

—La Aldea de la Piedra es donde vive el clan de los Meduticos, nuestros vecinos. Hace unas cuantas lunas se celebró allí una boda y Medugenus, el más bravo de nuestra juventud, en una reyerta, mató a un joven de su clan. Desde entonces las cosas están muy mal entre las dos aldeas. Pese a mediar los hombres-árbol, han jurado matar a Medugenus. Nuestros jóvenes y los suyos evitan encontrarse en bodas y fiestas y, ahora, ese estúpido viejo marcha a la Aldea de la Piedra como si no pasara nada.

El numantino sabía quién era el tal Medugenus del que hablaban; lo había visto pelear dos días antes en una campa de la sierra donde se reunían los pastores una vez recogido el ganado en los chozos. Se batió contra un guerrero inmenso llamado

Calaetus, apodado «el oso». Medugenus había logrado derribarlo después de golpearse ambos, los puños ceñidos con una cinta de cuero, casi hasta que el sol se hubo puesto detrás de las montañas. Le llamaban «el campeón de los Docilicos». Decían de él que era el mejor guerrero de Tiermes; también decían que tenía su hogar repleto de cráneos de enemigos vencidos en la lucha.

Monoua permaneció absorta con una ligera mueca de hastío y cansancio.

—El dios Ogmios concede el fuego a la cabeza de los ancianos para que ilumine con la elocuencia y la sabiduría —murmuró—. Pero a ese viejo estúpido lo ha arrastrado con sus lazos a la locura y a la inconsciencia. Triste condición para sus últimas noches en esta casa.

Capítulo siete



Al volver Aliso del bosque, ya casi de noche, con un haz de leña a la espalda, se encontró a Abicus sentado en el banco de la puerta. Había aparecido por la tarde, después de dos días sin dar señales de vida, aunque ya las mujeres sabían, por parientes y conocidos, que los Meduticos no lo habían tratado mal, antes bien, lo habían sacado de un pozo donde cayó estando borracho.

Ellas, atareadas con los preparativos para la Fiesta de la Luna habían optado por no dirigirle la palabra; ni siquiera Atta, la pequeña, se arrimó a él. Abicus, entonces, bajó a la cueva por la trampilla del vestíbulo y reapareció con un cántaro de cerveza, que fue con el que se lo encontró Aliso, más tarde, a la entrada de la choza. Canturreaba una canción improvisada donde daba cuenta de lo que había comido y bebido en la Aldea de la Piedra.

Esa noche, las gentes de la Aldea del Bosque, bajo una luna inmensa y perfecta, comieron, bebieron y bailaron, agrupados en corros delante de los pórticos de sus casas, ayudando a una misteriosa Divinidad a alcanzar su plenitud, tal como Abicus le explicara a un Aliso perplejo, hasta que clareó el alba y se retiraron a las chozas para reiniciar los trabajos cotidianos. Por la mañana, Aliso y Abicus se encaminaron a la ciudad con el jumento cargado de vellones para intercambiarlos por sal y algunas vasijas nuevas donde almacenar la cosecha.

El ajetreo de hombres y animales era mayor que la mañana en la que el numantino llegó a Tiermes. La presencia del tratante de la sal y de carros cargados de sagos, vellones, vasijas de cerveza y hortalizas le hicieron pensar en días señalados de mercado. Como no existía un foro o una plaza pública los puestos se amontonaban donde había un espacio suficiente para ello. Uno de esos espacios era la plataforma rocosa que se abría después de ascender por el pasillo de entrada a la ciudad. Allí estaba el mercader de la sal, un arévaco de Ocillis, que protegía su cargamento con un pequeño grupo de hombres armados.

Abicus quiso intercambiar tres vellones por cierta cantidad, pero el mercader, luciendo una sonrisa mellada entre la barba rizada y negra, le dijo que sólo aceptaba bronce: monedas o cualquier otro objeto. Según el anciano prorrumpía en protestas e insultos, Aliso se fijó en una mujer, cubierta con toca, que depositaba en manos del mercader una fíbula de bronce con la que los celtíberos abotonaban el sago debajo del cuello. Un muchacho que acompañaba al mercader le entregó, entonces, un bloque de sal envuelto en paño de lino.

—Están comprando lana por ahí —gruñó el vendedor mientras señalaba la calle principal—. Si queréis sal, id y volved con monedas.

—Eres un romano miserable —sentenció Abicus.

Se adentraron con el asno por la calle principal buscando compradores. Aliso quiso saber por qué Tiermes no acuñaba su propia moneda. La pregunta no hizo más que enervar más aún al anciano.

—¿Es que acaso crees que estás en una ciudad romana o sometida a los romanos, como Ocillis o las ciudades de los belos? Tiermes es libre y los arévacos libres nunca han necesitado ni de las monedas ni de esos ladrones de mercaderes que trajeron los romanos.

Sin embargo, no fue fácil encontrar comerciantes que compraran sus vellones. La mayoría cogían sólo sagos, pero no la lana sin confeccionar. Abicus levantaba los brazos al cielo y maldecía sin descanso a los mercaderes. Sus piernas arqueadas y su cuerpo desarticulado, así como los exagerados aspavientos, le daban un aire esperpéntico, como un borracho a punto de desmoronarse. Finalmente, encontraron a alguien que puso en sus manos unos cuantos ases de bronce a cambio de los vellones. Abicus les dio vueltas, con curiosidad, delante de los ojos.

—¿Ves? —dijo según señalaba al jinete con la palma—. Secaiza, de los belos. Ahora los belos viven igual que los romanos.

Aliso sabía que los belos eran una tribu que pertenecía a la que llamaban Celtiberia Citerior y que abarcaba el territorio comprendido entre los ríos Iber y Salo. Era una zona más rica que la de los arévacos y muy avanzada en el proceso de romanización.

—Si no fuera porque la sal nos es imprescindible no me prestaría a este juego idiota. Desde siempre hemos intercambiado entre nosotros lo que nos hacía falta y nunca tuvimos que echar mano del dinero ni de los productos de fuera. Tampoco había ningún problema para hacerse con la sal, pero ahora las minas de Ocillis están en manos de los romanos y ellos se aprovechan de nuestra necesidad para robarnos. El mercader de la sal es un arévaco miserable al servicio de los romanos. Viene él a venderla porque sus dueños no se atreven a aparecer por aquí.

El anciano cerraba los ojos para protegerlos del sol de la mañana. A Aliso le pareció que había agudeza en su expresión. Se había detenido en medio de la calle y se había vuelto hacia el numantino.

—Lo mismo pasó con el hierro. En tiempos de mis abuelos, mucho antes de la caída de Numancia, los romanos se hicieron con las minas del monte Chaunus y comerciaron con él. Desde entonces el hierro se ha convertido en algo muy difícil de conseguir y al que sólo pueden acceder los príncipes y los hombres ricos. Antes de la llegada de los romanos, dejábamos las armas de nuestros difuntos en sus sepulturas para que los acompañaran al Más Allá; pero, ahora, pocos lo hacen. La necesidad nos ha hecho ingratos con nuestros propios muertos.

El calor de la mañana iba pesando cada vez más sobre la calle y los ruidos

parecían coger volumen: las voces, el cloqueo de las gallinas, el martilleo de las llantas de hierro sobre el pavimento de roca. También los colores se multiplicaban hasta el vértigo en las prendas, los adornos, los tintes dentro de las talegas.

Después de sortear con el animal los puestos y la multitud se acercaron de nuevo al hombre de la sal. Allí los esperaba una desagradable sorpresa. El bloque de sal que correspondía a las tres monedas no era mayor que el antebrazo de una persona. Abicus se echó hacia atrás y desenvainó su puñal, que blandió en el aire con furia.

—No consentiré que me robes, romano ladrón hijo de perra. Sé muy bien la cantidad que corresponde a tres vellones.

El mercader se echó hacia atrás. Cuatro esbirros desenvainaron las espadas y plantaron cara al anciano. Aliso se interpuso delante e hizo un gesto apaciguador. Detrás, el mercader sujetaba la pieza mientras gruñía con desprecio.

—No sé cuánta sal corresponde a tres vellones, pero si puedo decirte cuál es el precio de esto y es de tres ases.

Abicus lejos de amedrentarse siguió gritando y clamando la cólera de Tokoitos, dios de los pactos y de las transacciones justas entre los hombres. Sin darse cuenta, una pequeña multitud se había arremolinado detrás y coreaba con insultos y amenazas las palabras del anciano. La expresión del mercader se trocó en miedo. Rodeó el carro mientras los hombres de armas levantaban los escudos y se miraban nerviosos.

Algunos centinelas del puesto del portón se abrieron paso entre la gente y se plantaron en medio. Eran más numerosos y mejor pertrechados que los esbirros, así que éstos bajaron sus espadas. Un soldado termestino, que se cubría con un casco de nervio, coronado con las plumas y la cabeza disecada de un gallo, quiso saber qué ocurría. El mercader, lívido, salió de detrás del puesto y se le acercó. Mientras le hablaba al oído gesticulaba sin parar, moviendo los brazos en todas las direcciones. La muchedumbre seguía vociferando y llamándole romano y ladrón. El guerrero se acercó sin contemplaciones a Abicus, con el bloque de sal en la mano, y le repitió el precio fijado por el mercader. El anciano cogió la sal y tiró las monedas a los pies del tratante, al tiempo que escupía en el suelo.

Más tarde, cuando Abicus se hubo repuesto del ataque de cólera, callejearon buscando los alfares donde intercambiar el vellón que les quedaba por alguna vasija. Después de dejar la calle de los curtidores y guarnicioneros, con los poyos de los pórticos abarrotados de escudos, botas, cascos, collarines, cabezales para las bestias de tiro y un sinfín de objetos de cuero, salieron al edificio de adobe situado en lo alto de la ciudad, la curia del consejo de Tiermes.

Su altura y dimensiones, en relación a las chozas que lo circundaban, le conferían un aspecto más monumental de lo que realmente pudiera ser. La fachada constaba de un espacio porticado, sujeto con columnas, que hacía de vestíbulo, y de dos puertas de entrada a las dependencias interiores. Numerosas placas de bronce, de todos los tamaños, habían sido fijadas en el muro de la entrada.

—¿Qué son esas placas? —preguntó Aliso señalándolas.

Abicus estaba todavía excitado por el tumulto. Maldecía sin parar al mercader, pero, por otro lado, se sentía orgulloso de haber encabezado aquel conato de insurrección.

—Yo que sé —refunfuñó—, edictos, resoluciones...

—¿Resoluciones?

—Sí, sobre líos de pastos, de lindes, yo que sé.

Con la confianza de alcanzar a Abicus más adelante, Aliso se acercó al vestíbulo para echarle un vistazo a las placas. Los centinelas no le impidieron el acceso. Aquel era un espacio público y había varios ciudadanos discutiendo delante de uno de los bronce.

Hasta ese momento Aliso no había visto nada escrito en la lengua de los celtíberos, salvo alguna moneda y la leyenda de su tésera de hospitalidad. Siempre había oído que los pueblos celtas, incluidos los celtíberos, eran bárbaros que desconocían la escritura, mas aquellos textos evidenciaban lo contrario. Los caracteres eran los del alfabeto íbero, pero la lengua era la de sus antepasados.

Recorrió con los ojos aquellas hileras de signos, inescrutables a su entendimiento, con excitante curiosidad. Sin embargo, se dio cuenta de la tensión, apenas contenida, de los termestinos que a su lado examinaban una de las placas. Se trataba de tres adultos de aspecto hosco. A pesar de la sobriedad de sus semblantes era fácil advertir la indignación en sus ojos. Murmuraban entre ellos y no dejaban de soltar imprecaciones.

Le vino entonces a la cabeza la conversación que había tenido unos días antes con Ambatus, el vettón.

Ambatus se había sentado a su lado una tarde, en la campa donde se reunía los pastores, y desde entonces solía charlar con él de muchos asuntos relacionados con Tiermes.

Se trataba de un joven esquivo y receloso. Aliso no entendía muy bien por qué se le había acercado, hasta que Ambatus se lo explicó: él también había sido arrancado de su hogar, una ciudad vettona, Ulaca, por la fuerza, a los ocho años. Los arévacos de Tiermes mataron a su familia y se lo llevaron a él y a otros muchos como esclavos.

A Aliso le sorprendió que hubiera esclavos entre los celtíberos. Ambatus le explicó que él ya no lo era, que su captor y amo, un Docilico, después de la iniciación lo había adoptado como hijo, costumbre habitual que se hacía con los niños robados en las razias.

Aunque Ambatus repetía una y otra vez que él ahora era un Docilico a Aliso no le costó advertir un oscuro poso de amargura y resentimiento en el fondo de su alma. Y tampoco le costó identificarse con tal pesar, ya que, igualmente, él había crecido en un ambiente de menosprecio y humillación.

Ambatus era muy perspicaz. Sabía muchas cosas sobre lo que estaba ocurriendo en aquellos días. Le habló de dos bandos irreconciliables: los partidarios de la guerra

y los amigos de los romanos. También le había puesto al corriente de la gravedad de cierto conflicto interno que se vivía en la ciudad-estado desde hacía algunos años.

Aunque ciudad independiente, Tiermes se veía obligada a pagar en plata unos tributos anuales al gobierno de la Citerior. La negativa de los termestinos a acuñar moneda había llevado a que los príncipes se hicieran cargo de la retribución, ya que ellos eran los únicos capaces de reunir la plata necesaria mediante sus intercambios con otras ciudades. En pago, la ciudad les había ido cediendo, poco a poco, la propiedad de las tierras y pastos comunales, de tal manera que la mayor parte de la población, clanes y aldeas, había pasado a ser sierva de los príncipes.

Según Ambatus, había llegado un momento en que ya no se disponía de tierras suficientes para los termestinos libres y los príncipes no admitían más siervos en sus propiedades saturadas de gente. Las malas cosechas de los últimos años habían contribuido, además, a extremar la penuria. Como consecuencia se habían generado tensiones que habían llevado a que el consejo, temeroso de una insurrección sangrienta, dejara de pagar los impuestos a Roma.

“—A los Docilicos no les parece ir muy mal —había comentado Aliso.

“—Los Docilicos mantienen una posición privilegiada, ellos están consagrados al Rey del Bosque y disfrutan con desahogo de campos y pastos.

De improviso una revelación pareció repelerle de la fachada de la curia. Retrocedió dos pasos y trató de cubrir las placas con rápidos vistazos. Aquellos serían los documentos de expropiación de las tierras comunales a manos de los príncipes. Le pareció que la indignación de los tres termestinos tendría que ver, quizás, con alguna llevada a cabo recientemente.

En medio de sus cavilaciones cayó en la cuenta de que llevaba ya allí parado un buen rato y de que tenía que alcanzar a Abicus. Corrió raudo detrás del anciano, pero al adentrarse en la retícula de calles no lo distinguió por ningún lado. Estuvo deambulando entre manzanas de chozas yuxtapuestas, tratando de localizarle a él o al jumento, pero no hubo fortuna. En aquella parte circulaba menos gentío por la calle. De las puertas emanaban olores a gallinero y a harina tostada. Sonaban golpes de mortero y de piedra, también el crujido de la muela al girar.

Al torcer una esquina tropezó con dos hombres. Por la expresión de urgencia que había atisbado en ellos antes de la colisión pensó que, quizás, también buscaban a alguien. Pero los dos tipos no siguieron adelante.

—Acompáñanos —le dijo uno de ellos.

Supo entonces detrás de quién iban. Eran fuertes, de unos treinta años. Ambos se llevaron la mano a la empuñadura del puñal que portaban atravesado en el cinto. El que había hablado lo cogió por el brazo y lo orientó en una dirección. Aliso no opuso resistencia. Luego pensó que una de esas caras la había visto antes, quizás entre la gente de los puestos, en la calle principal.

Después de callejear un buen rato llegaron al otro lado de la ciudad, el que daba al mediodía. Para su sorpresa se encontró con unas cuantas viviendas de construcción

diferente a las chozas habituales. El adobe había sido sustituido por el ladrillo. Alguna ocupaba casi la superficie de una pequeña manzana. Estaban dispuestas en el desnivel, unas encima de las otras o adosadas, y las plantas, zócalos y algunos muros, como siempre, excavados en la arenisca. Las calles eran allí estrechos pasajes de piedra en rampa o escaleras labradas en la roca.

Condujeron a Aliso a la vivienda más grande, la que estaba situada en la parte más alta del barrio. Le hicieron entrar a través de un portón custodiado por un guerrero armado hasta los dientes. Para su sorpresa se halló en un patio central semejante a los atrios de las viviendas romanas. Allí daban todas las dependencias de la casa. Dos muchachas cruzaban en ese momento portando sendas vasijas de aceite. De todas partes llegaban ruidos y olores de los trabajos domésticos. Al numantino le dio la impresión de estar en casa de alguien importante, de uno de los príncipes de los que tanto había oído hablar.

Lo pasaron al recibidor y le dijeron que esperara allí. La estancia era amplia, de paredes blanqueadas con cal. El mobiliario era escaso: una mesa baja, varios taburetes y una butaca de alto respaldo para el dueño de la casa. Lo que atrajo su atención, desde el primer momento, fue el mosaico del suelo. Era sencillo, de piedrecitas y teselas de pequeño tamaño formando motivos geométricos. Tuvo entonces la certeza de que, en cualquier momento, vería a un romano con su toga cruzar la puerta.

Pero no fue un romano quien entró. Se encontró con los ojos de búho en el rostro mofletudo y nervioso del notable que le retuvo, con sus guerreros, a la salida de Tiermes.

Capítulo ocho



—**V**olvemos a vernos, numantino. Creo que ha llegado el momento de presentarme. Mi nombre es Lettondo, hijo de Alisieginus, de los Viscicos.

El príncipe vestía una túnica cuyos bajos estaban ribeteados con hilos de púrpura. De nuevo lucía en el cinturón ricas placas de plata, pero esta vez portaba en el antebrazo un brazalete de oro. Del cuello pendía un colgante de pasta vítrea en forma de rueda con cuatro radios. Detrás lo seguían una muchacha y un muchacho. El chico portaba una crátera y la chica dos copas de pie alto que ofreció al príncipe y a Aliso. Después de servir el vino los dos siervos salieron de la estancia. Lettondo se acomodó en su butaca mientras hacía señas al numantino para que se sentara.

—Habrás podido comprobar que en Tiermes el vino escasea, pero no en mi casa. ¿Sabes de dónde procede? De Campania, es el mejor. ¿No te parece sorprendente? Hace unos años sólo bebíamos el vino que robábamos, pero ahora las cosas están cambiando, ahora podemos disponer de vino y de aceite. Y de muchas más cosas.

El príncipe levantó la copa, de barniz rojizo, para indicarle que también era romana.

—Por desgracia aquí todavía no llegan estos productos, pero todo se andará. Yo, por mi parte, tengo buenos contactos en Contebacom Belaisca, en Saldui, incluso en Tarraco, y no me faltan suministros.

Lettondo se contuvo. Al ser un hombre nervioso la verborrea parecía arrastrarlo y ello no le agradaba. Vaciló. Su papo y sus mofletes empezaron a temblar, como si en su interior pugnarán miles de voces. Aliso sintió curiosidad por aquella mezcla extraña de fragilidad y astucia. De repente brotó la misma sonrisa desconcertante de siempre.

—Pero ya te habrás dado cuenta de cómo están las cosas por aquí.

El numantino se encogió de hombros. No entendía a qué se refería el príncipe.

—Siguen ciegos a lo que pasa en el mundo. No se dan cuenta de los cambios que suceden a su alrededor. No quieren aceptarlos. Prefieren seguir viviendo en sus chozas de barro, con sus costumbres ancestrales, con su miseria. Prefieren despreciar el comercio, las monedas y la agricultura, aun cuando se mueren de hambre, seguir transitando por caminos polvorientos y soñar con las razias que antaño les hicieron poderosos.

Lettondo apuró el vino de la copa y dio una voz al siervo para que acudiera con la crátera. Parecía buen bebedor. A ello atribuyó Aliso el tono sanguíneo de la nariz y de

las mejillas.

—Los titos y belos, por el contrario, han sabido adaptarse a los nuevos tiempos. Tendrías que ver sus ciudades: la nueva Secaiza, Bílbilis, Contebacom Belaisca. Han evitado el enfrentamiento y han aprendido de los romanos a explotar sus recursos de modo conveniente. Han construido canales de regadío que hacen productivos los campos yermos. Las espadas que se forjan en Bílbilis o en Turiasu son ahora conocidas en el mundo entero. La red de calzadas permiten que el vino y el aceite lleguen hasta la última aldea. Tienen moneda y el consejo regula la mayor parte de la vida de las gentes. Créeme, numantino, en breve serán más poderosos que nosotros, y, además, con las simpatías y el favor de los romanos.

Había vehemencia y amargura en sus palabras.

—No hace muchas lunas un legado romano fue mi huésped, sí, numantino, mi huésped. Enseguida vio claro cómo solucionar el principal problema de esta ciudad: la escasez de agua. Habrás observado que el riachuelo que viene de la Aldea del Bosque baja con poco caudal. Resulta insuficiente para una ciudad como Tiermes, especialmente en la Estación Luminosa. El romano habló de un acueducto desde la Aldea de la Piedra hasta aquí. Allí el río es caudaloso y podría ceder parte de su agua. También planteó un sistema de canalización para distribuir el riego por la comarca. ¿Crees que los termestinos se prestarían a tales empresas? Son arévacos y los arévacos prefieren el saqueo o estar con sus ovejas en la sierra antes que emplearse como albañiles o labriegos.

De nuevo hizo una pausa para beber. Aliso se movió inquieto en el taburete. Lettondo pareció adivinar sus pensamientos.

—Escucha, numantino, lo que quiero decirte es que la situación es muy grave. Existen grupos y clanes en esta ciudad empeñados, desde siempre, en un enfrentamiento frontal con Roma y esos grupos han empujado al consejo a tomar fatales decisiones, como dejar de pagar el estipendio anual o permitir el desbordamiento de la población sin tierras hacia Ocillis. ¿Sabes cuáles son las consecuencias? La guerra es inminente, una guerra que está perdida de antemano porque contra Roma no hay ninguna posibilidad. El fin de Numancia fue elocuente para todos.

Aliso continuaba con la misma expresión interrogante.

—Dentro de poco, en el santuario del bosque, tendrá lugar una asamblea de ciudades de la Celtiberia. Vendrán legados de los arévacos, pelendones, titos y belos. Pretenden constituir una confederación que plante cara a Roma, como hace unos años hicieron contra los cimbrios.

Volvió a sonreír. Las bolas negras de los ojos dejaron de bailar y parecieron fijarse en una intensa mirada. El numantino hubiera deseado poder sustraerse a aquel examen.

—Tú estarás allí. Puedes estar seguro, te lo digo yo. Se solicitará tu servicio como informador. Has vivido un tiempo en Ocillis al servicio de un legionario, por fuerza

tienes que tener información sobre la guarnición: asuntos de armamento, defensas, avituallamiento. Entonces dirás que los efectivos son numerosos, mucho más de lo que se pudiera pensar. Digamos una legión entera. También dirás que es inminente la llegada de un ejército consular a Tarraco, el cual llegaría a Tiermes antes del Samain.

Aliso permanecía inmóvil bajo la mirada paralizante del príncipe. Este la mantuvo un rato para reafirmar su control sobre la situación. Parecía dar a entender que en su exposición de los hechos no había alternativas. Al menos Aliso había llegado al fondo de la cuestión, al porqué del interés del príncipe en un prófugo miserable.

—Aún hay más. Ahora eres huésped de los Docilicos y, como sabes, los Docilicos custodian el Bosque Sagrado y están al servicio de los hombres-árbol. El poder de los hombres-árbol sobre las gentes, basado en la videncia y en la magia, está en decadencia, aunque se mantiene vivo, y por ello son los más firmes defensores de la independencia. Ellos no tienen cabida en el nuevo mundo y lo saben. Quiero que estés atento y que me cuentes cualquier cosa que puedas oír en el bosque, por muy insignificante que te parezca.

Los pensamientos del numantino parecían aplastados bajo el peso de una inmensa losa. La misma opresión le estrujaba el pecho hasta quitarle el aliento. Asentir era algo obvio, inevitable. Entonces le vino a la mente la imagen de Abicus gritándole al comerciante de la sal como un energúmeno y blandiendo la espada en el aire.

—¿Y si me niego? —Aliso se dio cuenta de que era lo primero que decía en toda la conversación.

Lettondo lo miró con curiosidad y rompió en carcajadas. Su risa era histérica y exagerada. Dio una voz y se acercó a la puerta para recibir al muchacho con el vino. Después lo despidió con un gesto de impaciencia.

—Vamos —dijo volviéndose hacia Aliso—, dejémonos de monsergas, ¿crees que a mí me has engañado? A mí no me engañas, a los demás puede que sí, pero a mí no.

El numantino se encontró con la sonrisa de siempre, una sonrisa que terminaba por resultarle odiosa. El príncipe miró hacia la puerta y bajó el tono de voz.

—Tengo contactos en Ocillis y sé que, en estos momentos, hay más gente como tú en Tiermes. Ya te dije la primera vez que nos vimos que me trae sin cuidado que seas un espía.

El numantino guardó silencio. Lettondo relajó la expresión y le dio un trago a su copa. Cuando se encaró de nuevo con Aliso había una sombra en su mirada.

—Puede que me equivoque contigo, numantino, pero quiero advertirte del riesgo de no escoger el bando adecuado en estos tiempos difíciles.

El príncipe se había puesto serio. La cara ya no le temblaba. Los ojos se tornaron fríos.

—Tarde o temprano los romanos se harán con Tiermes y tú sabes qué trato reservan a los trásfugas.

Más tarde Aliso estuvo buscando a Abicus por toda la ciudad. Lo encontró en la

calle principal, sentado en un banco a la entrada de una choza, parlotando y riendo con otros dos ancianos mientras bebían celia, la cerveza de trigo. Uno de ellos acariciaba su estómago con la mano extendida y se desternillaba exhibiendo en medio de la encía superior un único diente. Abicus se encontraba en unas condiciones lamentables y apenas lograba farfullar las aparatosas correrías que había vivido detrás de una viuda de la Aldea de la Piedra. Acompañaba el relato de muecas y gesticulaciones y los dos amigos, y el mismo Aliso, no pararon de reír un buen rato.

Atardecía cuando abandonaron la ciudad camino de la aldea. Retazos de sol doraban las verdes espigas de los campos, allí donde no llegaban todavía las sombras. Mujeres y muchachos regresaban de las huertas o recogían las cabras y vacas de los pastos. También regresaban las partidas de pastores de la sierra, portando vellones, leña y piezas de caza. Los cálidos rayos del final del día, después de la dureza del invierno, parecían despertar los ánimos de aquella gente: los hombres y las mujeres reían y tonteaban y los cantos se sucedían a lo largo del sendero. Eran canciones espontaneas cuyas letras inventaban para expresar la alegría o para describir a la muchacha o al muchacho amado.

Aliso estuvo dándole vueltas a lo que le había contado Lettondo. Para el príncipe, los cambios que traían los romanos eran buenos y veía a sus propios compatriotas como bárbaros e incivilizados. Su modo de pensar, su manera de vivir, estaba ya mucho más cerca del mundo romano que del de los arévacos.

También acudieron a su mente imágenes de su antiguo hogar: Tarraco. No le fue difícil ver los puentes, los acueductos, los suntuosos edificios públicos y privados que tanto admiraba Lettondo. Recordó las vastas explotaciones de cereales que se extendían alrededor, en el antiguo territorio de los cosetanos. La producción era mil veces superior que la de los descuidados campos termestinos. Pero entonces le vino la imagen de la ingente masa de esclavos que, todos los atardeceres, se movilizaba por los caminos hacia las haciendas de los amos. Su gesto nada tenía nada que ver con el de los arévacos que ahora se cruzaba. Aquéllos eran rostros desencajados por el agotamiento y la desesperación; rostros vejados por el sol y la impotencia. Y detrás, siempre, la partida de soldados presta a aplastar el mínimo ademán, el mínimo conato.

También rememoró a su antiguo amo y esposo de su madre, Ucalegón Cuadratto, haciendo préstamos en plata a pequeños y medianos campesinos indígenas para que pudieran hacer frente a los impuestos. La pobreza de esta gente era extrema y la mayor parte terminaba cediendo el terruño a los colonos más competitivos, normalmente hacendados romanos o aristócratas íberos que contaban con latifundios y cuadrillas de esclavos. En las calles y en el foro de Tarraco cada vez se veía a más gente sin recursos viviendo de la mendicidad.

Abicus trastabillaba por el sendero con una mano aferrada a las alforjas del asno. De repente se detuvo, permaneció inmóvil unos breves momentos según se tambaleaba hacia atrás y delante y, una vez repuesto, reanudó el camino. Canturreaba

el lamento con el que solía culminar la embriaguez: que ya era demasiado viejo, que sentía cómo la Divinidad abandonaba su cuerpo y que ya no se le empinaba, que advertía en su cuello la cadena con la que el dios Ogmios lo arrastraba hacia el Otro Lado, que debía haber muerto mucho antes, cuando era joven, en el fragor del combate.

Aliso, por su cuenta, hizo una reflexión sobre su situación entre los Docilicos. Llegó a la Aldea del Bosque con la intención de dejar atrás una vida degradante y miserable y había tratado de hacerse un hueco en la forma de vida de sus antepasados. Sólo aspiraba a vivir de un modo anónimo y digno el resto de los años que pudieran quedarle. Pero ahora veía que las cosas se habían complicado, que no bastaba con pasar los días entregado a los trabajos y a las costumbres; no era tan fácil, tarde o temprano tendría que decidir quién era él y cuál era su causa.

Capítulo nueve



Una mañana, al agacharse Cantudobua para despertar a Monoua comprobó que la anciana estaba muerta.

Dieron el aviso a unas mujeres que partían a la ciudad para que se lo comunicaran a los parientes que la difunta tenía en Tiermes. Abicus, su hijo Atilio, dos de sus hijos y Aliso marcharon a cortar leña al bosque con la que preparar la pira. El anciano se lamentaba de que Eladus, el otro nieto, no pudiera asistir a las exequias por culpa de la iniciación.

Al día siguiente por la tarde se había congregado en la puerta de la choza un nutrido grupo de parientes llegado de la ciudad. El cadáver había sido dispuesto en el vestíbulo, encima de una estera anudada, a lo largo, a dos palos de tejo. La rígida palidez de su rostro recortado por la toca; los collares, broches y brazaletes con los que había sido engalanada; todo ello le confería una apariencia de exvoto. El aroma del incienso de enebro, quemado en un pebetero, a su lado, endulzaba la estancia.

De vez en cuando entraba algún pariente a despedirse de Monoua. Se inclinaba a su lado y soltaba una parrafada repleta de lamentos y de consejos para la nueva vida. Parecían convencidos de que la anciana los oía. Incluso entraron a despedirse varias mujeres de la aldea con recados para sus muertos. Esperaban que Monoua, en el País de los Bienaventurados, se pusiera en contacto con los parientes difuntos y les transmitiera sus requerimientos.

Como era costumbre, esperaron hasta que las sombras del atardecer cayeron sobre la aldea para conducir al cadáver, en procesión, hasta el cementerio. Este no se hallaba demasiado lejos del poblado. Estaba situado en un claro próximo al río, a la sombra del promontorio rocoso. No había ningún murete que delimitara el recinto y las estelas de piedra se esparcían por doquier sin un orden premeditado.

La pira se levantaba sobre un empedrado que había sido dispuesto por la mañana con cantos del río. Depositaron a la muerta encima del montículo de leña y le prendieron fuego. En breves instantes una vigorosa hoguera envolvió el lecho de ramaje donde descansaba Monoua. Los cánticos y las flautas se sumaron al crepitar de las llamas. Parte de los parientes formaron una rueda y comenzaron a bailar, de modo cadencioso y contenido, girando siempre hacia la derecha.

No pararon ni siquiera cuando el fuego terminó de consumirse. Se sacrificaron dos corderos y dos gallinas y se derramó su sangre en el hoyo dispuesto para recibir la urna. Después se apartaron unas brasas y se asaron encima los animales. Las

mujeres sacaron las tortas, los quesos y las bellotas asadas con miel. Poco a poco comenzó a menguar la cerveza de la enorme vasija que descansaba en la corriente del río.

Cuando hubieron dado cuenta de las viandas y de la bebida la oscuridad era completa. Cantudobua le comentó a Aliso que las noches de luna nueva era el momento idóneo para el tránsito al Más Allá, porque la distancia entre las dos orillas se hacía más corta.

—Es la primera vez que veo celebrar de noche un funeral —murmuró el numantino.

—Los hombres somos hijos de la noche y a la noche volvemos cuando morimos.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Los hombres-árbol nos han dicho siempre que la noche es anterior al día, y que el Otro Lado, el lado al que ahora parte Monua, precede a éste, al de la vida, al que se inicia con el llanto del recién nacido.

—¿Quieres decir que cuando venimos a este mundo ya existíamos antes en el Más Allá?

A la mujer le costaba creer que Aliso ignorara algo tan elemental.

—La noche es anterior al día, no al revés. Acaso has oído que alguien cuente el tiempo con los días, se hace con las noches. Primero es la noche y luego el día. Sucede lo mismo con el año. El año inicia su ciclo en la mitad oscura, no en la luminosa.

El numantino cayó en la cuenta de algo que llevaba escuchando desde que vivía con aquellas gentes, pero en lo que no había reparado hasta entonces. Nadie decía que faltaran veinte días para comenzar la cosecha, sino que faltaban veinte noches.

—En el ciclo de cualquier vida hay una parte oscura y otra luminosa. Los hombres somos hijos de la noche porque nuestro lado no es éste, el luminoso, sino el otro. La muerte y el nacimiento no son más que los umbrales que unen este mundo con el Más Allá. La Divinidad golpea con su mazo y entonces nacemos, vuelve a golpear de nuevo y entonces morimos.

A la luz de las antorchas Abicus, Atilio y los hermanos de Monoua apartaron de la ceniza los restos del cadáver. Trocearon con una piedra los huesos del cráneo y los más largos de los brazos. Los introdujeron en la urna. Añadieron ceniza y los adornos de bronce, hierro y pasta vítrea. Algunos, los que ya no cabían, los depositaron fuera del recipiente, en el mismo hoyo. Lo hacían todo con cuidado, como si objetos y despojos pudieran deshacerse en las manos.

Una vez la urna en el agujero colocaron a su lado cerveza y comida para que la difunta disfrutara, también, del último banquete con sus parientes. Después de más libaciones con leche y miel cerraron el hoyo con varias lajas y enderezaron una de ellas para que hiciera de estela. Algunos volvieron a desfilar ante el hito de piedra para despedirse y darle las últimas recomendaciones. Mientras, los cánticos se elevaban por encima del fulgor de hogueras y antorchas y se desvanecían en la

inmensa alfombra de estrellas que latía sobre sus cabezas.

Cuando regresaron a la aldea en procesión no cesaban los tropiezos y los gemidos de los que más habían bebido. Dos sombras chocaron en la oscuridad y, rabiosas, comenzaron a darse de golpes. Al ir a separar a los agresores, varios de los que se metieron en medio salieron con algún mamporro y, de inmediato, se sumaron a la pelea. La oscuridad impedía saber con exactitud quién pegaba a quién. Los luchadores se contentaban con sacudirle al que tenían al lado. Los gritos y gemidos de dos bultos que rodaban por el suelo reveló que algunas mujeres también se habían enzarzado. De no ser por la enérgica interposición de los hombres de mayor autoridad, blandiendo éstos las antorchas con furia, la refriega se hubiera contagiado a toda la comitiva. El enfrentamiento se desvaneció con la misma celeridad con la que se encendió. Los unos ayudaron a incorporarse a los otros y todos volvieron juntos a la aldea. Allí los que habían venido de Tiermes se repartieron entre las chozas de Abicus, Atilio y los hijos de Atilio.

Al día siguiente Aliso buscó el momento adecuado para abordar a Cantudobua y seguir hablando de la muerte de Monoua. Al final de la tarde se sentó junto a la mujer, en el poyo del pórtico, cuando ella batía la leche en un cilindro de madera, sujeto entre las rodillas, donde hacía la mantequilla. El numantino le habló del funeral de su madre y le contó que los romanos sentían verdadera aversión ante la muerte.

—Ellos sienten la urgente necesidad de purificarse a sí mismos y a cualquier espacio u objeto que haya estado en contacto con el difunto. Piensan que la muerte es una especie de tinte que mancha fatalmente a quien no tiene cuidado. Dicho tinte sería la causa de la descomposición y de la putrefacción de la carne.

Cantudobua lo miró con curiosidad y meditó sus palabras antes de hablar.

—La muerte no es algo terrible, ya te dije que es un umbral, un tránsito. La carne se pudre y se reintegra a la tierra, su lugar de origen, y el alma, que habitualmente reside en los huesos largos y en el cráneo, inicia su viaje al Más Allá. El fuego acelera el cambio: la carne se funde con rapidez en la tierra y los huesos quedan liberados. Se necesitan tres noches antes de que el espíritu, poco después del ocaso, abandone definitivamente los huesos contenidos en la urna. Se dice, entonces, que el espíritu se eleva en el aire nocturno convertido en pájaro o que sigue el curso de la corriente convertido en pez.

Aliso señaló un mirlo en la rama de un árbol.

—¿Un pájaro puede ser un difunto?

—Sí, y también lo puede ser un pez. No todos los pájaros y todos los peces son pájaros o peces.

—Pero ¿tú puedes distinguirlos?

—Para mí no es fácil. Un hombre-árbol sabe en todo momento que clase de criatura tiene delante, pero un hombre cualquiera carece de ese don. Aún así hay ocasiones en que no cabe ninguna duda. Cuando murió mi marido, Magilo, una alondra de cabeza blanca estuvo rondando el cementerio varias noches; nunca antes

había visto una alondra como aquella.

El pensamiento de Aliso estaba confuso. Cantudobua advirtió su zozobra.

—Se necesita ser un pájaro o un pez para llegar al Otro Lado. Nada que esté en contacto con la tierra podrá llevar a cabo el tránsito.

—¿Por qué?

—Porque la Divinidad se contagia desde la tierra a todos los seres, es la fuerza vital que nos mantiene vivos y sujetos a este mundo. Nada que participe de ella podrá escaparse de él. El pájaro y el pez se mueven en el aire y en el agua y escapan al influjo de la tierra.

Después de un breve silencio Aliso le comentó a Cantudobua que le parecía mayor la aflicción que sentían los romanos por la pérdida de los seres queridos que la que había podido observar entre ellos la noche anterior.

—Te equivocas si crees que no hay tristeza en mi corazón por la muerte de Monua. Me entristece pensar que ya no compartiré su dulce compañía en este banco al caer la tarde. Pero para nosotros la muerte no significa nada salvo que ha terminado la mitad del camino. No tardaré mucho en dar yo también ese paso y entonces volveré a disfrutar de su compañía y de sus tortas de miel.

—¿Cómo es el Otro Lado del que tanto hablas?

—La otra orilla, el Más Allá, pocos han vuelto para poder contarlo, sólo los dioses y los héroes. Nuestras leyendas hablan unas veces de una llanura, otras de una isla allí donde el sol se hunde en el mar. Cuentan de un árbol inmenso en medio de la Tierra de los Difuntos, cuyos frutos, siempre inagotables, protegen de la necesidad y de las enfermedades a los hombres y les otorgan sabiduría y eterna juventud.

—¿Y tú crees que exista ese lugar?

Cantudobua pensó la respuesta mientras batía con fuerza en el cilindro.

—No sé como es el Otro Lado, pero sí sé que allí volveré a encontrarme con mis parientes y con mis vecinos y con eso me basta.

A Aliso le sorprendió el conocimiento y la elocuencia con el que Cantudobua había respondido a sus preguntas. Después de carraspear así se lo dijo, aunque no pudo evitar que le temblara ligeramente la voz. Cantudobua rio abiertamente, con alegría. Todavía recordaba la expresión embobada del numantino cuando ella, el pasado plenilunio, lo cogió de la mano, lo sacó de las ruedas de danzantes y lo arrastró a la floresta, donde le mostró sus pechos redondos y blancos como panes.

—Hasta Atta, la pequeña, podría decirte lo mismo —exclamó halagada—. No hay asunto que importe tanto a un celtíbero como el que concierne al Más Allá. Desde niños hemos escuchado mil historias sobre el País de los Muertos.

Capítulo diez



Al atardecer Aliso regresó a la aldea con las cabras. Subía por una vereda, paralela al arroyo, cuando uno de los animales se escabulló por un paso entre la broza que enmarcaba el sendero. El numantino salió detrás y se topó con una zona de huertos. Las mismas zarzas servían de linde entre unos y otros y daban un aire laberíntico al terreno.

Después de buscar un rato encontró a la cabra en medio de una pequeña pieza de legumbres que el animal arrancaba y rumiaba con fruición. Varias berzas habían sido seccionadas de los surcos y destrozadas. Los caballones estaban desmenuzados por las pezuñas del animal. A simple vista el entuerto era considerable.

Según tiraba Aliso del cuerno para sacarla de allí lo antes posible apareció un hombre con una vara de avellano en la mano. Su expresión era de perplejidad, como no dando crédito a lo que estaba viendo. El numantino trató de explicarle el percance pero apenas le dejó hablar. Levantó el palo y descargó un potente golpe sobre la cabeza que le hizo desplomarse como un saco de piedras.

Cuando volvió en sí estaba tumbado sobre la tierra removida del huerto. Advertía en el lado derecho de la cabeza una quemazón aguda. Se echó la mano y comprobó que tenía un chichón importante encima de la oreja. Tardó unos instantes en reponerse y en recordar lo sucedido. Miró a su alrededor; no había rastro del hombre ni de la cabra.

Los animales andaban dispersos por el sendero, pero no tuvo dificultad para reunirlos. Estaban todos menos la cabra díscola. Aliso se sentó a un lado y sometió la cabeza a un detenido examen. La más mínima presión sobre la zona tumefacta despertaba un dolor punzante.

Pasó por allí Ambatus, el vettón raptado de niño, con la azada al hombro. Al ver el estado lastimoso del numantino se agachó a su lado y le preguntó por lo sucedido. Aliso le refirió la historia. Después de oírla el joven suspiró y frunció el ceño.

—Ese huerto es de Cominius; sin duda ha decidido coger la cabra como reparación por los destrozos.

—¿La cabra? Apenas había arrancadas dos o tres verduras. No valen ni la pezuña del animal.

—Cominius siempre dirá que tu cabra saltó a su pieza y la destrozó.

Siguió un tenso silencio. Aliso estaba realmente afectado.

—La familia de Cantudobua no puede prescindir de ningún animal para este

invierno. Su vaca está muy enferma.

—Te diré lo que debes hacer —le dijo Ambatus—. Tienes que ir a ver a Cominius y decirle que te devuelva la cabra, que ya has pagado con el golpe que te propinó. Si se niega lo golpeas entonces tú en la cabeza y te la llevas por la fuerza. Conviene que cojas un palo de avellano cuando vayas a su encuentro.

Aliso suspiró con fuerza, como si aquella empresa le resultara inconcebible.

—Ese hombre parecía muy fuerte.

—Créeme, no puedes hacer otra cosa —insistió el vettón con gesto displicente—. Pronto se sabrá en la aldea y si no peleas por lo que es tuyo la gente te perderá el respeto.

Más tarde, ya en la choza, Aliso volvió a referir la historia delante de Cantudobua y Abicus. Cuando terminó, el anciano se lanzó hacia la espada que colgaba en la pared.

—Ese ladrón miserable pagará caro la cabra. ¡Cominius, hijo de Doiderus! El padre ya era traicionero y mangante y el hijo no se ha quedado atrás.

Cantudobua se puso en la puerta y le cortó el paso.

—No te corresponde a ti recuperar el animal —le gritó.

Ambos miraron a Aliso. Abicus retrocedió hasta él y le entregó la espada.

—Ajústale las cuentas a ese malnacido —dijo con emoción.

—No —añadió Cantudobua.

La mujer cogió de un rincón un palo de avellano y se lo alcanzó a Aliso.

—No es un asunto que haya que resolver con el hierro, no hay por qué empapar de sangre la tierra.

Aliso dejó caer el palo y salió fuera. Cantudobua se lo encontró sentado en el pórtico tanteándose con la mano el chichón.

—¿Es qué pretendes quedarte sentado sin hacer nada? ¿Acaso te vas a echar a llorar?

El numantino la miró bruscamente, pero no abrió la boca. Ella no se compadeció de su zozobra.

—Mi hijo Eladus volverá de la iniciación después del Encantamiento del Sol, ¿habrá que esperar hasta entonces para recuperar la cabra? Abicus no tiene ninguna oportunidad con ese ladrón. Créeme, si no estuvieras tú o mi hijo yo misma la traería.

—No es fácil para mí. Estoy acostumbrado a los golpes, he recibido miles en mi vida, pero nunca he devuelto ninguno.

La cara de Cantudobua se deformó con una mueca de desprecio y decepción. Parecía furiosa consigo misma por haberle concedido sus favores al numantino la noche del Encantamiento de la Luna.

—No ha cambiado tu condición entonces —le escupió—, sigues siendo un esclavo miserable.

Al día siguiente fue Medugenus quien lo apartó a un lado según hacía la higiene en el riachuelo.

—He oído de tu altercado con Cominius. Te advierto que no te queda otro remedio que plantarle cara, si no quedarás como un cobarde delante de todos.

Aliso lo miró con asombro. No esperaba que «el campeón de los Docilicos» se inmiscuyera en aquel asunto. Se trataba de un joven de unos veintiséis años, alto, nervudo, de miembros largos y manos y pies inmensos. Sujetaba su vigorosa cabellera con una banda. Supo entonces por qué le apodaban también «Cabeza de Piedra»: la frente era amplia y algo irregular; parecía sobresalir levemente de la cabeza, por encima de los ojos, como si llevara alojada una piedra considerable en su interior.

Aliso se mostró desconcertado por la atención que le prestaba el formidable guerrero. Creyó que era verdad lo que venía sospechando: que lo vigilaban. Pero el tono de Medugenus había sonado cordial, incluso amigable.

Al ver que Aliso no le confirmaba su deseo de revancha la expresión de «Cabeza de Piedra» se tornó fría.

—Si no defiendes tu propia dignidad, ¿quién esperas que lo haga? Ningún Docilico moverá un dedo: Cominius es uno de los nuestros. Si hubiera sido alguien de otra aldea la cosa sería distinta. Ahora eres tú el que tienes que partirle la cabeza a ese ladrón ¿Vas a dejar que tenga que hacerlo, en tu lugar, un muchacho o una mujer?

Aliso pasó ese día solo, de nuevo con las cabras, en un paraje agreste a los pies de la sierra. Allí tuvo oportunidad de pensar sobre el asunto.

Para Cantudobua y los demás era muy importante que él reaccionara. Nada tenía que ver la actitud de aquella gente con el estoicismo que predicaba Terencio Rufino.

Había conocido al filósofo en la taberna que servía de reunión a esclavos y libertos del poblado de las barracas. Era el tutor de los hijos del cuestor del campamento, un esclavo ilustrado que se había formado en Roma, en círculos próximos a los Escipiones. Contaba que había tenido oportunidad de conocer a Panecio, el gran filósofo griego de la época.

Su aspecto le había llamado la atención, desde el primer momento, porque se acercaba más al de un ciudadano libre, bien alimentado, que al de un esclavo. Y más le maravilló saber que, él mismo, había financiado, con su propia pecunia, la taberna donde se congregaban.

Terencio Rufino fue la gran referencia de su vida, especialmente en los difíciles años de la juventud. Su amistad lo alivió de la rabia que lo consumía y de la atroz visión que guardaba de los hombres y del mundo.

De su boca escuchó por primera vez ideas subversivas, ideas que calarían para siempre en su alma: los esclavos no son animales, no son seres inferiores, bárbaros que han nacido para esa función; todos los hombres son iguales y es tan sólo un golpe de fortuna lo que a unos hace esclavos y a otros amos.

Desde siempre, para Ucalegón, su amo; para Aulo, su hermanastro, y para todos los romanos que conocía, él era el numantino, el bárbaro, una especie de animal envilecido por la semilla del padre cuya única condición a la que podía aspirar era a

la de esclavo. Las propias leyes romanas lo tenían por tal. El amo podía disponer de su cuerpo y de su vida como se puede disponer de la de cualquier otro animal doméstico. Él mismo había terminado creyéndoselo después de años de servidumbre.

Las conferencias de Terencio y sus charlas con él lo ayudaron a trabajar consigo mismo para poder conciliarse minimamente con la existencia, para aceptar el peso de un destino infame: la felicidad en esta vida no depende de las circunstancias externas, la verdadera felicidad está en la propia virtud, en el desapego de las contingencias que nos depara el destino. Lograr ese estado de indiferencia es lo que nos libera de la cruel arbitrariedad de nacer esclavo.

Creyó con sinceridad que, con la disciplina estoica, podría llegar a ser más feliz que Ucalegón, siempre agobiado y pendiente de las tierras prometidas con la licenciatura, y durante un cierto tiempo disfrutó de una quietud en el espíritu hasta entonces desconocida.

Ahora tenía que recuperar la cabra y devolver el golpe al infractor. Para los estoicos la lucha no estaba en tratar de cambiar las cosas sino a uno mismo. Nunca le oyó decir a Terencio que hubiera que cortarle el cuello al amo, como lo habían hecho los esclavos de Sicilia. Un esclavo debe preocuparse por hacer su cometido lo mejor posible, es su deber, y el amo debe de tratar de hacer lo mismo con el suyo. La fatalidad de un amo cruel y arbitrario se tiene que sobrellevar logrando que sus excesos no logren afectar el ánimo templado con la meditación y la disciplina.

No parecía aquella la actitud de los arévacos. Era una cuestión de dignidad personal el recuperar la cabra. Él nunca había devuelto un golpe, ni había osado protestar o levantar la voz al amo. Por eso, para aquella gente, la esclavitud era la indignidad y, la muerte, algo antes preferible.

Al atardecer sacó del morral el queso y la torta y se sentó en una piedra. Esta vez la calidez del poniente y la frescura de los olores lo sumieron en una extraña melancolía. El tañido lejano de un cencerro le hizo sentirse solo y desarraigado.

El estoicismo de Terencio yacía muerto en su espíritu. Sucesos terribles del pasado lo habían enterrado para siempre. El desapego había dado paso al embrutecimiento. Durante mucho tiempo no quiso ni pensar ni sentir. Había vuelto a su condición original, a la del animal que nunca dejó de ser.

Después de encerrar a los animales cogió un palo considerable de la leñera. Rodeó la manzana y se plantó en la calle principal. Una mujer, que pareció leer sus intenciones, le explicó cuál era la choza de Cominius. Estaba a la entrada de la aldea, en la misma calle.

No había nadie bajo el pórtico de la vivienda. Aliso vio asomarse por la puerta de al lado a un anciano.

—¿Dónde guarda Cominius las cabras? —lo interrogó.

—¿Por qué no se lo preguntas a él mismo? —contestó.

El numantino vaciló unos instantes delante de la entrada. En el interior se oía el golpe seco de la piedra sobre la solera del molino de mano. Una niña, de rostro sucio,

se plantó delante de Aliso y lo miró con ojos muy abiertos. Después desapareció dentro del vestíbulo. Se interrumpió la molienda. Se oyeron voces y gritos. Cominius salió a la puerta con el bastón en la mano.

Aliso se encontró con un hombre de más de cuarenta años, ancho y fuerte. Pero lo que le daba un aire temible era sus ojos fríos e insensibles en un rostro recortado por la barba. Detrás asomaron dos jóvenes con el mismo gesto y con sendos palos.

—Devuélveme la cabra que me robaste —el numantino ensayó un tono amenazador.

Cominius levantó el palo para asestarle un golpe pero Aliso, que estaba en tensión, pudo fácilmente retroceder un paso y evitarlo.

Los dos contendientes se situaron en el centro de la calle. Allí el suelo estaba pavimentado con piedras menudas y los pies se agarraban mejor. Los hijos de Cominius lo flanquearon y se aprestaron para la pelea, pero la voz de Medugenus, a sus espaldas, los detuvo.

—Esto es entre Cominius y el numantino —gritó Cabeza de Piedra.

Su tono era lo suficientemente grave como para que el padre lanzara una mirada a sus hijos y estos retrocedieran unos pasos.

También localizó Aliso, detrás, la voz entusiasta de Abicus.

—Dale a ese cabrón.

Un rápido reojo le reveló que un nutrido grupo de gente se había congregado alrededor y, entre ellos, le pareció distinguir la fuerte figura de Cantudobua.

Cominius comenzó a gritar su nombre y el nombre de su padre, y el de su abuelo y bisabuelo. Explicó que su abuelo había combatido a los romanos cuando estos trataron de rendir Tiermes, en tiempo del antepasado Aliomus, hijo de Coronerus, hijo de Vicanus y Mentina. Después insultó a Aliso. Puso en evidencia su condición de esclavo prófugo, hijo de una prostituta, e improvisó una tanda de mentiras y bajezas con las que humillarlo.

Durante el tiempo que peroraba no cesó de dar pequeños saltos y de girar de derecha a izquierda. Entre gritos y movimientos fue irritándose más y más hasta convertirse en un auténtico energúmeno.

Aliso asistía aturdido a aquella especie de pantomima sin saber por qué no empezaba de una vez a pelear.

La embestida tuvo lugar de repente. Antes de que pudiera reaccionar una lluvia de golpes se abatió sobre él obligándole a doblar las rodillas y postrarse hacia delante. Apenas le dio tiempo de soltar el palo y cubrir, con los antebrazos, la cabeza. Los impactos se repartieron, entonces, por la espalda y los costados.

Aliso pensó que iba a sucumbir. Vio su única oportunidad en el intervalo que mediaba entre un golpe y el siguiente. Abandonó con un movimiento rápido su posición defensiva y recuperó del suelo el bastón, con el que descargó un potente golpe en la rótula de Cominius. Este, pillado por sorpresa, cayó también al suelo, de rodillas, y allí, una vez enfrente, a su misma altura, Aliso le propinó un potente

bastonazo en la sien que le hizo desplomarse en el suelo.

Todo había sucedido muy rápido. Un exultante Abicus lo ayudó a incorporarse sin dejar de alabar sus certeros golpes. También Cantudobua se acercó a ayudarlo. Aliso pudo advertir el orgullo en su mirada. Uno de los hijos de Cominius se abrió paso con la cabra y se la cedió a Atta, la pequeña.

Más tarde, en el hogar, Aliso, recostado en el banco de la pared sobre una piel de corzo, vivía el desconcierto de una sensación nunca experimentada hasta entonces.

Cantudobua alivió las contusiones con emplastos de hierbas que aplicaba suavemente sobre su cuerpo. Abicus, sentado en el otro extremo del poyo, divagaba sobre las muchas peleas que sostuvo durante su vida. Aliso supuso que la exaltación del anciano terminaría con el lloriqueo habitual por no haber muerto joven y repleto de vigor.

—¿Qué hubiera ocurrido si él me hubiera derribado?

La mujer sonrió con dulzura.

—Tu dignidad habría quedado a salvo. Luchaste por lo que es tuyo, eso es lo que vale.

—Pero él se hubiera apropiado de la cabra.

Cantudobua removi6 las brasas debajo de la olla dispuesta en la trébede.

—No ha sido así como ha sucedido, tu victoria ha sido el juicio de La Divinidad, no pudo ser de otra manera.

Capítulo once



Una serie de extraños acontecimientos, que se sucedieron en los días siguientes, despertaron la alarma en la aldea y sumieron a los Docilicos en un estado de profunda aversión.

Aliso tuvo un sueño: Monoua estaba sentada en el interior de la choza, junto al hogar; desplumaba un gallo muerto mientras cantaba una canción obscena. Aliso la espiaba desde un estrecho ventanuco. Alrededor de la anciana se movían, inquietos, varios animales: ovejas, cabras, una vaca y un cerdo. A pesar de ser el interior, la escena aparecía iluminada con la luz del sol. Desde la puerta llegaban los aporreos de los parientes suplicando a Monoua que levantara la aldaba y les dejara entrar. Monoua les respondía elevando el tono de sus cantos y soltando una risa nerviosa y agresiva.

De repente, el gallo que desplumaba pegó tal salto que se estampó contra la techumbre y, una vez en el suelo, empezó a corretear por todos lados mientras Monoua, furiosa, lo perseguía blandiendo un cuchillo y apartando, a patadas, a los animales que se interponían en su camino. La grotesca situación aún pareció disparatarse más con el bullicio de mugidos, balidos, gruñidos, voces y cacareos que siguió al frenético remolino de plumas.

Cuando Aliso refirió a Cantudobua la escena con la que había soñado esa noche, advirtió cómo la expresión de la mujer se tornaba lívida. De inmediato se arrepintió de haberlo hecho, ya que reconoció en la mirada de Cantudobua el mismo pánico que había observado en los ojos de todos aquellos que presenciaron, años atrás, sus pavorosos ataques. Acudieron a su mente recuerdos de los que quiso desembarazarse de inmediato. Veía a su amo y a su hermanastro, también a la gente de las barracas; los veía señalándole con el dedo, apartándose a su paso, arrojándole piedras y evitando tocar cualquier cosa que él hubiera rozado antes.

Las fugaces imágenes se impusieron a sus pensamientos y el vértigo se concentró en la boca del estómago. Ya era demasiado tarde para rectificar. Cantudobua refirió a Abicus y a varias mujeres de la aldea el sueño y pronto Aliso pudo advertir, con aprensión, como era, de nuevo, objeto de murmullos y miradas.

Poco después murió Amónica, la vaca. La enfermedad se había hecho lentamente con su cuerpo hasta desproveerla de gran parte de la carne. En los últimos días ya sólo era un pellejo que se sostenía sobre un armazón de huesos. De nada sirvieron los bebedizos de hierbas y las purgaciones. Cantudobua pasó las últimas noches a su

lado. La mantenía limpia de garrapatas y le frotaba constantemente el lomo con ceniza. También le mentía, le susurraba en la oreja que había soñado con sus parientes muertos: Iu, el toro leonado que cubrió a su madre, Acca, la hermosa vaca que adornaba su lomo con una enorme mancha blanca. En el sueño ellos no querían que su hija partiera a su encuentro: Amónica debía parir aún muchos terneros antes de iniciar el tránsito.

Cantudobua confiaba en que el Encantamiento del Sol arrojaría la enfermedad de sus entrañas, pero la vaca murió varios días antes de la fecha señalada. Su cuerpo fue entregado a las llamas sin aprovechar la carne, tal como se hacía siempre con los animales enfermos.

También enfermaron las cabras de Atilio, el hijo de Abicus. La alarma se disparó en la aldea. De inmediato se procedió a aislar a los animales en un chozo semiderruido de la sierra. Se purificaron todos los establos y casas con el humo de los braseros y la gente multiplicó los cuidados de sus animales.

Una mediodía, una mujer llegó corriendo del río. Estaba exaltada, fuera de sí; tardó un tiempo en reponerse y en ser capaz de articular palabra. Delante de un nutrido grupo de gente contó que había visto a Monoua en el río, de espaldas, agachada sobre la corriente y frotando la ropa encima de una piedra. La había llamado por su nombre, pero la anciana no se había dado por aludida.

Esa misma tarde, se personaron en la choza de Cantudobua Casauretos, el patriarca, acompañado de alguno de los ancianos que recibieron a Aliso a su llegada a la aldea. El bastón, con la cabeza de cabra, en bronce, que empuñaba Casauretos y la gravedad de su gesto conferían a la visita un aire excepcional y preocupante. Se dispusieron en el banco del hogar de acuerdo con su dignidad y, después de aceptar la cerveza de Abicus, escucharon de boca de Aliso el sueño que había tenido unas noches antes. Al finalizar, y tras una mirada de asentimiento, Casauretos confirmó lo que ya todos en la aldea venían murmurando: el espíritu de Monoua, por alguna razón desconocida, no había partido al Más Allá y permanecía retenido entre los vivos. Las consecuencias, como todos sabían, eran funestas para los Docilicos, ya que la anciana, en su soledad, trataría de aferrarse a los parientes y a sus ganados y lucharía por llevarlos consigo al Otro Lado. Se imponían los oficios de un hombre-árbol para restaurar el orden y reconducir al espíritu de Monoua a su morada en el Más Allá.

El hombre-árbol llegó al día siguiente por la tarde. Tendría la misma edad que Aliso o algunos años menos, unos treinta aproximadamente. Se trataba de la primera vez que el numantino veía a uno de aquellos misteriosos personajes. Su aspecto era más bien siniestro: de figura delgada y contrahecha, cojeaba y tenía un rostro barbudo y famélico en el que sobresalían unos pómulos puntiagudos y unos ojos grandes e inmensos como los del enfermo que agoniza por el efecto de las fiebres. Esa fue la impresión que se hizo Aliso después de un rápido examen, la de estar delante de un hombre de salud frágil. Vestía una túnica blanca, de lino, hasta los tobillos, ribeteada en los bajos y en el cuello con una ancha cenefa de motivos geométricos. Portaba del

hombro un morral de piel de ciervo y ceñía su talle con un cinturón ornamentado con placas de bronce, en las que habían sido repujados soles, lunas y caballos.

Apenas dijo nada mientras Casaretos y los ancianos le daban la bienvenida y lo hacían pasar a la choza de Abicus y Cantudobua. Se le cedió el lugar preferente en el banco, a la izquierda de todos. A su lado se sentó el patriarca. Aliso se dio cuenta de que la presencia del hombre-árbol despertaba en todos un profundo respeto, unido a un cierto temor. La reserva con la que procedía el visitante contribuía a acentuar la devoción y cargaba de tensión el silencio que reinaba en el ambiente.

Casaretos le hizo una sucinta exposición de los hechos. Luego señaló a Aliso, sentado en último lugar, a la derecha. Fue a presentárselo pero el hombre-árbol le cortó en seco.

—Ya conozco a este hombre, no es necesario que me lo presentes. Me gustaría escuchar de su boca el sueño que nos ha convocado aquí.

A Aliso le latió con fuerza el corazón. ¿Por qué decía que ya lo conocía? No lo había visto en su vida. Volvió a asaltarle la misma sensación que lo sacudió en casa del príncipe Lettondo: la de no pasar desapercibido, la de estar en el punto de mira de alguna gente, gente oculta. Respiró hondo para desprenderse de la opresión en el pecho.

El hombre-árbol siguió con mucho interés la narración que Aliso volvió a hacer del sueño. Interrumpía con frecuencia el relato para preguntar por detalles que a Aliso le parecían irrelevantes. Estaba especialmente interesado por saber en qué momento del día se desarrollaba la escena, si era por la mañana o ya cerca de la puesta del sol. Aliso lo ignoraba, pero de pronto, reparó en que la luz interior era la del sol y que las sombras podían ayudarlo a determinar el momento. Al tratar de concretar los detalles requeridos Aliso se dio cuenta de aspectos que le habían pasado desapercibidos y, de este modo, el sueño fue adquiriendo un significado nuevo y mucho más amplio.

Cuando hubo terminado el hombre-árbol mantuvo un silencio interminable y después, sin decir nada, se incorporó y se dirigió a Abicus. Le solicitó un sago para poder protegerse del frío nocturno. Dijo que esa noche la pasaría en el cementerio y que Monoua le revelaría la causa de su permanencia entre los vivos. En ese momento Cantudobua se acercó a él y le preguntó por qué no habían mandado a Drusuna, su hija adoptiva, para llevar a cabo aquella tarea. Esta era la primera vez que Aliso oía hablar de la hija adoptiva de Cantudobua que, al parecer, pertenecía a los hombre-árbol. Los ancianos reprocharon con la mirada el atrevimiento de la mujer, pero el visitante repuso, con la misma inexpresividad, que Drusuna no era adecuada porque su vínculo con la fallecida era muy estrecho.

Una vez que se hubieron marchado los ancianos y el hombre-árbol, Aliso interrogó a Cantudobua.

—¿Es cierto que Monoua hablará con él?

—Es un hombre-árbol, ellos ven y oyen lo que nosotros no vemos y oímos, ellos conocen el tránsito al Otro Lado, el camino de ida y el de vuelta. Turaesamus, éste es

su nombre, es demasiado joven todavía y no ha terminado su formación, pero se cuenta que su poder es grande. Esta noche dormirá en el cementerio y hablará con Monoua, utilizará el sueño para desplazarse en su busca y dará con su espíritu.

—Has hablado de una hija adoptiva, no sabía de su existencia.

—Es hija natural de mi hermano Curundus. Mi clan no es de Tiermes, ni siquiera pertenece a los arévacos. Es un clan de los pelendones.

Aliso había oído hablar de los pelendones. Eran celtíberos que habitaban las sierras del norte, ricas en bosques y pastos. Le habían dicho que carecían de ciudades importantes como las de los arévacos o las de los belos y titos y que vivían diseminados por los valles habitando fuertes y pequeñas aldeas. Sin embargo eran más afortunados que el resto de las tribus pues contaban con importantes rebaños de vacas y caballos.

—Mi hermano me la envió siendo Drusuna una niña, cuando se divorció de su mujer. Al separarse un matrimonio cada uno se queda con la parte que aportó al mismo pero los hijos pertenecen al padre y a su clan. Curundus no disponía de medios para mantener a sus cinco hijos, así que mandó a varios a criarse con sus hermanos. Esta es una costumbre frecuente entre nosotros. Si una familia cae en la miseria por la guerra o la enfermedad, los parientes más próximos se hacen cargo de sus hijos. Se convierten, entonces, en sus padres adoptivos. Drusuna creció con nosotros hasta los diecisiete años y marchó, entonces, con los hombres-árbol.

—¿Y por qué marchó con ellos?

Cantudobua suspiró.

—Es algo difícil de explicar. Un hombre o una mujer se inician como hombres-árbol porque no les queda otro remedio, no es que lo deseen. De hecho son muy pocos los que eligen por sí mismos tal vocación. En la mayoría de los casos es una cuestión de vida o muerte.

A Aliso le hubiera gustado seguir hablando sobre los hombres-árbol pero la llegada de Abicus desbarató la conversación.

A la mañana siguiente al salir Atta a buscar la primera leche de las cabras se encontró a Turaesamus sentado en el poyo del pórtico. El hombre-árbol mantenía la misma expresión hierática e inescrutable del día anterior. Hizo convocar a todos los parientes más próximos en el hogar de la choza de Cantudobua. Tuvieron que esperar al mediodía para que llegaran las hermanas que Monoua tenía en Tiermes. Una vez todos reunidos Turaesamus expuso la causa de que el espíritu de Monoua rondara todavía entre los vivos.

—Alguien ha faltado a la palabra que dio a Monoua, es por ello que la mujer no ha partido al Más Allá.

A continuación exhortó a los presentes para que enumeraran las faltas cometidas en relación con la anciana, especialmente las concernientes a los últimos días de su vida. Uno por uno fueron confesando sus desaires, burlas, insultos, hurtos, olvidos y desencuentros. Incluso Atta, la pequeña, tenía una lista completa. Poco a poco fue

quedando patente que Monoua, en sus últimas noches, no pintaba nada en la familia. Al tratar de justificar cada uno sus propias faltas remitía a las de los demás y enseguida la reunión derivó en un intercambio de culpas. A Aliso le sorprendió que pudieran aflorar tantos trapos sucios cuando siempre le habían parecido una gente muy unida. Después de unos cuantos gritos la situación fue polarizándose en dos bandos. En uno estaba Abicus y en el otro el resto de los parientes.

Turaesamus rogó al anciano que confesara sus faltas. Abicus, de mala gana, arrugó su rostro colorado como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano. Después de permanecer así un buen rato se relajó y dijo a los presentes que no recordaba falta alguna. Cantudobua y las hermanas, enfurecidas, se pusieron en pie y comenzaron a gritarle a la cara todas sus desavenencias con la difunta mujer. Turaesamus puso algo de calma en el griterío y le pidió a Abicus que tratara de concretar en qué momento faltó a su palabra con Monoua.

Abicus volvió a concentrarse convencido de que todo aquello era inútil, pero de repente sus ojillos se abrieron como monedas y su rostro empalideció.

—La fusayola —dijo con voz baja y temblorosa.

—¿Qué has dicho? —inquirió Turaesamus.

—La fusayola, prometí a Monoua, antes de salir con el numantino hacia Tiermes, que, al llegar a la ciudad, le pediría a su hermana la fusayola que guardaba de su madre.

Levantó el rostro. Su expresión había adoptado un aire infantil y culpable.

—Se me olvidó.

Más tarde Cantudobua le explicaría a Aliso que la fusayola era una pequeña pieza circular, hecha de barro, con un agujero central y que servía de soporte al huso donde se hila la lana.

—Es un objeto común e insignificante, pero cuando se introduce en la urna mortuoria con el resto de huesos y ceniza se convierte en un objeto sagrado. Dicen que el alma, antes de emprender el viaje como pájaro o como pez, pasa a la fusayola. Cuentan que por su estrecho orificio el alma se escurre definitivamente. Otras veces, en lugar de la fusayola, se introduce una bola de barro pero el fin es el mismo: el espíritu cree que es una especie de segundo cráneo y da el salto.

Cantudobua no pudo evitar una sonrisa.

—Monoua debe estar furiosa con ese viejo estúpido. Sin duda la fusayola que introdujimos en la urna no era de su agrado y por ello no ha querido emprender el vuelo. Ahora que la hemos cambiado por la de su madre las cosas volverán a su sitio.

La mujer se volvió hacia el numantino.

—Dejaste impresionado a Turaesamus con tu sueño. Antes de marcharse estuvo haciéndome preguntas sobre ti.

Aliso se puso en tensión.

—Me dijo que estuviera al tanto de tus sueños y que lo tuviera al corriente.

Cantudobua confirmó lo que Aliso se venía temiendo.

—No es sólo Turaesamus, también la gente empieza a decir que eres alguien especial, alguien con poderes.

Capítulo doce



El sol caía con fuerza en los días anteriores a su momento más álgido. El tono ocre de los roquedales parecía efecto del fuego celeste.

Había un sinfín de tareas por hacer en esos días. Las incursiones nocturnas de los jabalíes obligaban a los Docilicos a montar guardia para evitar los destrozos de su paso arrollador por los campos ya granados. La verbena, el romero, el espliego, la albahaca y un montón de hierbas debían ser recogidas entonces, antes de la noche más corta, para que sus propiedades alcanzaran toda su eficacia.

Al atardecer los senderos y la aldea bullían de agitación y alegría. La vegetación se mantenía fresca y exuberante, lejos aún de la aridez de la canícula. En cualquier rincón donde descansaran de sus labores sonaba, enseguida, una flauta y la gente se abandonaba a los cantos y a las danzas.

La víspera del día más largo Abicus estaba inquieto y jovial. Aprovechando su buen humor Aliso se sentó a su lado bajo el pórtico para que le explicara qué era el Encantamiento del Sol. El hombrecillo le dijo que no era muy diferente al del plenilunio: al igual que éste se llevaba a cabo en el momento culminante del ciclo de la luna, el del sol se llevaba a cabo en el momento culminante del ciclo del año; siempre cuando la Divinidad alcanzaba su mayor presencia.

Abicus estuvo farfullando un buen rato. Tan pronto se reía con las ocurrencias de Aliso como se irritaba con su ignorancia. Le gruñía una y otra vez que él no tenía las palabras de un hombre-árbol, que no sabía explicarle.

Aliso creyó entender que la Divinidad no era un dios al estilo romano, alguien concreto con una personalidad definida del que se pudiera esperar favores o displicencias. Se trataba más bien de un numen vago, una especie de fuerza vital que habitaba en todas las cosas. Y tanto el plenilunio como el día más largo expresaban su plenitud.

El anciano dijo que en las noches de los encantamientos no celebraban nada; que si se dedicaban a comer, beber, bailar y fornicar desafortadamente era para ayudar a la luna y al sol a alcanzar el éxtasis, y que sin éste, las mujeres no concebirían ni los animales parirían ni tampoco los campos darían sus frutos ni los hombres serían capaces de engendrar.

Al atardecer del día señalado se encendieron un centenar de antorchas y se apagaron los fuegos de los hogares. Los Docilicos habían pasado el día purificándose y preparando su cuerpo en las aguas de los riachuelos y de las fuentes para recibir el

fuego del día más largo. Se pusieron todos en marcha por el camino del bosque en dirección a la ciudad. Antes de llegar al desvío que llevaba fuera de la espesura, cogieron otro que los introducía en las profundidades del robledal.

Las sendas que conducían al santuario estaban atestadas de termestinos procedentes de las distintas aldeas y de la ciudad. Los cantos y la música parecían las voces de los centenarios robles que sujetaban la espesa techumbre de ramas y hojas. El sendero ondulaba por el accidentado terreno y terminaba difuminándose entre la hierba. A partir de allí no había más que unirse a la marea de antorchas, cada vez más visibles en la oscuridad del frondoso bosque, que confluía en la misma dirección.

El claro apareció de repente, después de encaramarse Aliso a un desnivel. La muchedumbre rodeaba el amplio perímetro y el numantino no pudo ver lo que ocurría en el centro. Detrás se levantaba la oscura pared de la sierra.

Una ovación se levantó de la multitud. Aliso logró hacerse un sitio encima de una roca y desde allí pudo ver lo que ocurría. La luz de las antorchas, en el filtro azul del ocaso, daba un aire irreal a la escena. Un toro yacía sobre la hierba con el cráneo partido de un hachazo. Detrás, en un cercado de madera, esperaban su suerte otros seis. Un ramal permitía separar, de uno en uno, a los animales y, una vez encajonados e inmovilizados en el extremo, recibían el golpe funesto. Era entonces cuando la ovación brotaba de miles de gargantas.

Aliso distinguió las túnicas blancas de los hombres-árbol. Eran varios, unos diez. Uno de ellos, el más solemne, llevaba un sombrero blanco y cónico que lo destacaba del resto. Pensó que podría tratarse del mismo Rey del Bosque. Más impresionantes eran las máscaras de cabeza de toro que portaban algunos de ellos. También deambulaban cuatro mujeres, engalanadas con altas y puntiagudas tocas de las que caían velos que ocultaban el rostro. El torso lo llevaban desnudo, adornado con las vueltas de hermosos collares. Discos de bronce, sujetos al cuello y a la espalda con cadenillas, ocultaban los pechos.

Eran los guerreros Docilicos los que oficiaban los sacrificios y descuartizaban a los toros que caían exánimes. También se los veía, pertrechados hasta los dientes, montando guardia en los lugares estratégicos del santuario.

Las mujeres-árbol seguían atentamente las convulsiones y la posición del animal al caer y permanecían inmóviles a su lado, una vez abierto el tórax, examinando las entrañas. Al numantino le recordaron la multitud de arúspices que rondaba el campamento de Tarraco y que tan poca simpatía le despertaron en su momento.

Los hombres-árbol recogían la sangre de los toros en los pebeteros y hacían libaciones sobre la enorme pila de leña que habían levantado en el centro del claro, al lado de la enorme peña, similar al grueso tronco de un árbol inmenso, que presidía el recinto. Fuera de esta roca, emplazada allí por la naturaleza, Aliso no alcanzó a ver ninguna construcción, ni siquiera un edículo o una columna. En su imaginación esperaba algún tipo de edificio en el santuario, pero no había ni rastro. Cuando, más tarde, le comentó su extrañeza a Abicus por la ausencia de un templo, éste rompió en

carcajadas.

—¿Es que pretendes que la Divinidad more entre cuatro paredes como lo hacen los hombres? ¿O es que crees que va a habitar donde tú desees? La Divinidad se manifiesta desde siempre en este bosque y en la claridad sagrada en la que celebramos nuestros ritos.

Después de descuartizar a los animales, los hombres-árbol apartaron la cabeza, los cuartos traseros y los testículos y entregaron los despojos a los ancianos, los cuáles Aliso supuso patriarcas de los distintos clanes. Tres cabezas de los astados se ensartaron en pértigas que fueron erguidas alrededor de la peña sagrada. Cada una miraba a uno de los puntos cardinales, salvo al oeste, que quedó sin despojo.

Una vez sacrificados los toros, las gentes se retiraron a las profundidades del bosque y se dispusieron a pasar la noche. Cada clan ocupaba un sector y se apiñaba alrededor de varias hogueras.

Cuando la carne del bóvido sacrificado estuvo convenientemente tostada se distribuyó en pequeños trozos entre los Docilicos. Abicus le explicó al numantino que la carne del toro era el fuego que todo lo anima y que su ingesta los hacía jóvenes de nuevo. Al terminar, se ensartaron corderos y jabalíes en los asadores y se reanudaron los cantos y las danzas. Muchachos llegados de otros clanes, con sus antorchas en alto, se sumaban a la evolución de la rueda de danzantes. A medida que se bebía más y más cerveza y que los bailes se tornaban frenéticos, empezaron a desvanecerse las parejas en la oscuridad.

No era fácil impedir que el deseo se despertara aquella noche. Los ojos de Aliso no se apartaban de las muchachas, cuyos talles, ceñidos sobre las túnicas, se agitaban sensuales. Le hubiera gustado poder embriagarse de cerveza y saltar detrás de una de aquellas jóvenes, sentir trepidar su cuerpo a un palmo del suyo.

También había reparado en los ojos de Cantudobua, fijos en él desde el principio de la noche. Los evitó mientras pudo y prefirió abandonarse a los movimientos sueltos y desinhibidos de las muchachas. Pero Cantudobua, al igual que en el plenilunio, se sumó a la rueda y, de nuevo, el numantino pudo ver despertar, delante de sus ojos, los pechos, los muslos, el vientre, las caderas de la mujer bajo un ritmo convulso.

Cuando terminó, el danzante joven que había bailado delante de ella se apartó de la rueda y la siguió, pero la mujer lo despachó con un simple gesto. Cantudobua lanzó entonces una mirada profunda y breve a los ojos de Aliso, los cuales le respondieron de igual modo.

El numantino se incorporó y salió detrás. El cuerpo de ella, aún jadeante, lo esperaba unos cuantos pasos más allá, oculto bajo el velo de la noche.

Allí los envolvieron los ruidos del bosque. Los cantos y la música llegaban tamizados, distantes. Apenas hubo preámbulo: de nuevo la mujer le ofreció sus pechos y él los acarició con su boca. El accidentado suelo y la broza los obligaron a mantenerse erguidos. Cantudobua se aferró a una rama para no perder el equilibrio y

apoyó el pie encima del nudo del tronco. Aliso pudo, entonces, penetrar con facilidad. La posición le impedía a ella arañar su cuerpo, pero no morder los hombros y el pecho del numantino.

Aún conservaba éste, en el torso, las marcas del último encuentro. Aquella vez, la violencia inesperada de la mujer extinguió su excitación. Ambos temblaron, ella encima de él, asustados por la reacción del otro. El numantino no esperaba tal agresividad y, ella, que sus arañazos le disgustasen. Después reanudaron tímidamente el escarceo. En el momento de mayor placer Cantudobua volvió a atacar, aunque con menor fogosidad. Entonces Aliso no sucumbió a la sorpresa del dolor. Dejó que las uñas se aferrarán a sus brazos y a su pecho y se entregó a un poderoso escalofrío que lo sacudió desde dentro. Ahora ella, con su mordisqueo, volvía a convertir el encuentro en una pequeña contienda, en una lucha furiosa y excitante que no dejaba de sorprenderlo.

Cuando concluyeron, exhaustos, apoyaron las espaldas en el mismo tronco y, sin decir nada, se abandonaron al bosque y a la noche. No tardaron en percibir, por encima del canto de los grillos, chasquidos de ramas, voces apagadas, risas. También oyeron jadeos y gemidos. Unas veces de algún lugar distante, otras, a pocos pasos de donde se hallaban. Aliso sintió que el bosque entero estaba entregado al mismo acto.

Al volver al fuego les inquietó encontrar a sus parientes dando gritos. Abicus les explicó que un guerrero acababa de llegar, con un tajo en el brazo, diciendo que los Meduticos habían hecho una celada a Medugenus para vengar la muerte de un pariente, a sus manos, varias lunas antes, en una boda. La mayor parte de los guerreros Docilicos estaban ausentes en esos momentos, cumplían con sus funciones de guardianes del Rey del Bosque. El resto ya habían desenvainado sus espadas y puñales y clamaban venganza. Casauretos levantó el bastón con la cabeza de cabra y el clan entero, incluidos las mujeres, niños y ancianos, como un solo cuerpo, se abalanzó detrás del guerrero herido.

Después de un tramo accidentado, el tropel de antorchas, agitándose en la oscuridad, se precipitó en una hondonada hacía una fogata que dibujaba, a lo lejos, los cuerpos de varios guerreros enzarzados en una desigual pelea. Entre ellos, enseguida, se hizo visible la figura de Cabeza de Piedra manteniendo a raya, con la espada y el escudo, a cinco atacantes. A sus pies yacían inmóviles dos bultos y había uno más a los pies de los Meduticos.

Al tiempo que los primeros Docilicos auxiliaban a su campeón llegaban por el otro lado más gentes armadas de la Aldea de la Piedra. Los contendientes retrocedieron hasta posicionarse con sus parientes. En breve se formaron dos bandos, uno frente al otro, que se increparon, al tiempo que se contenían furiosos, a unos cuantos pasos de distancia.

Llegaron más guerreros Docilicos, pertrechados hasta los dientes, de los puestos de guardia donde fueron alertados. Detrás de los Meduticos aparecieron, a su vez, un grupo de jinetes. Las antorchas arrancaban destellos en los cascos pulidos y en las

corazas y pectorales de los torsos. Cantudobua acercó sus labios al oído de Aliso.

—Es el príncipe Cabuniaeginus, de los Clotínicos. Los Medutícos son sus siervos. Sin duda tomará partido a su favor.

Todo estaba listo para la carnicería. Tal vez por ello nadie se decidía a lanzar el primer dardo. Los cánticos arreciaban y los ánimos se iban enardeciendo. Medugenus, con el hombro ensangrentado por un corte, se adelantó desafiante hacia los Medutícos buscando un duelo personal. La confrontación no tardaría en llegar y en breve habría acontecido, si no se hubiera interpuesto en medio la figura blanca de un hombre-árbol. Aliso reconoció el sombrero cónico de la cabeza.

—Es Cántaber —susurró Cantudobua—, el Rey del Bosque.

El anciano dirigió los brazos a lo alto y el fragor se desvaneció. Su expresión enloquecida rielaba a la luz de las antorchas. Los ojos parecían salirse de la cara. Giró tres veces sobre sí mismo asegurándose de que todos lo veían bien. A su lado se añadieron varios hombres-árbol, algunos ocultos bajo las cabezas de toro, y una de las mujeres.

—Drusuna —exclamó Cantudobua—, mi hija.

La joven había retirado el velo de la cara dejándolo caer sobre su espalda y sus facciones eran claramente visible a la luz de la tea que sujetaba.

—Qué nadie profane el Bosque Sagrado con un duelo no consagrado. Quién lo haga quedará excluido para siempre de las ceremonias del santuario y conocerá en sí mismo y en sus parientes y ganados el poder aniquilador de mi magia.

Aquellas palabras, impostadas con fuerza, provocaron un efecto inmediato entre la gente. Nadie hubiera creído, unos momentos antes, que alguien fuera capaz de impedir el choque entre las dos jaurías. En un instante los fieros guerreros de los clanes se tornaron mansos y cabizbajos. Los patriarcas se hicieron cargo de la situación y avanzaron hacia Cántaber para hablar con él. Los heridos del primer encuentro fueron retirados y los bandos, apaciguados, se desvanecieron en la oscuridad.

Aliso aún permaneció un rato, inmóvil, en el mismo sitio. No se había enterado de las palabras del Rey del Bosque. El impacto, al reconocer a la muchacha, lo mantenía ofuscado. Cuando quiso darse cuenta ella ya no estaba, sólo quedaban los ancianos dirimiendo, pero Aliso retenía su imagen. Drusuna, la hija adoptiva de Cantudobua, la mujer-árbol, se trataba de la misma joven que vio en el río el día de su llegada a Tiermes. A pesar de que el atuendo era muy distinto al de entonces, había reconocido sus ojos grandes y acuosos. Nunca hubiera podido olvidarlos. También identificó el mismo collar de cuentas de bronce alrededor del cuello.

La majestuosidad del atavío había aumentado su aire sobrenatural, cercano al de las estatuas de las diosas. Las placas, los pectorales, los brazaletes, el complejo tocado con el que recogía su pelo indómito, el velo; todo ello resaltaba un busto poderoso, un semblante bello y sereno. De nuevo lo había asaltado a Aliso el dolor punzante del deseo: su hermosura, su cuerpo firme y sensual, el movimiento alterado

de los discos de bronce sobre los pechos desnudos. Pero fue el recuerdo de su mirada anhelante, aquel día, en el río, la sensación de haber caído el uno dentro del otro, de reconocerse sin haberse visto nunca, lo que provocó en él una desazón inesperada.

No quedaba mucho para el amanecer. Las llamas de la enorme hoguera que los hombres-árbol habían encendido en medio del santuario se levantaban ya por encima de la peña central. Todas las fogatas y todas las antorchas habían sido apagadas. La muchedumbre, varios miles de arévacos, se apiñaba alrededor del perímetro sagrado. En el centro multitud de parejas de jóvenes danzaban en torno al fuego.

Cuando comenzó a clarear, los danzantes se apartaron y los hombres-árbol, excluidas las mujeres, formaron un cinturón en torno a la hoguera y se quedaron inmóviles, tiesos como postes. Se hizo un silencio general. Varios Docilicos avivaron las llamas con montones de haces hasta que el fuego cogió un fuerza sobrecogedora. De la garganta de dos hombres-árbol, de idéntica altura e idéntico rostro, brotaron una serie de extraños sonidos, que rápidamente se propagaron entre las negras moles que cercaban la luz de la fogata.

Poco a poco se fueron sumando las voces del resto de los hombres-árbol. Y a éstas se añadieron, más tarde, las de la multitud. Los sonidos eran variados: unos graves, otros parecían chirridos, otros zumbidos, otros chasquidos y crujidos. Pero la suma de todos ellos generaba una misteriosa armonía. Los contornos de las cumbres, de las nubes o de los árboles iban dibujándose a medida que clareaba. El entramado de voces parecía ajustarse sin dificultad a los espacios y rendijas con los que la luz arrancaba de las tinieblas al entorno; parecía encajar, de un modo preciso, en los rápidos avances de las oquedades que conferían forma y volumen al bosque. Tampoco había disonancia entre el canto y el crepitar de las llamas, ni con sus violentos latigazos hacia lo alto. Se antojaba que su vigor emanaba de aquella corriente de energía que recorría a la multitud.

Asomó el astro detrás de un lejano promontorio. Arreciaron los cantos en el santuario, siempre orquestados por los hombres-árbol, y su tono fue aumentando a medida que la esfera de fuego asomaba tras las rocas. La vibración parecía emanar de los árboles, de las peñas, de las lomas y contagiarse, después, a las llamas, que alcanzaban en esos instantes su máxima altura. La oscilación del fuego, a su vez, parecía insuflar en el sol la pujanza suficiente para sostenerse en el aire y proyectarse, después, hacia el firmamento.

La marea acústica alcanzó su plenitud cuando el astro despegó de la tierra. El numantino creyó poder palpar la misteriosa fuerza que le unía a los demás. Era una especie de sacudida que se contagiaba con las oscilaciones de la voz. Tuvo la sensación física de que los cambios en la naturaleza, y en especial la salida del sol, eran efectos de esa fuerza que los recorría. Una vez en el aire el fuego celeste, los cantos amainaron hasta cesar por completo.

—Es la magia del fuego —río Abicus más tarde al advertir la perplejidad de Aliso—, hoy reventará el sol.

El numantino interpretó que se refería a que ése iba a ser el día más largo del año.

Los termestinos encendieron las antorchas con los rescoldos de la hoguera. Con ellas llevarían el fuego a todos los hogares de la comarca. Las parejas que esperaban casarse durante las Fiestas de la Cosecha se aventuraron a cruzar, corriendo y descalzos, la superficie de brasas y cenizas para asegurar la fecundidad de su unión. Otros, más tarde, recogieron la ceniza para asperjar con ella establos y animales.

Capítulo trece



La mañana que llegó Eladus de la iniciación su madre, Cantudobua, se encontraba de pésimo humor.

Poco antes de que el muchacho se presentara en la choza había llegado Casauretos para llevarse un par de cabras. Cántaber, el Rey del Bosque, había fijado en sesenta cabras los animales que los Docilicos debían entregar a los Meduticos para que, éstos, desistieran de vengarse del pariente muerto por Medugenus. Afortunadamente, en la celada de la noche más corta, ninguno de los heridos había perdido la vida, lo cual hubiera complicado aún más la situación.

Cantudobua protestó acaloradamente y gritó que no podría superar la Estación Oscura si se llevaba los animales.

—Dentro de poco serán las Fiestas de Lug, ¿quieres que tu hijo pierda la vida, cualquier noche, en los bailes de la ciudad o en el camino de regreso? —la expresión del patriarca era grave—. Los Meduticos no cejaran hasta cobrarse la vida de Medugenus o de un Docilico.

La mujer terminó entregándole las cabras, pero en ningún momento dejó de protestar y de maldecir.

—Mejor nos iría si no corriera sangre de Docilico por las venas de Medugenus.

—Qué dices, mujer, Medugenus es nuestro campeón, todos lo admiran, su nombre se conoce más allá de Tiermes, hasta el príncipe Ebureinio lo tiene por su amigo más bravo.

—¿Para qué queremos un campeón si deja en la miseria a sus propios parientes?

Cuando poco después llegó Eladus, Cantudobua olvidó de repente su desesperanza y abrazó a su hijo con todas sus fuerzas. Al mirarlo de nuevo se le cayó el alma a los pies. El muchacho estaba abatido, ojeroso y excesivamente delgado. Llevaba la camisa y los calzones rotos. La cara, los brazos y las piernas estaban salpicados de pequeños cortes y cicatrices.

Pero lo que más le preocupó fueron sus ojos turbios, su expresión oscura y grave. No era el mismo que partió a la iniciación cuatro lunas antes. El que se fue no paraba quieto en ningún momento y siempre estaba alegre.

Eladus se contuvo y no dejó que su afecto se notara en exceso. Cantudobua sonrió con melancolía. Ya era un hombre, ya no querría saber nada de ella; ahora todo el interés estaría en las muchachas y en sus compañeros.

No quiso contarle demasiadas cosas, le dijo la fundamental: la muerte de

Monoua. El muchacho se agachó sobre el hogar y removió las brasas con el atizador. No deseaba que su madre advirtiera su aflicción.

—La abuela estará mejor allí —dijo—. He oído que en la Llanura de los Bienaventurados los árboles siempre están repletos de frutos y que llueve cerveza del cielo.

Improvisaron con pieles una yacija encima del banco de adobe y allí cayó Eladus, como un saco, en un sueño profundo y reparador.

Al despertar estaba toda la familia, incluido su tío Atilio y los primos. Todos abrazaron al muchacho y lo jalearon por su éxito en la iniciación. Cantudobua comentó, riendo, que varias muchachas ya se habían acercado a preguntar por él. Abicus agarró un buen mechón del pelo del muchacho y lo sacudió con ligereza.

—Fijaros, ya se lo está dejando crecer, como un auténtico guerrero.

Eladus se mostró sorprendido con Aliso. Su madre le explicó que era un huésped y que vivía con ellos. El muchacho no dijo nada, pero no pudo disimular su recelo. El numantino trató de ganarse al muchacho y estuvo preguntándole por las pruebas que había superado, pero lo único que obtuvo fue un silencio embarazoso por parte de todos.

Más tarde, cuando Atilio y los primos se fueron y Eladus logró quedarse solo con Cantudobua, el muchacho expresó su incomodidad.

—¿Por qué me hace preguntas sobre la iniciación? ¿Es que no sabe que no puedo contestarlas?

—Tienes que tener paciencia con él. Siempre está preguntando, pero lo hace porque es extranjero y quiere conocer las costumbres de sus antepasados.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—No le sé. Depende de él. Nuestro deber es alojarle.

Eladus la miró fijamente. Un brillo fugaz asomó en sus ojos. Cantudobua bajó la cabeza. Le pareció que su hijo había adivinado. Permaneció muda mientras el muchacho se revolvía inquieto de un lado a otro.

—Yo soy ahora el hombre de la casa, no necesitamos a ningún otro.

—¿Es qué pretendes contravenir la voluntad de Tokoitos?

Eladus, impotente, se alteró aún más.

—Espero que, al menos, ese numantino tenga muy clara cuál es su posición aquí —rugió furioso.

Por la noche, mientras el muchacho participaba en la ceremonia de iniciación, Cantudobua le explicó al numantino, bajo el pórtico, la inconveniencia de preguntar por las pruebas que había tenido que superar. Eladus no podía hablar de aquellas cuatro lunas de aislamiento que había vivido ni con las mujeres ni con nadie que no fuera de su grupo de edad. Animarle para que soltara la lengua podía ser una ofensa muy grave. Tampoco podía decir nada del rito que celebraba esa noche, con sus parientes masculinos, y que se llevaba a cabo en el más estricto secreto.

Aliso agachó la cabeza entre los hombros avergonzado de sí mismo. Cantudobua

se apiadó de él. Le hubiera gustado decirle que nadie podía reprocharle su modo de proceder, que él había crecido ajeno a las costumbres de sus antepasados y que no podía conocerlas. Pero no dijo nada. Se levantó y se fue a dormir dejándolo sumido en la aflicción.

Todavía guardaba la mujer resquemor por lo ocurrido en el bosque. Había advertido la reacción de Aliso al mirar a Drusuna, el temblor de su cuerpo, la expresión descompuesta. No le sorprendió. Estaba acostumbrada a las encendidas pasiones que su hija adoptiva despertaba en los hombres desde la pubertad. Pasiones que le habían traído también desgracias y sufrimiento, especialmente, antes de que se revelara en ella el poder que la convertiría en una mujer-árbol. Más de una vez su vida había corrido peligro y el recuerdo de aquellos oscuros acontecimientos que rodearon la adolescencia de la muchacha hicieron que Cantudobua se estremeciera en la yacija.

No, no la había sorprendido el pasmo del numantino. Drusuna era joven y desbordante. Ella ya tenía treinta y siete y había parido cuatro hijos, dos de los cuales habían muerto. Su cuerpo se mantenía firme y fuerte, pero carecía de la lozanía del de una joven. Se había tornado compacto y pesado. ¿Cómo no sentirse atraído por la muchacha? No podía reprochárselo. Sin embargo, algo la sacudió en su interior al contemplar el estupor del numantino, una especie de quemazón, de desgarró.

La mujer estaba furiosa consigo misma. Se trataba de un extranjero, un esclavo prófugo, un hombre triste y apocado de espalda encorvada, que además era medio sordo. Mas tampoco podía engañarse. Su cuerpo, todavía joven y fuerte, sus piernas largas y musculosas, su pelo rojo, su disponibilidad y entrega, habían animado en ella, en aquellas noches en que la Divinidad la desbordara, un fuego tenue pero vivo.

En las días siguientes Cantudobua no tuvo ocasión de dedicar sus pensamientos a tales zozobras. El ensimismamiento de Eladus atrajo de nuevo su preocupación. No parecía reponerse de los días de aislamiento. Fácilmente se perdía en una mirada extraviada y lejana que lo mantenía ausente. Salía solo con las cabras y permanecía aislado en las parameras o se subía al chozo de la sierra a pasar el día. Cuando llegaba a casa, apenas abría la boca. No salía a cazar jabalíes y ciervos con sus amigos, ni siquiera con Medugenus, su más admirado campeón. Había anhelado desde niño el momento de convertirse en guerrero, de empuñar la espada que le entregaría su tío en la ceremonia de iniciación. Pero ahora que colgaba de la pared del hogar su interés se había desvanecido. No se molestó en probar su temple o su manejo con los ejercicios habituales de esgrima.

Cantudobua había oído de pruebas terribles durante las lunas de aislamiento. Los muchachos eran llevados a los límites de su fortaleza y de su ánimo. Contaban que los hombres-árbol conducían a los iniciados al Más Allá, delante de seres pavorosos cuya sola visión helaba de terror a los más valientes.

Fuera lo que fuera lo sucedido, el Eladus que había regresado no era el mismo que el excitado muchacho que partió, cuatro lunas antes, a un lugar secreto de la

espesura.

Varias noches más adelante Eladus marchó con los otros iniciados a las profundidades del robledal en busca de los hombres-árbol. En el santuario celebrarían la Ceremonia de Consagración al Rey del Bosque, como lo hacían siempre los varones de la aldea.

Aliso reparó en la ausencia del muchacho la segunda noche de su marcha. Se sentó junto a Cantudobua en el porche y guardó silencio. La mujer aprovechaba el fuego del hogar situado en el encachado del pórtico para hilar un copo de lana.

—¿Se quedó Eladus en el chozo? —inquirió con humildad.

—No, partió con los demás a la Ceremonia de Consagración.

No añadió nada más pero Aliso tampoco le solicitó ninguna explicación. Sin duda se había amoldado al laconismo reciente, a la frialdad en el trato que la mujer ensayaba desde la llegada de Eladus.

Ella sujetaba con firmeza, bajo el brazo, el palo de la rueca mientras sus dedos estiraban el copo y hacían girar el hilo sobre el uso que colgaba a un lado de su cuerpo, con la fusayola como contrapeso. A sus pies aguardaban varios copos y el hilado descansaba junto a las caderas, en el poyo, devanado en madejas.

Cantudobua no guardó silencio esta vez.

—La Ceremonia de Consagración es distinta a la de la otra noche. Aquella era la de iniciación, también conocida como la del segundo nacimiento.

La atención de la mujer permanecía fija en sus ágiles dedos.

—Las mujeres no deben enterarse de lo que ocurre en ella pero todas lo sabemos, aunque no hablamos de ello en presencia de hombres.

»Nuestros hijos nacen por segunda vez. Se les unta el cuerpo con el contenido del estómago de un cordero y después se los limpia como si fueran un recién nacido. Quedan así vinculados al clan, a la estirpe que inauguró Docilico. La misma fuerza vital que fluye desde el primer antepasado fluye ahora, también, por su sangre. Los lazos quedan liberados y restablecidos. Se dice que esta vez no nace al mundo sino al clan.

»Pero la ceremonia de esta noche es distinta, se trata de la consagración al Rey del Bosque. Los Docilicos son los guardianes del bosque, los que lo protegen con sus armas de cualquier profanación; nadie más puede desempeñar esa labor, es nuestro privilegio. Para ello, después de cada iniciación, nuestros jóvenes guerreros se consagran al Rey, ¿sabes lo que eso significa?

Aliso negó con la cabeza.

—No es un acto simple de servidumbre, no son los lazos endeblés y percederos que unen al vasallo con el príncipe. Un vasallo siempre puede invalidar el pacto que le une a su señor. Tiene la obligación de servir con su trabajo y con su asistencia en la guerra al príncipe y éste, a su vez, debe protegerlo y concederle tierras y ganado. Pero en cualquier momento el siervo puede marcharse y dar por concluido el compromiso.

»Cuando un hombre se consagra a otro delante de los dioses, los lazos de servicio

y fidelidad son eternos y ni siquiera la muerte puede romperlos. El consagrado seguirá a su señor al Más Allá cuando éste fallezca y le prestará el mismo auxilio que le dio en este mundo.

Los ojos de Aliso parpadearon.

—¿Qué-qué quieres decir?

—Él mismo debe acabar con su propia vida, es su suerte. ¿De qué otro modo podría cruzar el umbral? En los funerales de su señor se bate en duelo con otros consagrados hasta que él también sucumbe. De este modo pasa a engrosar sus huestes en el Otro Lado.

El fuego crepitaba con una cadencia tranquila, la misma que animaba los dedos de Cantudobua sobre el hilo de lana.

—Esta noche Eladus presta su juramento de consagración al Rey del Bosque. Es lo que han hecho desde siempre los guerreros Docilicos.

Cantudobua calló. Era todo lo que quería decir. La cabeza de Aliso bullía de ideas confusas.

—Pe-pero ¿por qué aceptan semejante compromiso?

La mujer se encogió de hombros y siguió hilando en silencio. Sin duda era aquella una pregunta difícil.

—Los ancianos dicen que siempre se ha hecho así. Si los guerreros se consagran es porque piensan que el hombre al que sirven es también un dios y que su servidumbre estará recompensada con victorias y riquezas, tanto en esta vida como en el Más Allá.

La mujer hizo una pausa y chasqueo los labios.

—No se... lo cierto es que vivimos bien así. Nuestro clan goza de privilegios de los que carecen otros clanes. Hay caza en el bosque y en la sierra, buenos pastos y tierras para los cereales y el lino. Otras aldeas apenas logran sobrevivir al invierno. Los clanes se dispersan y buscan amparo bajo la protección de los príncipes, el nuestro permanece unido. La unidad mantiene viva la fuerza que fluye desde Docilico hasta los más jóvenes. Nuestros guerreros están también exentos de la guerra, su misión es guardar al bosque y a su Rey. Si renunciáramos a la consagración lo perderíamos todo, deberíamos abandonar el bosque.

—Pero, cuando el Rey muere, ¿qué sucede entonces?, ¿se quitan la vida los Docilicos?

Una espontánea sonrisa iluminó el rostro de Cantudobua.

—Eso es lo que tendría que suceder, si se tratara de un príncipe cualquiera, pero tratándose del Rey del Bosque la cosa es distinta...

El numantino frunció el ceño.

—Los hombres-árbol dicen que el Rey del Bosque no muere nunca.

—¿Acaso es un dios? —preguntó Aliso con incredulidad.

—Cuando el Rey es ya muy anciano y se prevé su fin, los hombres-árbol celebran una ceremonia secreta. Ellos ya han elegido antes al que será su sucesor; lo han

escogido en virtud de ciertos presagios, de ciertas señales... Después de la ceremonia el candidato se convierte en el Rey del Bosque y el anciano que lo fue antes aparece muerto. Te repito que la reunión es secreta y que muy pocos saben lo que sucede allí.

»Los hombres-árbol dicen que ha muerto el hombre, el envoltorio de carne y huesos, pero que el Rey sigue vivo, que ahora es otro, el que ellos han escogido. Y nosotros les creemos, claro, por la cuenta que nos trae...

Una risa abierta y dulce brotó espontáneamente de la mujer. Duró poco, en seguida se interpuso una sombra.

—También dicen que si el Rey muere antes de esa ceremonia, sea por una enfermedad repentina o por las armas o por cualquier accidente, entonces la cadena de sucesiones queda rota y el Rey, el fallecido, partiría al Más Allá con la hueste de los Docílicos a sus espaldas, como fieles guardianes en la eternidad de los ciclos.

Siguió un breve silencio. El crepitar de las llamas adquirió un volumen desproporcionado.

—Créeme, nosotras, las mujeres, los ancianos y nuestros niños los seguiríamos detrás. No merece la pena seguir aquí sin nuestros esposos, hijos y padres.

Aliso se estremeció.

—Todo lo que me cuentas me parece cruel e inútil.

—Inútil y cruel es quedarse —los ojos de Cantudobua restallaron—. Al Otro Lado nos espera la Llanura de los Bienaventurados, volveremos a estar juntos otra vez.

—Y ¿por qué estás tan segura de que ese lugar os está esperando?

La mujer miró al numantino con un gesto de reproche.

—Sin duda sigues siendo un extranjero cuando hablas así. Ningún celtíbero dudaría de ese lugar, es tan real como el fuego que tienes delante.

Capítulo catorce



La asamblea de las ciudades tuvo lugar después de las Fiestas en honor al dios Lug, también llamadas Fiestas de la Cosecha. El escaso grano de aquel año descansaba ya en silos y cuevas. Los días eran más cortos y el fuego de la canícula había remitido. Una suave brisa parecía adormecer bosques y piedras. Los buitres se desplazaban en lo alto con tal majestuosidad que contagiaban, al verlos, un dulce sosiego.

También las gentes, después de tantos festejos y banquetes, parecían haberse replegado algo en sí mismas. Los caminos ya no bullían con el vigor del principio del verano y el cansancio asomaba en el ánimo de los jóvenes.

Aliso advirtió en los Docilicos, desde unos días antes de la asamblea, un nerviosismo y un movimiento desacostumbrado. Los guerreros desatendían el ganado y ponían a punto sus armas. Se los veía salir en grupos o reunirse en corros murmurando consignas e instrucciones. Las mujeres, desconcertadas con aquel misterioso proceder, se miraban entre ellas y se encogían de hombros.

La noche anterior, Casaretos, el patriarca, le comunicó a Aliso que su presencia había sido solicitada en la asamblea por el príncipe Lettondo. Se le antojó caer en un pozo profundo. Su mente se había engañado con respecto a aquel momento. Llevaba tiempo imaginando que el príncipe se había olvidado de él o que sus palabras aludían a hechos probables pero no seguros. Ahora llegaba la confirmación del requerimiento que se le exigió.

Al día siguiente, los Docilicos estaban pertrechados con todo su armamento. Las corazas, los pectorales, escudos y cascos destellaban bajo el sol. En breve se repartieron por el bosque mientras un nutrido grupo se encaminó, a caballo, hacia el santuario. Aliso iba con ellos, encaramado a la grupa del de Medugenus, Coemus, un animal pequeño y nervioso del color de la ceniza.

En las lindes del bosque esperaban los distintos séquitos de los legados. Todos eran hombres de armas, caballeros ataviados con sus mejores galas guerreras. Permanecían relajados y bullangueros al lado de los estandartes y las monturas, de ricos jaeces, pero sin perder de vista a los guardianes del bosque, los cuáles sólo habían dejado pasar a los legados.

Estos estaban ya congregados al pie de la peña del santuario formando un grupo variopinto y multicolor. Aliso no había visto, hasta entonces, una exhibición semejante de atuendos guerreros, muchos de ellos ineficaces para el combate pero

vistosos y reveladores del alto rango de sus portadores. Abundaban los cascos de bronce con cimeras en forma de cabezas de animal o culminados con penachos de plumas. Había oro en los torques, brazaletes, pulseras, anillos; plata y cobre en las fíbulas, broches y en los damasquinados y nielados de las empuñaduras y fundas; bronce en los pectorales con los que protegían la espalda y el pecho y en las placas del cinturón. Algunos se cubrían del frescor de la mañana con un manto ligero, de lana teñida, al estilo íbero, sujeto en el hombro con una fíbula. Otros ceñían su pelo con una cinta adornada con finos trazos o lo recogían en trenzas.

Los había de mediana edad, pero también ancianos. Cántaber, el Rey del Bosque, engalanado con su toca cónica, ocupaba un lugar privilegiado, junto a Turaesamus y otro hombrecillo, de aire siniestro, que Aliso no conocía. Estaban algunos de los príncipes del consejo de Tiermes, entre los cuales Aliso descubrió el rostro de Lettondo. Al frente de todos ellos había un hombre joven, moreno, de facciones regulares, pequeña estatura, pero sumamente fuerte. Lucía una cabeza de jabalí encima de su casco. Medugenus le dijo al numantino que se trataba del príncipe Ebureinio.

Aliso ya había oído hablar de él. Era del clan de los Triticalicos, uno de los más poderosos de Tiermes. Su padre, Uxentio, encabezó siempre los afanes independentistas de los termestinos. Fue responsable del cese en el pago del estipendio a Roma y del desvío de los fondos a los vacceos, las tribus de occidente, aliados de los arévacos, para la compra de grano con el que paliar la hambruna. Era muy popular y muy querido, pero un día apareció muerto en una cacería; su cuerpo había sido arrastrado por el caballo a través de una pedregosa loma.

Ebureinio había continuado la labor emancipadora de su padre. Pertenecía al mismo grupo de edad que Medugenus. Fueron iniciados juntos y participaron en la batalla contra los cimbrios.

Todo esto, Aliso, lo sabía y desde su posición, al lado de Medugenus, el cuál encabezaba la guardia encargada de proteger con su vida a Cántaber, se dedicó a escrutar la tez oscura y seria del príncipe. Había oído que su madre era una princesa carpetana y que de ella había heredado los ojos negros y la piel morena, tan inusual entre los arévacos. A pesar de su baja estatura, su fortaleza y su armamento le conferían un aspecto temible. Se decía que era el mejor guerrero de Tiermes, campeón de las carreras de caballos que se habían celebrado en la explanada, a pie de la ciudad, durante la Fiesta de Lug. Era fuerte y rápido como un jabalí, diestro con la jabalina y la espada corta, un auténtico caudillo de guerreros. Los Docilicos solían imaginarlo en liza con su campeón, Medugenus, para discutir quién saldría vencedor del encuentro. Pero tal suceso se antojaba improbable ya que los dos jóvenes eran excelentes amigos y compañeros de armas.

Se sirvió vino de Intercantia, ciudad de los vacceos, y los presentes se aprestaron a beberlo de un trago. Volvieron a llenarse los vasos de madera y las colodras de cuerno. Se levantaron acaloradas discusiones al comparar su calidad con el vino

romano de Apulo que llegaba al territorio de los belos y titos por aquel entonces.

La voz del Rey del Bosque, por encima de la algarabía, logró silenciar, poco a poco, a los presentes. El anciano hombre-árbol comenzó las presentaciones de los legados allí reunidos. Había príncipes de los pelendones, de los titos y belos, alguno de los vacceos, pero sobre todo, de las ciudades arévacas: Uxama, Colenda, Belgeda, Clunia, Contebria Léucada, Segóbriga, Segovia, incluso uno de una ciudad fundada recientemente: Segontia Lanka.

Según los presentaba Cántaber, mencionaba sus clanes y se remontaba, en sus antepasados, hasta encontrar uno con el que poder entroncar los clanes termestinos. Si no era posible hacerlo por la vía paterna, lo hacía por la materna. En más de una ocasión recurrió a la intervención de los héroes o de los dioses para enlazar y convertir en uno dos linajes muy distintos. De este modo todos resultaban parientes y partícipes de una misma sangre. Ello agradaba sumamente a los presentes, los cuales, admirados, comentaban las proezas de la memoria de Cántaber al abarcar tan inmensa genealogía.

Al terminar tomó la palabra Ebureinio. Su pecho proyectaba una voz fuerte y grave. Expuso de forma concisa el asunto de la asamblea: Tiermes había dejado de acatar los convenios con Roma. No podía seguir costeando su independencia con el hambre de los termestinos. La población había crecido y necesitaban nuevas tierras. El consejo había dado su permiso a los jóvenes, en contra de los tratados, para partir después del Samain a coger el ganado de los vecinos. La privación los empujaba a sacudirse el yugo que los condenaba a perecer.

—Sabemos que los romanos terminarán presentándose, en nuestras puertas, con un gran ejército, pero las gentes de Tiermes ya no padecemos miedo porque tenemos poco que perder y mucho que ganar.

El príncipe era tosco y lacónico en la expresión, carecía de la elocuencia de un hombre-árbol, pero resultaba eficaz para llegar a aquellos hombres.

—Os hemos convocados como parientes y hermanos de nuestra sangre. Queremos saber si acudiréis a nuestro lado, llegado el momento, para luchar contra los romanos.

Se levantó el revuelo entre los legados. Todo eran voces de indignación y de queja por los abusos del opresor. Los arévacos y pelendones apelaban a la humillación de tener que pagar un estipendio y someterse a duras exigencias, como la renuncia a las razias, para seguir siendo libres; los belos ponían el grito en el cielo por los excesos de los recaudadores y por los precios fijados para el trigo y la cebada.

Aliso pudo constatar ciertas diferencias de atuendo entre los belos y el resto. Uno de ellos, el representante de Secaiza, llevaba el manto de un modo holgado, al estilo de las togas. El de Contebacom Belaisca calzaba unos zapatos largos, muy elaborados, de cuero y madera. Varios lucían pelo corto. Resultaba evidente que el influjo de los dominadores era mucho mayor entre ellos. También sabía que parte de sus tierras pertenecían a Roma y que las decisiones de sus consejos estaban

supervisadas por el gobernador de la Citerior.

No todos los belos daban muestra de indignación. El de Contebacom Belaisca se limitaba a girar el cuello de un lado a otro con gesto arrogante.

—Parientes, yo os pregunto, ¿qué necesidad tenemos de una nueva guerra contra Roma? —dijo al fin—. Es más lo que los belos tendríamos que perder que lo que pudiéramos ganar. Al lado de los romanos hemos visto prosperar nuestras ciudades con un esplendor que antaño nunca tuvieron.

A continuación empezó a enumerar todos los cambios que habían contribuido, a su juicio, al enriquecimiento de los tribus de los belos, titos y lusones. Aliso ya los había oído por boca del príncipe Lettondo: la red de calzadas, las nuevas ciudades, la multiplicación de los oficios, el aumento de la producción, la venta de espadas celtíberas por todo el territorio romano, la importación de vino, aceite y una amplia gama de productos. Aquí fue donde los arévacos y pelendones abrieron los ojos con desmesura.

—Antaño sólo bebíamos el vino que robábamos y lo agotábamos con rapidez en los banquetes. Ahora bebemos todo el vino que nos permite nuestro estómago, siempre que queremos, y ya casi no nos acordamos de la celia.

Aquello era, realmente, algo prodigioso y capaz de conmover a todos los príncipes.

Cuando terminó de hablar se levantaron murmullos. La balanza parecía ahora inclinada al lado de los partidarios de la paz. Fue entonces cuando Cántaber, el Rey del bosque, dio un paso hacia delante. La solemnidad de su mirada hizo callar a todos.

Capítulo quince



—**E**l príncipe Vianeglus, de los Alisocos, ha expuesto las transformaciones que están teniendo lugar en la llamada Celtiberia Citerior, el territorio de los belos, titos y lusones. Yo os quiero hablar ahora de otros cambios, menos aparentes, más sutiles, que también se suceden junto con los anteriores y que nos hablan de un hombre nuevo, distinto a nuestros antepasados, el hombre que conduce a la Celtiberia hacia su desaparición inminente.

Un silencio expectante se había hecho entre todos los príncipes.

—Decidme, ¿quiénes somos nosotros?, ¿quiénes fueron nuestros antepasados? Los extranjeros nos llamaron, en la antigüedad, Berybraces; después, los romanos, Celtíberos. Nosotros nunca hemos respondido a esos nombres, nosotros sólo damos cuenta de nuestros parientes, de nuestra ciudad y de nuestra tribu.

»Son los únicos vínculos que admitimos, los de la sangre, o los que los hombres pactan, de igual a igual, amparados en la justicia de Tokoitos.

»El hombre nuevo del que os hablo no respeta ningún vínculo porque carece de parientes y ha perdido el temor a los dioses. Un hombre sin parientes no es nada, sólo una alimaña salvaje enfrentada a todos y contra todos. Sus vínculos son artificiosos y arbitrarios y ocultan, por debajo, una voracidad insaciable. Su mundo es un mundo de esclavos y de príncipes codiciosos.

Al decir estas últimas palabras, Cántaber, se había vuelto hacia los belos con una ademán violento y acusador.

—Príncipes que sólo piensan en acumular riquezas, que han perdido el orgullo y el valor de nuestros antepasados, que no se preocupan en ganar el favor de su gente. Y, mientras, los más débiles sucumben sobre la piedra de las nuevas vías porque, ahora, los parientes ya no cuidan de ellos.

»Os diré más cosas sobre este hombre nuevo de las nuevas ciudades.

»Despliega una actividad frenética, desquiciada. Está sujeto a mil pautas y transacciones, los detalles más nimios de su quehacer aparecen regulados, hasta cuando desaloja el vientre, como si la vida pudiera reducirse a un orden que figure por escrito.

Algunos se miraban entre sí con regocijo. Los hombres-árbol tenían el poder de seducir e iluminar con su sabiduría.

»Veneran metales y monedas más que un buen caballo o una buena espada y dicen que es lo mismo, que lo uno vale tanto como lo otro. Convierten a los dioses en

hombres que hacen cosas, como ellos, los retratan en efigies y los hacen vivir en chozas como las suyas. Les lloriquean al oído mil favores, que pagan con ofrendas, como si fueran siervos miserables y los dioses sus amos.

»Son ciegos y sordos a la Divinidad, a los ciclos que rigen su evolución, al orden que la anima.

»Llaman “realidad” a lo que ellos hacen, a su actividad frenética y desquiciada. Y cuando ésta cesa enferman de dolor y de congoja en la convicción de que todo termina allí, de que la vida se ha acabado para siempre.

»Decidme ¿cómo no diremos de esta gente que es bárbara e incivilizada? Ellos son los iberos y los romanos y también el hombre nuevo de la Celtiberia. Y yo os pregunto ¿ese es el hombre en el que os queréis convertir? ¿Estáis dispuestos a pagar ese precio por los lujos de esas nuevas ciudades, por los placeres de sus baños, de su vino de Apulo? Durante más de cien años nuestro pueblo ha luchado contra los romanos. No han logrado doblegarnos con la guerra, ni siquiera con la destrucción de Numancia, pero ahora más que nunca, la Celtiberia corre el peligro de sucumbir. Todos los augurios y presagios que escudriñamos, en las entrañas y en la caída de las varillas, así nos lo dicen.

Cántaber retrocedió al lado de los otros dos hombres-árbol. De nuevo se levantó un murmullo. Ebureinio quiso aprovechar el efecto de las palabras del anciano.

—El Rey del Bosque lleva razón cuando dice que no damos cuenta, más allá de nuestro clan y de nuestra ciudad, ante ningún monarca, general o gobernador. Semejante talante ha convertido a la Celtiberia en una tierra difícil de quebrantar con el hierro. Los romanos se han visto obligados durante generaciones a someter ciudad por ciudad. Y cuando se han creído dueños de un territorio se han visto obligados a reanudar la guerra ante nuevas sublevaciones.

»Pero la independencia, la virtud de nuestros antepasados, también ha sido el freno que ha impedido nuestra concordia en una confederación fuerte, permanente, capaz de expulsar para siempre a los romanos. Hace cinco años, a pesar de todo, fuimos capaces de reunir un ejército que plantó cara a los cimbrios.

Se oyeron voces de aprobación. La sola mención de las hordas bárbaras exaltó el ánimo de los presentes.

—Dos ejércitos enteros, ochenta mil romanos, sucumbieron a su avance en la Galia. Los romanos no supieron detenerlos y los cimbrios cruzaron los Pirineos hasta alcanzar la falda del Monte Chaunus. Allí les presentamos batalla, muchos de los que estamos aquí participamos en ella. Durante un día y una noche luchamos cuerpo a cuerpo y al amanecer del segundo día ellos se retiraron dejando la tierra empapada con su sangre y la nuestra.

»Y ahora Tiermes propone a sus parientes una confederación semejante, la unión de todos los celtíberos bajo un mismo mando que se enfrente a Roma de igual a igual. Os aseguro que si procedemos de tal modo, el dios Neito nos conducirá a la victoria.

La propuesta pareció conmover a gran parte de los legados. Otros no se

inmutaron. El de Bélgeda, un príncipe que lucía un casco de cresta, preguntó quién se pondría al frente de semejante confederación. Varias voces mencionaron a Ebureinio. El nombre se fue repitiendo en todos los labios. De nuevo se organizó un revuelo. En los corros se enumeraban las virtudes del guerrero, sus hazañas en la batalla contra los cimbrios.

—Si durante generaciones hemos sido reacios a ponernos bajo un solo mando —continuó el de Bélgeda—, es por nuestro temor a que tal caudillo quiera convertirse en nuestro Rey y someternos al consejo de su ciudad. Sabemos que los numantinos no fueron ajenos al deseo de imponerse a todos los arévacos y a todos los celtíberos y, de no sucumbir en el cerco, lo hubieran logrado.

El de Bélgeda propuso, entonces, que al mando de la confederación hubiera dos jefes, de tribus distintas, como siempre se había hecho en pasadas alianzas. De esta manera se evitaban tentaciones peligrosas. La asamblea acogió la propuesta con unanimidad.

Fue entonces cuando el príncipe Lettondo adelantó un paso. El corazón de Aliso dio un respingo y comenzó a golpear con violencia en el interior de su pecho. Lettondo estaba desencajado. Su papo temblaba y los ojos se le salían de la cara.

—¿Acaso no nos acordamos ya del ejército de Escipión, de los setenta mil hombres que cercaron Numancia durante nueve lunas? ¿Acaso nos hemos olvidado de que gran parte de ese contingente fueron aliados celtíberos? ¿Acaso habéis olvidado que ninguna ciudad, excepto Lutia, acudió en su ayuda? ¿Qué os hace pensar que, ahora, las cosas serán diferentes?

De nuevo un tenso silencio aquietó a la asamblea. Una suave brisa hizo crepitar las hojas de la floresta. El sol estaba cerca del cenit. A lo largo de la mañana la sombra de un roble centenario se había ido desplazando hasta guarecer al nutrido grupo.

—Mis informadores me dicen que un ejército similar al de Escipión está a punto de desembarcar en Tarraco. En el campamento de Ocillis una legión lleva tiempo haciendo los preparativos para entrar en combate.

Lettondo señaló a Aliso. Este palideció.

—Os presento a Aliso, de los Eladunacos, clan extinto de la antigua Numancia. Él ha sido, hasta su fuga, esclavo de un legionario acantonado en Ocillis, él podrá confirmaros mis palabras.

El numantino advirtió, con dolor, la mirada de un centenar de ojos. La posibilidad real de un enfrentamiento inmediato había agitado la ansiedad de los príncipes. Creyó que su mente se ofuscaba, que la crisis era inminente, que no sería capaz de articular palabra. El pánico lo hizo reaccionar. Su mano se aferró, de un modo mecánico, al amuleto de raíz de peonía que colgaba de su cuello. Carraspeó.

—La guarnición de Ocillis apenas alberga a cinco cohortes. Carecen de moral y de disciplina y sólo esperan el momento del relevo. El ejército pretoriano establecido en Tarraco es mínimo. Parte de sus efectivos han sido cedidos a la Provincia Ulterior

para hacer frente a las continuas sublevaciones de los lusitanos. En cuanto al ejército consular no escuché, durante mi estancia en el campamento de Ocillis, noticia alguna de su inminente llegada a Tarraco.

—No cabe duda —ironizó Cántaber—, que algún hechizo ha operado sobre nuestro príncipe Lettondo, haciéndole entender al revés lo que sus informadores le cuentan.

Una potente carcajada atronó en el santuario. La figura frágil de Lettondo se mantuvo inmóvil bajo el jolgorio. Sus manos temblaban y su rostro se volvía, inquieto, de un lado para otro. Varias veces dirigió su mirada nerviosa al numantino. Este sabía que cada vistazo era un puñal y que su suerte estaba echada, pero no le importó. No había hecho más que decir la verdad.

El príncipe Ebureinio levantó el brazo y las risas se apaciguaron.

—El príncipe Lettondo ha hecho bien en recordarnos la guerra de Numancia porque no podemos volver a caer en los mismos errores. Tarde o temprano los romanos se presentarán con un gran ejército y debemos estar preparados. No tiene sentido encerrarse en una ciudad y jugarlos la guerra en el cerco. Es importante mantenernos unidos y extender el acoso a todo el territorio, destruir sus bases de avituallamiento, atacar los convoyes, presentar batalla en campo abierto y, en caso de derrota, dispersarnos y volver a reagruparnos en otro lugar.

Ebureinio se volvió hacia los príncipes belos y titos. Su expresión era fría.

—No habrá misericordia para la ciudad que preste auxilio con sus tropas o con su abastecimiento a los romanos. Las cosas deben quedar claras entre nosotros. Una vez que la contienda se inicie, las ciudades que estén de nuestro lado deberán mandar rehenes a Tiermes para asegurar la alianza.

Un hombre dio un paso al frente. Se trataba de un guerrero grueso y fuerte, de unos cuarenta años, de rostro barbado y cabeza compacta como una piedra. Una cicatriz le surcaba la cara desde la frente hasta la mejilla. Sus anchos hombros y su formidable armamento le conferían un aire de imbatibilidad. El penacho de su casco consistía en un pincho puntiagudo y mortal. Su apariencia entera era la de un guerrero curtido en mil encuentros.

—El príncipe habla muy bien —gritó—, pero resulta difícil de creer que un ejército de celtíberos sea capaz de derrotar a los romanos en campo abierto.

Un murmullo recorrió a la multitud. Aliso pudo advertir que la intervención del guerrero levantaba encendidos comentarios.

—Se necesita un general romano y un ejército disciplinado y organizado como el suyo para poder derrotarlos. Creedme, soy Elguisterus, de los Abinicos, todos me conocéis, he combatido al lado de los romanos y los conozco, sé como pelean. Por eso os digo que sin un ejército así no tendríais ninguna posibilidad.

—Conocemos la estrategia de los romanos —respondió Ebureinio—, no en vano hemos guerreado contra ellos durante generaciones.

—Sí, pero no es suficiente, no somos ellos, no somos romanos.

Elguisterus parecía muy seguro de sí mismo.

—Mi gente pasa hambre, los romanos nos dieron tierras cerca de Colenda por haberlos ayudado contra los vettones, pero no las hemos cultivado, no hemos nacido para labriegos.

Se escucharon algunas risas. Aliso advirtió que, a su lado, Medugenus se había puesto en tensión.

—Si vosotros, nuestros parientes, sois generosos con nosotros, entonces nosotros podríamos seros muy útiles para hacer de vuestros guerreros un auténtico ejército romano.

Ebureinio también parecía algo crispado con la intervención del mercenario.

—Si habéis luchado al lado de las legiones una vez ¿quién nos asegura que no volveréis a hacerlo cuando os hagan una oferta mejor?

Había desprecio en su gesto. Elguisterus le devolvió una sonrisa desairada.

—¿Desde cuándo nosotros, arévacos, o titos y belos, hemos renunciado a combatir en las filas de otros ejércitos a cambio de ganado y oro? Nuestros antepasados lo hicieron, muchos de los que estáis aquí también. Allí veo al joven Medugenus, él estuvo conmigo luchando contra los vettones, hace tres años, en el ejército del pretor Marco Mario.

Medugenus se abrió paso entre los legados hasta acceder al círculo interno. No se dirigió a la asamblea sino que se encaró con la mole que le había mentado.

—Yo no mato a mujeres ni a niños ni a hombres desarmados, como tú hiciste con tus guerreros.

Cabeza de Piedra se giró hacia los demás.

—Creedme, Elguisterus conoce muy bien la estrategia de los romanos. Yo deserté antes, renuncié al botín, a las tierras que nos prometieron al inicio de la campaña. No quise participar en la masacre de una aldea que había entregado sus armas. El pretor había pactado con ellos respetar sus vidas, pero todos sabéis lo que vale la palabra de un romano.

Medugenus acercó su rostro al del mercenario. Un leve gemido salió de su garganta. Después creció hasta convertirse en un canturreo monótono. Golpeó el suelo con los pies una y otra vez. De repente sus carrillos comenzaron a inflarse de un modo desproporcionado hasta que pareció que los ojos se salían de las órbitas. Un silencio grave aquietó a la multitud.

Elguisterus desenfundó su espada. Cántaber se interpuso entre ambos.

—Sea este duelo como ordalía ante los dioses y sean todas las armas las que entren en combate.

Los príncipes rugieron de satisfacción. Después del buen vino que habían disfrutado no había nada mejor para concluir la asamblea que un duelo entre dos guerreros formidables.

Poco después Medugenus y Elguisterus estaban situados uno frente al otro, a varios pasos de distancia, y armados con jabalina y escudo. Detrás de cada uno de

ellos, clavadas en el suelo por el regatón, aguardaban erguidas otras dos jabalinas. La liza se prolongó hasta que el sol comenzó a declinar. Primero inutilizaron sus escudos con los dardos al quedar, éstos, clavados en la madera y obstaculizar, con su peso, el manejo defensivo. Después prosiguieron con la espada y el puñal. Aquí fue donde Medugenus comenzó a exhibir su ventaja. Elguisterus era más fuerte y pesado, pero mucho más lento que su rival. Aun así, su habilidad con la espada, los pectorales de bronce y la cota de mallas mantenían a raya al atacante. Después de dar infinitas vueltas el uno alrededor del otro, Elguisterus comenzó a dar síntomas de cansancio. Los tajos leves comenzaron a multiplicarse por todo su cuerpo. La sangre empapó la ropa y oscureció el hierro y el bronce. En un momento dado hincó la rodilla en tierra y se dobló sobre su estómago. Medugenus se acercó de un salto para asestarle el golpe definitivo. Tal maniobra era lo que el mercenario esperaba. Dio un potente alarido y embistió hacia delante, como un toro, con el pincho del casco como arma. Medugenus apenas tuvo ocasión de echarse a un lado. Esquivó el aguijón pero recibió el impacto del hombro en las costillas. Al tiempo que lo encajaba, hundió su espada en el costado del mercenario. Este cayó al suelo, como un enorme barril derribado por el golpe de un hacha.

Capítulo dieciséis



Cada vez las mañanas eran más frescas y las noches más frías. Al numantino le admiraba los fuertes contrastes que se vivían en aquellos parajes. En la canícula la sequedad y el calor fueron extremos. Sin embargo, entrada la noche, su manto gélido enfriaba la tierra y obligaba a dormir envuelto en el sago. Ahora, el año había declinado bruscamente: el fuego celeste se suavizaba y los días transcurrían tibios.

Se iniciaron las labores de labranza. Aliso y Eladus participaron en ellas, al igual que lo hicieron en las de la cosecha. Los trabajos afectaban a toda la aldea, puesto que las piezas eran comunales, pero, mayormente, descansaban sobre las espaldas de las mujeres y los muchachos. Los hombres no la estimaban como tarea propia, ya que la consideraban indigna de su condición de pastores y guerreros.

Aliso aferraba con fuerza la esteva del arado mientras Eladus conducía la yunta o limpiaba con un palo los terrones adheridos a la reja. La actitud del muchacho hacia el numantino había dejado de ser altiva y distante. La Fiesta de Lug cambió el talante oscuro en el que lo había sumido la iniciación. Ya en la cosecha, cuando hacían un alto en las labores y se sentaban juntos, al cobijo de una sombra, se inició entre ellos una relación inesperada y estrecha. Aliso se convirtió para Eladus en una inagotable fuente de conocimiento. Al principio se mostraba indiferente a las referencias que hacía el numantino sobre la ciudad de Tarraco y los campamentos militares en los que transcurrió su vida, pero la curiosidad terminó desbordándole.

Las colosales dimensiones de la muralla de la ciudad; los edificios: acueductos, templos, palacios, termas; las embarcaciones que amarraban en el puerto; los juegos de gladiadores, las carreras de cuadrigas; la organización de las legiones y su modo de maniobrar en el combate; la disposición de los campamentos; las máquinas de guerra del ejército: las balistas, los onagros, las catapultas; todo ello fascinaba al muchacho. Aliso no daba de sí ante tanta voracidad. Suponía su único contacto con la periferia de mundo.

Semejante necesidad de saber cautivó al numantino. No le costaba identificarse con su inquietud. Era la misma que lo había agitado desde la mocedad. Ahora, disfrutaba colmando la curiosidad de Eladus, abriendo sus ojos despiertos con las descripciones que hacía de lo que había visto.

Para el muchacho fue una sorpresa oír que el mundo era más grande de lo que le habían contado. Refirió a Aliso lo que sabía de él: que el centro era el Monte Chaunus, una inmensa mole levantada en el interior de la Celtiberia, a través del

cual los dioses descendieron de los cielos un día para arrojar de la tierra a las horribles criaturas que la habitaban. Después llegaron del País del Sol, de la Tierra de los Muertos, ellos, los celtas. Arrebataron a los dioses la tierra y éstos se vieron obligados a replegarse. Algunos retrocedieron por el Monte Chaunus, hasta su morada en los cielos; otros se escondieron en las profundidades de los bosques, de las cuevas y de las fuentes, lugares en los que residen, desde entonces, sin hacerse visibles a los ojos humanos.

Eladus le explicó cuales eran, para ellos, los puntos cardinales. Era necesario orientar el rostro hacia la salida del sol. Aquel lugar era, entonces, la faz de la tierra. Así situado, la mano derecha apuntaba al sur y la izquierda al septentrión. Por ello, al referirse a estos lugares se hacía nombrando la mano correspondiente. Detrás empezaba el Otro Lado, lo que no puede verse, el Más Allá o, también, la Tierra de los Muertos, el País del Sol. Al estar a la espalda de uno sólo contaban con tres referencias en el espacio y no con cuatro.

Los pueblos de la mano izquierda, el norte, o del País del Sol, el oeste, eran celtas, hijos de la noche, del Dios de los Muertos. Los de la mano derecha, el sur, o de la faz de la tierra, el oeste, eran hijos del día: los íberos, griegos, fenicios, cartagineses, romanos. El conflicto entre los dos mundos era ancestral y eterno, semejante al de la noche con el día o al de la Estación Oscura con la Luminosa.

De este modo, a medida que la reja iba esponjando la tierra y trazando los surcos, el intercambio de conocimientos les iba acercando sin darse cuenta.

También eran esos días el momento de recoger la miel que las abejas habían producido durante la Estación Luminosa.

Un día Aliso acompañó a Abicus a un roquedal, en el interior del bosque, que hacía de abrigo de las colmenas. Estas eran simples troncos de árbol, seccionados y cubiertos con una laja de piedra. El anciano levantó la cubierta y cortó con un cuchillo las setas de miel y cera, que depositó después en un cuévano. Previamente había encendido un fuego aprovechando la dirección del viento para envolver con el humo a las abejas y ahuyentarlas. Aun así, a Aliso le sorprendió que no le picara ninguna.

—Claro, les hablo primero —gruñó el anciano—, les digo que no la voy a vaciar toda, sólo la que necesito, que va a quedar suficiente para la reina. Eso las calma.

De vuelta hacia la aldea, con el zumbido del enjambre aún en los oídos, se toparon con Drusuna. Ella permanecía sentada sobre una piedra, como esperando a alguien. Su aspecto era el mismo que el del primer encuentro. El cabello suelto, ondulado y fuerte, que caía sobre su busto como una toca de tierra y la túnica de color hueso que vestía la mimetizaban con el bosque, con los robles centenarios, con la hojarasca mortecina. Abicus y Drusuna se saludaron afectuosamente. El anciano le ofreció miel, pero la joven la rechazó. Caminaron juntos por el sendero hablando de Cantudobua, Eladus y Atta, de sus penurias y cuitas. Aliso observó que Abicus se mostraba incómodo. Drusuna se volvió hacia el numantino.

—He oído de tu intervención en la asamblea de las ciudades. Al parecer, el príncipe Lettondo esperaba escuchar de tus labios otras palabras.

Sus ojos grandes y acuosos mantenían esa fijeza extraña que sobresaltó a Aliso en el río. Para evitar el vértigo de entonces eludió encontrarse con ellos.

—Sólo dije la verdad.

—Cuídate de Lettondo, su facción no quiere la guerra, prefieren que sigamos sometidos a los romanos.

—¿Por qué?

—Esperan sacar partido de su apoyo: la posesión de la tierra y el gobierno de la ciudad.

—¿Y los hombres-árbol, quieren la guerra?

—Sí.

—¿Por qué?

—Hemos vivido siempre atentos al pulso de la Divinidad, a su ritmo pausado y espontáneo. Ellos traen consigo un mundo desquiciado y falso. Se han dejado arrebatar por los aspectos más oscuros de la Divinidad: viven embriagados por una voluntad ciega que antepone al pulso natural; una voluntad de control, de poder, de aniquilación. Su mundo es la negación del nuestro, no hay lugar para los dos y ellos lo saben; por eso nos odian y buscan nuestro fin.

De repente la muchacha se puso delante del numantino.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—Hay quien dice que eres un espía de los romanos.

—No lo soy —rugió Aliso.

Hubo una pausa. El numantino parecía violento. Drusuna suavizó el tono.

—Yo te creo, pero no todos piensan igual.

Se habían detenido en una bifurcación. Abicus se movía inquieto de un lado a otro. Se lamentó de que no iba a llegar a tiempo al cordero sacrificado en el entierro de su amigo Soggutelus. Sin más contemplaciones los plantó allí y marchó, trotando ligero, por la vereda. Drusuna sonrió con tristeza.

—Me tiene miedo.

Quedaron solos. Un soplo de viento estremeció las copas por encima de sus cabezas y agitó las luces y las sombras.

—Yo-yo también.

El dulce murmullo de las hojas recorrió de nuevo la espesura. Drusuna levantó el rostro hacia las copas y sonrió. Después murmuró algo ininteligible. Un escalofrío sacudió al numantino. Ella parecía ahora ausente, absorta en otras voces. Volvió a sentir el mismo extrañamiento, la misma lejanía. No era una criatura de este mundo. Pensó que tenía que haberse marchado con Abicus, quizás le diera tiempo a alcanzarlo.

—Aquella vez, en el río, ¿qué ocurrió?

—No lo sé —susurró Aliso.

—Nos encontramos...

—Sí.

—¿Crees que fue casual?

—Hubo un salto.

—¿Un salto?

—Sí, algo difícil de explicar... Yo estaba en un sitio pero de repente estaba en otro, aunque pareciera que estaba en el mismo, y entonces te vi.

—¿Y que ocurrió cuando me viste?

—Me dio la impresión de que me confundías con otra persona.

El gesto de Aliso le resultó tan cómico que la muchacha ríe con regocijo.

—No, no te confundí.

—Parecía que buscabas algo.

—Así es, eras tú.

—¿Yo?

—Hice una pregunta y entonces te vi.

—¿Qué pregunta?

Drusuna se sentó en el tronco de un árbol derribado por el rayo. Cambió de tema.

—¿Has vivido antes otros saltos, otros encuentros?

Aliso suspiró con desazón, no quería hablar de su enfermedad.

—No.

Un potente bramido sacudió la floresta desde las lomas de la sierra. Era el berrido de un ciervo reclamando a las hembras y desafiando a los machos de la manada. La voz vibrante y poderosa pareció arrancar a Drusuna de su vínculo con Aliso y transportarla a otro lado. Cayó de nuevo en un pasmo misterioso, inaccesible al numantino. Este volvió a estremecerse. Aquellas ausencias repentinas avivaban su aprensión hacia la muchacha. La idea de un ser enloquecido o poseído por un numen aterrador, tal como él fue tomado por quienes presenciaron sus ataques, lo sumía en la angustia.

Aferró su amuleto de raíz de peonía. Un nuevo berrido procedente de otro punto de la sierra volvió a desgarrar el aire agitado del atardecer.

—El mundo es un lugar extraño —dijo Drusuna de repente.

—Es un lugar infame.

A Drusuna le sorprendió la firmeza del numantino.

—No, no es infame. Es privilegio de unos pocos contemplarlo tal como es, pero cuando lo consigues, tras años de lucha, te das cuenta de que no es infame. Ahora tú no hablas del mundo, hablas de tus emociones, de tu vida, de la oscuridad y el miedo que hay en tu alma.

—¿Acaso tú puedes verlo tal como es?

—Sí.

—No he encontrado hasta ahora nada que lo redima.

—Sigues hablando de ti mismo, tienes mucho empeño en lloriquear y en no salir de tu soberbia, Créeme, ese es un camino que no lleva a ninguna parte. Yo lo seguí un tiempo, hace años; casi acabé con mi vida. Por suerte los hombres-árbol supieron encontrarme. Limpiaron mi espíritu y lo dejaron brillante y quieto como la superficie de una laguna.

La luz del atardecer encendía su melena rizada y dibujaba en oro las ondulantes formas de su túnica. El grueso collar de ámbar y pasta vítrea salpicaba multitud de luces y brillos de colores.

—La mayoría ni ven ni oyen. A su ceguera y a su sordera las llaman Más Allá y lo imaginan conforme a sus deseos. Para un hombre-árbol no existe el Más Allá, todo está integrado en una única realidad y la Ciencia Suprema le permite verla y oírla.

»No siempre ha sido así. Antes eran todos los hombres los que poseían ese don, no había límites en el mundo y tampoco dos mundos. Un viajero podía ascender por el Monte Chaunus hasta la morada de los dioses o conversar con ellos en las profundidades de los bosques y de las fuentes. Aquello se acabó. La humanidad se fue degradando hasta caer en la simpleza y la necedad. El tránsito quedó cerrado y, entonces, a la ignorancia le dieron ese nombre: Más Allá.

»El don persiste en unos pocos escogidos, pero sin el camino adecuado, sin la técnica precisa, ese don se dispersa o mata al elegido. No todos logran convertirse en hombres-árbol, es preciso derruir la casa de piedras y arena para poder mirar al Otro Lado.

—¿A qué casa te refieres?

Drusuna sonrió.

—Desde pequeño, desde que accedes a este mundo, comienzas a construir, piedra a piedra, la casa en la que vivirás toda tu vida. Los padres, los hermanos, el clan entero te ayuda y te da instrucciones sobre cómo hacerlo. Sin su cobijo uno se sentiría perdido y moriría de miedo y de congoja. Para llegar a ser un hombre-árbol es necesario echar abajo la casa, derruirla piedra a piedra, y quedar solo, a la intemperie. Créeme, es algo muy doloroso y difícil de soportar. Ahí es donde empieza el camino del iniciado, cuando dirige su mirada al exterior, al mundo en el que ha nacido y al que pertenece.

Drusuna se incorporó y avanzó hacia Aliso. El olor de su pelo, el movimiento de sus pechos compactos bajo la túnica, la fijeza hipnótica de sus ojos, su expresión cómplice, todo ello lo paralizó, lo retuvo en el sitio mientras su corazón se disparaba.

—Tú posees el don —susurró.

Aliso retrocedió.

—Lo supe aquel día, en el río. Si trataras de encontrar el lugar exacto donde nos encontramos no podrías. Tú lo dijiste, hubo un salto, el tuyo, pusiste un pie en el Otro Lado, en el Más Allá. Fue allí donde me hallaste. Nadie puede dar ese salto sin una fuerza extraordinaria, ni siquiera hombres-árbol con muchos años de experiencia; tú lo hiciste sin ninguna dificultad.

El numantino empalideció y negó varias veces con la cabeza. Después se giró y retornó a la senda.

—No tengo ningún don, no soy un elegido —rugió con rabia mientras aceleraba el paso.

Drusuna trató de detenerlo.

—Sí lo eres, debes aceptarlo, es lo mejor que puedes hacer.

En ningún momento volvió la cabeza y cuando más tarde lo hizo comprobó que ella no lo había seguido. Su cuerpo se relajó entonces, sus hombros cayeron y sus brazos colgaron distendidos. Hundió el rostro en el pecho, anduvo un tramo del camino arrastrando los pies.

Capítulo diecisiete



Un fugaz vistazo le reveló a Eladus la figura de Venica entre el grupo de muchachas, recogiendo bellotas debajo de la hojarasca que cubría, como un manto, el pie de los robles. Su figura menuda y pequeña le resultó inconfundible. El muchacho se apretó contra el grueso tronco de un centenario árbol y asomó la cabeza. Unas risas alborozadas le indicaron que había sido descubierto. Las muchachas se encararon con él desde lejos. Simularon que era una alimaña y le lanzaron piedras para espantarlo.

Eladus ya estaba presto a retirarse con las orejas gachas cuando advirtió que Venica se separaba del resto y se perdía, en la espesura, con el cuévano de mimbre a la espalda. Salió corriendo y dio un amplio rodeo para alcanzarla. Vibraba de alegría ante la perspectiva del encuentro; sin duda ella lo había reconocido y deseaba estar junto a él. ¿Por qué, si no, se apartó del grupo con tanto sigilo?

Le resultaba imposible no delatarse con sus ágiles zancadas. El año ya había muerto: el manto de hojas amarillas y rojas cubría la tierra; los árboles estaban desnudos, como animales descarnados por la muerte; un silencio húmedo se había adueñado del bosque, un silencio sólo roto por el graznido de los cuervos o el perenne tañido de un cencerro lejano. El crujido de la hojarasca bajo las albarcas del muchacho resultaba un escándalo en la amplitud del paraje.

Se detuvo, aguzó el oído, permaneció inmóvil unos instantes. Ningún chasquido daba cuenta de la muchacha. Parecía haberse desvanecido. Eladus se puso nervioso. Eran los días del Samáin, los días comprendidos entre la muerte del año viejo y el nacimiento del nuevo, días en los que permanecía abierta la apertura al Otro Lado, al Más Allá. En esos días no era difícil encontrarse con los muertos o con los dioses que moraban en las profundidades de los bosques, roquedales y fuentes. La aprensión amenazó con hacerle desistir y ya estaba a punto de regresar cuando escuchó una risa burlona.

Distinguió la blanca figura de Venica detrás de un compacto arbusto de retama. Eladus se dirigió a su encuentro pero ella corrió hacia otro lado. El muchacho salió detrás, como un animal al acecho de su presa. No le fue fácil hacerse con ella. Cada vez que estaba a punto de alcanzarla, Venica, alborozada, se deshacía de él con un quiebro inesperado o se lanzaba, sin pensarlo, al interior de la broza. Después de jactarse y reír un buen rato logró sorprenderla al rodear un desnivel y la derribó al suelo. Ella se revolvió con furia bajo su peso. Le dio bofetadas y lo arañó con saña en la cara hasta hacerle gritar. Al llevarse, Eladus, las manos a la herida, ella se

escabulló de debajo y salió corriendo. De nuevo el mozo emprendió la persecución. Al derribarla, esta vez, empleó mucha más violencia y le sujetó las muñecas con firmeza.

Su pequeño rostro, de facciones regulares, enmarcado entre dos trenzas recogidas con cintas de colores y terminadas en sendas bolas de cerámica, se contrajo de rabia y furia. Sus labios, rojos y carnosos como un corazón, se arrugaron. El muchacho, encima, advirtió la mirada de desafío. Era hermosa, la muchacha más bonita de la Aldea de la Piedra. Aquella mirada altiva, arrogante, la misma con la que lo hechizó en La Fiesta de Lug, cuando se conocieron; aquel mohín de sorna, provocador; sus movimientos livianos y hermosos: Eladus no sabía resistirse, su inocencia lo empujaba como un golpe de sangre.

Fue su risa la que la delató esa tarde, entre el corro de espectadores, la primera vez: una risa burlona, coreada por la de sus amigas. Se reían de él, de la cara que ponía escuchando a aquel bardo de Uxama. El poeta cantaba las gestas de Caraunius, el gran héroe arévaco, gestas que Eladus conocía de memoria, pero que no se cansaba de escuchar. Fue su expresión de pasmo lo que despertó la hilaridad de las jóvenes. Él la miró y ya no pudo olvidarla, estuvo en su ánimo todas las fiestas; la buscó sin cesar en los bailes nocturnos, en las inmensas ruedas de danzantes que giraban alrededor de las hogueras.

Ahora estaba allí, debajo, peleando como una fiera. Sólo cuando la muchacha se sintió inmovilizada cedió a los requerimientos de Eladus y dejó de forcejear. Se miraron, entonces, el uno al otro. Los ojos expectantes de él, su labio superior asomando sobre el otro, los corros de la incipiente barba, los mechones de su pelo a medio crecer, todo ello le confería un aire bobalicón que hizo reír, de nuevo, a Venica. Exploraron el olor y la piel de sus rostros con la punta de la nariz. El muchacho, entonces, soltó con una mano los tres ganchos del broche del cinturón y le subió la túnica hasta las caderas. Acarició su sexo con suavidad y después con fruición. Luego subió sus manos por debajo de la túnica hasta los pechos redondos y firmes de la joven. Ella se dejó hacer aunque reinició sus mordiscos y sus arañazos, pero con una intención distinta. En breve se entregaron a un acto rápido y violento que quedó interrumpido cerca del culmen al caer rodando por la ladera donde retozaban.

Durante la tarde volvieron a repetir el encuentro varias veces. Siempre comenzaba igual: ella salía corriendo y él marchaba en su busca. Allí donde lograba atraparla se arrojaban a una furiosa lucha que terminaba de la misma manera. El lugar podía ser cualquiera y las posturas, con las que salvaban las dificultades del terreno, también. Terminaron en lo alto de un roble al que Venica había trepado para burlarse de él. Una vez arriba ella, descolgada de una rama, entrelazó con sus piernas la cadera del joven. Él, sentado sobre otra bastante gruesa, afianzó sus pies contra el tronco y se sujetó con ambos brazos, al igual que ella, por encima de su cabeza. Se entregaron al acto como si se balancearan aferrados al extremo de una cuerda.

Al atardecer yacían tumbados sobre un sago que Venica guardaba en el cuévano de mimbre y que extendieron en un claro, junto a un riachuelo de los muchos que la lluvia había despertado en la montaña. El sol, debilitado a esa altura del año, empezaba a declinar y el cielo, encapotado, oscurecía prematuramente el interior del bosque. A lo lejos se escuchó el murmullo del trueno. Eladus, en un arrebató, se puso de pie.

—Cuando seas mi mujer no habrá necesidad de separarse, ni de marchar cada uno a su casa. Tú vendrás conmigo a la mía y allí nos esperará mi madre, mi hermana y mi abuelo.

Venica río con ganas el pronto del muchacho. En el fondo de sus ojos brillaba el juego.

—Ni siquiera tienes espada y ya me pretendes.

—Claro que poseo una, es que no ves mi pelo.

Aquellas greñas lo señalaban como un hombre, como un guerrero. Un niño o un muchacho no podían dejarse el pelo largo hasta haber pasado la iniciación. Pero él ya no era un crío, su melena rebosante y enmarañada exaltaba su vigor, la plenitud de la Divinidad.

—¿Y que es lo que haces que no estás con tus compañeros en los banquetes de los guerreros?

Desde su más tierna infancia Eladus había envidiado esas asambleas privadas que se celebraban siempre en el Samáin, donde los distintos grupos de edad, consolidados con cada iniciación, celebraban festines, bebían vino y cantaban las gestas de armas que habían protagonizado juntos. Los jolgorios solían degenerar en tremendas borracheras y en duelos entre compañeros. Raro era el Samáin que no se cobraba la vida de varios guerreros. Los hombres-árbol contaban que aquellos combates sangrientos servían para insuflar fuerzas en el exhausto año y ayudar a recomponerlo de nuevo.

Ahora, a pesar de contar con su grupo de edad, con su propia fratria, no podía celebrar junto a ellos, todavía, ningún hecho de armas. No habían participado en ninguno. Aquello lo empequeñecía de nuevo; le hacía sentirse, delante de Venica, como un muchacho, no como un guerrero.

—Después del Samáin partiré con la juventud de Tiermes hacia la guerra e iré a caballo —Venica alzó la vista. Ya no había mofa en su gesto—, a espaldas de nuestro campeón, el mejor de los guerreros, el más rápido, el más fuerte, el más hábil con las armas, Medugenus. Yo seré el portador de sus jabalinas y su ayudante.

—¿Por qué tú?

—Porque me ha elegido —respondió centelleante.

El gesto de la muchacha se había ensombrecido.

—Mis parientes sólo desean su muerte —murmuró.

Comenzó a llover. Venica se incorporó y se cubrió la cabeza con el sago. Recogió el cesto y emprendió el camino de regreso a la Aldea de la Piedra. Eladus la

acompañó. Los dos marchaban pensativos y cabizbajos. El muchacho sabía que su elección como escudero de Cabeza de Piedra poco tenía que ver con él, con su valor o destreza. Medugenus había sido su protector y su héroe desde la infancia, un especie de semidiós al alcance de la mano. Pero el favor que le dispensaba se debía a su hermana adoptiva, Drusuna. Sabía que fueron amantes y que lo seguían siendo esporádicamente. Lo había oído muchas veces en la aldea.

Venica recuperó enseguida su tono burlón.

—Mi padre es un hombre importante entre los Meduticos. Posee ovejas, cabras, cerdos, vacas y caballos. El príncipe Cabuniaeginus confía en él y le tiene asignados varios rebaños. El hombre que me pretenda tiene que ser, también, un hombre importante.

—De nada sirven las riquezas si un hombre no guarda en el hogar las cabezas de los enemigos con los que combatió.

Eladus había adoptado un tono desdeñoso que exasperó a la muchacha.

—Ah sí, muy importante te crees cuando todavía no he oído ninguna de tus hazañas, ni tampoco he visto los despojos de los que hablas.

—Ten por seguro que arrojaré a los pies de tu padre cabezas y manos suficientes para cubrírseles. Entonces verás que soy un hombre de respeto y querrás ser mi esposa.

Venica volvió sus ojos al suelo con gesto pensativo.

—Muchos despojos deberás cobrarte para que él olvide que eres un Docilico.

Había cesado de llover. La tierra emanaba frescor y el bosque se poblaba de sombras. La senda serpenteaba irregular: se encaramaba a un cerro para continuar por una vaguada, se perdía en la oscuridad de la floresta para salir a un claro de suelo rocoso. Debajo de un bosque de acebos vieron un hato de ovejas. El pastor había buscado en su follaje, frondoso y perenne, refugio provisional para los animales. Ya apenas quedaban en la sierra rebaños. Al finalizar la Estación Luminosa los pastores los habían bajado a los chozos de las aldeas y de la ciudad.

No distinguieron al pastor. La oscuridad empezaba a diluir los contornos y a convertir en manchas el paraje. Ambos cayeron en un silencio aprensivo.

—Quizás debiéramos evitar adentrarnos en la espesura —murmuró Eladus.

—Sí, podemos dar un rodeo.

Ninguno de los dos hizo un esfuerzo especial para ocultar su temor. Era el Samáin y el tránsito estaba abierto. Aquel momento del día, cuando la luz se extinguía para dar paso a las tinieblas, coincidía con el momento del Samáin en el Año: un tiempo inerte entre las dos existencias: la Luminosa y la Oscura. Los umbrales se desvanecían. No podían tener la certidumbre de que los hombres o animales con los que se encontraran fueran tales.

—¿Los has visto alguna vez? —la voz de Venica era firme a pesar de todo.

Eladus se encogió de hombros. Él nunca había tenido experiencia alguna del Más Allá hasta la iniciación. En las lunas de aislamiento en la espesura, junto a sus

compañeros, vivió una experiencia de extenuación al límite. El ayuno, el insomnio, los incesantes cantos y danzas, las saunas de vapor debajo de tiendas de piel de cabra, los bebedizos preparados por los hombres-árbol; todo ello terminó precipitándole, como al resto de sus compañeros, al Otro Lado. Vivió una visión horrible, aterradora, la de una criatura infernal, guardiana de los territorios que comienzan con la muerte. Tuvo que enfrentarse a ella con el hierro de sus armas. No sucumbió al miedo, llevaba varias lunas preparándose para el encuentro. Los hombres-árbol le habían enseñado los pasos mágicos, los cantos necesarios para no caer en el pánico. Ello hubiera sido su fin. Logró darle muerte y se sorprendió de lo poco que le costó hacerlo. Sin embargo, el desgaste de su ánimo fue atroz.

Cuando salió del trance, después de haber sido arrojado tres veces a una fría poza del río, no vio a la fiera decapitada sino que se encontró delante de un almacén de madera, un maniquí construido por los hombres-árboles y que simulaba a la horrible criatura. Vio salir de su interior a los que lo habían manipulado desde dentro. Las cabezas que había cortado con su espada eran maderos ensartados en odres de cuero que yacían esparcidos por el suelo. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Sus compañeros vivirían también, uno por uno, la misma experiencia, pero el relato de la misma fue distinta. La descripción de la criatura variaba de uno a otro, mas ninguno dudaba de su realidad. Y ello a pesar de tener delante el bastidor que simulaba su cuerpo.

Eladus tampoco dudó de haber estado en el Otro Lado. Fue la primera vez que vivía en su propia carne el poder de los hombres-árbol. Ellos le habían hecho algo extraño, lo habían conducido a la Otra Orilla. Su visión de los mismos y del mundo cambió por completo a partir de entonces.

De nada de esto quería hablar en ese momento con Venica.

—No —concluyó a su pregunta.

Ni siquiera habían andado unos pasos cuando el muchacho agarró con fuerza el brazo de Venica.

—Alguien viene —susurró.

No muy lejos de allí, había visto recortada, sobre la apagada claridad del cielo, una sombra, un bulto, algo que se agitaba levemente de un lado a otro, como cuando se anda. Enseguida, lo que fuera, se desvaneció en la oscuridad de un macizo de retama. Eladus supuso que, la aparición, no tardaría en cruzarse con ellos. Sin soltar a Venica, la condujo fuera del sendero. Se acomodaron en el interior de un profuso zarzal y se pusieron al acecho.

Toc, toc, toc, toc, toc, toc...

El golpeteo resonaba insistente, cada vez con mayor intensidad.

TOC, TOC, TOC, TOC, TOC, TOC...

Entonces la sombra llegó a su altura. Se trataba de un hombre que caminaba enfundado en su sago, pero éste, a diferencia de los habituales, tenía una capucha que le cubría la cabeza. Del manto sólo asomaban los tobillos, envueltos en grebas de piel

curtida, y un brazo que se aferraba a un cayado de avellano. El hombre se detuvo unos instantes y miró a su alrededor. Parecía estar alerta al más mínimo chasquido. Después reanudó la marcha.

TOC, TOC, TOC, TOC, TOC, TOC...

El golpeteo procedía del interior de su cuerpo. Era un ruido compacto y seco, de superficies pulidas, como de metal y piedra. Resultaba desconcertante; de no ser por él Eladus hubiera creído que se trataba, sin más, del pastor del rebaño que dejaron en el acebal. Advirtió a su lado que Venica temblaba.

Permanecieron escondidos un buen rato y sólo se incorporaron cuando dejaron de oír aquel martilleo desquiciante y se sintieron seguros de que la aparición ya andaba lejos. El resto del camino, hasta llegar la Aldea de la Piedra, discurrió sin incidentes; ninguno de los dos cruzó palabra alguna.

Capítulo dieciocho



El cuarto creciente, después del Samain, fue el momento que los hombres-árbol señalaron para la partida de la expedición guerrera. El novilunio era mal tiempo para empezar cualquier cosa, ni tan siquiera la confección de un sago; mas el cuarto creciente contenía toda la fuerza de los comienzos, el vigor ascendente de la Divinidad que conduce al momento de máxima tensión. Toda empresa iniciada entonces, hasta la más pequeña, participaba de tal empuje.

En la calle central de la aldea, los Docilicos despedían a los jóvenes que partirían esa misma noche. La mañana era fría y soleada. De los ollares de los caballos y de sus bocas se expandían blancas nubes de vaho. Los infantes, la mayoría, colgaban las fundas de las espadas al cinto, en el costado, y se ceñían los escudos a la espalda mediante cintas en bandolera. También cargaban a la espalda el haz de jabalinas y los arcos. Las hondas de cuero se anudaban en la cintura, los puñales y cuchillos se atravesaban al cinto o se enfundaban junto a la espada, las lanzas se portaban en la mano. Los jinetes terminaban de ajustar los arneses y de enjaezar las monturas.

Los perros ladraron con furia a unos seres extraños, mitad hombres, mitad animales, que destacaban en la columna. Cubrían, éstos, la testa y los hombros con la piel y la cabeza de sabuesos; otros lo hacían con pieles y cabezas de lobos y osos. Su aspecto era funesto y sobrehumano. Tales guerreros indicaban, con su atuendo, su categoría en el seno de determinadas cofradías; fratrias que se constituían, en la iniciación, con los integrantes de un mismo grupo de edad. La piel y las fauces del depredador pertenecían al animal en el que el grupo se convertía cuando salían juntos de rapiña.

Cantudobua, como todas las madres y esposas, exhortaba a su hijo para que fuera valiente y no deshonrara a la familia, para que no volviera con las manos vacías y las condenara a morir de hambre. Abicus, pegado a la oreja, le relataba las gestas de su padre y abuelo y las suyas mismas durante el ataque de Pompeyo a Tiermes, en su juventud. Le glorificaba la muerte en el combate y le describía los espléndidos ejércitos, encabezados por dioses, que le aguardaban en el Más Allá. Mientras, Eladus, mareado de tanta palabrería, excitado por el viaje, trataba de ceñirse las grebas de pelo en los tobillos.

Medugenus detuvo a Coemus, su caballo nervioso y ceniciento, al lado del muchacho y éste se encaramó a su espalda, sobre la gualdrapa de lana que cubría el lomo del animal. En ese momento se vio a sí mismo detrás de Cabeza de Piedra, el

campeón de los Docilicos, y por encima de cualquier compañero de edad. Los trabajos y los parientes quedaron borrados en un instante, también la aldea. Delante se le ofrecía un destino abierto, luminoso. Se enderezó, pensó en Venica y lamentó que no estuviera allí para apreciar su gallardía y su rango.

El bramido de la trompa puso en marcha la comitiva. No serían más de cuarenta infantes y ocho caballeros. No todos los Docilicos habían salido a despedirlos. La ausencia más destacada era la de Casauretos, el patriarca del clan. Los ancianos se habían opuesto, desde un primer momento, a que los jóvenes tomaran parte en la expedición. Su juramento de consagración los obligaba a permanecer, con el resto de los guerreros, en el Bosque Sagrado, protegiendo al Rey. Bajo ningún concepto podía éste quedar desamparado. Su muerte supondría la muerte de todos los Docilicos. Pero el consejo de la ciudad había decidido que las posibilidades de un ataque eran pocas y que los efectivos que quedaban en Tiermes y en las aldeas, los guerreros de más edad, eran suficientes para hacer frente a cualquier imprevisto. Así que los jóvenes Docilicos quedaron eximidos, por una vez, de su juramento, y autorizados a participar, integrados en sus fratrias, en la razia que se iba a correr por el territorio de los edetanos.

Aquello había sacado de sus casillas al patriarca y a los ancianos. Casauretos había estallado en cólera, pese a su habitual sobriedad, al enterarse. Blandió el bastón de cabeza de cabra y trató de golpear al emisario. Maldijo al consejo, se lamentó de la corrupción de las costumbres y aclamó, a gritos, los tiempos de antaño, en que ningún príncipe ni ningún consejo estaba por encima de la autoridad de los patriarcas.

Sin embargo, según Eladus y Medugenus cabalgaban hacia Tiermes con los demás jóvenes, sabían que el clan iba con ellos, que los acompañaba, que la castidad de los parientes durante su ausencia insuflaría vigor y fortaleza en los cuerpos. La energía acumulada con la contención se transmitiría a través de los lazos que les mantenían unidos entre sí desde el primer pariente, Docilico, y ello a pesar de la distancia. Unos días antes, tales vínculos, habían sido revalidados y fortalecidos en el santuario, con una ceremonia exclusiva de los Docilicos y oficiada por el patriarca.

Los guerreros cruzaron el bosque y salieron a campo abierto, en dirección a la ciudad. La excitación era tan grande que apenas hablaban entre ellos. Eladus, sin embargo, no pudo callarse y sacó a relucir un tema que, en esos días, estaba en boca de todos.

—¿Por qué marchamos a Edeta? El territorio de los edetanos está lejos, más que el de los vettones; carecen de ganado, no se les entiende cuando hablan y no saben hacer la guerra. ¿Por qué allí? Son íberos, labriegos, ¿qué riquezas vamos a encontrar? Los campos ni siquiera habrán verdecido.

A Medugenus no le sorprendieron sus palabras.

—¿Y cómo sabes tanto de esos parajes?

—Es lo que se dice por ahí. La gente está molesta. Todos pensaban que nos dirigiríamos a territorio vettón. Los vettones tienen ganado en abundancia y se

parecen más a nosotros. Dicen que se les entiende cuando hablan y que son valientes, que no rehuyen el combate. Son contrincantes más dignos que los íberos.

—No sólo los vettones, los berones, los lusitanos e incluso los vacceos, nuestros aliados, son más dignos de la rapiña. Todos ellos son celtas, sus costumbres y su lengua son semejantes. Pero no es lo que procede en estos momentos.

Medugenus le explicó que la guerra estaba próxima y que convenía prepararse. Ebureinio había decidido castigar a los aliados de los romanos y arrasarlo sus bases de abastecimiento en la costa. Tal proceder serviría de aviso a otros pueblos.

—Los vettones hacen la guerra contra los romanos. No son gente que se deje subyugar. No han terminado de apagarse las cenizas de la última ciudad arrasada cuando ya se han sublevado en otro sitio. Conviene que ellos mantengan a raya al ejército de Córdoba mientras nosotros nos ocupamos del de Tarraco. Interesa más tenerlos como aliados que como enemigos. No es el momento de hacerles la guerra.

A Eladus le sorprendió en Medugenus aquel modo de pensar. Ni el oro ni la plata, ni tan siquiera el trigo, valían lo que valía un buen rebaño de vacas. Nunca hubiera imaginado que la guerra exigiera un cálculo tan extraño y que obligara a hacer algo contrario a lo que reclamaba la voluntad. Al menos no era esa la forma de luchar que había aprendido en la floresta.

La explanada que moría a los pies del macizo rocoso, sobre el que asomaba la ciudad, rebosaba de termestinos. Confluían de todas partes, los guerreros más jóvenes, aquellos que habían sido iniciados en los últimos años. De Tiermes había bajado la muchedumbre para aclamarlos en su partida. Hombres, ancianos, mujeres y niños se despedían de los luchadores. Las esposas les ofrecían sus hijos en brazos y las madres les enseñaban los pechos. Dejaban claras cuáles eran sus obligaciones para con ellas y los parientes.

También se agolpaban multitud de curiosos dispuestos a contemplar los magníficos equipos de los jóvenes príncipes y de sus séquitos. Los notables iban incorporándose de forma escalonada, dándose tiempo para impactar en la multitud. El frío sol arrancaba brillos en los cascos, en los pectorales, en los umbos de los escudos. La gente se arremolinaba para ver los ricos repujados de los arneses, los nielados en oro y cobre de las empuñaduras, los bordados multicolores de cenefas y ribetes, los labrados de placas y broches. Pero eran las armas las que calaban hondo en los espíritus: las puntas resplandecientes de lanzas y jabalinas; las hojas aceradas de espadas y puñales; los enormes escudos oblongos, muy distintos a los habituales, redondos y pequeños. También contrastaba, semejante lustre, con los equipos de la mayoría de los jóvenes: el bronce quedaba para las escasas placas con las que algunos revestían sus corazas de lino; los cascos estaban hechos de cuero y de nervio trenzado; los escudos carecían de umbo metálico y eran enteramente de madera y de cuero, al igual que las empuñaduras de las espadas.

—No verás por aquí ni a Lettondo ni a los príncipes que le secundan, no les hace ninguna gracia esta expedición —dijo Medugenus después de echar un vistazo a la

dilatada columna de guerreros. El odio asomó en sus ojos—. Son tan cobardes que no se atreven a decir lo que piensan. Saben que pegaríamos fuego al consejo de ponerse en contra.

Un estrepitoso golpeteo se levantó de repente entre el gentío que se agolpaba cerca de la rampa de entrada a la ciudad. El fragor se contagió enseguida hasta alcanzar al último guerrero. Todos hacían chocar sus escudos con las espadas al tiempo que una voz pasaba de boca en boca: «Ebureinio, Ebureinio». La baraúnda fue colosal. Un estremecimiento sacudió a Eladus. También advirtió que Medugenus, mientras aporreaba la cetra con fiereza, se erguía y respiraba hondo.

La muchedumbre se abrió para dejar paso al príncipe Ebureinio y a su séquito. Lucía éste su casco de bronce, coronado con la cabeza de un jabalí. Un enorme pectoral, redondo, decorado con círculos concéntricos, protegía el pecho. El sago iba sujeto en el hombro con una fíbula de oro. Los cascos de su caballo, negro, uno de los pocos que calzaba herraduras, resonaban sobre la roca. Su porte era impecable: ancho, fuerte, erguido. La solemnidad de la expresión, la belleza de sus rasgos regulares y morenos, su sobriedad, todo ello levantaba murmullos y comentarios. «Ebureinio, el dios», gritaban algunos. Detrás seguían numerosos caballeros pertrechados con ricos equipos de hierro y bronce.

Medugenus, cada vez más alterado por la celia que llevaba ingiriendo desde la mañana, arreció su aporreo. Unió su voz bronca a los vítores dispensados. Eladus pensó que, mientras existieran príncipes como Ebureinio, Medugenus nunca aceptaría la autoridad de ningún consejo.

La columna, con Ebureinio a la cabeza, se puso en marcha hacia el santuario. La muchedumbre permaneció en la explanada. La ceremonia que les esperaba en el bosque era exclusiva de los guerreros.

—Seremos cerca de dos mil —calculó Medugenus—, al llegar a los llanos de Edeta alcanzaremos los seis mil.

—¿Y de dónde saldrá el resto?

—Cuando la noticia corra vendrán de todas partes, ya lo verás: los jóvenes, las bandas que andan errando por ahí, qué se yo, cualquiera que tenga cojones. ¿Quién no va a querer golpear a los romanos en su propia casa?

—¿Y los romanos? ¿No harán una salida desde Ocillis para atacarnos?

Los ojos del guerrero brillaron. Sonrió con desprecio.

—Esos perros no dejarán su guarida, no se expondrán fuera del campamento, no hasta que no reciban refuerzos. Es una lástima, créeme, podríamos llegar a Edeta con sus cabezas sujetas a los arneses. Sería un buen espectáculo para los íberos.

Eladus miró a su espalda y contempló la gruesa hilera de hombres que se movía hacia él. El orden de la marcha lo imponía el terreno. La columna se desbordaba por los flancos cuando el sendero se abría. El corazón del muchacho latió con fuerza. Volvió a asaltarle una sensación semejante a la que tuvo cuando se encaramó al lomo de Coemus: le pareció que accedía a otro mundo, un mundo desvinculado de las

preocupaciones y sufrimientos cotidianos. Quedaba fuera de las obligaciones con los parientes, de las incesantes disputas y rencores, de los trabajos de los días y de las noches. Al mismo tiempo percibía una emoción extraña, una tensión que se había generado en aquella masa de hombres dispuestos para la guerra. Ahora que marchaban en soledad, todos juntos, hacia el santuario, esa especie de violencia contenida se manifestaba con mayor claridad. Sus albarcas de piel rebotaban, con el trote de Coemus, en ambos costados, a tres pies del suelo. Creyó haberse despegado de la tierra y un suave vértigo lo envolvió. Sintió miedo.

Poco después los guerreros abarrotaban el claro del santuario, apiñados en torno al risco de en medio. Ebureinio desmontó y se encaramó a un saliente. Al lado se encontraba un hombre-árbol que Eladus conocía muy bien desde la iniciación: Lubbo, el más siniestro de todos ellos. Se decía de él que las fuerzas oscuras de la Divinidad lo enloquecieron y le dotaron de un poder maligno y peligroso. Neito, el dios de la guerra, lo había escogido como servidor y por ello participaba siempre en los ritos de los guerreros y de la iniciación.

Se trataba de un hombrecillo enjuto, con cabeza en forma de pepino, una inmensa nariz picuda, pómulos puntiagudos y ojos pequeños. Su aparente fragilidad contrastaba con la agilidad con la que se movía de un lado a otro. Podría pasar por un viejecillo afable, si no fuera por su intensa mirada y por ciertos visajes que le descomponían la expresión de vez en cuando.

Eladus había oído que Lubbo era capaz de provocar la muerte de hombres y animales, que podía desplazarse de un lugar a otro y que podía transformarse en una vaca o en un lobo. Pero el terror que sentía hacía él procedía de las lunas en la espesura. Allí vio a compañeros suyos enloquecer, temporalmente, en presencia de Lubbo y fue también, delante de él, cuando el maniquí de madera y piel cobró vida, ante sus ojos, transformado en una monstruosa criatura.

El muchacho saltó al suelo y corrió hacia sus compañeros. No se trataba sólo de su fratria, también deseaba apartarse de Medugenus. Le notaba cada vez más embriagado y fuera de sí. Sabía que en tal estado su amigo se convertía en un hombre peligroso y que no era seguro estar a su lado. Todavía se hablaba del último duelo que había librado. Fue en una de las asambleas secretas de las fratrias durante el Samain; un Medutico lo retó y resultó muerto en la brega. Los Meduticos no pudieron exigir reparación ya que no se trataba de una reyerta sino de un desafío personal. Tales muertes eran frecuentes después de agotar la celia del banquete.

El potente bramido de las trompas, cada vez más numerosas, hacía vibrar los montes y las peñas. Los buitres se convocaron en las alturas. Los odres de celia circulaban entre los guerreros y hacían crecer la exaltación. Comenzaron los cánticos y las danzas.

Fue entonces cuando Ebureinio se despojó de sus pertrechos y de su ropa hasta quedar completamente desnudo. Hizo varios gestos alusivos a sus genitales y la multitud comenzó a golpear las cetras. El príncipe ya no era el hombre sobrio y

contenido de antes. De repente cogió un hacha y se lanzó, como una fiera, hacia su propio caballo, al que descargó un potente golpe en la cabeza. El animal ni siquiera resopló. El estruendo se hizo entonces insoportable. La multitud rugió. Una vez exánime, en el suelo, Ebureinio la emprendió a hachazos con la montura. Los golpes se sucedieron sin descanso, como si el príncipe estuviera animado por una fuerza sobrehumana. Su cuerpo se fue salpicando de sangre. Detrás, Lubbo, con los brazos estirados y las palmas abiertas pronunciaba, en trance, palabras ininteligibles.

Comenzaron a circular, de mano en mano, los despojos del caballo muerto: costillares, huesos, vísceras... Los guerreros se abalanzaban sobre los sangrientos desechos, ansiosos por hundir sus dedos en la carne. Algunos se los restregaban por la cara y por el cuello. Apenas terminaba uno de embadurnarse cuando ya otro le había arrebatado el despojo de las manos. Poco a poco el aspecto de los guerreros se fue tornando terrible y salvaje, capaz de poner en fuga a cualquier mortal.

Eladus contempló sus manos sanguinolentas. Ahora estaba unido a Ebureinio, a su poder y al poder del dios de la guerra, Neito. Los lazos se habían echado y él se había atado a los lazos. Mientras estuviera unido a los demás, mientras permaneciera fiel al príncipe y no desertara, la fuerza de su líder y de Neito serían su fuerza. Todos juntos formarían una misma jauría. Si decidiera huir o desertar o traicionarle se convertiría en un ser débil y vulnerable y no tendría ninguna posibilidad ante el enemigo.

Un alarido le hizo volverse. No muy lejos de donde se encontraba un joven profería un rugido rabioso e inhumano. Sacudía la espada por encima de la cabeza y empujó a todos, con el escudo, hasta abrirse un hueco alrededor. Su rostro y su cuerpo se veían deformados por la furia: los ojos desorbitados e inyectados en sangre; la boca cubierta de espuma; el torso estaba agarrotado, en tensión; los músculos, tendones y venas resaltaban como cuerdas. Nadie osaba ponerse a su alcance. Eladus conocía ese estado, vio a compañeros suyos arrebatados por el mismo trance durante la iniciación. Neito había hecho acto de presencia, se había manifestado. Sabía que el guerrero estaba poseído por una fuerza sobrehumana y que, al más mínimo roce, se abalanzaría sobre el incauto hasta despedazarlo.

Sus compañeros se limitaron a abrir un corro, lo suficientemente amplio, para mantenerlo a distancia. Aterrorizados, no podía dejar de mirar las muecas y contorsiones del que, hasta unos momentos antes, era su camarada.

Los berridos de las trompas se hacían cada vez más insistentes. A Eladus le habían contado que semejante estridencia era la voz de Neito. Gritos desgarradores, seguidos de corros que se abrían como ondas en el agua, señalaban nuevos ataques de locura. Sin darse cuenta, los pies del muchacho comenzaron a saltar, acompañando la cadencia de la masa humana que lo empujaba alrededor. Su canto pasó a endosar el murmullo que recorría la multitud. Tal como aprendió, el miedo se diluía si uno centraba su atención en los pasos y en los cánticos adecuados. Poco a poco una especie de embriaguez, unida a una sensación de poder, fue haciéndose con él. Creyó

que sus pies, de nuevo, se separaban de la tierra, que era tragado por la misma fuerza que sacudía al resto de los guerreros.

Capítulo diecinueve



Esa mañana Aliso rompió el recipiente de gachas que le ofreció Cantudobua. La vasija no cayó al suelo; salió despedida por los aires, como si tuviera vida propia. Atta se echó a reír y la mujer lo miró con una expresión interrogante. El numantino no supo qué decir.

Volvió a sucederle lo mismo, poco después, al llevarse a los labios la infusión de eléboro que preparaba todas las mañanas. En los últimos días había aumentado su avidez por las infusiones y preparados de hierbas. Apenas dispuso el líquido en un recipiente de madera cuando éste dio un respingo entre sus manos e hizo un bucle en el aire. Esta vez Cantudobua le gruñó por su estupidez.

El numantino, ofuscado, salió de la choza, descendió hasta el arroyo y se perdió en el bosque antes de que la mujer o el anciano le asignaran tareas para ese día. Los indicios parecían claros: cuando los objetos salían disparados de sus manos es que un nuevo ataque estaba cerca. Llevaba más de un año sin sufrir ninguno y era ya demasiado tiempo. En los últimos días había vuelto el desasosiego, la melancolía, la opresión en el pecho. Se sentía vacío, desesperado, irritable. En un principio atribuyó el cambio de carácter al brusco frío, a su condición de extranjero, al silencio de la aldea sin los jóvenes. Pero aquellos cacharros rebotando en sus manos no dejaban lugar a dudas. Sabía que era una sacudida brusca, incontrolada, de sus extremidades, algo parecido a un latigazo, lo que los proyectaba por los aires.

Se dirigió hacia los roquedales que guarecían las colmenas. Con la miel recién catada, los aldeanos no se acercaban por allí. Deambuló por vaguadas y portillos, remontó un cerro y volvió a adentrarse en el bosque. Los robles desnudos componían un paraje descarnado, muerto. El crepitar repentino de las hojas secas y retorcidas disparaba su corazón. Después veía alejarse, zigzagueando, un lince o un corzo.

Deseó no tropezarse con los lobos. Había oído que bajaban en la Estación Oscura siguiendo el olor de las ovejas. Ni siquiera llevaba un cuchillo para defenderse. La aprensión, entonces, se agudizó hasta hacerse insoportable. Se olvidó de su estado y se abandonó a cualquier ruido sospechoso. Luego se dio cuenta de que no sabía donde estaba, de que no era capaz de orientarse; había perdido de vista la pared rocosa que cortaba el bosque. Pensó que tendría que subir de nuevo al cerro que había dejado atrás para echar un vistazo, pero no lo hizo. Apoyó la espalda sobre un tronco y cerró los ojos.

¿Qué hacía allí? ¿Adónde iba? ¿Qué buscaba? Notaba cómo una nube oscura se

cernía lentamente sobre su conciencia. Le resultaba difícil pensar, estaba muy confuso, perdido. Al mismo tiempo, la opresión en el pecho era cada vez mayor. Se sintió sin fuerzas para seguir adelante. Se deslizó hasta el suelo y se estiró sobre la fría tierra.

Pero no fue tragado por las tinieblas, tal como esperaba. Por el contrario, una imagen muy viva inundó su espíritu. Se trataba de un árbol que le había llamado la atención poco antes. Tenía una forma muy peculiar: su tronco, recto, se doblaba a cierta altura y volvía a erguirse, hacia el cielo, una vara más allá. Parecía un roble sentado sobre el vacío. Aliso tuvo la certeza de que si retrocedía y encontraba el árbol, sabría en qué lugar del bosque se hallaba sin necesidad de volver a remontar el enmarañado cerro.

Se levantó. El sendero hacía tiempo que lo había perdido. Los matorrales le obligaban a avanzar despacio. Las formas siniestras de los robles comenzaron a adquirir vida. Aliso les atribuía estados anímicos, intenciones. De nuevo se hubiera dejado llevar por el desvarío, pero la imagen del árbol se impuso. Esta vez la convicción fue distinta: había soñado con ese árbol. No recordaba bien cuándo, tal vez la noche de antes o en los breves instantes en los que se abandonó a la tierra, mas no cabía duda. Pero entonces, ¿qué hacía tratando de localizarlo?

El miedo a perder el juicio aceleró su marcha. No, tenía que encontrarlo, no podía ser un sueño; si lo fuera, cualquier otro roble, roca o nube, cualquier presencia, también podría serlo y el paraje, entonces, se desvanecería; nada sería real.

El árbol sedente apareció al remontar un desnivel. Aliso aflojó el cuello dejando que la cabeza cayera hacia atrás. Estaba salvado, existía, había pasado por allí. Apoyó su trasero en un nudo del tronco. Ya no podía más, ¿cuánto tiempo llevaba deambulando por el bosque? El sol pronto alcanzaría su cenit. Hubiera jurado que llevaba todo el día. Advirtió la presencia de la sombra en el límite de su conciencia. Como una ráfaga, una idea fugaz iluminó las tinieblas: buscaba un lugar aislado donde sufrir la embestida.

Unos cuantos pasos cuesta abajo, detrás de un ribazo, se encontró con una zanja. Las secas hojas cubrían el surco formando un lecho mullido y tentador. El numantino se agachó y se dejó caer de espaldas. Un dulce hormigueo le recorrió la columna y las extremidades. Encima, el azul intenso, como nunca lo había visto; un azul rasgado por las ramas desnudas. Sin saber por qué pensó en Drusuna, en sus ojos, en su pelo enmarañado. La paz lo envolvió y se quedó dormido.

—... justo detrás del cerro rojo, el de los pinos, en el barranco que rodea la estribación, allí, sí, tres cohortes y una guarnición de caballería, unos dos mil hombres.

—El emisario de la otra vez me dijo que serían cuatro cohortes.

—No podemos dejar el campamento sin efectivos.

Primero el murmullo fue como un borboteo, un ruido natural en algún sueño extraño. Luego quedó claro que eran palabras, palabras que venían de alguna parte y

que lo habían despertado. Aliso abrió los ojos. Sólo vio el cielo y las ramas. El talud del ribazo le impedía ver su alrededor pero también lo ocultaba de los extraños.

—... una antorcha moviéndose en la parte alta, sí, cuando la luna haya bajado, será la señal. Los portones estarán abiertos, matad sólo a los que opongan resistencia, sólo a ellos...

—Es lo convenido.

El primer impulso de Aliso fue salir de la zanja, pero una estremecedora certeza lo paralizó: la voz era la de Lettondo, el príncipe. Su tono ansioso e inseguro resultaba inconfundible. A este descubrimiento se añadió otro más aterrador aún: hablaban en latín, luego el segundo hombre era un romano.

Observó que parte de su cuerpo estaba cubierto por las hojas. Tuvo la tentación de cubrirse por completo pero intuyó que el más mínimo movimiento lo delataría. Permaneció en tensión, con el rostro de Lettondo vívido en su mente: los ojos de búho, su papo tembloroso. También oyó un extraño golpeteo: toc, toc, toc... Se producía de vez en cuando, supuso que en el momento en que uno de los dos echaba a andar.

—¿Y la Aldea del Bosque? —oyó al romano—, ¿no nos oirán?

—Mis hombres os llevarán por la senda que la rodea. Ni siquiera los perros podrán olerlos.

Hubo una pausa. El toc-toc se hizo más fuerte, como si uno de ellos se acercara al ribazo.

—Me preocupan las monturas —murmuró Lettondo—, cualquier ruido puede desbaratarlo todo.

—No hay peligro, hemos envuelto los cascos con estopa. Llevamos dos noches de marcha, durmiendo durante el día en barrancos y bosques, y hasta ahora nadie ha reparado en nosotros.

—En Tiermes, descontando a mis siervos y amigos y a la juventud que ha partido, queda un número de guerreros similar al de tus hombres. Eso sin contar tampoco con los guerreros de las aldeas. Si el ataque es descubierto antes de tiempo no habrá ninguna oportunidad de salir con vida.

El tono del romano se hizo sarcástico. Se trataba de una voz firme, muy segura, pero joven. Aliso creyó recordar la de uno de los tribunos del campamento de Ocillis.

—¿Crees que me hubiera embarcado en semejante golpe si no confiara en mis hombres? Cuida tú de lo tuyo, de la antorcha en la puerta, y nosotros nos ocuparemos de lo nuestro.

Se despidieron. El toc-toc, junto el crepitar de las hojas, fue alejándose poco a poco hasta extinguirse. A esas alturas Aliso ya había reconocido el suave martilleo: procedía de Lettondo, de su colgante de pasta vítrea en forma de rueda con cuatro radios, el que siempre llevaba. Al caminar, el colgante golpeaba el pectoral de bronce que le protegía el pecho. Ya lo advirtió en la asamblea de las ciudades, pero sin darse cuenta; en aquella ocasión no apartó la vista del príncipe.

Antes de asomar la cabeza Aliso aún permaneció un buen rato inmóvil. Su corazón latía con fuerza. Los vapores de la enfermedad parecían haberse disipado; de nuevo el ataque, de un modo misterioso, se replegaba a los oscuros confines de su alma. Pero la angustia, la aprensión ante la inminencia de la fatalidad, seguía ahí, oprimiéndole el pecho hasta dejarle exhausto, sin aliento, paralizado en el fondo de la zanja.

Capítulo veinte



De regreso al poblado se encontró a Ambatus, el vettón, acompañado de un escuálido jumento que trastabillaba bajo una enorme pila de leña. Aliso no fue capaz de explicarle lo que había oído, pero su cara despertó la alarma del vettón, que decidió atar al animal y acompañarlo a la aldea, tal como el numantino le demandaba.

Se presentaron en la choza de Casaretos. El anciano dormitaba la comida, junto a su hijo y su nuera, al calor del hogar. Aliso logró serenarse y comenzó a referirle lo que había escuchado en el bosque, omitiendo las razones que le llevaron a ocultarse en la zanja. Ni el patriarca ni Ambatus repararon en ello. El contenido de sus palabras empezó a impactar en los presentes. Casaretos salió del sopor y adoptó un aire de gravedad extrema. Escuchó todo el relato sin pestañear, con gesto inmutable. A Aliso le sorprendió tal dominio de sí mismo; contrastaba con las exclamaciones y aspavientos del resto.

Cuando terminó, Casaretos, sin decir nada, se envolvió en su sago, cogió el bastón de mando y salió fuera seguido de los demás. En el centro de la calle le preguntó a Aliso por el lugar exacto en donde se suponía que estaba escondido el ejército romano. El numantino señaló con vaguedad hacia la sierra.

—Detrás del cerro rojo, el de los pinos, en un barranco —su voz se quebró por la inseguridad. Desconocía el lugar exacto, sólo podía repetir las palabras del tribuno.

—¿Qué esperamos? —rugió Ambatus—, debemos alertar a la ciudad.

Casaretos permaneció mudo, inescrutable. Sólo sus ojos entrecerrados delataban agitadas cavilaciones.

—Cogeré el caballo de mi padre y saldré hacia Tiermes —volvió a gritar Ambatus.

El patriarca asintió con la cabeza. El vettón salió corriendo calle abajo y poco después regresó a lomos de un corcel con el que se precipitó, a galope, en dirección contraria. Apenas los niños y las gallinas tuvieron tiempo de apartarse.

La alarma cundió de inmediato. Varios hombres se acercaron al patriarca.

—Que todos los guerreros acudan con sus armas, que las mujeres encierren el ganado en los chozos y en los corrales y marchen al fuerte con los niños y los ancianos, que esperen allí.

Aliso ignoraba a qué fuerte se refería, no conocía ninguno por allí cerca. Casaretos prohibió usar las trompas o gritar para convocar a la gente. También ordenó a cuatro hombres que partieran hacia la zona indicada por el numantino para

localizar al destacamento y espiar sus movimientos.

La noticia recorrió la aldea de parte a parte en breves instantes: los romanos se encontraban muy cerca, escondidos en algún lugar próximo a la sierra. Muchos no terminaban de dar crédito a lo que oían, pero pronto se vieron arrastrados por la loca agitación. Las mujeres y los muchachos se dispersaban por el bosque en busca de los pastores, los niños corrían detrás de las gallinas, los ancianos recogían en los morrales grano y tasajos de cerdo, los hombres se pertrechaban y acudían junto al patriarca.

—Que varios hombres vayan a buscar a Cántaber y a los hombres-árbol, que acudan aquí de inmediato.

Casauretos había abandonado la parálisis del primer momento y parecía tener claro cada uno de los movimientos que había que dar. Ello aliviaba la tensión de la gente que se agolpaba a su alrededor.

Alguien puso una espada en la mano del numantino. Al girarse descubrió el rostro radiante de Abicus. Sus pertrechos se hallaban deteriorados por el paso del tiempo; el casco de cuero y nervio se inclinaba hacia un lado de la cabeza; las plumas del penacho, improvisado con precipitación, caían sobre su hombro y le conferían un aire de gallo desaliñado.

—Ha llegado el momento —dijo eufórico.

Aliso levantó la espada. La oscuridad del metal y la falta de brillo denunciaban sus muchos años, pero sabía que tenía delante el mejor hierro del mundo: el hierro que había dado a los celtíberos, antaño, su inmenso poder.

Empezó la espera. A medida que el sol decaía iban sumándose más guerreros al contingente de la aldea, pero también iba aumentando el nerviosismo.

—¿A qué esperamos? Vamos a su encuentro; somos pocos pero podemos golpear y desaparecer, golpear y desaparecer... Conocemos la sierra y el bosque, podemos conducirlos a un barranco y encerrarlos allí hasta que llegue el resto.

Varias voces se pronunciaron a favor del ataque. Quien lo había propuesto era un hombre rudo, de unos treinta años, de anchas espaldas y baja estatura. Aliso lo conocía de las reuniones de los pastores en la sierra: se trataba del púgil que cayó bajo los puños de Medugenus en la campa, Calaetus. Le apodaban el «mulo» y también el «oso» por el abundante vello negro que cubría su cuerpo. Sin duda era uno de los guerreros más fuertes de la aldea.

Casauretos levantó su bastón. Su tono era agrio y severo.

—¿Es que habéis olvidado vuestro juramento? ¿Quién guardará al Rey del Bosque mientras peleáis? ¿Es que no recordáis que le debéis obediencia hasta más allá de la propia muerte?

Un silencio profundo se impuso en el grupo.

Poco después llegaron los hombres-árbol con Cántaber a la cabeza. Eran ocho. A Aliso le sorprendió su aspecto: habían dejado sus túnicas blancas y, en su lugar, llevaban pectorales y cotas de mallas; los cascos eran de bronce, de triple cimera el

de Cántaber; fundas y empuñaduras ostentaban ricos ornamentos. Tales equipos los asemejaban a los príncipes y a sus séquitos; pero lo que más le llamó la atención es que los hombres-árbol parecían dispuestos a pelear, codo con codo, con el resto de los guerreros.

El patriarca puso a Cántaber al corriente de lo sucedido. Este volvió los ojos hacia Aliso y mantuvo una intensa mirada. Parecía impresionado por el hecho de que fuera el numantino quien descubriera la traición.

—No comprendo como han podido llegar hasta aquí sin haber sido descubiertos —murmuró Casauretos—. Desde Ocillis han tenido que pasar cerca de numerosas aldeas y fuertes.

—Sin duda saben que los jóvenes han partido y que Tiermes se encuentra con la mitad de sus efectivos —añadió Cántaber—. Lettondo les habrá informado de todo.

Aliso trató de descubrir a Drusuna entre el grupo de los hombres-árbol, pero advirtió que ya no quedaba ninguna mujer en toda la aldea. Supuso, entonces, que también estaría en el fuerte.

—¿Qué fuerte es ese donde han ido las mujeres? —le preguntó a Abicus.

El anciano miró a los lados y bajó la voz.

—Es nuestro secreto —hizo como si le costara un enorme esfuerzo desvelarlo—. Las gentes que vivían aquí antes que nosotros habitaban un fuerte, allá arriba. Es de antes que la misma ciudad de Tiermes. Se conoce que controlaban desde allí un paso de la sierra que lleva al otro lado. Ahora nosotros sólo lo usamos de majada para las ovejas, pero sigue ahí: las murallas se mantienen en pie.

En esto entraron a galope dos de los hombres enviados para localizar al enemigo. Confirmaron que unos dos mil legionarios esperaban, adormilados, en un barranco conocido como la «horquilla», a unas dos millas de allí. Sus dos compañeros se habían quedado cerca, escondidos, al tanto de cualquier movimiento.

Casauretos comenzó a dar muestras de intranquilidad. Echaba rápidos vistazos a los vigías apostados en lo alto de los roquedales, bajo los que discurría el río, mas ninguno daba señales de distinguir a nadie en los tramos del camino que las copas dejaban entrever. El sol había desaparecido ya detrás de la masa arbórea pero quedaba luz para un rato.

—Ya tendrían que estar aquí —murmuró el patriarca a Cántaber.

Mandó partir a otros tres guerreros hacia la ciudad. Les dio instrucciones muy claras para que evitaran a los siervos de Lettondo y a los príncipes de su facción. Tenían que hablar con los príncipes fieles a Ebureinio.

Después ordenó a todos los guerreros que entraran en las chozas y que reunieran la mayor cantidad de leche. Aquello desconcertó al numantino, parecía algo absurdo en tales momentos. Sin embargo nadie puso reparos o mostró extrañeza. Al rato se amontonaban, a lo largo de la travesía, todo tipo de vasijas. Casauretos dio instrucciones para que cada cuál cargara con la mayor cantidad posible. Después, en fila, bajaron al río. Allí comenzaron a vaciar los cantaros uno tras otro. Las fugaces

manchas lácteas discurrían, en breve, corriente abajo.

—¿Por qué perdemos el tiempo derramando la leche en el río? —se lamentó Aliso.

—Es una señal —gruño Abicus—, el mismo río pasa a los pies de Tiermes, la leche en el agua significa peligro. Cualquiera labriego que ande por los huertos y vea blanca la corriente dará la alarma.

Jirones rojos, de nubes deshilachadas, incendiaban el cielo del poniente. Los hombres comenzaban a transformarse en bultos difusos y una especie de telaraña iba nublando, poco a poco, los frágiles ojos.

Llegaron al galope otros dos guerreros con noticias terribles.

Venían del barranco de la «horquilla». Habían estado apostados no muy lejos de la entrada. Vieron llegar a varios jinetes de la ciudad, siervos de Lettondo, entre ellos llegó Ambatus.

La noticia dejó estupefactos a los guerreros. Un murmullo recorrió la multitud; el nombre del vettón corrió de boca en boca. Se escuchó alguna voz encendida por la rabia y la cólera: «muerte al traidor». Varios se apartaron abriendo un corro en el centro; todos los ojos se volvieron hacia un hombre menudo, de rostro colorado y surcado por las arrugas. Se trataba del padre adoptivo de Ambatus. A su lado, su hijo mayor, hermano de Ambatus, miraba el suelo y se mordía el labio hasta hacerlo sangrar.

Pero las malas nuevas que traía el rastreador no habían terminado aún.

—Poco después de su llegada los romanos formaron y salieron del barranco. Apenas hemos logrado adelantarnos a la caballería, están a punto de llegar.

Una especie de latigazo sacudió al grupo. El murmullo devino en voces y gritos. Calaetus, el oso, dio unos pasos calle abajo en actitud desafiante. Los hombres se encendían los unos a los otros con insultos a los romanos y promesas de muerte. Se iniciaron los cantos de guerra y la hueste empezó a agitarse bajo un mismo ritmo. A pesar del jaleo pudieron oírse con claridad unos cascos en el empedrado de la entrada. El grupo se abrió a lo ancho de la travesía, levantaron las jabalinas y esperaron.

No eran los romanos, era una sombra, un bulto tambaleante a lomos de un caballo. Se detuvo a unos cuantos pasos. Le costaba sujetarse en la montura y no dejaba de presionar su costado con la mano.

—¡Alisgustus! —exclamó Casauretos reconociendo a uno de los mensajeros que habían partido poco antes hacia Tiermes.

—Nos esperaban en el camino...

—¿Quién?

—Los siervos de Lettondo, lo menos dos centenares...

Casauretos se volvió hacia Cántaber.

—Me lo imaginaba, Ambatus ha puesto en alerta a Lettondo y éste no dejará que nadie abandone el bosque. Tendrá hombres apostados por todas partes.

—Nos han encerrado, quieren atraparnos —rugió Casauretos—, debemos subir al

fuerte y esperarlos allí.

Cántaber asintió y Casauretos levantó su bastón al tiempo que daba la orden de marchar por el interior del bosque hacia la sierra.

Antes de partir llamó a los más jóvenes: varios muchachos que ni siquiera habían sido iniciados, pero que se habían resistido a salir con las mujeres y los niños. El patriarca les encomendó alcanzar Tiermes dispersándose y dando rodeos para evitar las partidas de guerreros que pudiera haber por los campos y caminos. A uno de ellos le dio instrucciones para que alcanzara la Aldea de la Piedra y pusiera en pie de guerra a los Meduticos.

La columna de los Docilicos, unos cien hombres armados hasta los dientes, se adentró en la oscuridad del robledal. Su conocimiento del terreno les permitía avanzar sin necesidad de hachones y teas.

Abicus, resollando sin tregua, caminaba delante del numantino. Un graznido lejano hizo que el anciano se girara. Permaneció atento, como un perro de caza, en dirección a la aldea. Aliso aguzó el oído tratando de descubrir algo. De nuevo se oyeron graznidos tamizados por el bosque y la distancia, esta vez, de varios gansos. El anciano miró a Aliso por el rabillo del ojo.

—Son las ocas —murmuró—, los romanos ya han entrado en la aldea.

Capítulo veintiuno



Se oyó el canto de una lechuza. Aliso, encaramado con los demás en lo alto de la muralla, escudriñó la oscuridad tratando de localizar algún movimiento que pudiera delatar al enemigo. La luna menguante blanqueaba con palidez una amplia franja de ladera antes de la extensa mole negra que formaban los pinos. Salpicaba la loma un mar de piedras verticales y puntiagudas que fueron colocadas antaño para dificultar cualquier ataque.

Oscuros volúmenes y manchas más claras se amontonaban en los alrededores. Detrás de la colina, a su espalda, se erguía la sombra de la sierra. Ni siquiera tenía Aliso una imagen clara del contorno del fuerte. Se había limitado a seguir al anciano por el empinado ascenso de la rampa, hasta chocar con el baluarte de piedra que coronaba el monte. Una vez en el interior puso todo su cuidado en evitar las siluetas que se agitaban por todas partes y en no tropezar con los zócalos semiderruidos de las antiguas construcciones.

Trepó por unos peldaños que sobresalían del muro interno hasta encaramarse al adarve que recorría el lienzo de la muralla. Un murete de piedra, que a pesar de los desmoronamientos todavía se levantaba hasta la cintura, los protegía del exterior. Pero el ancho de arriba, aunque amplio, era un firme abrupto e irregular. Numerosas piedras se habían desprendido o habían caído del parapeto. Resultaba incómodo y peligroso moverse con rapidez por la pedregosa superficie.

Aliso acariciaba con dedos temblorosos el brocal del escudo. Los acontecimientos no le habían dejado tiempo para pensar, para darse cuenta de que, en breve, entraría en combate. Era la primera vez; ni tan siquiera estaba seguro de saber lanzar la jabalina. Negros pensamientos lo sumieron en un hondo malestar. Advirtió a su lado dos mujeres jóvenes que ensayaban la puntería arrojando piedras a los pies de la muralla. Se les veía dispuestas a permanecer allí. Su parloteo y sus risas lo sacaron del desasosiego. Tal vez fuera mejor no pensar. Se concentró en los cantos que emanaban de todos los rincones del fuerte. Murmuró algunas palabras y trató de seguirlos.

Alguien dio la alarma. El numantino se incorporó y dirigió la vista hacia el bosque de pinos de más abajo. Una luz resplandecía en el interior; una luz intermitente, en movimiento.

Asomaron las primeras antorchas al claro que señalaba el tramo intermedio antes de la cima. Desde allí les quedaba una pronunciada pendiente, salpicada de piedras

hincadas, hasta la muralla. Las luces no siguieron adelante, esperaron a que se incorporara el resto que subía por el bosque. Poco después, una nutrida barrera de fuego seccionaba la loma de parte a parte. Aliso calculó una cohorte, seiscientos hombres para solo cien defensores.

A la vista del enemigo sonaron las trompas de barro y un griterío infernal se desencadenó en el fuerte. Aliso se estremeció, pero después también grito, y el alarido que salió de su garganta le hizo sentirse fuerte. Los romanos, lejos de amilanarse, respondieron con un vocerío semejante.

Avanzaron al asalto pero no de un modo desordenado. La barrera se convirtió en una columna que empezó a subir a toda velocidad por la rampa en zig-zag que recorría la loma y que moría en la entrada. Éste era el punto más vulnerable del fuerte ya que no había portón, sólo el vano. Por suerte, un extremo de la muralla se metía y recorría un pequeño tramo, en esviaje, paralelo al otro extremo. Formaban ambos muros, entonces, un estrecho pasillo que conducían al interior, pero que ya podía ser defendido con más facilidad. Los Docilicos habían dispuesto en dicho pasillo todos los obstáculos que les había dado tiempo a colocar: estacas afiladas, ramas retorcidas, lanzas, piedras, vigas.

Cuando la vanguardia estuvo a tiro Aliso lanzó su jabalina a bulto pero no pudo ver si había alcanzado a alguien. A su lado, las mujeres y los guerreros lanzaban piedras y dardos. Se oían gritos y se veía, de vez en cuando, caer al suelo alguna antorcha.

Los romanos confiaban en la fuerza de su empuje para penetrar en el fuerte. Tropezaron con los obstáculos del pasillo. En breves instantes cayeron muchos bajo las enormes piedras que les arrojaban desde arriba. Dado que el encuentro se iba a resolver en las inmediaciones de la entrada, los guerreros Docilicos fueron desplazándose hacia ella por el adarve.

Protegidos con los escudos, los legionarios de cabeza lograron colocar troncos y tablones sobre estacas y ramas. Después corrieron por encima y saltaron más allá de los obstáculos. Un haz de jabalinas los frenó en seco. La siguiente oleada avanzó con cautela, palmo a palmo, detrás de una barrera de escudos, cubriéndose con los pilos que arrojaban sobre los Docilicos. El grueso del clan, con Calaetus, el oso, a la cabeza, taponaban la entrada al fuerte y esperaban el choque.

De la columna se habían desgajado dos flancos que trataban de salvar la muralla trepando por las escalas. La altura de los muros era de quince pies, no resultaba difícil llegar arriba en poco tiempo. Pero el alto bullía de celtíberos, tanto guerreros como mujeres y muchachos. Pocos legionarios conseguían alcanzar el parapeto; antes caían derribados por las piedras o precipitados de espaldas al separar, los defensores, las escalas del paramento con las horquillas.

En el interior la línea de choque no avanzaba ni para detrás ni para delante. Los celtíberos manejaban con gran habilidad, en aquel estrecho pasillo, sus pequeñas espadas y sus puñales. La fuerza del empuje hacía que los legionarios pasaran por

encima de sus compañeros caídos y se amontonaron en la primera línea, encajándose contra los muros y con nula capacidad de movimiento. Desde arriba no dejaban de caer piedras y dardos que causaban grandes bajas. En breves momentos muchos murieron asfixiados o bajo las cáligas de otros legionarios.

Las trompas tocaron retirada. Los romanos se replegaron dejando el callejón repleto de muertos y heridos. En la desbandada varios hombres se internaron entre las piedras hincadas. Éstas alcanzaban en altura hasta los muslos y las rodillas. El pánico les hacía tropezar y golpearse con ellas el tronco y la cabeza. Estaban dispuestas muy juntas y por ello el avance resultaba torpe y lento. Al ralentizarse su huida no era difícil alcanzarlos desde las murallas con las hondas y los arcos.

De nuevo atronaron los gritos y las trompas en el fuerte. La gente estaba enloquecida por el triunfo, las antorchas se agitaban a lo largo de la muralla. Aliso levantó su espada y voceó su victoria. Había luchado contra los romanos, los mismos que mataron a su padre y esclavizaron a su madre, los mismos que lo condenaron a él a la esclavitud, de por vida, aun antes de haber nacido. Había luchado y los había vencido.

El rostro de Ambatus se deslizó fugazmente en su imaginación: sus facciones angulosas, su expresión reservada y triste, su mirada huidiza. «Nuestra condición es la misma, le dijo en la campa aquella vez, ambos fuimos arrancados, por la violencia, de nuestros hogares». Quizás el vettón no hubiera hecho, con su traición, algo muy distinto a lo que él hacía ahora: reparar la infamia que había marcado su destino.

La euforia recorría las murallas y el interior del fuerte. Las trompas volvieron a sonar. Aliso pudo ver como por la puerta salían teas encendidas en tropel. Oyó gritos de todas partes: «A por ellos, que no escapen». Los guerreros Docilicos se precipitaban en pos del enemigo. El numantino se situó detrás de la fila de hombres que ya saltaban por los difíciles peldaños de la muralla hasta el suelo. Alguien puso en su mano una antorcha. Después pasó con los demás por encima del montón de cadáveres que cubrían las defensas, en el pasillo de entrada. Corrieron siguiendo la rampa. La cabeza de la horda ya había desaparecido en el interior del bosque.

Pronto la retaguardia del enemigo se vio desbordada por el furor de Calaetus y sus guerreros. El pánico había convertido la cohorte en una turba descontrolada. El terreno, los árboles y la oscuridad impedían reagruparse y maniobrar. Los legionarios caían como moscas bajo el hierro de los Docilicos. Al llegar al pie del cerro e internarse en el robledal la situación no mejoró, ya que el suelo era irregular, repleto de altibajos y sin ningún claro donde detenerse.

Aliso tropezaba de continuo con los cuerpos caídos de los legionarios que la vanguardia iba dejando atrás. Su espada estaba ya manchada de sangre. No sabía cómo había sucedido. Se veía envuelto en una vorágine de sensaciones confusas: bultos, empujones, gritos, dibujos de antorchas en la oscuridad. Y por debajo de aquel caos percibía un fuego en sus entrañas que exaltaba su cuerpo y su espíritu.

El sentimiento de irrealidad era más fuerte que nunca: no había realidad, sólo

fragmentos, sensaciones intensas pero aisladas. No sabría hacerse, más tarde, una idea de lo que estaba ocurriendo. Pero, a diferencia de otras veces, el pánico no lo vencía, al contrario, se veía arrebatado por la euforia y el poder.

Luego estalló un resplandor repentino, una llamarada que recorrió el bosque de parte a parte. A la línea de fuego se superpuso un griterío infernal. Fue como un fognazo, como un golpe en la cabeza. El ardor se desvaneció y dio paso al pánico. Los Docilicos habían dado media vuelta y corrían en dirección contraria. En los flancos se veían correr hileras de sombras que trataban de envolverlos y cortarles la retirada. De cazadores habían pasado a ser cazados.

Aliso corría con todas sus fuerzas, sin mirar siquiera el suelo que pisaba. Arrojó la antorcha en cuanto se sintió perseguido y se abandonó a su instinto de supervivencia. Detrás, gritos desgarradores fustigaron su miedo. Esta vez no procedían de los romanos, sino de los propios Docilicos. Muy cerca se oían jadeos, roces, pisadas rápidas; un poco más lejos el retumbar de los caballos.

Alguien lo seguía a pocos pasos, ignoraba si de los suyos o de los perseguidores. Se deshizo del sago. El pánico le hacía lanzarse sobre arbustos y zanjas sin saber dónde apoyaría el pie. En ningún momento volvió la cabeza. Los crujidos y jadeos no se despegaban de su lado. En la mente se sucedían imágenes fatales, golpes definitivos, cabezas cortadas; se vio cayendo, una y otra vez, a los pies del perseguidor, sobre un amasijo de entrañas sanguinolentas.

No supo cuánto tiempo duró aquella agonía. De repente la oscuridad volvió a desgarrarse con un bramido ensordecedor, un fognazo acústico, que lo derribo al suelo. Se encogió y esperó el golpe de gracia. Esperó y espero, acurrucado, tal como hizo siempre, en el pasado, cuando aguardaba con resignación la paliza. Esa última sumisión a un destino fatal le concedía unos breves momentos de dulzura, un estado fugaz de bienaventuranza que precedía siempre a la oscuridad.

Alguien puso la mano en su hombro y tiró de la camisa. Levantó la cabeza. La antorcha alumbraba un rostro familiar, uno de tantos. El vaho salía sin cesar de su boca. Fue en ese momento cuando el numantino, sudoroso aún, sintió por primera vez el gélido tacto de la noche en los huesos.

—Vamos, son los nuestros.

Capítulo veintidós



Amanecía en el santuario.

Los Docilicos depositaban sus muertos sobre la fría hierba de la mañana. Cada vez afluía más gente de todas partes. La comarca entera estaba al tanto de la profanación del bosque y acudía temerosa del daño causado.

Drusuna se hallaba al pie del peñasco, junto a tres hombres-árbol: Cántaber, Lubbo y Turaesamus. Su presencia, en especial la del Rey del Bosque, infundía calma en los ánimos angustiados de los termestinos. A su alrededor los guerreros Docilicos cumplían con su deber de guardianes. Su aspecto era terrible: pelambreras enmarañadas, rostros salpicados de sangre, crispados por el infierno nocturno, prendas rasgadas, corazas rotas...

Los termestinos evitaban hablarles y guardaban las distancias. Los rumores de siempre sobre su salvajismo y fuerza sobrehumana se antojaban más ciertos que nunca a la luz de su siniestra apariencia y del relato de su encuentro con los romanos.

Seguían trayendo cadáveres al claro. Los parientes recomponían su postura sobre la hierba y depositaban las armas a su lado. Las mujeres lloraban la pérdida de maridos e hijos. Varias hogueras proyectaban sobre el cielo altas columnas de humo. El bramido de las trompetas era constante.

Al rodear la peña, Drusuna descubrió a su madre adoptiva, Cantudobua, junto a su tío, Atilio, Atta y varios primos. Advirtió en el centro del corro un cuerpo inerte. Al acercarse pudo ver que se trataba de Abicus.

El hombrecillo había perdido el casco, su escaso pelo se arremolinaba encima de las orejas, los ojillos los tenía abiertos y fijos en el firmamento. Una enorme mancha negra empapaba la coraza de lino. Corros de sangre seca ensuciaban la barbilla y el cuello.

Drusuna sintió un estremecimiento, como un vértigo repentino. Respiro hondo varias veces y ensayó una mirada distinta, indiferente. El tío y los primos no mostraron recelo, como acostumbraban, ante su presencia. Atta, la niña, lloraba desconsolada. Atilio, el único hijo vivo de Abicus, guardaba su aflicción detrás de un gesto solemne. Cantudobua parecía pensativa.

—Los dioses se han apiadado de este pobre viejo —murmuró al fin—, y le han concedido una muerte gloriosa, la que él añoró para su juventud. Tal vez, esta noche, haya sido el hombre más feliz sobre la tierra por haberse despojado de los lazos de Ogmios, la enfermedad y la vejez, y haber tenido oportunidad de vender cara su vida.

Se ha hecho digno del destino de los guerreros, del festín de los buitres sagrados...

Al decir estas últimas palabras Cantudobua levantó sus ojos hacia el firmamento. Las persistentes columnas de humo y el bramido espaciado de las trompas había convocado en las alturas una nube de carroñeros que se arremolinaban sobre el Claro Sagrado. Hasta que su número no fue muy grande, de varios centenares, y hasta que no dejaron de llegar cadáveres al santuario, las gentes no se despegaron de sus difuntos. A una señal, se retiraron al perímetro del recinto y los buitres cayeron, sin ningún recelo, sobre los cadáveres.

Comenzó el banquete sagrado. A los buitres se añadieron los cuervos y algún perro famélico que merodeaba por el bosque. La carne fue desgarrada, los huesos desmembrados, las entrañas esparcidas por el suelo, los ojos arrancados de sus cuencas y engullidos; todo ello ante la mirada extasiada de clanes y familias, en medio de un silencio conmovedor.

Drusuna comprobó con alegría que el cuerpo de Abicus fue bien tratado por los carroñeros. Varios buitres se lanzaron sobre él desde el primer momento y, en breve, sus huesos quedaron libres de carne y tendones. La cabeza terminó separada de la columna y dos buitres se disputaron el despojo enganchándolo con sus picos corvos. La rapidez de la ingesta era un buen augurio, también que la mayor parte de la osamenta quedara limpia.

El sol alcanzó su cenit y el festín no tenía visos de concluir. Cuando algún buitre se daba por satisfecho trataba de volar pero, después de la carrera, apenas podía elevarse unos pocos pies y volvía a tomar tierra de un modo aparatoso. El exceso de comida les impedía remontarse. Deambulaban, entonces, de un lado para otro, con torpeza, como borrachos a punto de desmoronarse.

Drusuna pensó que harían falta días para que los cráneos y las extremidades de todos quedaran limpios. Sólo entonces las almas de los guerreros emprenderían su viaje a la morada celeste.

En el bosque se oyó el retumbar de los caballos. Un centinela gritó algo que Drusuna no llegó a entender. Casaretos, Cántaber y el resto de hombres-árbol se dirigieron al exterior del recinto. La muchacha los siguió.

Se trataba de Melmanius, el hermano mayor de Ebureinio. Acudía de la batalla ataviado con sus pertrechos de príncipe y acompañado por los estandartes de su clan, los Tritalicos. Su gesto y los largos pelos del mentón le daban un aire de chivo enloquecido. De los arneses, bajo el cuello, colgaban las cabezas ensangrentadas de dos hombres. La joven advirtió más en los correajes de los guerreros que le acompañaban.

Melmanius se inclinó hacia delante y desenganchó uno de los despojos. Lo arrojó a los pies de Cántaber. La cabeza rodó y quedó bocabajo. Con su bastón de avellano Casaretos la volvió bocarriba. Luego se agachó tratando de reconocer aquel rostro tumefacto y sanguinolento.

—Ambatus —prorrumpió de repente.

—Los demás han huido, pocos, pero han conseguido escapar —la voz de Melmanius sonaba grave—, nuestros guerreros todavía los siguen. Han partido emisarios a las aldeas y a los fuertes que hay en el camino hacia Ocillis para que acaben con ellos.

—¿Cómo es posible que hayan logrado huir? —rugió Cántaber—. De noche y rodeados de gargantas y desfiladeros que no conocen, ¿cómo?

A Drusuna le vino a la mente la historia que oyó multitud de veces a Abicus, de niña, sobre el enorme ejército romano que quedó atrapado en lo alto de un desfiladero cuando huían de los termestinos. Aquella era una tierra de barrancos, inexpugnable para el enemigo.

—Los hombres de Lettondo los guiaron.

—¿Y Lettondo?

—Ha desaparecido, él y muchos más. En Tiermes, ahora, corre la sangre. Siervos y gente del clan de Lettondo, los Viscicos, están siendo arrojados desde lo alto del promontorio. Sus propiedades son destruidas y saqueadas. Antes de que el día se ponga la ciudad quedará limpia de traidores.

Tales palabras inquietaron a Drusuna. Conocía a mucha gente de Tiermes, amigos y devotos. Imaginó a la turba enloquecida por la sangre y el deseo de venganza. Cualquiera podría ser acusado de simpatizante de Lettondo o de los romanos; la avidez de rapiña les volvería ciegos y los convertiría en alimañas, muchos inocentes serían sacrificados.

Fue entonces cuando Casauretos estalló. Blandiendo el bastón de mando se plantó delante de Melmanius y dirigió hacia él su dedo tembloroso.

—Nunca, nunca más permitiré que nuestros jóvenes abandonen el bosque, por mucho que el consejo decida; nuestra consagración está por encima, Tokoitos así lo ha dispuesto.

El viejecillo, debilitado por la falta de sueño y el ajetreo de la noche, parecía a punto de desmoronarse. Aun así su rostro se hallaba encendido por la cólera. Melmanius endureció la expresión y trató de calmarlo.

—Nadie se atreverá a poner en duda que los Docilicos no hayan cumplido esta noche con su juramento; habéis salvado el bosque y habéis salvado Tiermes. La ciudad nunca lo olvidará.

El príncipe contó cómo las manchas de leche en la corriente llamaron la atención de varias mujeres que hacían la colada. Se apresuraron a dar la voz de alarma en la ciudad. Fue enviado un pelotón de jinetes que tropezó con una patrulla de siervos de Lettondo; sin mediar palabra éstos se les echaron encima. Tras una breve escaramuza pusieron en fuga a los atacantes y apresaron a unos cuantos que confesaron que los romanos se escondían en el bosque. Volvieron a la ciudad y con rapidez organizaron una columna de tres mil hombres que se puso en marcha con el mayor sigilo.

El relato enfureció aún más al anciano.

—Faltó el pelo de una pulga para que muriéramos todos; de no ser por la leche

habríamos sucumbido, nosotros y el Rey. Y, mientras, la mayor parte de nuestros guerreros, los mejores, en los confines del mundo...

Estaba fuera de sí. Parecía dispuesto a arrojarse con su bastón sobre el príncipe. Cántaber dio un paso y se colocó entre ambos.

—Casauretos lleva razón en sus reproches, el Bosque Sagrado no puede quedar desprotegido, es el último bosque; la profanación traería consecuencias desastrosas: se alterarían los ciclos del sol y de la luna y la tierra yacería yerma y estéril. El fin de los tiempos podría haber llegado esta noche, pero esa no ha sido la voluntad de los dioses...

Las palabras de Cántaber calmaron al patriarca y despertaron la atención de los presentes.

—Los dioses han querido que un extranjero, un descendiente de la más poderosa de las ciudades celtíberas de antaño, advirtiera a tiempo de la conjura. Ahora está claro lo que los designios señalaban desde hacía tiempo, que su llegada al bosque no ha sido casual, que el numantino ha sido elegido para cuidar de él.

Todos volvieron sus ojos hacia Cántaber con expresión interrogante, pero el Rey ya se había dado la vuelta en dirección al claro donde los carroñeros se saciaban. Los hombres-árbol lo siguieron, menos Drusuna, que permaneció clavada en el sitio presa de la inquietud. Melmaninus, deseoso de evitar a Casauretos, retrocedió con sus hombres y emprendió el camino a Tiermes. La joven se encontró con los ojillos del patriarca.

—¿Y el numantino? —preguntó.

El anciano se encogió de hombros.

—La última vez que lo vi fue en el fuerte.

Drusuna dio un respingo. La confusión de la mañana, la muerte de Abicus, la ceremonia de los buitres; hasta entonces no había reparado en la ausencia de Aliso. Sin decir palabra apresuró el paso hacia el interior del bosque.

—¿Realmente lo han enviado los dioses? —gritó Casauretos.

Drusuna no se detuvo, ni siquiera se giró.

—Ya has oído a Cántaber.

El viejo se quedó allí, perplejo y furioso. Masculló algo ininteligible y se volvió hacia el santuario.

La joven corrió hacia el cerro del fuerte. Una amalgama de oscuros presentimientos se sucedieron en su cabeza: vio a Aliso tendido en el suelo y empapado en sangre; después se enfureció consigo misma por su debilidad. Los sucesos de la noche anterior, la muerte de Abicus; se hallaba baja de defensas, demasiado vulnerable a emociones extrañas.

Dejó de correr, caminó con pasos largos y rápidos; transitó hacia arriba y hacia abajo por la ondulación, y al rato, comenzó a tropezarse con los primeros despojos de la batalla. Muchos de los cuerpos yacían sin cabeza o con las manos amputadas. Entre la maraña de árboles y retama se filtraban voces lejanas y agónicas. El paraje

entero parecía desgarrado por el mismo lamento.

Vio a un moribundo, un joven enloquecido por la angustia, que se revolvía en el suelo, sujetándose con los brazos sus propios intestinos. Él también reparó en ella y la llamó pero Drusuna evitó su encuentro. A pesar de no entender su idioma supo que le suplicaba la muerte. Unos cuantos pasos más adelante vio a otro legionario que había enterrado su cabeza en un agujero excavado con sus propias manos.

Por todas partes se oían chasquidos y roces. Los pequeños carroñeros empezaban a dar cuenta de los cadáveres.

Según buscaba un paso entre la maleza que enmarañaba la subida al fuerte, escuchó el ruido de una azada removiendo la tierra. Con cierto sigilo avanzó por una especie de pasillo vegetal, siguiendo los golpes, hasta que la broza se apartó lo suficiente como para entrever una figura. Aunque estaba de espaldas, sus greñas ocre, sus miembros largos y desgarbados le resultaron familiares. Aliso cavaba una zanja en una terraza de la loma. A su lado, yacía el cuerpo de un romano.

El numantino sonrió de oreja a oreja. Drusuna encontró algo extraño en su expresión: abría los ojos con desmesura y las pupilas tenían un tamaño diminuto, anormal.

Aliso salió de la zanja y señaló el cadáver.

—Es Aulo, mi hermano de madre.

La mujer-árbol vio el rostro sin vida de un joven de unos veinte años. Aliso lo había despojado del casco, la cota de mallas, la coraza de cuero; vestía sólo la camisa y los calzones. Apoyado sobre el talud y con el tajo mortal oculto a la vista parecía que dormitaba.

Aliso no se encontraba apenado, al contrario: estaba eufórico. Parecía desbordado por lo extraordinario del acontecimiento.

—Se parece más a mi madre que a su padre, tiene sus mismos ojos, entre turbios y dulces.

El numantino río con nerviosismo. Drusuna vio en él una fuerza interior impropia de su carácter. El temor habitual hacia ella se había desvanecido. Aliso la miraba de igual a igual, incluso con cierta distancia, como sabiéndose lejos.

—Fue mi amo, ¿sabes? Al morir Ucalegón, su padre, me heredó a mí junto con la casa y los animales. Él me trajo a Ocillis después de enrolarse en el ejército y de que lo destinaran a la frontera. Durante dos años le hice la comida, limpié su contubernia, molí el grano, lave su ropa...

Volvió a sonreír y a encerrarse en sí mismo. La fuerza que lo agitaba lo lanzó a la zanja. Allí reanudó el trabajo con un ritmo febril. De repente la azada saltó de sus manos, como si tuviera vida propia. El numantino rompió a reír. Luego se sentó y cayó en un nuevo estado de ensimismamiento. Drusuna temió por él.

—Pensé muchas veces en acabar con su vida —dijo al fin—. Tracé planes, pensé en el momento oportuno: una vez fuera del campamento, cuando estuviéramos solos, durante un permiso o una salida de aprovisionamiento. No fui capaz de hacerlo.

»Los esclavos escapaban en esos días aprovechado la hostilidad del territorio y Aulo hizo ponerme en el cuello una cadena con una placa para que cualquiera que me encontrara fuera del campamento me devolviera a sus manos.

»No era más que un bisoño estúpido y cruel, un idiota enloquecido con la promesa del botín y del ascenso. Deseé su muerte muchas veces, pero ahora no puedo por menos que darle sepultura, tal como él hubiera deseado. Yo soy el celtíbero, el bárbaro, y él, el romano, mas ambos nacimos de la misma madre.

Aliso se acercó a un extremo y levantó una rama de acebo.

—Pondré esto encima de la sepultura; los romanos suelen emplear yedra o laurel, cualquier hoja cuyo verdor perenne les sugiera la inmortalidad.

Sus ojos brillaron.

—¿Sabes? Ellos no creen en una vida más allá de la muerte, lo dicen y entierran a sus muertos como si fuera así pero realmente no lo creen. Los más supersticiosos temen a los espíritus de los fallecidos, los manes, o temen una especie de castigo eterno por su falta de piedad durante esta vida; no es más que temor a la muerte lo que se esconde detrás.

—¿Y tú, crees en la otra vida? —preguntó Drusuna.

—Nunca he creído en ello, pero ahora, en este momento, es distinto. No siento la confusión ni las tinieblas de siempre, veo con claridad, todo tiene sentido, todo es armonioso y bello... No veo que las cosas tengan un principio o un fin.

Drusuna suspiró. Se acercó al cuerpo de Aulo y lo rodeó.

—El mejor cuidado que puedes darle al cuerpo de tu hermano es dejarlo donde está y esperar a que un buitre descienda sobre su cuerpo y dé buena cuenta de él. Tal trato es el adecuado a la dignidad de su muerte.

Aliso sonrió. Su semblante seguía radiante, encendido, como traspasado por una luz sobrenatural.

—No dejaré de admirarme de vuestras costumbres.

—Nuestro pueblo siente un gran respeto por el modo como las cosas suceden por sí mismas. Y la muerte siempre sucede de la misma manera, no tienes más que mirar a tu alrededor: la carne y los huesos vuelven a la tierra o se convierten en la carne y los huesos de un carroñero. El Universo se nutre de sí mismo.

»Una vez reducido nuestro cuerpo, el aliento vital que lo animaba queda libre y se desvanece en el Más Allá bajo la forma de un pájaro o de un pez.

—Pero vosotros no abandonáis a vuestros difuntos a los carroñeros, yo mismo he visto cómo los quemáis.

—Sí, es cierto, quemamos a los que mueren enfermos o ancianos, la mayoría. Lo hacemos así porque nos resulta menos enojoso, somos muchos, y también para purificarlos de sus males y evitar su contaminación.

»Así no nos vemos obligados a esperar junto a ellos a que los huesos se liberen; el fuego arrebató la carne en unos instantes y la devuelve a la tierra. La pira acelera el proceso. Algo parecido hacen los herreros con el hierro: lo entierran o lo someten al

fuego para conseguir su pureza antes de tiempo.

»Guardamos para los guerreros muertos en el combate el ritual más digno: los depositamos en la tierra y convocamos a los buitres para que liberen su espíritu. Los buitres cumplen el mismo cometido que el fuego: reducen el cadáver a los huesos. La carne de los guerreros pasa a su carne y a sus huesos y de allí a la carne y a los huesos de otro buitre o de otro animal. Así es como se diluye en el universo y vuelve a la tierra.

—Pe-pero ¿por qué?, ¿por qué sólo el guerrero es digno?

El sol entrecerraba los ojos de Aliso. Sentado sobre el montón de arena abrazaba sus rodillas. El potente fognazo de luz que se filtraba por entre las ramas lo despegaba de la umbría y lo convertía en una estatua de oro.

—Porque lucha, lucha y muere. La lucha es el fuego que anima todas las cosas. Los demás envejecemos o enfermamos, morimos derrotados cuando el fuego que vive en nosotros se extingue, pero el guerrero pelea hasta el final, muere luchando. ¿Qué hay de más valor que un hombre joven, en el culmen de su vigor, que pelea por su clan o por su ciudad? En ese momento la Divinidad alcanza en él su plenitud. La muerte, a manos del enemigo, fija tal pujanza en el flujo constante de las cosas.

»Créeme, el universo entonces se ilumina, rejuvenece. El vigor se contagia a todos los seres, los campos renacen, los ciclos siguen su curso...

En ese momento un grito atroz sacudió el bosque. Al girarse Drusuna hacia Aliso advirtió que éste yacía, bocarriba, en el suelo. El cuerpo se arqueaba presa de una fuerza desconocida; los miembros estaban rígidos, la cara deforme.

La joven se sintió tan aterrorizada por la visión que fue incapaz de moverse del sitio. Luego empezaron las convulsiones: brazos y piernas se agitaban sin ningún control, las pupilas bailaban en las órbitas, el tronco se contorsionaba. Los chasquidos y chirridos de la mandíbula junto con la espuma que asomaba en las comisuras terminaron por convencerla de que aquel ser no era Aliso, de que éste había sucumbido a un poder desconocido y pavoroso.

Capítulo veintitrés



Lo despertó el ruido de la muela girando sobre la solera. Alguien molía en el vestíbulo de la choza. Miró a su alrededor con la escasa luz que franqueaba el vano. No era el hogar de Cantudobua, faltaba el reflejo blanquecino de las paredes. Allí los muros estaban enlucidos con arcilla. Infinidad de sombras de vasijas y de todo tipo de objetos extraños se amontonaban en los anaqueles. Sobre las ascuas del hogar borbotaba un puchero de barro.

Más tarde apareció una mujer menuda y prieta de gesto adusto. Llenó un cuenco con el contenido del puchero, ya reposado, y lo acercó a los labios de Aliso. Al incorporarse en la yacija para beber se le escapó un quejido. Era como si lo apuñalaran, a la vez, en los músculos de los brazos, de las piernas y en el interior del tórax. Llamado por la simpatía, un dolor violento se despertó con fuerza en el centro de la cabeza. Supo entonces que había sufrido un ataque.

La mujer marchó. Aliso se dejó llevar por las oscuras brumas de la conciencia. Cuando despertó de nuevo, la única luz que distinguió fue la de las diminutas ascuas del hogar. Oyó la respiración violenta de más gente que dormía en la misma estancia. Calculó entre cuatro o cinco personas.

En medio de aquella negrura lo asaltó la angustia. Le faltaba el aire, algo le oprimía en el interior de su pecho. Los más sombríos pensamientos empezaron a desfilar por la cabeza.

Imaginó lo peor. Ahora que habían presenciado uno de sus ataques, su suerte entre aquellas gentes se torcería. Volverían los rostros aterrados, los insultos y las palizas, la exclusión y quizás la muerte.

Se encadenaron los terribles recuerdos de su enfermedad, de la primera vez que lo arrojó al suelo, de la reacción de Ucalegón y de las gentes de las barracas. Ya tenía veintidós años cuando sucedió. Se encontraba esperando turno para coger agua de la fuente que surtía la manzana. Y, como todas las demás veces que seguirían a aquella primera, la sacudida vino precedida de sensaciones extrañas, tan extrañas que le hicieron creerse loco. La última de todas lo sorprendió allí, haciendo cola en la calle. Una explosión de luz lo transportó a un estado de plenitud y claridad que nunca antes había conocido. Se recogió sobre sí mismo y permaneció inmóvil, con el cántaro a sus pies. El murmullo del chorro de agua, que caía en la pila desde el caño de plomo, inundaba su espíritu de calma. Creyó que un poder misterioso lo arrebatara para siempre de la inquietud y del sufrimiento. Pensó que moría.

Su último recuerdo fue el estallido del cántaro al romperse en mil pedazos, después de que una sacudida involuntaria de su pierna lo proyectara contra la losa de la pila.

Cuando salió de la oscuridad su vida ya se había transformado en una pesadilla. Algo esencial había cambiado en la gente, en el modo de mirarle, de tratarle, de hablar con él. Primero lo vio en la expresión descompuesta de Ucalegón y en el pánico de Aulo, por entonces un niño, ante su presencia. El centurión dispuso una yacija en el chozo de las cabras y le prohibió entrar en la vivienda. Después, Aliso advirtió que la gente lo evitaba y los que no tenían más remedio que cruzarse con él le escupían. Los esputos comenzaron a ser frecuentes, hasta convertirse en algo cotidiano. Ucalegón y Aulo siempre lo hacían después de encontrárselo. Creían que así evitaban el contagio del mal que se había hecho con el cuerpo de aquel miserable esclavo.

El terror supersticioso fue consumiendo poco a poco al centurión. Interpretó el suceso como un funesto presagio. Adoptó un sinfín de precauciones alrededor de Aliso. Le entregó cuatro cacharros y una escudilla y le prohibió, bajo amenaza de muerte, tocar cualquier objeto que fuera después usado por alguien de la casa. El olor a incienso no desalojaba nunca el interior. La hornacina donde se celebraba el culto doméstico a los dioses protectores de la casa y de su dueño estaba abarrotada de lámparas, flores, pebeteros y toda clase de ofrendas. Con frecuencia asperjaba tanto el interior como el exterior con agua lustral y llevaba a cabo sacrificios y libaciones sin que por ello disminuyera su aprensión.

Temeroso de no estar obrando adecuadamente acudió a un flamen para que hiciera diagnóstico y prescribiera las pautas a seguir. Éste decidió que Aliso padecía la «enfermedad sagrada», un síntoma que acompañaba siempre a los poseídos por las larvas. Concluyó que el espíritu atormentado de un difunto, muerto en circunstancias terribles, era la causa del ataque. Faltaba identificar la identidad del difunto y el lugar donde había acontecido tan execrable crimen.

Se imponían severas lustraciones para alejar a las larvas del esclavo. Ucalegón hubo de multiplicar sus cuidados y miramientos en el trato con Aliso. La dieta debía ajustarse a los habituales menús fúnebres: huevos, apio, legumbres, habas, lentejas... El poseído fue obligado a dar varias vueltas alrededor de un pequeño templo con una antorcha de resina y azufre. Las ofrendas y lustraciones a los dioses se convirtieron en algo permanente y siempre fue su madre, Aucia, quien las hiciera por él.

El flamen prescribió que en caso de un nuevo ataque deberían repetirse las operaciones. Añadió, también, que de caer a tierra debería hincarse, con toda celeridad, un clavo en el lugar donde se hubiera golpeado la cabeza, para que el mal quedara así sujeto al suelo.

Todos estas purgaciones y cuidados no evitaron un segundo ataque un año más tarde. Y ese intervalo sería la frecuencia que se mantendría para el resto de su vida. No obstante, en los últimos años, dicho intervalo se había acortado y las sacudidas se

sucedían con mayor proximidad.

Aliso regresó a la estancia. La oscuridad y el silencio se le antojaron sólidos, como una pesada losa que oprimiera sus sienes y su pecho. Trataba de evitar cualquier movimiento para evitar las punzadas, pero el frío lo obligaba a arrebujarse entre las pieles.

El horror de la gente, las palabras del flamen, su ánimo destrozado. No le costó nada creer lo que le decían y terminó viéndose a sí mismo como un poseso, como un ser contaminado por un numen funesto. Al aislamiento y a los escupitajos respondió con una coraza de indiferencia que terminó haciéndole insensible a todo.

Quizás hubiera puesto fin a su vida si no se le hubiera acercado Terencio Rufino. Volvía ahora la imagen de su rostro apacible, de sus ojos claros, de su pelo canoso y abundante. Tenía grabado su primer encuentro, aquella vez que, desoyendo todas las advertencias, aquel esclavo ilustrado, tutor de los hijos del cuestor, que parecía un ciudadano romano más, le detuvo en la calle.

—«Tú eres Medoro, el esclavo epiléptico, ¿no es así?».

Medoro siempre fue su nombre de esclavo, el que le dio el vilico a cargo del prostíbulo donde nació. Aliso fue el que le puso su madre.

Hacía sol, se trataba de un día luminoso, como las palabras de aquel hombre. Le propuso que no hiciera caso a nadie, ni siquiera al flamen; le explicó que no había nada de sobrenatural en su padecimiento, ninguna larva, ningún numen. Las causas eran naturales, como las de cualquier otra enfermedad. Le aconsejó que tratara de convencer al amo para que le llevara a un médico griego que pasaba consulta en una de las tabernas del foro de Tarraco.

Añadió que era igual a cualquier otro hombre, que debía temprar el ánimo para que su condición de esclavo y víctima de la enfermedad sagrada no le minara. Le convidó a pasarse por la cofradía de esclavos y libertos que había contribuido a fundar en el tosco foro de los barracones. Aseguró que, mientras él fuera un miembro destacado del colegio, quien no estuviera conforme con la presencia de Aliso tendría que marcharse.

La imagen del rostro del filósofo enmarcado en la bóveda azul, tal como lo recordaba en aquel día despejado, le alivió de la presión que sentía ahora en la negrura de la choza.

Nada le dijo a Ucalegón, pero sí a su madre. Ésta lo llevó, en cuanto pudo reunir un denario, a la taberna del griego. Allí recibió un diagnóstico muy diferente al del flamen y un tratamiento basado en las causas naturales de su padecimiento, no en las divinas, que se convertiría en pauta para el resto de su vida.

Se abrió una nueva etapa, tal vez la más feliz en todos sus años de esclavitud. No solamente por quedar liberado de la atroz visión que tenía de sí mismo y de su enfermedad, sino porque tuvo oportunidad de acercarse así a Terencio, en un principio como exigencia de una infinita gratitud hacia él y, después, como necesidad de acudir a sus charlas, de participar de su visión del mundo, de discutir con él sus

amargas inquietudes.

Terencio fue la gran referencia de su vida y, después de su madre, la otra persona a la que profesó un auténtico afecto.

Lo último que vio esa noche fue el semblante apacible y benevolente del filósofo. Tal imagen suavizó la angustia y le sumió en el sueño.

Cuando despertó debía de ser cerca del mediodía a juzgar por la claridad que desbordaba el vano. La misma mujer del día anterior volvió a aparecer y llevó a sus labios una nueva infusión. Después le alcanzó una escudilla con gachas.

No mucho tiempo más tarde entraron Cántaber, Drusuna y un tercer hombre-árbol. Se sentaron en el banco de adobe que recorría las paredes; el mismo sobre el que estaba dispuesto, en uno de los lados, el lecho de pieles donde yacía Aliso. Este se incorporó levemente. La muchacha abrió el ventanuco de la pared y la luz le permitió reconocer al tercero. Se trataba de Lubbo; sabía que era un hombre-árbol muy temido, ignoraba por qué.

El hombrecillo se situó en una esquina y permaneció mudo. Sus ojillos nerviosos, a ambos lados de la enorme nariz, le daban una aire entre siniestro y gracioso.

Cántaber tomó la palabra y le preguntó al numantino por su mal.

—¿Cuándo sufriste el primer ataque?

—Tenía veintidós años.

—Es extraño —murmuró—, nunca había conocido un caso tan tardío. Normalmente las sacudidas comienzan cuando se es un niño.

Hubo una pausa. Drusuna tenía los ojos clavados en él.

—Antes del ataque ves cosas y oyes cosas, ¿no es así? —preguntó.

Aliso asintió con la cabeza. Comenzó a describir el tipo de sensaciones que vivía en los días y en los momentos anteriores a la sacudida: la melancolía, el olor a paja mojada, la confusión mental, la sensación de estar en un lugar distinto, el arrobamiento de dicha. También le habló de los latigazos involuntarios de las extremidades, los objetos despedidos con violencia de sus manos. Cántaber quiso saber qué explicación le daba él al mal que padecía.

—La explicación que le doy es la que me dio a mí un médico griego de Tarraco.

Los ojos del Rey del Bosque brillaron.

—¿Un griego? Sin duda su explicación sería interesante. Los griegos no son romanos, se trata de gente civilizada. Desde hace generaciones han frecuentado la Celtiberia. Como comerciantes les gusta embaucar y robar, pero no pretenden someternos. Son muy dados a las explicaciones, yo diría que son auténticos maestros en dar explicaciones.

Una sonrisa brotó de su labios. Parecía saber bien de qué hablaba, como si hubiera tenido mucho trato con ellos.

—Por lo menos escuchan y quieren saber, siempre es grata su compañía y su conversación. Dime, ¿qué es lo que te dijo ese griego de Tarraco?

—El problema es la flema.

—¿La flema?

—Sí, uno de los humores de nuestro cuerpo, una sustancia fría y húmeda que cuando se produce en exceso penetra en las venas y no deja pasar el aire hasta el cerebro. El cerebro, entonces, es el causante del mal. Al carecer de aire, el razonamiento se nubla y la garganta se queda sin voz y, por eso, yo no soy consciente de lo que ocurre durante el ataque. La sangre, entonces, se detiene y los brazos y piernas se convulsionan y los ojos dan vueltas; los pulmones, al faltarles el aire, espumean y bullen hasta que la espuma sale por la boca...

Siguieron unos instantes de silencio. Los tres hombres-árbol tenían los ojos muy abiertos y fijos en Aliso.

—Sí, pero ¿cuál es la causa de semejante perturbación?

El numantino comenzó a excitarse con sus propias palabras.

—No es ningún dios, ni numen, ni espíritu atormentado... Es un padecimiento que ya sufrió alguno de mis antepasados, alguno de aquellos que vivió en Numancia, y que yo he heredado, al igual que he heredado el color del pelo de mi madre.

—Y dime —inquirió Cántaber—, ¿qué remedio te dio el griego para tu mal?

—El remedio refiere a la dieta, al clima adecuado, al modo de vida. Lo importante es evitar todo aquello que sea húmedo y frío con el fin de que el cuerpo no genere un exceso de flema.

»El clima de vuestra tierra, por ejemplo, es mejor que el de la costa, ya que el de aquí es seco. Debo comer mucho pan e higos secos, dormir lo suficiente, evitar las bebidas alcohólicas, hacer ejercicio. Tengo que consumir hierbas que me limpien y me hagan orinar como el eléboro negro, el cardamomo...

—¿Y el muérdago?

—El griego no me dijo nada del muérdago.

Lubbo chasqueó los labios y negó con la cabeza. Parecía decepcionado. De repente una extraña mueca sacudió su rostro: los ojos se abrieron al máximo, las comisuras de la boca se elevaron en una especie de sonrisa cruel. Aliso se quedó helado, dudó de sí mismo, creyó haber visto mal.

—Tú explicación me ha sorprendido —afirmó Cántaber con honestidad—, en realidad, los griegos siempre me sorprenden con sus explicaciones. Poseen un ingenio muy aguzado y son grandes observadores de los astros y de los acontecimientos del mundo, pero su conocimiento difiere del nuestro.

Las palabras del Rey captaron el interés de Aliso, aunque no dejó de espiar a Lubbo por el rabillo.

—Como ya te he dicho son maestros en dar explicaciones, quizás los mejores. El problema es que reducen el conocimiento a una explicación; consideran que un ingeniosa combinación de ideas o una descripción puede ser lo mismo que el universo, piensan que una explicación adecuada puede agotarlo. Para nosotros esto es imposible; no es que nosotros evitemos las explicaciones, al revés, somos muy dados a cavilar y caemos con frecuencia en discusiones interminables sobre la naturaleza de

los astros y de las cosas. Por ello congeniamos tan fácilmente con ellos. Pero la sabiduría no se reduce a la palabrería. La explicaciones sólo son como pálidos reflejos en un charco que se desdibujan cuando sopla un viento suave. El conocimiento va más allá, no se detiene en la ingeniosa actividad de dibujar figuras en una vasija o en un pergamino...

Aliso se movió con inquietud en la yacija tratando de encontrar una postura donde no sintiera el desgarró en ninguno de sus músculos. Lo cierto es que no le hacía ninguna gracia la posibilidad de dudar de la explicación que siempre había creído sobre su mal.

—¿Y por qué he de creer que vuestras explicaciones son mejores que las del griego? —refunfuñó molesto.

—¿Acaso sus remedios han servido para curarte?

La pregunta pareció saltar como un resorte desde el rincón en el que se hallaba Lubbo. Le sorprendió el endeble hilo de voz que brotó de su garganta; sonaba como la nota aguda de una flauta; no desentonaba con la comicidad de su aspecto. Tampoco se le escapó su mal disimulada hostilidad.

—Estoy convencido que, de no haber seguido sus indicaciones, mis ataques hubieran sido más frecuentes.

Y de repente el tic de Lubbo volvió a repetirse; se trataba de una mueca esperpéntica, aterradora. Era como si asomara en su rostro, por un breve instante, otro Lubbo, un Lubbo oscuro, siniestro.

La luz de la tarde comenzaba a declinar. Cántaber se agachó sobre el hogar y puso un leño encima de los rescoldos. Al lado, sobre el suelo de lajas, estaba dispuesta una estera con tortas de bellota y celia. Del vestíbulo llegaba el golpeteo de la travesera de un telar.

El numantino se sintió de nuevo incómodo y cambió de postura. No podía dejar de admitir que sus últimas sacudidas eran cada vez más frecuentes.

—¿Y cuál es vuestra explicación?

—¿Qué explicación?

—La de mi enfermedad.

Cántaber respiró con profundidad. Lubbo giro su cara hacia el ventanuco. Drusuna salió de su mutismo.

—No es un enfermedad lo que padeces —murmuró la joven—. Tú posees un poder, una cualidad de la que carecen la mayor parte de los hombres...

—Escucha numantino —prosiguió Cántaber—, voy a hablarte de nosotros, de los hombres-árbol. Lo que voy a contarte tiene que ver con lo que a ti te pasa.

»Somos pocos los que quedamos; antes no existía ninguna fuente, monte o bosque, de los que consideramos sagrados, sin que habitara allí un hombre-árbol. Ahora hemos sido desalojados de estos lugares, incluso hemos sido expulsados del encinar sagrado que se extiende por la falda del monte Chaunus, el Centro del Mundo. El bosque donde nos encontramos ahora es uno de los últimos lugares que

quedan sin profanar. Por ello acuden a nuestro santuario, a diario, peregrinos de toda la Celtiberia.

»Desde siempre han existido dos clases de hombres-árbol: los que buscan voluntariamente la iniciación y los elegidos.

»Estos últimos son superiores a los primeros. Pocos voluntarios llegan a concluir su formación; la ausencia de poder les incapacita para el conocimiento. Quedan relegados a las tareas más rutinarias.

»Los otros, los elegidos, poseen un don, una luz que les conduce irremediabilmente a la iniciación. Nacen con ese don o se lo encuentran de algún extraño modo. No quieren convertirse en hombres-árbol, pero se ven obligados a ello, no les queda otro remedio, se juegan la vida. Sólo ellos alcanzan la sabiduría, la que los capacita para ver. Sólo ellos acceden al Otro Lado.

Cántaber comenzó a frotar sus muslos con las manos.

»Antes de llegar a la iniciación ese don se manifiesta como una maldición: visiones, pesadillas, sensaciones extrañas y dolorosas. El elegido desconoce su condición, le gustaría verse libre de tales imágenes. Sólo la iniciación puede salvarlo y librarlo de los peligros de su propio poder.

»Tú eres uno de los elegidos, creo que ya te has dado cuenta. Me refiero a los sueños y a todas esas visiones y sensaciones que tienes antes de un ataque.

Aliso frunció el ceño.

—Pero ¿por qué las sacudidas? —exclamó desesperado—. ¿Por qué mi cuerpo se rompe de esa manera, por qué cada vez el dolor es mayor y me cuesta más reponerme?

Cántaber echó mano de una jarra de celia y comenzó a llenar un cuenco de madera.

—Tu espíritu es como esta vasija. La celia es el poder que hay en ti y que lo inunda cada vez con mayor frecuencia.

Cuando el blanco líquido alcanzó el borde Cántaber dejó que lo rebasara. La celia cayó sobre su mano.

—Esto es lo que sucede. Tu espíritu queda desbordado; las sacudidas son cada vez más frecuentes y todavía lo serán más hasta que te sobrevenga la muerte o la locura. Tu propio poder te habrá matado.

El Rey miró a Aliso con toda la poderosa fuerza de sus ojos grandes y oscuros.

—La iniciación es tu destino, como lo fue el nuestro. Necesitas encauzar esa fuerza si no quieres que acabe contigo. Desconoces el poder que posees, en tus manos está la posibilidad de hacer cosas extraordinarias; pero no puedes elegir, no se trata de escoger un camino, es una cuestión de vida o muerte.

Capítulo veinticuatro



El crudo invierno se asentó en el mundo.

La tierra se había endurecido con las heladas. Los árboles se replegaban sobre sí mismos y enmudecían. Un denso silencio envolvía los páramos, los roquedales, las cumbres. Por la noche resultaba difícil no despertarse tiritando de frío y había que avivar de continuo el fuego del hogar.

Aliso no soportaba bien temperaturas tan extremas. Los dos inviernos pasados en Ocillis no habían sido suficientes para acostumbrarse. Echaba de menos el suave clima de la costa.

Observó que nadie se quejaba, que no dedicaban demasiadas palabras al frío y que mantenían una actitud despectiva hacia sus efectos. Ya había advertido desde mucho antes en los arévacos ese talante altanero con las privaciones y el dolor.

Así es que no dijo nada sobre su sufrimiento. Se limitó a protegerse del frío con las prendas que le proporcionaron: albarcas de piel de vaca, calzones, medias y calcetines de lana, grebas de cuero, zamarra de piel de cordero y un pesado sago de lana negra y vasta. Por las mañanas, siguiendo el ejemplo de todo el mundo, se embadurnaba el cuerpo con grasa.

Después de unos cuantos días de convalecencia, el numantino fue incorporándose poco a poco a la vida cotidiana de los hombres-árbol. Estos habitaban un caserío en un lugar recóndito y desapercibido, a los pies de un peñascal que cortaba el viento del norte. Se trataba de cinco chozas, orientadas dos al este y tres al oeste, que compartían todas un mismo muro de piedra posterior. Al igual que siempre, las distintas construcciones permanecían adosadas entre sí para mayor resguardo. Había, también, varios establos y chozos que aprovechaban las cuevas y oquedades de los riscos.

Desde el punto de la mañana el caserío bullía de movimiento y a Aliso le resultaba difícil determinar quiénes eran los que realmente habitaban allí. Varias muchachas y mujeres, que conocía de vista de la aldea de los Docilicos, llegaban con el alba para llevar a cabo, durante el día, todas las tareas de aprovisionamiento y manutención. Los hombres-árbol no se empleaban en los trabajos propios del resto de los termestinos.

Apenas el sol comenzaba a calentar con tibieza la tierra, aparecían por el sendero los primeros enfermos. Muchos llegaban por su propio pie, otros en asno o en parihuelas. Las madres traían a sus hijos, los pastores a sus animales enfermos. Todos

esperaban, envueltos en los sagos, en un claro que precedía a las chozas. Allí mismo los atendían los hombres-árbol.

Cuando se requerían sacrificios u ofrendas los actos se convocaban en el santuario, el cuál no distaba de allí más de un centenar de pasos. Drusuna le señaló que otros muchos dolientes acudían a la Fuente de la Piedra, aquella que nacía de debajo de una roca, cerca de la aldea de los Meduticos. Allí arrojaban al agua estatuillas de arcilla que representaban sus cuerpos o sus miembros aquejados. La fuente es semejante al claro, le explicó la muchacha, un espacio donde la comunicación con la Divinidad fluye libre y sin obstáculos.

La mayor parte de la atención a los enfermos se llevaba a cabo en el caserío. De entre todos los sanadores destacaba Curundus. Antes de que Drusuna le hablara de él, Aliso pudo advertir que era el más solicitado por los visitantes.

Se trataba de un hombre corpulento, de unos cuarenta años, que lucía una frondosa barba de pelo rizado y pelirrojo. Su aspecto era más el de un guerrero que el de un sanador. Lo más llamativo de su cuerpo eran unas manos grandes y poderosas con las que recorría la parte afligida. Sus masajes eran milagrosos, parecían desatar el nudo que impedía el flujo normal de la energía. Con sólo echar un vistazo a los dedos del enfermo sabía localizar en su cuerpo el origen del mal. Con tirones contundentes y efectivos recomponía torceduras y agarrotamientos. Cuando había fractura entablillaba con suma habilidad empleando en ello palos, vendas y pez.

También llamaba la atención Aunia, una mujer de unos cincuenta años, pequeña y encorvada hacia delante, de pelo revuelto y áspero como el esparto. Ella suministraba hierbas o recetaba las que el enfermo tenía que tomar para curar su mal. Asimismo le indicaba el momento adecuado para cortarlas y los pasos que tenía que seguir con el fin de conseguir el efecto deseado. Tan importante era la planta como el modo correcto de comportarse con ella.

Aunia parecía conocer con mayor profundidad que cualquier otro hombre-árbol la magia de las plantas. El numantino ya había advertido que los anaqueles de las chozas estaban saturados de vasijas con preparados curativos. Le recordó la taberna del médico griego de Tarraco; también allí los estantes rebosaban de vasijas y frascos de vidrio, pero existía un orden en la disposición y cada preparado tenía el sello del médico grabado en el exterior.

Las hierbas se tomaban en infusión o se hacían emplastos y ungüentos con ellas. Aunia recurría con especial frecuencia a la sal y al muérdago. Este último parecía un remedio universal para todas las enfermedades. Hasta él mismo tuvo que incorporarlo a su tratamiento de su enfermedad.

Le llamó la atención un procedimiento peculiar para hacer efectivo el poder de las plantas. Se trataba de los baños de vapor. En el suelo de una tosca tienda de piel de cabra se colocaban piedras calentadas con brasas durante la noche. Encima un entramado de ramas y las hierbas curativas apropiadas. Después se arrojaba agua con cubos sobre el ramaje para que las piedras generaran el vapor. Una vez dentro el

enfermo, se cerraba de tal modo la tienda que el vaho no escapara por ninguna rendija.

Otras veces se disponían las mismas piedras y el ramaje en el fondo de una zanja de escasa profundidad. Se esparcían, a su vez, montones de hierbas de todo tipo. Luego se llenaba de agua, como para tomar un baño, y el enfermo se recostaba en el interior.

No sólo atendían Curundus y Aunia. Cualquier hombre-árbol parecía estar capacitado para todas las funciones, pero siempre había alguna en la que sobresalía.

Estaban los gemelos: Umarillum y Urgidar. Procedían de Bursao, ciudad de los Lusones, en la Celtiberia Citerior. Eran dos hombres de veintinueve años, altos como pinos y muy dados a reír entre ellos con una complicidad que se escapaba a los demás. Drusuna le contó que resultaban imprescindibles para todos los ritos que tuvieran que ver con la fertilidad de las mujeres, de los campos o del ganado.

Dominaban el canto y la magia de la voz. Eran ellos los que iniciaban aquellos tonos que Aliso escuchara en el Encantamiento del Sol y que se multiplicaban de tal manera entre la multitud que parecían emanar de las peñas, árboles y páramos.

—Saben alterar con sus invocaciones el curso normal de las cosas —le explicó Drusuna con una sonrisa.

—¿Quieres decir que hacen encantamientos?

La muchacha ríe abiertamente.

—Puedes llamarlo así —su expresión se ensombreció de repente—. Tendrás que aprender muchos «encantamientos» y tendrás que aprender a declamar las invocaciones del modo correcto.

Otra mujer que rondaba entre los enfermos era Munieba, una fémina robusta, de cuerpo firme y proporcionado. Aparentaba unos treinta y tantos. Siempre vestía de un modo solemne, lo cual acentuaba el efecto sobre los peregrinos. A parte de sus muchas joyas, brazaletes y placas destacaba su tocado: el cabello se enrollaba sobre una pequeña columnilla colocada sobre la cabeza que luego cubría con una mantilla blanca de ribetes púrpuras.

A Aliso le gustaba mirar cómo se movía. Había sencillez y armonía en sus más mínimos gestos, en su forma de sentarse, de levantarse, de andar. El dominio sobre su cuerpo era completo. En cierta ocasión la vio bailar una extraña danza, una danza de movimientos precisos y alocados a la vez; algo estridente y hermosos.

Drusuna le dijo que Munieba era gran conocedora del «Cuerpo de la Divinidad». Aliso confesó no entender a qué se refería. La muchacha le explicó que Munieba tenía gran pericia para detectar las alteraciones que se producían en el discurrir de los ciclos.

—Puede descubrir los más mínimos cambios en los cielos, en las entrañas de los animales, en el vuelo de los pájaros, en el humo de las hogueras, en la disposición de las varillas cuando caen al suelo... Sabe qué momentos son propicios o nefastos y si las noches y los días que están por llegar son oscuros y terribles o luminosos y

apacibles.

En otra ocasión, Drusuna le señaló a cuatro adolescentes, tres muchachos y una chica, que ayudaban a los hombres-árbol en la atención a los enfermos. Le contó que se trataba de jóvenes que estaban allí para iniciarse y convertirse en hombres-árbol. No dormían en las chozas, cada noche marchaban a sus aldeas o a la ciudad.

—Quizás, de los cuatro, uno de ellos consiga completar la formación —exclamó con un gesto escéptico.

Le dijo, también, que eran habituales, en las inmediaciones, los corros de adolescentes alrededor de alguno de los hombre-árbol. Los príncipes enviaban a sus hijos para que aprendieran de ellos la genealogía de los clanes, la historia de los arévacos, los relatos de los héroes y de los dioses, la naturaleza del mundo y el modo digno de comportarse en la vida. Pero Aliso no vio por allí a ninguno de tales pupilos. Supuso que la expedición guerrera se había llevado, por completo, a la juventud termestina. Según Drusuna, no se trataba sólo de la razia; cada vez llegaban menos jóvenes príncipes en busca de formación. Algunos padres preferían enviar a sus hijos a las ciudades de los Belos o de los Lusones para que aprendieran asuntos de la nueva Celtiberia que estaba surgiendo.

—Cuando regresan ya no son arévacos, son romanos. Así ocurrió con Lettondo y con otros muchos.

En pocos días Aliso se fue familiarizando con el trajín cotidiano del caserío. No faltaban guerreros Docilicos, apostados en lugares estratégicos, para vigilar a los visitantes que llegaban de continuo. El numantino se dio cuenta de que siempre había algún hombre-árbol ausente. Unas veces era Cántaber o Lubbo, otras los gemelos, Munieba o Turaesamus. Por entonces ya no le sorprendía la grata y permanente presencia, casi como una caricia, de Drusuna a su lado.

—Sin cesar se requiere nuestra asistencia en la ciudad o en las aldeas para officiar sacrificios o para atender epidemias o desórdenes misteriosos que revelan los sueños, como aquel que tú tuviste con Monoua, ¿recuerdas?

Aliso asintió.

—Pero, sobre todo, se nos convoca para mediar entre los clanes y las gentes cuando hay asesinatos, hurtos, violaciones de pactos, raptos de mujeres... Cántaber determina las cabezas de ganado que debe pagar el infractor o sus parientes al agraviado o a la familia del agraviado. Los arévacos no aceptan otros mediadores en sus peleas que no sean los hombres-árbol. Se dice que éstos, antes, intervenían en muchos más asuntos que ahora. El consejo se ha ido ocupando de los conflictos más graves, como los que tienen que ver con los lindes de los campos y de las dehesas de cada aldea y de cada príncipe y, también, de las relaciones de Tiermes con las otras ciudades. Pero el consejo se guardaría mucho de tomar decisiones sin consultarnos o contrarias a nuestro parecer.

Otro de los enigmas que inquietaban al numantino era el de los niños.

No había un número determinado: unas veces eran siete, otras diez, otras

catorce... Pasaban el día correteando de un lado para otro; aparecían en los lugares más imprevistos, como en las techumbres de las chozas o en lo alto de los riscos; mortificaban a los perros y a las gallinas, cazaban conejos y palomas torcaces, ordeñaban las cabras y las conducían a los pastos. Su aspecto era sucio y desaliñado, como el de todos los niños arévacos.

En un principio el numantino pensó que eran los hijos de las mujeres que acudían de la Aldea del Bosque a servir a los hombres-árbol. Luego advirtió que varios de ellos pasaban las noches en las chozas y que los hombres-árbol los trataban con afecto y atención.

—Esos de allí son hijos de Munieba —Drusuna señaló a dos fieras que tiraban de los extremos de un mismo palo—, los demás son hijos de las mujeres de la aldea.

—¿Y por qué viven varios de ellos aquí con vosotros?

—Bueno, también son hijos de los hombres-árbol.

Ambos guardaron un breve silencio.

—Lo que no está tan claro es quién es el padre exactamente —continuo Drusuna con una sonrisa—. En algunos casos no hay la menor duda, pero en otros... En realidad son nuestros hijos, los hijos de todos, y no hacemos distinciones cuando los atendemos.

Durante esos primeros días Aliso no pudo quitarse de encima la sensación de extrañeza que solía preludiar la sacudida. Lo interpretó como que aún no estaba repuesto del último ataque. La novedad de la vida en el caserío, lo insólito de los hábitos de aquella gente, su extravagancia; todo ello reforzaba el estado de confusión en el que se hallaba.

Pero al lado de la angustia advirtió en su corazón un cierto regocijo. Parecía inmerso en un sueño delicado, dulce, uno de esos sueños del que despertarse produce rabia y frustración. Y no tardó en darse cuenta de la causa de esa extraña dicha: Drusuna. Drusuna pasaba a su lado la mayor parte del día. Drusuna le hablaba con calma, con suavidad, como de lejos; le explicaba las cosas, se mostraba atenta.

Actuaba como si él tuviera algún tipo de valor especial. Aliso no podía dar crédito a tal trato, a la cercanía constante de su cuerpo, de sus cabellos de tierra, de sus ojos de agua.

Ella seguía lejos, como si le hablara desde otra parte. Era estar al lado de un pozo cuyo fondo no se distingue o al lado de la corriente inasible de un río. Pero Aliso ya no sentía miedo, su compañía le proporcionaba placer, un placer desacostumbrado. También pensó que había algo que los unía, algo en alguna parte, como en la profundidad de sí mismo. Pensó, incluso, que a lo mejor habían jugado juntos de pequeños, de muy niños, en algún lugar.

Luego se enfureció por dejarse llevar de tales fantasías y decidió muy firmemente no alimentar sentimientos y deseos que le condujeran a la frustración.

Volvieron a su memoria las advertencias de Terencio sobre el riesgo de basar la propia felicidad en algo que no dependía de uno mismo. La llama que sentía en su

interior era una ilusión engañosa, una apariencia de felicidad que se apagaría en cuanto los días pusieran las cosas en su sitio.

Capítulo veinticinco



Una tarde Drusuna y Aliso, envueltos en los sagos, se adentraron en el bosque. Al poco tiempo llegaron a un lugar poblado de enormes robles que se diseminaban a lo largo de una hondonada. Los troncos eran gruesos como rocas y las fuertes ramas se doblaban y se retorcían hacia lo alto. El invierno les otorgaba una apariencia de venerables cadáveres.

Durante un rato caminaron en silencio por el desnivel.

—¿Qué relación guardan los árboles con vosotros?

Drusuna levantó la mirada. El numantino se encontró con el abismo azul de sus ojos en el rostro inexpresivo de siempre.

—¿Por qué os llaman «hombres-árbol»? —señaló un vetusto ejemplar—, ¿qué tenéis que ver con ellos?

Resultaba muy difícil encontrar un atisbo de emoción en el gesto de la muchacha.

—Siempre han dicho que el árbol representa la Divinidad, sobre todo el roble —respondió.

Aliso examinó el que había señalado: una poderosa rama arrancaba del tronco, rechoncho y nudoso, y se erguía, recta como un poste, hasta una altura considerable.

—¿Qué tiene de divino?

—Al comienzo de la Estación Luminosa vuelve a la vida, sus ramas se pueblan de hojas. El renacimiento y la muerte es el fluir de la Divinidad.

El gesto circunspecto del numantino arrancó una sonrisa radiante a la muchacha. Por unos breves momentos su acostumbrado hermetismo saltó en mil pedazos y Aliso la sintió próxima.

—Es en la profundidad de los bosques donde la Divinidad se manifiesta con mayor pujanza; por eso vivimos en la espesura, buscamos su vigor. Mira a tu alrededor, mira la fuerza con que el roble se arranca del suelo, mira el poder de sus brazos abiertos, mira las increíbles formas que trazan sus ramas... Y cuando la Estación Luminosa llega, un fuego verde, un fuego multicolor que brota de la madera, enciende el bosque de un extremo a otro... Créeme, la presencia de la Divinidad es tan intensa en esos momentos que puede matar a un iniciado que no ande listo. Pero nuestro poder también es intenso entonces, cualquier hombre-árbol puede hacer cosas prodigiosas.

»Fuera del bosque el poder disminuye, el hombre-árbol no siente con la misma fuerza la Divinidad y se hace vulnerable. Quizás nos llamen así por eso, nuestra

magia depende de los árboles.

Drusuna cayó en uno de sus silencios habituales. No estaba claro si meditaba sobre sus propias palabras o se había desvanecido en un raptó de los suyos.

La hondonada desembocaba en un paraje más llano y regular, encajonado entre la sierra y un cerro. La vegetación se espesaba formando un pequeño sotobosque a lo largo del cauce seco de un torrente.

La muchacha se detuvo. Aliso pensó que había escuchado algo. Aguzó su oído y trató de localizar algún movimiento entre la broza. No vio nada.

—Quizás nos llamen así porque, al igual que los árboles, nosotros también «vibramos» —dijo Drusuna de repente.

—No entiendo qué quieres decir.

—Sí, escucha.

La muchacha levantó el dedo, Aliso echó ligeramente hacia atrás la cabeza. Percibió un murmullo a lo lejos. Vio moverse las ramas altas de un serbal. Después el movimiento fue contagiándose con enorme rapidez hasta alcanzar a los abedules y fresnos que tenían a sus espaldas. También tembló un macizo de retama. El propio Aliso arrugó la cara cuando sintió la racha de viento.

Silbidos y bramidos los envolvieron al tiempo que se agitaba la vegetación. De no haber levantado Drusuna el dedo, Aliso no habría reparado en la ráfaga.

Las sacudidas se desvanecieron con la misma velocidad con que llegaron. En breve, volvió el silencio, pero, esta vez, Aliso se dio cuenta de que no era completo; de fondo se escuchaba un aullido lejano y monocorde.

—¿Eso es vibrar?

La muchacha frunció el ceño.

—No del todo, faltan las hojas, las hojas oscilan. No hay espectáculo más bello que sentir vibrar a un árbol, sobre todo al término de la Estación Luminosa, cuando las hojas cambian de color. ¿No has observado que a veces sólo vibra una rama?

Aliso asintió.

—Otras, se propaga por todo el árbol. He visto vibrar a un álamo en medio de robles inertes y mudos. No vibran igual unos que otros, no es lo mismo el abedul que el serbal o el roble.

Aliso advertía en la expresión de Drusuna que aquello era algo importante, pero para él carecía del más mínimo sentido.

—¿Qué tiene que ver todo esto con los hombres-árbol? —preguntó al fin.

La muchacha suspiró. Hizo una seña a Aliso y reemprendieron el camino.

Atravesaron la hondonada y comenzaron a subir por la pendiente del cerro. El espino y la broza los obligaba a serpentear de un lado para otro. Antes de llegar a la cima rodearon por un lado el promontorio y continuaron por un pasillo rocoso que seguía la parte alta de unas peñas. Drusuna se dio la vuelta hacia Aliso y le susurró al oído.

—No debes hacer ningún ruido, es importante que no nos descubran.

El corazón de Aliso latió con fuerza. El tono de la muchacha despertó en él la alarma. Hasta entonces no había creído que, en compañía de Drusuna, el bosque pudiera ser peligroso. Empezaron el descenso por el otro lado, pero esta vez se movían despacio, con sumo cuidado, evitando cualquier chasquido que pudiera delatarlos. Por debajo se extendía una nueva depresión, enrojecida con cientos de robles desnudos.

Drusuna parecía saber muy bien qué es lo que estaba buscando. Cuando sus pasos se tornaron sumamente lentos y sigilosos, Aliso supo que lo que fuera estaba ya muy cerca. De repente ella se echó a un lado e hizo un señá con la mano al numantino para que se mantuviera quieto en el sitio. Luego se acercó hasta él y le señaló una especie de recinto natural que formaban, debajo de ellos, varias rocas puntiagudas. Los árboles allí eran tan magníficos como los que vieran antes.

—Detrás de aquel risco hay dos hombres —susurró Drusuna—, asómate con cuidado.

El risco en cuestión era una de las peñas que formaban el circo. Aliso se movió hacia la derecha y descubrió los oscuros sagos de los hombres sin ninguna dificultad. No estaban a más de cuarenta pasos. Se hallaban sentados en el suelo y de no ser por su postura erguida le hubiera parecido que dormitaban.

Tampoco tardó mucho en reconocerlos.

El cogote en forma de pepino de uno de ellos resultaba inconfundible. Era Lubbo. El otro era Turaesamus, el hombre-árbol de aspecto enfermizo que interpretó su sueño cuando vivía en casa de Abicus. A éste último podía verle su pálida cara, cruzada por una negra barba, y le pareció que tenía los ojos cerrados.

No creyó que ninguno de los dos fuera a darse cuenta de su presencia. Primero pensó que estaban orando o meditando, pero después advirtió algo más. Notó que se agitaban levemente: sus hombros y cabeza subían y bajaban espasmodicamente. Parecían sacudidos desde dentro por alguna fuerza extraña. Un vértigo repentino encogió el pecho de Aliso. Le recordó a uno de sus propios ataques, aunque las convulsiones de los hombres-árbol no eran tan extremas y desordenadas. Sin duda practicaban algún tipo de magia.

También le llegó un murmullo, una especie de canturreo que fluctuaba en el silencio de la tarde.

Más tarde, de vuelta al caserío, Aliso rompió el silencio.

—¿Qué hacían allí Lubbo y Turaesamus?

—¿Tú qué crees?

—No sé...

—Ellos vibraban, como los árboles.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero decir nada que tú no hayas visto.

—Pero ¿qué es lo que les sucedía?, ¿por qué temblaban así?

—Viste temblar sus cuerpos, pero ellos, realmente, no estaban allí.

—¿Ah no? ¿Dónde estaban entonces?

Drusuna no contestó. Se limitó a continuar en silencio por la vaguada. Aliso caviló durante unos cuantos pasos.

—¿Quieres decir que estaban en el Otro Lado?

—Tú lo has dicho.

En un tiempo muy breve la oscuridad se les había echado encima. El frío se había vuelto espeso, casi sólido. Los árboles, los arbustos, las rocas; todo iba desvaneciéndose en un entramado de sombras.

—Entonces «vibrar» es pasar al Otro Lado, al Más Allá.

—No exactamente. Recuerda que para un hombre-árbol no hay dos lados, no hay Más Allá. El mundo sólo es uno. La mayoría de los hombres pasan la vida en el interior de sus chozas de piedra y arena y no ven lo que hay fuera. El hombre-árbol ha echado abajo los muros y ve el mundo tal como es. Eso es lo que quiere decir «vibrar»: ver el mundo de un modo completo.

El numantino se había abandonado a la marcha apresurada de Drusuna. Por sí mismo hubiera sido incapaz de orientarse. Ni siquiera reparó en los aullidos que se escucharon no muy lejos de allí. Todo su ser estaba pendiente de las palabras de Drusuna.

—«Vibrar» es un espectáculo de fuego. Créeme, si te hubieras acercado a Lubbo y a Turaesamus hubieras advertido el calor que emanaba de ellos. Es el soplo que la Divinidad insufla en los hombres-árboles, es la Ciencia Suprema, la Ciencia Divina, la más difícil de adquirir, la reservada a unos pocos escogidos...

—¿Soy yo uno de ellos?

Drusuna suspiró.

—Tú posees un don, ya oíste a Cántaber. Muy pocos son capaces de vibrar. Algunos tardan años en conseguirlo y deben ayudarse para ello de una vida extrema, de una dieta estricta, de la magia de las plantas. Hay plantas que facilitan el camino pero tú no las necesitas... Tú ves el Otro Lado sin ninguna dificultad, aunque todavía no controlas tu propio poder. Sin embargo, ningún camino es seguro, ni el de las plantas ni el del propio poder.

—¿Qué quieres decir?

—Se necesita mucho valor para echar abajo los muros de nuestro mundo, del mundo en el que hemos crecido, pero más se necesita para soportar el impacto del Otro Lado, de lo que aguarda allí. Quizás ninguna otra experiencia exija tanto valor. Se trata de un valor especial, sobrehumano. Pocos iniciados llegan hasta el final, la mayoría abandonan. Algunos huyen, otros se quedan en el bosque, pero su sabiduría es limitada y sus tareas son menores; no son hombres-árbol completos.

Aliso supo con aprensión que él no sería capaz de aguantar.

—Se dice que desde que un iniciado entra en el bosque y comienza su aprendizaje hasta que es consagrado como hombre-árbol transcurre un siglo completo.

—¿Un siglo? ¿Cuánto tiempo es para vosotros un siglo?

Drusuna se detuvo; se hallaban ahora en un alto desde el que se divisaba la comarca. El último pálpito azul del ocaso convertía la tierra y las montañas en una profunda sima.

—Mira —señaló Drusuna—, ¿no ves aquella roca que se recorta en el cielo, la que tiene forma de hacha?

—Sí —se fijó en una especie de pegote negro que coronaba una pared oscura.

—De allí salió la última luna cuando se encontraba en su máxima plenitud. No volverá a asomar por el mismo sitio hasta que no haya transcurrido un siglo, es decir, diecinueve años.

Un soplo de aire gélido hizo que Aliso se estremeciera.

—Cuando vuelva a aparecer por allí, justo en el centro del filo, si las cosas han ido bien, tú serás consagrado como hombre-árbol.

Capítulo veintiséis



Otro día Drusuna le dijo.

—Cuídate de Lubbo.

Aliso se acordó de la actitud hostil del hombrecillo la primera vez que habló con él.

—¿Por qué he de cuidarme?

Le pareció que había preocupación en el gesto de ella.

—Su capacidad para vibrar es inmensa, lo mismo que su poder; puede ser muy peligroso si quiere, puede enloquecer a un hombre sin ninguna dificultad.

—Pero ¿por qué ha de querer hacerme mal alguno?

Al apartar la vista, ella agitó su cabellera de tierra. Pocas mujeres celtíberas llevaban el pelo suelto. Drusuna se lo recogía, con un complejo tocado, sólo en las ceremonias públicas. En tales ocasiones el blanco atuendo era profuso en adornos y alhajas y su torso, pálido y terso, se mostraba desnudo. Aliso tenía muy presente aún, en su imaginación, los pectorales de bronce subiendo y bajando con la respiración de sus pechos. Ahora, en pleno invierno, el cuerpo de Drusuna permanecía envuelto en un grueso sago la mayor parte del tiempo. Su pelambreira ocre sobre el oscuro manto la mimetizaban en aquella selva inerte de troncos desnudos y peñas rojizas.

—La primera vez que te vi, junto al río, yo practicaba la magia de la adivinación —prosiguió la muchacha—. Estaba vibrando no muy lejos de allí, en una chopera cercana. Yo llevaba conmigo una pregunta... —en ese momento Drusuna se volvió hacia Aliso—. Siempre que das el salto llevas contigo una intención, algo que quieres hacer o saber. Pues bien, en esa ocasión yo había preguntado por el futuro Rey del Bosque y entonces te vi.

»El Rey del Bosque siempre aparece con los signos convenientes. A Cántaber le cayó un rayo de joven y desde ese momento se manifestó en él su don.

»Desde hace mucho se rumorea que Lubbo será el sucesor de Cántaber, el próximo Rey del Bosque. Es un gran hombre-árbol, uno de los más poderosos y sabios. Él se ocupa de los guerreros, de la magia de los guerreros, la que convierte a un hombre en un ser invencible. Pero a pesar de su grandeza a él no le acompañan los signos adecuados... En cambio a ti sí. Cuando hice la pregunta te vi y lo más sorprendente es que tú me viste a mí...

—¿Qué quieres decir?

—Tú me viste y no tenías que haberme visto, sólo yo a ti; tú estabas conmigo en

el Más Allá. Ya te dije que muy pocos son capaces de semejante hazaña. Y luego la visión en el árbol: Lettondo hablando con el romano.

—¿Visión? Ellos estaban allí realmente...

—Te equivocas, tuviste una visión de algo que ocurrió en alguna parte, pero no allí ni en ese momento. Recuerda que sentiste la necesidad de descansar bajo un árbol extraño, un árbol de tronco quebrado. Era el lugar apropiado para ti, como aquel otro a la orilla del río...

Aliso se concentró en los detalles de aquel suceso. Recordó que en ningún momento vio a Lettondo o al romano, sólo los oyó. También recordó que, tanto en el encuentro con Drusuna como en el otro con el traidor, él se encontraba en un estado extraño, uno de esos estados que preludiaban siempre al ataque. Pero su experiencia de los acontecimientos había sido muy real, igual a la de cualquier otro suceso de la vida. Nunca habría dudado de que Drusuna o Lettondo no estuvieran allí.

—Ese día salvaste al bosque y al Rey —prosiguió la muchacha—, ¿quieres aún mayor prueba? Eres un extranjero, también se cuenta que antes el Rey siempre era un extranjero...

Con brusquedad la agitación de la muchacha se desvaneció. Una sombra asomó en sus ojos.

—Cuídate de Lubbo, él desea ser Rey y sabe que los presagios te señalan a ti.

Drusuna se dio la vuelta, como queriendo espantar las tinieblas. Después se giró y se acercó a Aliso.

—Sí, tú serás quién dé muerte a Cántaber.

Aliso frunció el ceño. Drusuna sonrió, le divertía la expresión del numantino cuando le soltaba alguno de sus acertijos.

—El aspirante a Rey del Bosque debe dar muerte al viejo Rey para poder ocupar su puesto. Se cuenta que antes, hace muchos años, el aspirante, siempre de fuera, debía sorprender al Rey y acabar con él de un modo violento. No siempre lograba hacerlo y, a veces, era el candidato quien moría. Ahora ya no se hace así. Cuando el anciano Rey siente que ha llegado su hora se celebra una ceremonia y, en la misma, el que ha sido elegido de acuerdo con los presagios le suministra un bebedizo que acaba con su vida. En ese mismo momento se convierte en Rey.

Aliso ya había oído de aquella ceremonia secreta. Cantudobua le habló de ella cuando le explicó lo que significaba la consagración del clan de los Docilicos al Rey. El numantino le refirió a Drusuna su conversación con la madre adoptiva de la muchacha.

—¿Es cierto que los Docilicos tendrían que inmolarsse si el Rey muere de cualquier otro modo?

Drusuna asintió. Aliso le confesó su más absoluto desprecio por aquel gesto inútil y cruel.

—La muerte sólo es la mitad del camino —murmuró la muchacha—. El consagrado debe seguir a su señor al Más Allá, nada hay de cruel en ello, son lazos

que el guerrero escoge.

Transcurrieron los días y sin darse cuenta Aliso se vio inmerso en la severa rutina del aprendizaje.

La austeridad en el modo de vida de los hombres-árbol afectaba a la dieta: no todo podía comerse y, de lo permitido, tampoco en la cantidad que uno quisiera.

Se levantaban antes de que cantara el gallo, se orientaban hacia la claridad del nuevo día y ejercitaban extraños movimientos al tiempo que canturreaban. No dejaban de hacerlo ni en los amaneceres de frío más extremo.

Una mañana la tierra apareció cubierta por un manto blanco. Largos carámbanos de hielo colgaban de los porches y de las techumbres. La afluencia de peregrinos y enfermos cesó durante unos días. Los senderos habían desaparecido debajo de la nevada.

Al principio hubo alborozo en el caserío: los niños jugaban con la nieve; las mujeres cantaban canciones sobre una blanca oveja, una oveja de hielo, cuya lana caía del firmamento en forma de copos y cubría la tierra. El aire parecía retenido, el bosque se hizo aún más silencioso: los sonidos se volvieron compactos y próximos.

Después arreciarían las ventiscas y las heladas. Comenzaron a llegar alarmantes noticias sobre los estragos causados por el frío en la comarca, especialmente entre niños y ancianos.

Los hombres-árbol trataban de que su vida no se viera afectada por las bajas temperaturas. No dejaban de danzar al amanecer, descalzos, con los pies bien firmes sobre la nieve; tampoco dejaban, algunos de ellos, de pasar noches en vela en las profundidades del bosque.

Lejos de huir del frío parecía que lo buscaban. Ejercitaban su cuerpo en el desprecio a las inclemencias. Aliso se veía en la obligación de bañarse junto a los demás, todas las mañanas, en una poza de agua gélida que formaba el riachuelo. Más de una vez tuvieron que romper el hielo para poder meterse en ella. Enseguida aprendió a reprimir los gritos y los aspavientos con el fin de no despertar la hilaridad del resto.

Otras veces debía soportar hasta el límite de sus fuerzas baños de vapor en el interior de las tiendas de piel de cabra que levantaban para tal fin. En vano trataba de convencerles de que tales extremos eran dañinos para su mal. Los hombres-árbol le contestaban que el cuerpo debía aprender a ser fuerte e indiferente.

Las restricciones no sólo afectaban a la dieta, sino también a los gestos y a los movimientos. No podía sentarse de cualquier modo. También existía una forma correcta de andar: los dedos de los pies y la planta debían de estirarse y tratar de apoyarse completamente sobre la tierra; las manos debían estar siempre abiertas y relajadas.

Munieba fue su maestra en esta tarea. Le explicó que del modo correcto de

moverse y de colocar el cuerpo dependía el flujo de la fuerza vital. Había que evitar los nudos que la bloqueaban y que le impedían circular con libertad.

Aliso no dejaba de admirarse del cuerpo de Munieba, de sus movimientos armónicos y flexibles. Contrastaba del todo con el suyo: desgarrado, algo encorvado de espalda, desordenado de movimientos. Aprendió de ella los primeros pasos, las primeras danzas. Todas siempre incluían evoluciones hacia el lado derecho pero nunca hacia el izquierdo. Munieba le explicó que era necesario seguir siempre el trayecto del sol, el de la mano derecha, para que la fuerza vital no se retuviera. Aliso recordó que las ruedas de los danzantes, en las fiestas, giraban siempre hacia la derecha.

—Todo movimiento hacia la izquierda es nefasto —señaló—; es contravenir el orden natural y es causa de destrucción y muerte. Cuando un hombre-árbol quiere provocar un gran mal comienza la danza por el lado de la mano izquierda.

Munieba, junto con Curundus, el sanador, le iniciaron en el conocimiento de las entrañas de los animales. Ambos le enseñaron a distinguir las diferentes vísceras, su disposición en cada cuerpo, su color en relación al tono vital; le mostraron cómo fluía el fuego desde la cabeza, recipiente seminal de la vida, al corazón y desde allí al resto del organismo.

Umarillum y Urgidar, los gemelos hilarantes, le introdujeron en la magia de la voz.

Los cánticos eran innumerables y comprendían todo tipo de hechizos. Las palabras se ordenaban en extensos poemas que había que memorizar. Pronto aprendió Aliso que la magia de la voz no se basaba tanto en el contenido de los poemas como en las modulaciones del tono y del ritmo. Los gemelos parecían arrancar del interior de su cuerpo, a través de la boca, una misteriosa vibración que parecía tener entidad por sí misma. Ambos pasaban la mayor parte del adiestramiento panza arriba, desternillados con los berridos que salían de los labios de Aliso.

Aunia, la mujer de pelo de esparto, lo inició en el saber de las hierbas y sus propiedades. El numantino seguía con la mejor disposición que podía todas las técnicas y conocimientos que trataban de inculcarle. Sin embargo, percibía la ciencia de los hombres-árbol de un modo disperso, sin conexión entre las distintas partes, como piezas de un todo que no alcanzaba a entender.

Después de Drusuna, sentía especial predilección por la compañía de Cántaber. El Rey del bosque, despojado de la pompa y gravedad de su cargo, resultaba ser un hombre sosegado, capaz de contagiar una calma apacible, muy sabio y muy cercano. Le recordaba a Terencio Rufino y por ello, a pesar del desagrado que le producía su cuerpo lampiño, no pudo evitar abandonarse, con la reserva precisa, a su tutoría, como lo hizo con el filósofo en un momento dado de su vida.

El anciano Rey le contó la historia de los arévacos, de su dominio sobre Pelendones, Titos y Belos; de su expansión hasta la Turdetania, en el sur; de su influencia y prestigio sobre los otros pueblos celtas como los vacceos, berones y

vettones; del terror que desataban sus razias en el territorio de los íberos.

Le relató las hazañas de los héroes de antaño, le describió los principales linajes y clanes que componían la tribu. Le explicó, también, las costumbres de los celtíberos y su manera de entender la justicia: el número preciso de ovejas o vacas que podían exigirse a un hombre o a sus parientes, en función de su rango, como reparación por un homicidio; los diferentes tipos de matrimonio posibles, como el de un año de prueba donde la joven pareja decidía si seguían juntos o no; las condiciones de los divorcios y de la herencia, la adopción de hijos y demás asuntos relacionados con su modo de vida.

Un día le habló de la misteriosa Divinidad de la que tanto había oído hablar, la que no tenía ningún nombre, esa que exaltaban en los Encantamientos del Sol y la Luna.

Ambos se regocijaban alrededor del hogar con el calorcillo que emanaba del fuego. Aliso le confesó su desconcierto por el gran número de dioses que los arévacos invocaban de continuo en sus quehaceres cotidianos; no entendía qué relación guardaban con la Divinidad.

—Los hombres hablan de la Divinidad del mismo modo que hablan del Más Allá: desde sus deseos, desde sus necesidades, desde la casa de piedras y arena en la que nacen y crecen. Los dioses son entonces como reyes que gobiernan con justicia y sabiduría, que proveen a sus súbditos de ganado y cosechas; hombres-árbol que castigan con la magia más terrible a los que incumplen los pactos; fuertes guerreros que insuflan valor entre los iniciados y los guían en el combate, que protegen a la aldea o a la tribu.

»Pero créeme tales dioses no son para nosotros más que atisbos, expresiones de la Divinidad, múltiples rostros de un único principio.

»Los romanos son incapaces de comprender esto y menos de advertir la Divinidad. Sus dioses nos mueven a la risa; los retratan con el mismo aspecto que cualquier hombre, los visten con sus togas y los imaginan haciendo lo mismo que hacen ellos: comiendo, bebiendo, fornicando y viviendo en chozas como las suyas.

El cuerpo de Cántaber se sacudió desde dentro al tiempo que resoplaba por la nariz varias veces.

—Pretenden ver en nuestros dioses a los suyos, creen que son los mismos y tratan de convencernos de que así es.

El anciano se volvió hacia Aliso con ojos chispeantes.

—Nada les resulta más desconcertante que la Divinidad, tanto a ellos como a los griegos. Inútilmente han buscado entre sus dioses-hombres alguno con el que asemejarla. Y lo que más les confunde e irrita es que carezca de un nombre, cómo si se la pudiera nombrar igual que se nombra a un hombre o a una mujer.

Aliso removié el pelo de la cabeza con su enorme mano.

—Pero entonces, ¿sólo hay un dios?

—Sólo uno.

—¿Y qué dios es ese?

El Rey del Bosque suspiró.

—Podría traer una montaña de palabras y construir con ellas una choza en la que encerrar a la Divinidad. Sería inútil, ninguna explicación puede retenerla.

Aliso apretó los labios con cierta frustración. El anciano advirtió su gesto. Cogió del suelo de lajas un atizador de hierro y removió los rescoldos. Después puso encima un leño de roble. En breve las llamas revivificaron.

—Algunos se refieren a la Divinidad con el toro, la luna, el roble o las astas del ciervo. A mí me gusta el fuego para hablar de ella. No sólo refleja algún aspecto, como el toro la pujanza o las astas la renovación, sino que es la Divinidad misma en sus múltiples formas.

El numantino contempló la lumbre. De un extremo del leño brotaban lenguaradas cada vez más animosas. Se le antojó que el madero había guardado en su interior las llamas que ahora dejaba salir.

—El fuego está en todo —murmuró el anciano—. Es la fuerza que anima todas las cosas. Fíjate bien en él. En ningún momento es algo que se esté quieto, como una piedra, nunca permanece inmóvil. Más bien se parece al fluir constante de la corriente.

»Fíjate en las llamas: están creciendo, el fuego se está avivando y llegará un momento en que su vigor llegue al máximo. A partir de ahí cederá y empezará a menguar, las llamas se harán chicas y terminarán extinguiéndose; después los rescoldos se irán enfriando y terminarán siendo sólo ceniza. Igual sucede con todas las cosas, el mismo ciclo; tanto en el año, la luna, como en la vida de la más pequeña de las criaturas. Y también el mundo obedece a la misma evolución.

»Para nosotros, los celtíberos, no hay nada de más valor que el momento de mayor pujanza. Se habla entonces del vigor del toro o del poder fecundante de la luna llena. Y ese momento está en todo, también en la vida de un hombre.

—¿Cuándo?

—De joven, en los años tumultuosos que siguen a la iniciación. Pero sobre todo cuando el joven guerrero se bate, en la lucha cuerpo a cuerpo sobre el campo de batalla; esa es para nosotros la máxima expresión de la Divinidad.

Aliso agachó la cabeza y quedó pensativo unos instantes. Parecía decepcionado.

—Pero entonces, pasados esos años, ya nada merece la pena.

—Créeme, lo mejor que puede ocurrirle a un hombre es sucumbir en la lucha cuando sus fuerzas están en el punto más álgido de su vida. Nada es más deseado por un celtíbero. Su pujanza, entonces, contagia a todo el universo.

En ese momento la lumbre ardía con virulencia y los chisporroteos y el crepitar de las llamas parecían sumarse a la conversación.

—Pasados los años de juventud nuestro cuerpo y nuestra fuerza comienzan a declinar, nos vamos debilitando y nos hacemos lentos y torpes. Poco a poco se va apagando nuestro fuego. Hablamos de un dios, el guía, el conductor, Ogmios, el que

nos atrapa con sus lazos y empuja de nosotros hacia la extinción, hacia el Más Allá. Aunque despreciamos esa debilidad que nos condena a la enfermedad y a la muerte, sin embargo, es un aspecto más de la Divinidad. Todo fuego termina sucumbiendo, también el año se precipita en su mitad oscura.

»Pero no has de creer que no hay nada fuera de la juventud que no merezca la pena. Existe otro fuego, un fuego que coge fuerza a medida que pasan los años y que arde con todo su vigor en la vejez, me refiero al fuego del pensamiento.

Cántaber dejó caer su mano abierta sobre su cabeza desnuda y brillante.

—Los celtíberos admiran el vigor de la inteligencia en todas sus manifestaciones: el ingenio de los artesanos, de los herreros y de los poetas; pero sobre todo admiran la elocuencia de los ancianos en las asambleas y en los consejos, la sabiduría de los hombres-árbol y su inmensa memoria. También aquí hay un punto culminante, semejante al furor que estremece y sacude al guerrero joven dotándolo de una fuerza sobrehumana; me refiero al momento en el que el hombre-árbol vibra. Vibrar es un espectáculo de fuego, es la plenitud de la Divinidad en nuestro pensamiento.

Las llamas se desvanecieron de repente, como si el leño semiquemado las hubiera reabsorbido en su interior. Aliso se inclinó para coger el atizador pero Cántaber le puso una mano encima del brazo.

—Deja que el fuego siga su propia evolución. Pronto se extinguirá. Mejor dicho, cruzará el umbral, pasará al Otro Lado. Uno de los rostros de la Divinidad permanece oculto al hombre común. Y ahí es donde reside el mayor misterio, en el espacio que media entre la extinción y el nacimiento.

Siguió una pausa larga. Parecía que Cántaber hubiera escogido el silencio para referirse a ese Otro Lado. La penumbra los envolvió en breve. Sobre la solera del hogar refulgían las ascuas mortecinas. Un hálito frío resintió la piel. Aliso se encogió y se frotó los brazos. Miró al anciano, sólo veía la silueta. No se movía; pensó que había entrado en algún trance o que esperaba algo. Su voz lo cogió por sorpresa.

—Y entonces llega el último momento, cuando todo ha terminado las cosas vuelven a empezar.

»Fíjate, antes he avivado yo la lumbre, pero el Fuego de la Creación brota por sí mismo desde el Otro Lado, desde el Más Allá; no hay nadie que lo encienda en ninguna parte. La Divinidad también es «creación».

»Así nacen las criaturas, así se arranca el cuarto creciente de la oscuridad del novilunio, así amanece cada día desde la inmensidad de la noche, así reviven los campos al comienzo de la Estación Luminosa.

»Se habla de un dios que golpea con su mazo. Un golpe quita la vida, el siguiente la concede. Somos hijos de la noche, de la muerte, del Más Allá. Un día abrimos los ojos y una explosión de luz nos ciega, de este modo venimos al mundo.

Capítulo veintisiete



La descripción de la Divinidad sirvió para que Aliso comenzara a ver un poco las cosas tal como las veían los arévacos. Cántaber le dejó claro que no se trataba de comprender sino de sentir. Aun así, al numantino le resultaron más fáciles las explicaciones de Curundus y Munieba sobre las entrañas de los animales. Pronto pudo acertar por ciertos indicios, como el color de los órganos, el momento del ciclo vital en que se hallaba el animal sacrificado. También entendió por qué el efecto de las hierbas dependía del período exacto del ciclo del sol o de la luna en el que se recogían.

Mas el grueso de las enseñanzas recaía en Drusuna.

Una fría mañana que paseaban los dos por el bosque, enfundados en sus sagos, Aliso le hizo notar que ella pasaba más tiempo que nadie con él.

—Nuestra naturaleza es afín —respondió ella—, tu don es semejante al mío. Cada aspirante es iniciado por un hombre-árbol de su misma naturaleza. La de Turaesamus, por ejemplo, es similar a la de Lubbo y por ello Lubbo se encarga de enseñarle lo fundamental.

—¿Y qué es lo fundamental?

—La Ciencia Divina.

Después Drusuna le dijo que había llegado el momento de dar el primer paso para el conocimiento de tal Ciencia. Debía desmontar la casa de piedras y arena donde había transcurrido su vida, debía de echar abajo el modo habitual de ver el mundo y comenzar de nuevo.

—Si no derribas la choza no es posible ver lo que hay al Otro Lado. Una vez que los muros han cedido y se han desmoronado, podrás ver lo que hay fuera y ya no hablarás del Otro Lado ni de ningún lado: todo será el mismo lugar, el mundo tal como es.

Así comenzaron las largas permanencias, en soledad, de Aliso dentro del bosque, desde el canto del gallo hasta la puesta del sol. Las primeras veces no había ninguna instrucción, tan sólo la exigencia de no pensar en nada y estar atento a todo lo que le rodeara en el paraje donde hubiera ido a parar. También debía de ser consciente de sus emociones, las que se sucedieran a lo largo de su aislamiento, y después referírselas a Drusuna.

El frío era la principal fuente de frustración y el obstáculo más importante para poder entregarse plenamente al bosque. Drusuna le dijo que no se abandonara a su

padecimiento, que tratara de advertir diferencias y matices en la sensación. De este modo Aliso pudo darse cuenta de las variaciones a lo largo del día y también de que existían lugares menos gélidos que otros. Le sorprendió esto último. No siempre se trataban de sitios al cobijo del viento. Uno de sus lugares preferidos era un vado en el cauce seco del arroyo donde llegaba a pasar un buen rato del día sentado sobre una roca que previamente había limpiado de nieve. No terminaba de comprender por qué unos pasos más allá el frío arreciaba.

Más adelante Drusuna le pidió que deambulara por un paraje aislado y agreste, poblado de pequeñas alturas, y que prestara atención al viento. Así lo hizo. Estuvo varios días pendiente del mínimo soplo, localizando los cauces de las corrientes, fijándose en los matices de cada racha. Se familiarizó con ciertos lugares donde el aire se revolvía a la misma altura del día. Le pareció, también, que las ráfagas eran distintas según el sitio. Sin darse cuenta les dio entidad a los vientos: uno habitaba en un alto y bajaba siempre al caer la tarde por la ladera del poniente; otro, más ligero, se movía muy de mañana, como un pulpo, por una hondonada cubierta de zarzas.

Le terminó contando a Drusuna sus impresiones y la muchacha sonrió.

—Siempre has visto y has oído con las palabras de tus mayores, pero ahora empiezas a ver y a oír por ti mismo. Arroja de tu pensamiento las voces que te gritan lo que es cada cosa y el mundo se revelará ante tus ojos.

Otro día le invitó a permanecer junto al cauce del riachuelo que pasaba por la Aldea del Bosque y a observar con detenimiento el sonido del agua. Durante toda la jornada no se despegó del sitio, atento siempre a los murmullos del paraje. La misma operación se repitió durante los días siguientes con un resultado decepcionante. No entendía qué es lo que Drusuna pretendía que descubriera en los mil rumores que habitaban en la corriente. El tiempo se le antojó hueco, vacío. Una mañana, desesperado, abandonó el ejercicio y se fue a ver a Drusuna.

—No sé qué es lo que esperas de mí —le dijo.

La muchacha reaccionó con cierta violencia. Lo recriminó por su escasa paciencia, pero sobre todo por esperar algo, por creer que aquello era un acertijo al que seguía una solución.

—No es posible echar abajo los muros si uno espera algo, si uno está pendiente de lo que espera.

—Pero tú misma me dijiste que nadie da el salto sin una intención, sin buscar algo concreto.

—Y es cierto; pero para poner el pie en el Otro Lado antes tienes que romperte por dentro, dejar de ser el que eres, vaciarte de ti.

Aliso, confuso, volvió al lado del riachuelo.

Después de permanecer vacío durante varios días comenzaron a bullir en su mente mil murmullos. Parecía que los rumores hubieran desalojado de su cabeza cualquier pensamiento y hubieran ocupado su lugar. Era capaz de mantenerse bajo aquel parloteo durante ratos espaciosos. Empezó a encontrar regularidades,

estructuras y vacíos entre estructuras; brotaron en él sentimientos semejantes a los que despertaba la música. Pero aquel estado también le producía extrañeza, el paraje se volvió plano, irreal. La familiaridad con aquellas sensaciones le hizo aferrarse al amuleto de peonia. Temió sucumbir a una nueva sacudida.

Una tarde Drusuna acudió a su lado, junto al río, y le refirió un relato que ya había oído. Le habló de la guerra que los dioses sostuvieron con los hombres por el dominio de la tierra. Los dioses perdieron y huyeron remontando la ladera del monte Chaunnus hasta su morada en los cielos. Esto sucedió antaño, en una de las primeras edades del mundo y su derrota tuvo lugar en los días del Samain.

—Se cuenta que no todos regresaron a su morada celeste, muchos de ellos quedaron escondidos en las profundidades de los bosques o en el interior de las montañas. Se dice que viven allí, invisibles a la mirada humana, y que intervienen de vez en cuando en los asuntos del hombre, bien para ayudarlo o para perjudicarlo, según su antojo, aunque es mayor el número de veces que le prestan auxilio.

Drusuna oteó su alrededor con mirada brillante.

—Las moradas de los dioses son lugares abiertos al Más Allá pero muy pocos hombres encuentran el tortuoso y enmarañado camino que conduce hasta tales refugios. Tú, sin embargo, no tienes ninguna dificultad en hacerlo.

Aliso abrió los ojos.

—La Divinidad no sólo se manifiesta en el devenir de las cosas o en hombres especiales, como tú, sino también en parajes singulares, como este bosque y en los múltiples rincones que alberga. El Fuego de la Creación arde con especial intensidad en tales rincones. Un hombre-árbol sabe encontrar el lugar adecuado y vibrar con la fuerza del fuego que emana del sitio.

»Tú hallaste el lugar adecuado en dos ocasiones y saltaste al Otro Lado. Primero fue junto a este arroyo, no muy lejos de aquí; después fue debajo del árbol de tronco quebrado.

—Nada más buscaba un sitio cómodo en el que aguantar la embestida.

—Ese era tu deseo y tu pensamiento, pero no te estoy diciendo que encontraras esos lugares con tu deseo o tu pensamiento; no habrías dado con ellos si así lo hubieras querido.

Aliso chasqueó la lengua.

—Me cuesta creer en lo que dices.

—Bien, entonces te resultará más fácil superar la prueba.

—¿Qué-qué prueba?

—Tú mismo te convencerás de lo que digo cuando hayas encontrado el Árbol Sombrío; deberás hacerlo del mismo modo que hallaste el otro, el del tronco quebrado.

—¿Cuál es el Árbol Sombrío?

La muchacha le explicó que el año estaba exhausto, que la muerte y la enfermedad asolaban la comarca.

—Durante su mitad sombría el año declina, como el vigor de un anciano al final de sus días: la tierra se vuelve yerma, los árboles pierden las hojas, el sol apenas calienta y la oscuridad se adueña del mundo. Los hombres se encuentran tan débiles que casi no pueden salir de sus chozas.

»Se habla de Ogmios, el sombrío, el conductor, el que empuja con sus lazos hacia el umbral de la muerte. Los lazos son la fuerza que agota y relaja al año, que dispersa la vida, y dicha fuerza habita aquí, en el bosque: es un árbol, parece uno más, uno cualquiera, pero es la morada del Sombrío.

»Tú caminarás por el bosque y darás con él, tal es la prueba que debes superar.

Aliso protestó, dijo que no sabría reconocerlo, que era inútil siquiera intentarlo. La muchacha le explicó que ahora que sabía lo que tenía que buscar debía olvidarse de ello, debía desalojar de su pensamiento cualquier voz, cualquier deseo o emoción, y dejar que su don le guiara. Debía abandonarse y confiar en su don.

Antes de que Aliso se perdiera en el robledal, Drusuna se volvió hacia él con expresión grave. Le reveló que era importante que lo encontrara, que no se trataba de un juego más, que la prueba debía confirmar su don, su condición de futuro Rey.

Así fue como el numantino se despidió de la muchacha y se adentró en el bosque. Deambuló por su interior durante toda la mañana. El frío persistía; la nieve casi había desaparecido, sólo quedaban corros dispersos. El silencio y la desolación se habían adueñado del paraje. De vez en cuando el viento bramaba entre los árboles desnudos y el bosque se estremecía.

Se detuvo delante de numerosos ejemplares. Siempre que uno llamaba su atención por la forma o por su magnificencia se plantaba debajo, lo rodeaba varias veces, lo observaba de lejos y de cerca y terminaba desechándolo, como a todos los demás. Ignoraba cuál era el resorte en su interior, la emoción precisa, que le señalaría al Sombrío.

Al mediodía lo asaltaron las punzadas del hambre. Sabía que tenía que olvidarse de ellas pues el ayuno siempre era obligado mientras permaneciera en soledad. Ni el molesto hormigueo en el estómago ni el cansancio ni el frío podían ser obstáculos que le impidieran estar abierto al bosque. Pero su entrenamiento todavía era insuficiente y Aliso se resentía con las privaciones.

Cuando ya el sol declinaba tropezó con un roble centenario cuyo aspecto lo estremeció. El tronco era como una gigantesca bola, ennegrecida por un rayo, de cuyos costados brotaban delgadas ramas que tendían a reunirse en lo alto. Le recordó al cuerpo de una araña patas arriba y contraída por el fuego.

Tuvo la certeza de que aquel era el Árbol Sombrío. Su apariencia era imponente y siniestra, ningún otro como él despertaba la sensación de un poder nefasto y maligno.

Se acurrucó en el interior de una oquedad que formaba el tronco. Decidió descansar un poco y emprender el regreso al caserío en busca de Drusuna. Se relajó y estuvo a punto de dormirse pero, de repente, un incomodo presentimiento lo espabiló por completo. Aquel no era el Árbol Sombrío. Vio la decepción en el rostro de

Drusuna al señalárselo. Se puso en pie y lo rodeó de nuevo; se alejó, volvió a acercarse, trepó encima del tronco, abrazó su perímetro con los brazos abiertos; nada, no sentía nada. Su lúgubre aspecto lo había engañado. Recordó las palabras de Drusuna: no debía dejar que ninguna voz, ninguna emoción, se le impusiera y lo cegara. Él había visto el árbol y había pensado que se trataba del Sombrío porque ya tenía hecha en su mente una imagen muy viva de cómo debía ser el aspecto de un árbol tan funesto. Se había dejado llevar por su imaginación.

Desanimado y exhausto reanudó la búsqueda. No quedaba mucho tiempo de luz y Aliso pensó que era inútil seguir adelante. Se encaramó encima de un roble esbelto de ramas escalonadas. Una vez en lo alto oteó el mar de trazos blancos que salpicaba la extensión ocre. Había miles de árboles en derredor, no podía concebir tarea más estúpida que la suya.

Cuando saltó al suelo se dio cuenta de que temblaba. El ocaso traía consigo un manto helado. Se dejó resbalar por el tronco y se sentó sobre un nudo. Le dolían los músculos y las articulaciones, un malestar hondo nubló su mente. Estaba cansado de aquella farsa: ni era el elegido ni poseía ningún don. Pensó en huir a un lugar donde no fuera nadie.

La angustia se hizo en breve con su ánimo, como si hubiera caído en un pozo de aflicción. Sus pensamientos se volvieron oscuros, llegó a plantearse acabar con su vida. Estaba tan afligido que ni siquiera reparó en el chasquido de un palo no muy lejos de allí.

—Aliso, Aliso...

El numantino se giró. Era Drusuna quien lo llamaba, venía acompañada de Cántaber y Lubbo. Entonces cayó en la cuenta de que había un matiz de alarma en su voz.

—Sal de ahí, no dejes que el Sombrío te atrape.

Aliso tardó en reaccionar y lo hizo con mucha torpeza y pesadez, parecía aturdido. Al reunirse con los hombres-árbol se encontró con el rostro radiante de Drusuna.

—Lo has encontrado.

Se giró hacia el árbol que había dejado a su espalda, aquel sobre el que se encaramó. Notó cómo cedía la presión en el pecho y su ánimo se aliviaba. Cántaber lo miraba con gesto complaciente mientras asentía con la cabeza. El de Lubbo, en cambio, parecía ofuscado.

La muchacha tanteó con su mano el cuello del numantino.

—Estás caliente, la enfermedad ronda tu cuerpo.

Regresaron al caserío. La fiebre obligó a Aliso a permanecer un par de días en la choza hasta que sus fuerzas se restablecieron. Drusuna estuvo atenta en todo momento a su evolución.

La tercera noche el numantino advirtió que el cuerpo de alguien se colaba debajo de las pieles que lo cubrían y se apretaba contra el suyo. Un paño de pelo acarició su

pecho y un olor familiar lo estremeció. Era Drusuna. No hubo tiempo para ningún pensamiento: cayó en el vértigo, se dejó arrastrar por la embriaguez.

Hundió sus manos en la cabellera de tierra y acarició la cabeza de la muchacha. Ella se despojó de su túnica de lino y después hizo lo mismo con la camisa y los calzones de Aliso. Se encaramó encima pero no se incorporó, permaneció pegada al torso de él. Las manos del numantino recorrieron una y otra vez su espalda, sus caderas, sus nalgas. La piel de ella era suave, tibia. Cuando notó abajo el cosquilleo de sus dedos, una corriente de fuego subió desde los muslos. La muchacha no dejaba de moverse: mordía, arañaba, alcanzaba sus pezones a los labios de él. Sin embargo ahogaba los gemidos, ponía cuidado en no desbordarse: había más gente durmiendo alrededor del hogar.

Cuando terminaron faltaba poco para que amaneciera. Se acurrucaron el uno junto al otro, exhaustos, y se prodigaron las últimas caricias, las más dulces. Después Drusuna se incorporó y volvió a su yacija, en el otro extremo de la estancia.

Al día siguiente Aliso creyó que el viento era tibio. Permaneció conmocionado la mayor parte de la jornada. No hizo nada por aclarar sus pensamientos; llevaba pegado el olor de su cuerpo, el tacto de la piel. Apenas prestó atención a las indicaciones de Curundus, el sanador, o a las disertaciones de Aunia sobre las hierbas. Anhelaba su presencia, la buscaba sin cesar por el rabillo del ojo.

Al atardecer ella se sentó a su lado en el banco del hogar. Aliso se dio de bruces con su gesto ausente. De nuevo la sintió lejos, extraña. Esa noche no volvió junto a él, ni las noches siguientes; se despertaba en la penumbra creyendo que ella se acurrucaba a su lado, bajo las pieles.

Drusuna continuó con la iniciación durante el día, en el bosque, y en ningún momento se mostró complaciente. Se comportaba con la indiferencia de siempre, como si nada hubiera sucedido.

Aliso se mostraba aturdido, no sabía cómo comportarse delante de ella. Pero pronto se vio inmerso en las terribles veladas en las que la muchacha le enseñaría a vibrar. Y tuvo que poner toda su atención y todo su juicio en no enloquecer bajo las pavorosas visiones que se abalanzaron sobre él al poner el pie en el Otro Lado.

Todo el despecho y toda la rabia que se agolpaban en su corazón por el menosprecio de Drusuna debió emplearlos, entonces, en superar el miedo que lo paralizaba delante de los seres que poblaban el Más Allá. Para ello tuvo que encararse con el angustioso lastre de su pasado como esclavo y superarlo. Sólo así pudo reunir el valor suficiente para aguantar la embestida que lo arrolló al echar abajo la casa de piedras y arena en la que moraba. Y sólo entonces Drusuna retornó por las noches a su yacija.

Más tarde se preguntaría si ella no lo había manipulado con el propósito de encorajinar su espíritu lo suficiente como para salir airoso de aquella contienda descomunal. Y se dijo a sí mismo que él, por sus propios medios, sin aquel anhelo, no habría podido sobrevivir.

Capítulo veintiocho



Mientras Aliso se debatía en el corazón del bosque, empujado por Drusuna, entre la vida y la muerte, la locura y la sabiduría, la enfermedad y el poder, y cuando ya la Estación Oscura parecía llegar a su término y la luz de los almendros en flor refulgía en el páramo mortecino y asomaban en el soto los primeros brotes de los sauces, entonces, el invierno recrudeció de repente: volvieron fuertes ventiscas de nieve, los caminos desaparecieron, el frío se volvió extremo, los carámbanos de los pórticos amanecían cada mañana con la longitud de media vara.

Cada vez llegaban noticias más inquietantes, el brusco enfriamiento había asestado el golpe de gracia a la comarca. Una tarde aparecieron en el caserío varios jinetes. Era Melmanius, el hermano de Ebureinio, y varios magistrados más del consejo. Acudían a poner al tanto a Cántaber de la grave situación.

Entraron en la choza más amplia y allí se apiñaron, junto a los demás hombres-árbol, en torno al hogar. Aliso se encontraba entre estos últimos y pudo oír las noticias de Melmanius.

Estaban aislados, la ciudad y las aldeas. Los caminos resultaban impracticables. No llegaba pescado del Durius ni sal de Ocillis. Los silos, medio llenos por la escasa cosecha, se habían vaciado con rapidez. Los hombres se encontraban débiles y la muerte se estaba cebando con los ancianos y los niños. Los augurios no habían llegado a prever semejante crudeza para la Estación Oscura.

El ganado se resentía con las inclemencias: el forraje escaseaba, la nieve cubría la hierba de los pastizales, los lobos cada vez eran más osados y acosaban a las ovejas en los chozos. Pero a Melmanius y a los demás también les preocupaba la situación en el resto de la Celtiberia. Las pocas noticias que llegaban resultaban alarmantes.

De la expedición guerrera que partió hacia territorio edetano, hacía ya tres lunas, no se sabía nada. Los romanos que quedaban del destacamento de Ocillis, después de la matanza del bosque, se habían parapetado detrás de las defensas del campamento, en lo alto de una de las colinas contiguas a la ciudad, dispuestos a permanecer allí todo el invierno. Los arévacos de Ocillis, cada vez más hostiles a los romanos, habían informado a sus vecinos de Tiermes del lamentable estado en el que se encontraban las cohortes. El frío, el hambre y la disentería diezmaban a los legionarios, poco acostumbrados a los rigores de aquella tierra. El consejo de Ocillis, presionado por la población, se había visto obligado a tolerar las incursiones de partidas de termestinos que caían sobre las patrullas romanas cuando se atrevían a salir fuera de las murallas

en busca de avituallamiento. Melmanius estimaba que si no llegaban refuerzos el acantonamiento, no sobreviviría a la Estación Oscura.

Pero lo que más le preocupaba no eran los romanos sino los propios arévacos. El hambre los empujaba a reunirse en bandas que recorrían el territorio en busca de ganado. La falta de respuesta por parte de la guarnición de Ocillis los animaba a adentrarse en el territorio de los titos y de los belos y dar rápidos golpes de mano.

Según Melmanius, no era el momento de enzarzarse en los ancestrales enfrentamientos entre las tribus celtibéricas. Se imponía acabar con las incursiones para no debilitar los frágiles lazos que se habían estrechado en la asamblea de las ciudades. Si querían salvar la confederación había que contener a los terrestinos. Melmanius habló de varias delegaciones que habían partido hacia Cauca e Intercantia, ciudades de los vacceos, con el fin de comprar el trigo necesario para sobrevivir al invierno.

—Pero para aliviar a nuestro pueblo no es suficiente con el grano —prosiguió Melmanius—, el frío está matando a los más débiles. Los ancianos no recuerdan otra estación igual. El sol ha perdido su fuerza y la gente se pregunta qué es lo que anda mal; algunos lo achacan a la matanza de Tiermes, la que siguió a la derrota de los romanos. Muchos seguidores del bando de Lettondo fueron arrojados ese día desde lo alto del promontorio.

»Ignoro cuál haya sido la falta, no creo que dar cuenta de los traidores lo sea, pero sí es cierto que, en ese día, los parientes se volvieron contra los parientes. En cualquier caso todos esperan que el Rey del Bosque haga algo para arrancar a la tierra de la muerte y el frío.

Cántaber ensayó una de sus expresiones más graves. Dejó que el silencio calara bien entre los presentes antes de abrir la boca.

—El año ha entrado en un declive pronunciado; al igual que los hombres, está debilitado, su propia debilidad le impide resistirse a las fuerzas que empujan de él hacia la oscuridad y la muerte. Se impone ayudarle, se impone adelantar el fuego de la Estación Luminosa para devolverle el vigor.

Aún tenía Melmanius otra inquietante noticia para Cántaber. Esta vez procedía de Colenda, una de las ciudades arévacas de la derecha del mundo. Un mensajero les había informado de que una importante banda de guerreros, unos dos mil, merodeaba por la comarca saqueando aldeas y caseríos. Se trataba de los mercenarios de Elguisterus, el formidable guerrero que Aliso vio sucumbir bajo el hierro de Medugenus en la asamblea de las ciudades.

Los romanos les concedieron tierras cerca de Colenda, unos años antes, como pago a sus servicios en una campaña emprendida contra los vettones. Los hombres de Elguisterus, rudos guerreros celtíberos, no fueron capaces de adaptarse a una vida sedentaria ni de trabajar las tierras en las que fueron asentados. En poco tiempo regresaron a la pobreza de los comienzos. Tras la muerte de Elguisterus habían escogido un nuevo jefe y, acuciados por el hambre y el frío, se habían entregado a la

rapiña.

Los colendanos pedían a Tiermes guerreros para acabar con los saqueadores. El consejo termestino se había excusado apelando a la ausencia de la juventud pero Melmanius reconocía que no podían desentenderse de sus aliados y que tendrían que hacer algo cuando regresara su hermano Ebureinio.

Tres días más tarde, después de la primera noche del cuarto creciente, los hombres-árbol llevaron a cabo un encantamiento para fortalecer al año. Aliso asistió, como iniciado, tanto a los preparativos como al rito.

Cántaber le explicó que para poder avivar el Fuego de la Creación e iluminar al mundo con su luz, resultaba necesario ayudar al año a salir de la inercia de frío y oscuridad, de enfermedad y muerte. Para ello había que expulsar la fuerza que empujaba de él hacia la aniquilación, que lo debilitaba y que dispersaba su energía: el Sombrío.

Los preparativos le sirvieron de excusa al numantino para evitar a Drusuna. Su presencia despertaba en él un profundo abatimiento: volvía el terror experimentado en los trances, cuando después de permanecer jornadas enteras en parajes muy escogidos, canturreando canciones o con los ojos fijos en los brillos del sol que rielaban en la corriente de algún arroyo, notaba vaciarse por dentro, disgregarse, y veía surgir delante manchas y formas extrañas que, a la primera punzada del miedo se tornaban aterradoras, y entonces Drusuna, furiosa por su cobardía, se veía obligada a arrojarle tres cubos de agua para traerlo del Más Allá antes de que quedara atrapado para siempre y sucumbiera a la locura o a la muerte.

Aliso quiso aplacar el dolor, huyó a los pormenores de la ceremonia, a las palabras de Cántaber.

El día señalado acudieron multitudes al santuario y desde allí marcharon en procesión por el bosque descarnado hasta el lugar donde se encontraba el Árbol Sombrío. La muchedumbre la formaban ancianos y enfermos. Muchos de ellos no se valían por sí mismos y eran llevados sobre jumentos o en parihuelas arrastradas por caballos. Otros renqueaban, cubrían la distancia con pasos cortos e inseguros, apoyados sobre un cayado o en los parientes. También traían animales: vacas, bueyes, ovejas, cabras; muchos eran piel sobre huesos, otros tenían los vientres hinchados o el cuerpo despellejado y cubierto de abscesos.

Los árboles que rodeaban al Sombrío, aquel al que se encaramó Aliso para otear el paraje, habían sido cortados. El roble funesto se encontraba ahora en medio de un pequeño claro. También habían podado sus ramas; quedaba sólo el tronco y varios muñones. En la base se había amontonado la leña formando una pira.

El aire traía aromas de incienso de enebro y de ruda. Los hombres-árbol, solemnes para la ocasión, habían formado un círculo alrededor del Sombrío. Umarillum y Urgidar proyectaron sus voces hacia él y de inmediato se les unieron los demás.

Entonces comenzó a desfilar alrededor del árbol la comitiva de ancianos y

enfermos. Se acercaban hasta el mismo, lo rodeaban, algunos alcanzaban con sus manos el tronco o cogían una rama de la pira y la volvían a arrojar. Los que venían con animales enfermos, antes de tirarla, la restregaban por el lomo o el vientre. Según iban pasando se disponían fuera del círculo de los hombres-árbol y esperaban allí.

Mientras duró el desfile, hasta el mediodía, la vibración acústica no cesó en ningún momento. Después los gemelos encendieron el fuego haciendo girar una rueda sobre un eje clavado en el suelo y embadurnado de brea. Cuando las llamas envolvieron al Sombrío el tono se hizo más fuerte. Las lenguaradas ennegrecieron el tronco y lo dotaron de movimiento. Al numantino le pareció que el Sombrío agitaba sus brazos amputados y se retorció.

Después de extinguirse la hoguera sólo quedaba en pie un poste negro y humeante. Varios Docilicos lo golpearon con sus mazas para romperlo y desprender la ceniza. Machacaron los tizones, amontonaron la ceniza a un lado y la revolviaron con arena y paja; después echaron agua y lo mezclaron todo, haciendo una especie de pasta con la que Curundus y los gemelos confeccionaron una efigie informe en la que se distinguía una especie de cabeza sobre un tronco nudoso. Una muchacha tierna y temblorosa se acercó con una rama de sauce, de brotes abiertos y verdes, y la hundió en la cabeza del muñeco.

Varios mozos, imberbes todavía, cargaron el muñeco encima de un palio y echaron sobre sus hombros las pértigas que lo sujetaban.

Sólo cuando los jóvenes abandonaron el claro, la muchedumbre se precipitó a recoger en sus bolsillos y morrales la ceniza sobrante.

La procesión, encabezada por el palio con la efigie del Sombrío y seguida por los hombres-árbol, salió del bosque por el camino hacia Tiermes, pero no llegó hasta la ciudad. Se desvió hacia el oeste, por un sendero que cruzaba las parameras, y volvió de nuevo hacia el bosque, adentrándose hacia la Aldea de la Piedra. De este modo trazaban un enorme círculo en el corazón de la comarca.

De todas partes, sin dejarse ver, llegaba un estruendo ensordecedor: bramaban las trompas, retumbaban los tambores, clamaban las espadas contra los escudos, las piedras contra los calderos. Parecían haberse puesto de acuerdo, los terrestinos, para ahuyentar de todos los rincones al invierno que les había consumido.

Al atardecer la procesión llegó al Río de la Piedra. Los hombres-árbol reanudaron sus cantos. El muñeco fue arrojado a la corriente. Quedó retenido en un remanso que había un poco más abajo. Allí el agua lo fue deshaciendo hasta diluirlo por completo. Sólo quedó la rama de sauce, que al ser liberada, se perdió con rapidez detrás del meandro.

Siguieron días de alivio y relajación, se veía ya la luz al fondo de la oscura caverna. La alegría asomó en las gentes, en sus rostros demacrados y famélicos. A pesar de la escasez se sacrificaron corderos y se celebró en los hogares la expulsión del Sombrío con música y danzas.

El frío permaneció dos días más pero al amanecer del tercero se desvaneció. El

aire se tornó suave y dejó de mortificar a los hombres y al ganado. Una brisa tibia sopló del mediodía.

Una mañana Cántaber, a los pocos días, le inició a Aliso en los secretos del calendario. Lo llevó al promontorio que protegía el caserío del viento del norte y le mostró una lápida, dentro de una oquedad, en la que se habían trazado, con un fino punzón, numerosas rayas horizontales y verticales, formando recuadros que contenían a su vez multitud de marcas.

Aliso aprovechó la ocasión para preguntarle por detalles del ritual de la expulsión que no había terminado de comprender. No entendía, por ejemplo, por qué la gente recogió la ceniza del suelo, una vez hecha la efigie, y se la llevó consigo.

—Ellos la cogen para asperjarla más tarde por los campos y los establos.

—Pero el Sombrío sólo contagia decadencia y enfermedad.

El Rey del Bosque adoptó un falso aire de reproche.

—Has olvidado que la Divinidad sólo es una, que está en todo; también es el Sombrío. La misma fuerza que hará brotar los campos y que convertirá en frondoso nuestro bosque está ya en sus cenizas. Al esparcirlas sobre el ganado o la tierra se asegura su fertilidad.

—¿Y la rama de sauce, qué sentido tenía?

—El Sombrío, a través de su efigie, es arrojado del mundo al Más Allá. El río es el medio de acceso al Otro Lado. La verde rama del sauce sólo es un señuelo para indicarle a la Luz el camino que tiene que tomar de vuelta a este mundo.

Aliso permaneció callado un buen rato. Su gesto contraído revelaba la agitación de sus pensamientos. Más de una vez fue a decir algo pero se reprimió. Finalmente Cántaber adivinó su zozobra.

—Te cuesta creer en nuestra magia, ¿no es así?

Aliso se mostró sorprendido por su acierto.

—No sé, el hechizo del sol, la expulsión del Sombrío... ¿Qué os hace pensar que vuestra magia es efectiva?

Esta vez fue Cántaber quien abrió sus enormes ojos con desmesura. Levantó las palmas hasta la altura de los hombros, como tratando de abarcar el universo entero, y puso cara de total obviedad.

—Todo.

La expresión de Aliso fue tan graciosa que Cántaber no pudo por menos que romper en carcajadas.

—Una de nuestras más viejas leyendas habla sobre el origen del mundo —el Rey recompuso su voz—. Cuenta que la Divinidad comenzó a «vibrar» y entonces emanaron de él todos los seres: el agua, la tierra, el aire, los hombres-árbol, los guerreros, los dioses... Debido al esfuerzo, su cuerpo se calentó en exceso y terminó descoyuntándose, como te sucedió a ti después del ataque.

»Los dioses, para recomponer el mundo, concedieron a los hombres-árbol la magia que les permite restituir el Cuerpo de la Divinidad, reunificar sus miembros desarticulados en un único ser.

»El hechizo del sol y de la luna, todas nuestras fiestas, la de Beltaine, la de Lug, la de Samin y la de Imbolc, todo lo que viste el otro día, son los gestos que hace el hombre, bajo nuestro auspicio, para recomponer el cuerpo quebrado de la Divinidad.

Aliso guardo silencio unos instantes, después señaló el calendario.

—¿Es ese el Cuerpo de la Divinidad?

—No, sólo es una imagen borrosa, un tenue reflejo —Cántaber parecía complacido con la pregunta de Aliso—. A nadie, a ningún sabio, se le ocurriría pensar que esa piedra rayada es la figura del ser primigenio. Nuestro conocimiento nunca podrá contemplarlo tal como es, no habrá ninguna explicación, ninguna figura o escrito que lo agote; sólo caben aproximaciones... —El rostro del anciano resplandeció con una sonrisa burlona—. Aunque claro, los griegos, como ya te dije, siempre aseverarán que una explicación en un pergamino es semejante al Universo.

Capítulo veintinueve



Cuando llegaron las noticias de la expedición era el tiempo de escardar los abrojos y los cardos crecidos entre los surcos de los campos. Las lluvias habían sido frecuentes y nadie dudaba de que la cosecha sería buena.

Los arroyos bajaban de las cumbres desbocados y crecidos. Los hombres salían de las aldeas y remontaban las lomas en busca de caza. La comarca se desentumecía. Los caminos y los campos comenzaban a bullir de termestinos. Mas la estación no había concluido: el frío persistía de noche y los cuerpos se hallaban débiles y maltrechos por la dureza del invierno.

Las noticias se presentaron en forma de rumores, rumores que partían de la ciudad y que recorrían los caminos y las aldeas. Se hablaba de una batalla, de una victoria sobre los romanos, pero no se decía ni cuándo ni dónde había tenido lugar.

Pasados unos días se presentaron en el caserío Melmanius con varios miembros del consejo. Traían noticias importantes: la expedición guerrera se encontraba ya en territorio celtíbero y en breve llegaría a Tiermes.

Con Melmanius y los demás se encontraba un joven guerrero, de pelo claro, recogido con una coleta que arrancaba de la coronilla, al estilo lusitano. La riqueza de sus armas y pertrechos señalaba su prestigio. Tenía un aire rudo y condescendiente. Melmanius lo presentó como Britto, emisario de Ebureinio.

Britto puso al corriente a Cántaber y al resto de los hombres-árbol de todo lo sucedido desde que salieron de Tiermes, cinco lunas antes.

Entonces eran dos mil hombres, cuando alcanzaron territorio edetano formaban un contingente de seis mil guerreros. Muchos jóvenes, de distintas ciudades y tribus, tanto arévacos como belos y titos, se les habían sumado mientras atravesaban la Celtiberia. A su vez, la gente pobre y desarraigada, multitud en la nación, acudieron a engrosar la hueste.

Después de dar un rodeo para evitar Ocillis, ciudad en la que se hallaba el campamento romano, remontaron el río Xalon hasta Bílbilis, siguiendo el trazado de una de las vías romanas. Desde allí se habían desviado hacia Orosis, siguiendo esta vez el río Xiloca hasta su nacimiento. Se detuvieron en el santuario que demarcaba el final de la Celtiberia y prosiguieron la marcha por la depresión que formaba el río Aturia, ya en territorio edetano.

Inmediatamente la noticia de su presencia se había propagado por la comarca. El territorio se hallaba salpicado de multitud de atalayas, emplazadas en altos y en

lugares de difícil acceso, desde las que se transmitían señales unas a otras mediante el fuego.

Pusieron cerco a Edeta, la primera ciudad importante con la que toparon. Las manzanas de casas se hallaban dispuestas sobre varias terrazas escalonadas que remontaban un cerro. Contaban con torres, muros y fosos suficientes como para aguantar un ataque frontal. Pero el fiero aspecto de los celtíberos infundió pánico entre los íberos de la ciudad. Los guerreros avanzaban y retrocedían entonando cantos guerreros, golpeaban los escudos con las armas y agitaban sus cabelleras. En las picas llevaban ensartadas las cabezas de los romanos a los que habían dado caza en las villas.

Una delegación del consejo de Edeta pidió parlamentar con Ebureinio. Acordaron un botín cuantioso en armas, adornos, oro y ganado a cambio de levantar el cerco. El príncipe termestino juró reducir la ciudad a cenizas si osaban colaborar con los romanos en la guerra inminente.

La columna se desvió entonces hacia Sagunto y desde allí fue recorriendo la costa en dirección al mediodía. Lauro, Valentia, Sucro, todas las ciudades por las que pasaron tuvieron que pagar un tributo muy alto para evitar ser saqueadas. Tampoco podían los celtíberos inmovilizarse en un cerco prolongado. Ebureinio sabía que tarde o temprano se encontrarían con los romanos y urgía, hasta entonces, hacerse con el mayor botín posible.

Recorrían el territorio devastando villas y aldeas, matando colonos, destruyendo los silos y llevándose el ganado. Miles de esclavos, trabajadores forzados en los latifundios, encontraron la libertad al huir sus amos o al sucumbir éstos bajo aquella turba arrolladora. En algunas villas los esclavos crucificaron a sus dueños al saber que los celtíberos merodeaban cerca. Eran, en gran parte, celtíberos y lusitanos o hijos y nietos de sendos pueblos. Constituían una muchedumbre famélica y desharrapada, de gesto cansado y ojos hundidos, consumidos por el miedo y el odio. Aclamaron a Ebureinio como a un dios. Unos se dispersaron en dirección a las montañas, otros le suplicaron al dios que les dejara sumarse a su ejército invencible.

Apenas encontraron resistencia entre los edetanos, gentes pacíficas y poco habituadas a la guerra. El sometimiento a los romanos desde antiguo les había llevado a descuidar sus viejas fortificaciones. Una masa importante de la población se limitó a desplazarse para ponerse a salvo de la rapiña. Por todas partes se repetía un nombre: Tanginus. Así era conocido Ebureinio. Todavía quedaba en el recuerdo de los edetanos las incursiones que aquel mítico príncipe celtíbero hiciera por aquellas tierras cincuenta años antes. Muchos repetían: «Tanginus ha vuelto».

La ciudad de Diniu, ya entre los contestanos, se negó a entregar un tributo a Ebureinio. El príncipe encontró, así, una oportunidad excelente para autorizar el asalto que sus hombres venían reclamándole desde hacía tiempo. Previamente ordenó quemar las embarcaciones ancladas en el pequeño puerto. Las trompas sonaron, los guerreros se lanzaron monte arriba hasta alcanzar el lienzo de la muralla. A pesar de

su ímpetu salvaje fueron rechazados una y otra vez. En el enorme portón de entrada habían colgado odres de agua para evitar que las faláricas incendiarias lo hicieran arder.

Acamparon a los pies del cerro. Ebureinio propuso a los sitiados resolver el cerco con un duelo multitudinario entre los mejores guerreros de uno y otro bando. Los defensores se negaron. Ebureinio se encontró entonces con un dilema difícil: si no reducía la ciudad el ejemplo de Diniu cundiría entre las otras ciudades.

Vino a sacarle de la dificultad una noticia alarmante. Por la vía de la costa bajaba desde Tarraco el ejército pretoriano de la provincia. Su tardanza en reaccionar había tenido que ver con la dificultad para reunir los efectivos suficientes. Se hablaba de diez mil hombres, parte de los cuales eran auxiliares de tribus ibéricas.

Al tiempo llegaron rumores de otro ejército movilizado en Córdoba y dispuesto a acudir en socorro del primero. Temiendo ser cogido entre los dos contingentes Ebureinio levantó el cerco y marchó hacia el norte por la misma vía de la costa. A pesar de que el ganado y el botín dificultaban la marcha, alcanzaron el Aturia antes de que llegara la legión.

El príncipe termestino quería subir por el río en dirección a las montañas pero se encontró con la reacción violenta de muchos de los guerreros. Ansiaban el choque con los romanos y no estaban dispuestos a huir. Ebureinio tuvo que convencerlos, con su ruda oratoria, de que el lugar más apropiado para la batalla eran las montañas, que en el llano la legión maniobraría con ventaja.

No persuadieron las palabras, sino la evidente inferioridad en la que quedarían los disconformes de separarse de la columna. Prosiguieron la marcha, finalmente, siguiendo el curso del río, muy caudaloso en aquella época del año. No habían dejado atrás Edeta cuando una partida que había salido a forrajear avisó de la proximidad del enemigo.

Los celtíberos volvieron sobre sí y se prepararon para el combate. No hubieran dado ni un paso más; era el encuentro que habían estado esperando. Ebureinio mandó continuar río arriba a una parte de sus hombres con el ganado y el botín. El resto los dispuso en la orilla norte del río. El terreno era una ancha cañada que discurría entre el Aturia y un largo cordón de elevaciones paralelo al cauce.

Al mediodía llegaron los romanos. Los celtiberos prorrumpieron en un estruendo ensordecedor: trompas, voces y escudos en disonancia. Siguieron las danzas y los cantos, los estandartes de los clanes pasaron a primera fila. Enardecidos, se lanzaron a la carrera contra el muro de hierro y bronce que los esperaba. Hubo intercambio de dardos y proyectiles, muchos hombres cayeron. Después se produjo el choque.

Pasado el fragor de los primeros momentos el cuerpo a cuerpo se estabilizó. Los celtíberos eran tan duros como los legionarios en las distancias cortas. Su espada puntiaguda, de doble filo, causaba gran mortandad en el espacio mínimo que quedaba libre entre la masa compacta de contendientes. Su armamento ligero les permitía moverse con facilidad a pesar de la presión de miles de hombres.

Los auxiliares de los romanos, un nutrido grupo de jinetes ilergetes, trataron de envolverlos por el flanco libre, por el que no daba al río. Ebureinio y sus jinetes salieron a su encuentro y les cortaron el paso. Se formó un tapón, en el angosto trayecto, de cuerpos y caballos entreverados, que no había forma de mover hacia un lado u otro.

La batalla se prolongó a lo largo de toda la tarde. Cuando los celtíberos se sentían agotados, individualmente, retrocedían unos pasos y, una vez repuestos, volvían de inmediato a la lucha. La línea de legionarios era relevada cada cierto tiempo por tropas frescas que esperaban en retaguardia. Poco a poco, de un modo imperceptible, los celtíberos fueron retrocediendo y perdiendo terreno.

De repente sonaron las trompas ordenando la retirada. Un grito de rabia brotó de muchas gargantas. Siguieron dramáticos momentos de indecisión. Una parte inició la huida pero la otra se mantuvo en su puesto. A pesar de su arrojo, la inferioridad numérica los puso a merced de un enemigo exaltado por la cercanía de la victoria. Finalmente cedió la resistencia y se produjo una desbandada desordenada y caótica río arriba. Los romanos se lanzaron detrás. La caballería íbera no pudo envolverlos debido a las escarpadas lomas. Sin embargo los jinetes alcanzaron la retaguardia y provocaron muchas muertes.

Continuaron así un tramo pronunciado y sin duda hubiera sido una masacre si no hubieran sonado las trompas, de repente, y no se hubieran precipitado, desde lo alto de uno de los cerros, la vanguardia del ejército celtíbero que se habían adelantado con el botín.

En breve la suerte de la batalla cambió por completo. Los celtíberos se volvieron y se lanzaron furiosos contra los romanos. Estos, al verse atacados de frente y por el flanco, con el turbulento Aturia cortándoles el paso por el sur, emprendieron la huida. Los celtíberos se les echaron encima y durante un trecho amplió les causaron enormes bajas.

Muchos legionarios se arrojaron a la corriente para evitar una muerte segura y la mayor parte de ellos perecieron ahogados.

Después de una persecución sangrienta y aprovechando que el terreno se abría lo suficiente, la maltrecha legión, reducida a casi la mitad, logró recomponer sus filas en un alto y rechazar el acoso de los perseguidores.

Para entonces la victoria de los celtíberos ya era clara.

Esa noche, los cantos y las danzas impregnaron el aire húmedo de la cañada. Los muertos también habían sido numerosos en el bando vencedor y al día siguiente las trompas y las hogueras convocaron a cientos de buitres sobre el campo de batalla.

Los rastreadores informaron de que los romanos supervivientes se habían retirado a Valentia y se habían hecho fuerte allí. Pocos días más tarde llegó la noticia de que el ejército de Córdoba había marchado hacia la Lusitania para aplastar una nueva revuelta. El litoral oriental quedaba así a merced de la expedición.

Se dirigieron de nuevo hacia el sur, al territorio de los contestanos. Pasaron el

resto de la Estación Oscura devastando los campos, saqueando aldeas y poniendo cerco a las ciudades. Cuando sólo quedaba una luna para la Fiesta de la Luz emprendieron el regreso a la meseta.

Britto concluyó su relato diciendo que los jóvenes termestinos se encontraban, ahora, acampados a dos noches de la ciudad y que su deseo era llegar cuanto antes para poder asistir a los preparativos de la Fiesta de la Luz. Añadió que el botín en ganado y objetos preciosos era digno de los más grandes príncipes y que sólo un dios podía haberles conducido en la guerra como Ebureinio lo había hecho.

Un brillo codicioso se encendió en los ojos de los miembros del consejo al mencionar el joven las riquezas capturadas. Melmanius miró a Cántaber asintiendo con la cabeza en señal de conformidad pero el Rey del Bosque no pensaba del mismo modo. A pesar de que llovía salió fuera del pórtico para poderse dirigir a todos de un modo solemne. En su mano blandía el bastón terminado en la doble cabeza de caballo.

—El éxito que nos traes confirma lo que los auspicios venían señalando desde hace varias lunas. Sin duda nuestros corazones se alegran de la victoria de los jóvenes guerreros pero el regreso inmediato resultaría precipitado y peligroso. Neito está todavía demasiado presente. Los guerreros deben permanecer en aislamiento hasta el novilunio, después le ofrecerán a Neito parte de las vidas capturadas y sólo entonces podrán volver con los parientes.

Britto, airado, se levantó y se encaró con Cántaber.

—No hemos vencido a los romanos para tener que esperar ahora a las puertas de nuestra ciudad.

Alguno de los guerreros Docilicos presentes, que no le quitaban ojo al joven, echaron mano a sus empuñaduras y se interpusieron entre ambos. El Rey del Bosque no estaba dispuesto a ceder. Melmanius y los príncipes apoyaron a Britto, pero fue inútil. De nada sirvieron los gritos ni las amenazas. Cántaber se mantenía sereno y firme bajo la lluvia.

Sin dejar de vocear, con indignación exaltada y algo fingida, Melmanius y la comitiva montaron en sus caballos y se alejaron a galope del caserío. Fue en ese momento cuando Aliso se dio cuenta del poder real que Cántaber tenía entre los termestinos.

Más tarde, al caer la tarde, el numantino se acercó a Drusuna. Ella también había estado bajo el pórtico.

—¿Por qué se ha mostrado Cántaber tan inflexible? Los jóvenes tienen que estar agotados después de tanto tiempo vagando y guerreando. ¿Qué sentido tiene ahora el aislamiento?

—Cuando los guerreros emprenden el camino de la guerra se entregan a Neito, el dios está en ellos y se manifiesta de un modo violento y salvaje. Los guerreros llevan muchas noches conviviendo en soledad y participando del dios, se han conducido con la mayor fiereza y no se han sujetado más que a la voz del jefe. Se han vuelto

extraños y crueles. Es necesario un tiempo para librarse del influjo de Neito. El agua y el fuego los ayudarán a purificarse. Después podrán volver al ciclo del año, a los trabajos de cada día, y mezclarse con los parientes.

Se encontraban sentados bajo el pórtico, contemplando las ascuas del hogar. Había parado de llover y el frescor del aire resentía la piel.

—Pero no es sólo Neito, además queda el reparto del botín. Sin duda habrá más muertos.

Aliso abrió los ojos y movió los labios como para decir algo.

—Celebran un festín que dura dos noches y dos días —aclaró ella— y se beben hasta la última gota del vino que han robado. Entonces comienzan los repartos. Siempre hay descontentos, nunca coincide el regalo con el valor y el prestigio de cada uno. Se vuelven fanfarrones y estúpidos y comienzan las peleas. Como todavía se encuentran enloquecidos echan mano a la espada con facilidad.

Drusuna se giró hacia el numantino.

—Créeme, si se les abriera ahora las puertas de Tiermes no tardaría en correr la sangre por las calles.

Capítulo treinta



Drusuna y Aliso yacían juntos en el soto del río. Por la mañana ella le había hablado del lugar donde habitan las almas de los muertos. Después de comer algo de queso y de torta de bellotas se echaron a dormir sobre la fresca hierba de la orilla. El aire traía aromas de espliego.

El murmullo del agua y los cantos de los pájaros arrullaron dulcemente los pensamientos de ambos y en breve cedieron a la sombra del sueño.

Aliso se despertó de repente, como si alguien lo hubiera tocado. Se puso en pie con brusquedad y miró a su alrededor. Vio zigzaguear bajo la corriente a una serpiente asustada. Se relajó. Merodeó un rato por el soto: la fronda recién verdecida, los aromas, los murmullos, el aire tibio, la caricia del sol. El día discurría luminoso.

Las entrañas de los animales, las varillas arrojadas al aire, los sueños, todos los auspicios hablaban de tiempos difíciles y oscuros; pero ahora, allí, se sentía colmado, dichoso.

Respiró hondo, se fijó en una libélula que se mantenía inmóvil en el aire, a un palmo del agua. La sintió próxima, como si ella fuera él. Creyó que él también estaba suspendido, incluso notó un ligero vacío en el estómago. Luego desvió la mirada a los juncos que crecían en un remanso y su cuerpo se tornó rígido y tierno como uno de sus tallos.

Por unos instantes se desparramó en el paraje, dejó de ser uno; vivió, sin miedo, el alivio de perderse, de no ser él. La sangre golpeaba con voluptuosidad en las sienes, en el pecho, como lenguaradas de fuego; no se trataba de su corazón, estaba seguro, era el latido que animaba las cosas, su pulso secreto, el que sujetaba a la libélula en el aire y al junco erecto y firme sobre el légamo del remanso.

La sensación fue breve, apenas unos instantes, pero en ese tiempo Aliso supo que había sentido a la Divinidad. Los hombres-árbol llevaban días hablando de su tímida presencia, de su avance paulatino e incesante hacia la plenitud.

Se volvió hacia Drusuna. Su cuerpo inerte yacía bajo la sombra de un sauce. Las manos descansaban encima de la cabeza. Los pliegues de la túnica dibujaban unos pechos voluminosos y firmes, una cadera ancha y delicada, unos muslos largos y torneados.

Aliso se agachó a su lado y contempló los labios rojos, el rostro resplandeciente y pálido enmarcado por un haz de mechones ocres. La expresión era dulce, inocente; los párpados escondían su mirada extraviada.

Acercó su nariz a la de ella, acarició la mejilla, recorrió con los labios su semblante dormido. Al abrir los ojos, Drusuna se encontró con los de Aliso. Dio un respingo, pero después sonrió y se relajó sobre la hierba. La mano del hombre ondulaba por encima de su cuerpo, éste se agitaba debajo, como el crepitar de las astillas al quemarse.

De repente Drusuna empujó con fuerza a Aliso. El numantino aguantó la sacudida y trató de inmovilizarla. Ella, debajo, forcejeaba con todas sus fuerzas. Aliso ya conocía su juego y se prestó a él.

La mano del hombre tiró de la túnica hasta replegarla alrededor de las caderas. Al hacerlo la muchacha logró zafarse de una mano y tiró con fuerza de su pelo, tanto que le arrancó un gemido. Aliso volvió a sujetarla con fuerza y rabia. Trató de agarrar ambas muñecas con su enorme mano; aunque lograba inmovilizarla durante unos instantes, ella terminaba soltándose y clavándole las uñas en la espalda y el rostro.

Él se encaramó entre sus muslos y la aplastó con el peso de su cuerpo. Después entró en ella. La muchacha dejó de ofrecer resistencia, mas no se tornó mansa. Su cuerpo se revolvía una y otra vez, sin dejar de empujar, morder y arañar y él respondía con la misma violencia, jadeando ambos y excitándose con la lucha, hasta llegar al éxtasis y aullar y gemir como alimañas enceladas.

Después, sus cuerpos blancos yacieron juntos bajo la sombra del sauce, acariciados por la brisa de la tarde, renacidos, como la vegetación, desbordados. Nada tenía que ver la libertad del bosque con las restricciones de la yacija, en la choza, durante las frías noches de la Estación Oscura. Permanecieron inertes hasta que el frío los obligó a vestirse.

Drusuna volvió a sus gestos pausados, a su aire ausente y sereno, pero cuando sus ojos se tropezaron con los de Aliso una dulce sonrisa asomó en sus labios. Él, confuso, bajó la mirada.

—¿Qué te sucede?

—No lo sé.

A lo lejos, por encima del murmullo de la corriente, se oyó el sonido sordo y compacto de un hacha golpeando un tronco.

—Me pregunto si sientes lo mismo que yo siento, la llama que ha crecido en mí, a tu lado —musitó Aliso.

Drusuna no respondió, prefirió extraviar la mirada en las aguas del río.

—Nunca había experimentado algo parecido —continuó él—; a veces pienso que nos conocemos desde siempre, desde niños; es lo que sentí cuando te vi por primera vez.

—Quizás te reconociste a ti mismo, como cuando te asomas a la orilla de un remanso.

—Hemos pasado demasiado tiempo juntos, me conoces, has removido mi ser, le has dado la vuelta, ya no soy el mismo y tú siempre has estado ahí, atenta, provocándome, llevándome. Ahora está tu cuerpo unido al mío, desde la última luna

acudes a mi lecho todas las noches. Los lazos son muy fuertes, demasiado, me ahogan...

Aliso todavía tenía muy presente esa noche en la que la piel de Drusuna volvió a rozar la suya. Unos días antes él había llevado a cabo con éxito su primera incursión en el Más Allá. Vibró sin ayuda de nadie.

En aquella ocasión, harto del desprecio de Drusuna, resistió con entereza las horribles visiones, con la voluntad del guerrero, dispuesto a morir, y éstas se desvanecieron como si se trataran de aire. Entonces fue igual que deslizarse dentro de un sueño. Pero a diferencia de éste, Aliso podía moverse según su deseo, aunque con mucha dificultad al principio. Luego fue capaz de correr y volar, hasta lo alto de una montaña, pero no lo hizo con su cuerpo, con el cuerpo de Aliso, sino con el de un perro y después con el de un alimoche.

Drusuna le dijo que moverse a su antojo por el Otro Lado significaba que ya se había hecho con su don, con su propio poder; que ya éste no le desbordaría ni se volvería en su contra, y que por ello los ataques dejarían de sucederse.

—Yo también noto esa llama —suspiró la muchacha después de estar pendiente de un giro del viento sobre sus cabezas—, pero le concedo la importancia que tiene, ninguna más.

El rostro del numantino se ensombreció.

—Siempre me has dicho que vosotros, los celtíberos, sentís un profundo respeto por el modo natural que tienen las cosas de suceder. Este ardor que hay entre nosotros ha surgido y se ha alimentado así.

—Es la Divinidad la que acerca a un hombre y a una mujer, la que los une y les concede los hijos.

—¿Y por qué no podemos ser nosotros un hombre cualquiera y una mujer cualquiera?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no puedes entregarte a mí como mi mujer? ¿Por qué no podemos vivir en la misma choza, tener hijos juntos?

Drusuna dio un respingo; se volvió furiosa hacia el numantino.

—No has entendido nada, es inútil, después de tantas lunas sigues sin comprender... No somos un hombre cualquiera ni una mujer cualquiera, somos hombres-árbol; lo que vale para los demás no vale para nosotros, ni siquiera el clan puede obligarnos...

El numantino no esperaba una reacción tan violenta. Ella se había puesto de pie y se movía, agitada, de un lado para otro.

—Vivimos en el bosque, ¿sabes lo que significa? Estamos fuera de los asuntos de los hombres, hemos renunciado a las cosas que mueven a la mayoría. Nuestro destino es la Ciencia Divina: debemos mantener el espíritu limpio, calmo, como la superficie de un lago. La voluntad nunca puede abandonarse ni dejarse llevar por los devaneos de una gallina en un corral. Ahora tú me pides que formemos un hogar, que tengamos

hijos... Créeme, nuestros escauceos, el fuego que hay entre tú y yo, es sólo una debilidad que nos permitimos, un juego que nos hace más agradable la vida. No es propio del hombre-árbol, ni de un celtíbero, renunciar a nada; pero si nos conduce a nuevas servidumbres, a lazos que ahogan, entonces es mejor no jugar.

Aliso se aferró a las rodillas y apoyó en ellas la barbilla. El abatimiento lo hundió en un silencio ensimismado. Drusuna tuvo lástima de él. Se sentó a su lado y le habló con suavidad.

—No estamos destinados a una vida normal. Vi a mi madre adoptiva, Cantudobua, sometida a un hombre débil, Mágilo, mi padrastro, el cuál nunca se hizo respetar ni por ella ni por nadie. Mientras Cantudobua trabajaba, como una bestia, de sol a sol, él dormitaba borracho en cualquier zanja.

—Cuando Medugenus vuelva y tú te entregues a él, yo me volveré loco.

Drusuna abrió los ojos con una desmesura imposible.

—¿Cómo sabes...?

—Lo sé, lo he oído más de una vez, aquí, allá...

Esta vez fue la muchacha la que pareció sumirse en el desánimo.

—Te volverás loco, dices... Desde que cumplí los trece años llevo oyendo las mismas palabras a muchos hombres. Algunos de ellos llegaron a enfrentarse y corrió la sangre. Durante una época de mi vida me convertí en una mujer peligrosa: las demás mujeres me odiaban, los hombres se volvían locos, mi propia vida se vio amenazada.

»Ahora es distinto. Soy una mujer-árbol, poseo poder, la gente me tiene miedo y me deja en paz.

Aliso cayó en la cuenta de que hasta ese momento Drusuna había mencionado pocos detalles de su vida. Le sorprendió que no hubiera reparado en su silencio, como si entendiera que detrás de un hombre-árbol no había pasado.

—De todos mis amantes, el más violento, el más celoso, siempre ha sido Medugenus. No hace mucho se enteró de que un bardo de Uxama, que había venido a la feria de Lug, se encontraba conmigo en el bosque, por la noche. Le faltó tiempo al pobre poeta para salir corriendo. Si hubiera dado con él ten por seguro que lo habría matado.

—¿Y tú, no tienes miedo de él? ¿Es por eso que eres su amante?

—No, no es miedo. Nos conocemos desde niños, fue mi compañero de juegos. Luego, cuando murió mi padre adoptivo, él veló por nosotros, cuidó de Eladus como si fuera su hermano pequeño. Y a mí, en los años difíciles, protegió mi vida.

Una racha de viento enmarañó el pelo de la muchacha. La tarde se había vuelto dorada y fresca.

—Medugenus posee un don especial, la Divinidad también se manifiesta en él, pero lo hace de un modo distinto a como lo hace en ti o en mí. Es un guerrero, vive como tal, sólo reconoce el valor, el arrojo.

»Después de tantos años no he podido prescindir de él ni de su risa; sabe

contagiar un ánimo especial, a su lado el miedo se desvanece y uno se siente capaz de cualquier cosa. He visto ese efecto en la gente que le rodea; para Eladus, mi hermano, Medugenus es un dios, uno de tantos héroes semidivinos que pueblan nuestras leyendas.

Drusuna había adoptado una expresión evocadora que a Aliso le pareció estúpida. El numantino advirtió en sus entrañas un frío repentino: la comezón de los celos. Pensó que por mucho que ella dijera, aunque mitigada, también sufría su propia servidumbre.

—¿Y tan formidable guerrero carece de una esposa?

Drusuna dejó escapar una risa franca.

—Medugenus posee a todas las mujeres que desea y ello le ha traído muchos problemas con maridos celosos y amantes despechadas.

—¿Y tú no te sientes despechada?

—No —la muchacha bajó la cara—; Medugenus quiere que yo sea su mujer, desde siempre lo ha pretendido.

—¿Y por qué no aceptas? —el tono de Aliso era duro.

Drusuna suspiro hastiada.

—Ya te lo he dicho, mi condición no es la de mujer de nadie.

Capítulo treinta y uno



Eladus creyó pisar el País de los Bienaventurados la mañana que llegó a la Aldea del Bosque. A lomos de Coemus, el caballo ceniciento de Medugenus que ahora era suyo, desfiló con el resto de los jóvenes por la calle central. Exhibía orgulloso, en los arneses de la montura, los despojos, la cabeza y las manos, que le revalidaban a los ojos de los parientes.

Hace apenas unas lunas sólo era un muchacho imberbe, de cabeza pelona, al que se le podía mandar que ordeñara las cabras. Ahora agitaba su melena greñuda y exuberante de guerrero matador.

A su lado Medugenus, el campeón de los Docilicos, montaba un caballo joven, alazán, de menor alzada y más ligero que Coemus, sin duda, también, más rápido. Los despojos que colgaban de los correajes levantaban una ovación unánime; nadie igualaba sus trofeos. Una nube ligera de moscas rondaba los miembros amputados, ya casi descarnados, que lo confirmaban como campeón.

Detrás continuaba el ganado: bueyes, vacas, terneras, caballos, burros, ovejas y cabras. También un carro cargado con todo tipo de vasijas, telas, armas, adornos y objetos variopintos. Los ojos hundidos y oscuros de la gente de la aldea quedaron atrapados por el botín. Eladus reparó, entonces, en las miradas ávidas, en los rostros huesudos, en los famélicos cuerpos.

Medugenus le había susurrado, hilarante, que los Docilicos los aguardaban con tanta alegría porque podrían, por fin, fornicar con sus mujeres después de una estación de obligada castidad. Pero, ahora, Eladus sabía que el regocijo se debía, sobre todo, a la llegada de alimento después de la penuria del invierno.

El muchacho hinchó el pecho. Contempló a sus parientes desde lo alto de la montura. Los dioses descendieron a la tierra, por la loma del monte Chaunus, el día de Beltaine. Ese día la tierra se iluminó con la luz que desprendían sus pertrechos de oro y se poblaron los bosques y los páramos de frondosa vegetación. Los hombres y los animales pudieron, entonces, sobrevivir a la Edad Oscura. Ahora ellos, a tan sólo unas pocas noches de la Fiesta de Beltaine, a punto de comenzar la Estación Luminosa, regresaban a casa con el ganado suficiente como para que los parientes no murieran de hambre. Eran ciertas las palabras de los hombres-árbol: lo fundamental se repetía una y otra vez.

Hasta Casaretos y los ancianos, olvidado el agravio de partir sin su permiso, los esperaban en el centro de la aldea, en el cruce de la calle principal con la travesía que

la partía por la mitad. Allí los jinetes desmontaron y se unieron a los infantes que ya abrazaban a sus padres, esposas, hermanos e hijos y allí mismo celebraron la fiesta de su llegada.

Se sacrificaron corderos y terneras y corrió el vino hasta agotarse. Los parientes de los jóvenes guerreros que habían quedado sobre el campo de batalla entonaron cantos de encomio a los que se sumó todo el clan. Eladus espió con envidia sus semblantes solemnes y orgullosos. Su prestigio era mayor, con ser hermanos, padres o esposas del fallecido, que el de los propios guerreros que habían regresado. Anheló por unos momentos el glorioso destino de los caídos, algunos de ellos compañeros suyos de iniciación. Los vio cabalgando en los interminables ejércitos que recorrían la Pradera de los Bienaventurados, participando en los festines de los dioses, bien surtidos de cerveza, cerdos y fogosas mujeres.

Cantudobua y Atta, la pequeña, lo sacaron de su melancolía. El muchacho las abrazó, era sus mujeres. Sólo faltaba Venica, la muchacha de los Meduticos, su gesto orgulloso y desafiante, su boca dulce y roja como la majuela.

Encontró a Cantudobua más delgada, más cansada. Su cuerpo se mantenía firme y compacto, pero el rostro se veía avejentado. Multitud de pequeñas arrugas bordeaban los ojos. Aun así, la Estación Oscura no había apagado el brillo de su mirada.

La mujer se iluminó cuando Eladus le señaló la vaca y las dos terneras que le correspondían y que había marcado con su propio cuchillo. Atta, dando brincos, corrió en su busca y las condujo al establo.

El botín podía haber sido mucho mayor, pero gran cantidad de animales habían sido sacrificados en el santuario. También perecieron con ellos, en una hoguera inmensa, los escasos prisioneros que habían traído. Eladus tenía todavía muy viva la imagen del fuego envolviendo a los desdichados: sus gritos desgarradores, los rostros deformados por el horror, la pestilencia de la carne quemada.

Toda la sangre que vio derramarse mientras duró la correría no le impresionó tanto como aquel cruel espectáculo. Ni la clamorosa bienvenida de los parientes ni la euforia de la fiesta ni el calor de su madre habían logrado que arrojara de su recuerdo la visión de las antorchas humanas retorciéndose entre las llamas.

Durante la iniciación Lubbo les había explicado que después de una expedición de guerra era necesario restituir a Neito el vigor que éste había insuflado en los guerreros. Ello se hacía ofreciéndole la vida de hombres y animales capturados en la razia. La fuerza vital liberada en la hecatombe servía para fortalecer al dios en espera de futuros requerimientos.

Pero Eladus no pudo evitar, allí de pie, caldeado su rostro por el fuego, en medio de un griterío enloquecedor, un cierto resentimiento hacia los hombres-árbol. Los desdichados eran soldados romanos capturados en una liza muy igualada. Ellos habían peleado con valor y coraje, aquél no era un final digno, los dioses no podían demandarlo.

Tampoco pudo el muchacho hacerse con joyas, adornos o monedas. Los íberos

eran excelentes artesanos de los metales preciosos, pero todas las riquezas habían sido requisadas por el consejo para financiar la guerra. Se hablaba de comprar con ellas los servicios de mercenarios; en concreto los de una banda de guerreros que había saqueado la comarca de los colendanos durante la Estación Oscura.

Cantudobua recibió a Eladus devota y orgullosa, empleando los gestos justos, sin excesos. Durante los días siguientes envolvió a su hijo con la sencillez de los hábitos del día a día. Él respondió del mismo modo, dejándose llevar por el cauce sereno y tranquilo de los trabajos cotidianos.

Mas las cosas no eran las mismas y ello fue perceptible en el trato. Ya no había órdenes, ni reproches; hasta el tono de voz de la pequeña había cambiado. Ahora él era el hombre y en breve, una vez pasada la Fiesta de Beltaine, sacaría a las ovejas del establo y subiría con ellas a los chozos de la sierra, tal como le correspondía.

Al poco de llegar, su madre le puso al corriente de la muerte de Abicus. Entonces la choza se le antojó vacía, oscura, triste.

Eladus regresaba deseoso de poder contarle al abuelo sus hazañas como escudero de Medugenus. Había reunido en su memoria un montón de anécdotas y detalles sobre cada combate, especialmente los de la batalla final. En las desoladas noches a la intemperie, se vio a sí mismo, muchas veces, sentado bajo el pórtico, junto al hombrecillo, refiriéndole una y otra vez tales pormenores; y el abuelo lo escuchaba, como él había escuchado sus historias durante tantos años, embobado, alrededor del fuego que latía en el centro de la vivienda.

Cantudobua también le habló de Aliso. Le comentó el rumor que corría de que podía ser el próximo Rey del Bosque, que sus visiones habían salvado a Tiermes de la traición del príncipe Lettondo. El muchacho quedó estupefacto con la noticia, aunque no hizo mucho caso de los detalles que su madre le dio. No era un asunto que le importara demasiado.

Su cabeza ya estaba en otra cosa. Las brumas de la tristeza y de la oscuridad se abrieron enseguida y se dispersaron. La sangre volvió a golpear con fuerza en su pecho adolescente. Llegaba la Fiesta de Beltaine y su cuerpo se lo gritaba. Se vio a sí mismo bebiendo cerveza y bailando la rueda con las muchachas, perdiéndose en el bosque con una de ellas, la que su corazón anhelaba desde hacía varias lunas.

La Fiesta de Beltaine o Fiesta de la Luz se iniciaba la noche en que el Rey del Bosque encendía una hoguera de grandes dimensiones en el claro del santuario, semejante a la que se prendió durante la noche más corta. La pira era de roble, y estaba empapada con la sangre de nueve toros descuartizados. Era el momento de despertar a la Divinidad dormida, de azuzarla para que se avivara en el corazón de todos los seres: las montañas, los árboles, los días, los campos, los hombres. Comenzaba la estación de la luz, del calor, de la vida; renacía la naturaleza. El Fuego de la Divinidad ya había prendido de verde, tímidamente, las copas de muchos árboles y la tierra yerma de los páramos y pastizales; pero Eladus sabía, como todos los celtíberos, que era la hoguera de los hombres-árbol la que lo activaba y enardecía.

Los pastores obligaron a sus rebaños a rodear por tres veces la enorme fogata para fortalecer a los animales contra las enfermedades y asegurar la fertilidad. Cuando las llamas aflojaron, los jóvenes saltaron por encima y más tarde, al extinguirse, los más osados cruzaban de un lado a otro, pisando fuerte con los pies descalzos sobre la alfombra de rescoldos.

Al amanecer avivaron las ascuas y encendieron teas. La multitud que abarrotaba el santuario se dispersó en múltiples procesiones de antorchas que deambularon por el bosque y las parameras. Hincaron tizones en los campos sembrados y asperjaron ceniza sobre los surcos.

Las ferias y los banquetes que siguieron al rito de la hoguera fueron más fogosos y vivos que nunca. La comarca se resarcía de la cruel estación. La juventud había regresado triunfante y el ganado atestaba los establos.

En el llano que se extendía al sur de la ciudad los termestinos se congregaron para celebrar sus bailes, carreras, asambleas, juegos y comilonas; de un modo semejante a la Feria de Lug. Eladus participó plenamente en el jolgorio pero apenas tuvo oportunidad de acercarse a Venica. La muchacha no se despegaba de su grupo de amigas y parecía rehuirle. Sin embargo veía como coqueteaba y reía con otros jóvenes. Ello lo exasperaba, le dejaba confuso e inseguro; más aún cuando se dio cuenta de lo hermosa que se había vuelto. Llevaba el pelo corto, sin trenzas, con las mechas enrolladas, en rodete, sobre una cinta de colores. Su boca roja y carnosa resaltaba debajo de la blanca toca que enmarcaba su rostro. Se movía lozana y grácil entre la multitud, como una corza joven entre los machos de la manada.

Eladus esperó impaciente la noche. La Fiesta de Beltaine también comprendía un rito antiquísimo.

Cuando el astro desapareció detrás del promontorio ocre los jóvenes acudieron, en procesión, al Bosque Sagrado. Al son de las flautas de hueso, la hilera de antorchas se agitaba convulsa por el sendero. Los hombres-árbol, engalanados, iban en cabeza.

Llegaron a la rica y frondosa vega del Río de la Piedra, no muy lejos de la aldea. Los hombres-árbol rodearon un alto fresno, grueso, de tronco recto y regular. Aquel era el Árbol de la Luz; dar con él había sido tarea ardua y exclusiva de los hombres-árbol. En lo alto asomaba la Divinidad, es lo que Eladus había oído. Desde allí tiraba de los tiernos brotes que despertaban en los bosques y en los campos para que se abrieran y dieran paso a las hojas, las briznas, tallos y flores; también tiraba de los días, los cuáles, por ello, cada vez eran más largos y el sol, vigorizado, se mantenía mucho más tiempo en lo alto del cielo.

Aquel fresno era el mazo con el que la Divinidad golpeaba la tierra para que renaciera la vida.

Se encendieron hogueras en la fresneda. Los odres y cántaros de cerveza corrieron entre la multitud. Los hombres-árbol se desvanecieron en la noche y la fresca vega quedó para los jóvenes. Se formaron ruedas de danzantes alrededor de los

árboles, la más nutrida discurría en torno al de la Luz. Por su tronco trepaban sin cesar los mozos y arrancaban ramas de brotes tiernos que después entregaban a las mozas.

Eladus cortó una rama de vara y media y buscó con ella a Venica. Fuera del fulgor de las hogueras resultaba difícil distinguir a nadie. Pero los escarpines rojos de la muchacha la delataron entre los devaneos de túnicas blancas que rasgaban la claridad de los fuegos.

Se acercó a ella decidido aunque temeroso de una burla o un desplante. Ella se giró hacia él y sus ojos se encontraron. Venica mantuvo la mirada altiva durante unos instantes pero de repente cedió y una sonrisa abierta y acogedora brotó de su boca. Parecía cansada de su juego displicente.

Se perdieron, como una de tantas parejas, en la espesura. Se entregaron a las carreras, las caídas, las luchas, la desnudez, los arañosos y los jadeos. Rodaron sobre la hierba, entrelazados como dos serpientes, aplastando los altos tallos hasta confeccionar un mullido lecho.

Cuando se cansaron de amarse, apretaron sus cuerpos desnudos y estremecidos bajo el sago de lana y guardaron silencio. La noche era oscura y fresca. Los infinitos fuegos diseminados en el firmamento parecían cercanos, al alcance de la mano. El grillo titilaba con ellos, ponía música a un universo que sentían latir a su alrededor. Los aromas de la vegetación delataban una exuberancia agazapada.

Eladus había imaginado que en su primer encuentro él no pararía de hablar de sus hazañas, de las ciudades que había visto, del mar, de los barcos... Sin embargo no dijo nada. La piel de Venica, el calor de su cuerpo, su pelo en la mejilla, el latido de la noche; no había lugar para las palabras. La Divinidad los arrullaba con la dulzura de los comienzos, de lo que nace, y ellos se quedaron dormidos en su regazo.

Cuando empezó a clarear se incorporaron y echaron a caminar por la vereda que conducía a la fresneda. Venica no abrió la boca, se mostró enfurruñada, distante. Toda su entrega y dulzura de la noche se había trocado ahora en irritación. Eladus, perplejo, no podía explicarse aquel cambio; creyó que la había disgustado por algo, pero no dijo nada.

Pronto se sumergieron en los preparativos del día. Los mozos ya estaban cavando alrededor del Árbol de la Luz con el fin de echar abajo al enorme ejemplar. Las ramas habían sido taladas quedando el tronco limpio y recto como el de un grueso pino. La copa había quedado reducida al frondoso arbusto que coronaba el extremo superior, allí donde asomaba la Divinidad.

Una vez descubiertas las raíces las golpearon con sus hachas hasta que venció el peso y el fresno se derrumbó hacia un lado arrancando, al caer, las que quedaban sin cortar. Los hombres-árbol, mientras tanto, sacrificaban sobre un encachado, en la orilla del río, a siete bueyes viejos cuya sangre se empleó para hacer libaciones, después, sobre las raíces, el tronco y la copa.

Eladus distinguió a su hermana, Drusuna. Se hallaba de pie, al lado de Munieba y

Aunia, las otras dos mujeres-árbol. Aunque Eladus sintió regocijarse su corazón, no corrió a abrazarla. Drusuna, allí, no era su hermana, era una mujer-árbol y empujarla fuera de su condición sería impropio y funesto.

También vio a Aliso. No vestía las galas del resto ni tampoco participaba en los sacrificios. Se limitaba a observar y a pasar desapercibido. El muchacho advirtió que la expresión asustada de su rostro se había desvanecido y se había mudado por el aire entre distante y enloquecido de los hombres-árbol.

Acudieron gentes de toda la comarca. Los jóvenes habían reunido montones de ramas cortadas en la fresneda. Los hombres-árbol embadurnaron con sangre los troncos de los árboles saqueados. La multitud se apresuró a hacerse con ramas, vástagos, tallos y flores y a engalanar sus monturas y sus trajes con tales ornamentos. Algunos portaban elaborados armazones de madera y mimbre que recubrían de maleza. Los sonos de la música no cesaban y la gente bailaba y bebía cerveza.

Alguien le rozó por detrás, al girarse se encontró con los ojos tristes y anhelantes de Venica.

—Mi padre quiere casarme con un hermano de Cabuniaeginus, nuestro príncipe; pero yo no quiero ser su mujer.

La revelación dejó a Eladus clavado en el sitio unos momentos, enseguida se vio empujado por la multitud que avanzaba hacia delante. Venica ya se había escabullido y el muchacho no pudo dar con ella entre la espesura de retama, flores, maleza y hojas que lo envolvía.

El Árbol de la Luz había sido dispuesto sobre un enorme carro de cuatro ruedas de tal modo que el extremo verde y frondoso apenas tocaba el suelo. Varias yuntas de bueyes tiraban de la cabeza y detrás, la muchedumbre, como un bosque entero puesto en marcha, discurría alegre y bulliciosa por el sendero que conducía hacia Tiermes.

Aún le quedaba al sol un buen tramo antes de que el Árbol de la Luz fuera plantado en la ciudad, en medio del encerradero del ganado. Desde allí se esperaba que trajera la luz y la vida a la comarca, que volviera fértiles a las hembras, que fortaleciera a las crías para que no murieran en el parto, que mantuviera al sol en lo alto, que tirara con fuerza de los brotes vegetales.

Después, una vez plantado el fresno, el bosque andante se dispersaría por la ciudad y las gentes de las aldeas regresarían a sus hogares, llevando con ellos, a sus chozas y establos, en las tiernas ramas y brotes con los que se cubrían, el vigor y la fuerza de la estación en ciernes.

Capítulo treinta y dos



—¿**P**retendes casarte con mi hija?

Manlio apenas podía dar crédito a las palabras de Eladus. Sus ojos iban de los despojos que el joven había dejado caer a sus pies a los corros de pelusa que crecían sobre el labio superior y la barbilla de su rostro aniñado. De no ser por la melena greñuda y enmarañada no habría dudado de que se trataba de un zagal sin iniciar.

—¿Y puede saberse quién eres tú? —el hombre miró al caballo de Eladus, Coemus; parecía bravo y fuerte, aunque algo viejo.

—Eladus, de los Docilicos, hijo de Mágilo, nieto de Abicus. Una sonora carcajada descompuso el rostro de Manlio.

—¿Nieto de Abicus?

Aquella risa desmoronó el gesto severo y altivo que el muchacho había ensayado desde que llegó. Miró a Venica. Ella, debajo del pórtico, junto a su madre y su hermana, también se mostraba azorada.

—La última vez que estuvo en la aldea hubo que sacarlo del pozo donde se cayó cuando rondaba a la viuda de Aius.

Manlio ríe un rato recordando el suceso. Por lo visto Abicus iba tan borracho que se quedó dormido en el fondo del agujero. Tuvieron que arrojarle varios cubos de agua para que se reanimara y pudiera subir por la escala.

El padre de Venica se serenó y recompuso la expresión. Era un hombre de baja estatura, delgado y nervioso. El pelo hueco y rizado de la melena y la barba duplicaban las dimensiones de su cabeza.

—Sin duda tienes valor atreviéndote a venir aquí siendo un Docilico.

Manlio hablaba ahora entre dientes.

—Mi intención es dotar a mi hija con cincuenta ovejas, veinte cabras y seis vacas, ¿podrías tú aportar lo mismo? No me entretengas más y lárgate de aquí antes de que llame a mis hijos.

Eladus bajó la mirada. Sabía que por muy generosos que fueran sus parientes más cercanos no podría juntar semejante capital.

Mientras galopaba sobre Coemus hacia la Aldea de la Piedra se había preguntado qué haría Medugenus en su situación, cómo se encararía con el padre, con que gesto le pediría a su hija. Pero ahora todo se había venido abajo. Manlio lo menospreciaba abiertamente a él y a su familia.

Apretó los puños, la anécdota de Abicus había sido demasiado humillante. Sintió

que el furor se encendía en su pecho.

—¿Puede el hombre con el que quieres casar a tu hija, contra su voluntad, poner a tus pies los despojos de la guerra?

Eladus se giró hacia Coemus, desenvainó, del costado donde había atado la funda, una falcata íbera; se acercó con ella a Manlio y la arrojó a sus pies, junto a los despojos.

—¿Puede ese hombre poner a tus pies la espada de un íbero muerto con sus propias manos?

Esta vez fue Manlio el que vaciló. Los ojos del muchacho estaban encendidos y su expresión era fiera. El hombre se giró hacia una de las hijas.

—Llama a Attalo y a Amoenus, vamos.

La muchacha salió corriendo y se perdió por un lateral de la manzana. Manlio llamó a un enorme mastín que dormitaba a la sombra del pórtico y el animal acudió rauda a su lado. El dueño no tuvo más que señalar a Eladus y el mastín comenzó a gruñirle y a enseñarle los dientes. El muchacho retrocedió y echó mano a la empuñadura de la espada. Al momento llegaron dos jóvenes con ceño fruncido y ojos feroces.

—Este perro Docilico pretende a vuestra hermana —Manlio dio un paso hacia Eladus—. Arrojadlo de aquí, que no lo vuelva a ver.

Los hijos, puñales en mano, se abalanzaron sobre el muchacho, pero antes de que pudieran dar dos pasos, Eladus, con la rapidez y agilidad de un gato montés, ya se había encaramado de un salto encima de Coemus. Desenfundó una de las jabalinas que portaba en la grupa y la levantó en el aire. Los hermanos y el padre retrocedieron. Eladus, amenazador, hizo avanzar su montura hacia ellos.

El mastín trató de enganchar con los dientes una de las patas pero el caballo se levantó sobre las traseras y después giró hacia la izquierda describiendo un círculo cerrado. Eladus se hizo de nuevo con él y lanzó la jabalina. El perro se derrumbó bruscamente, como fulminado, con el cuello atravesado por el dardo. El gemido lastimero que brotó de su garganta dio paso, enseguida, a una serie de estertores y silbidos agónicos.

Los hermanos se abalanzaron entonces, pero, antes de que alcanzaran la montura, Eladus ya había levantado en el aire una nueva jabalina.

Mientras tanto numerosos Meduticos de la Aldea de la Piedra se acercaban a ver qué ocurría. El muchacho supo que era el momento de salir de allí.

—Escucha, Manlio —gritó—, ésta es la última vez que vengo a pedirte a tu hija, la próxima vendré a llevármela. Mataré a tus animales, te mataré a ti, a tu familia y a cualquiera que se ponga delante. Después pegaré fuego a la choza y a los establos y me la llevaré.

El último vistazo fue para Venica. Ella permanecía clavada bajo el porche, con gesto conmocionado.

Eladus azuzó a Coemus y salió zumbando de la aldea por el sendero que conducía

a la suya. Galopó un buen tramo, hasta asegurarse que nadie lo seguía. Después se apartó de la vereda y llegó a un paraje escondido, un portillo entre dos promontorios, enmarañado de maleza y zarzales, por el que discurría un arroyo que la Estación Luminosa había revivido.

En el único claro desmontó y hundió su cabeza en el agua para aliviar la tensión. Tumbado sobre la hierba esperó a que el corazón se serenara y las piernas dejaran de temblar. El zumbido de las abejas libando señalaba la proximidad de las colmenas.

Medugenus estaría orgulloso de él, había hecho lo correcto. Le había dejado bien claro al Medutico quién era él. No era un estúpido imberbe, no podía menospreciar su linaje. Ahora tendrían que llamarle «El que mató al perro»: un buen apodo para un guerrero.

Su cabeza comenzó a urdir mil planes para raptar a Venica y huir con ella. Varios Meduticos de la Aldea de la Piedra habían oído la amenaza; tendría que llevarla a cabo si quería ser respetado. Los héroes y los guerreros más fieros acostumbraban a tomar a sus mujeres de ese modo.

Pero la perspectiva de tener que matar a toda la familia lo sumió en la congoja. Una especie de losa fría se asentó en el fondo de su alma. ¿Cómo iba a hacerlo? Venica no se lo perdonaría nunca. Mas si se le ponían delante no le quedaría otro remedio. ¿Qué harían entonces los Meduticos? Sin duda volvería la guerra entre los dos clanes. Ningún Docilico podría moverse sin armas, las mujeres tendrían que salir acompañadas y los senderos, al anochecer, se tornarían peligrosos.

En las leyendas no se hablaba de las tribulaciones de los héroes antes de raptar a la novia. De nuevo trató de ponerse en el pellejo de Medugenus: ¿qué haría él? Cabeza de Piedra no pensaría tanto y actuaría. La opresión que notaba en su interior, en el fondo de su alma, le reveló que sus diferencias con Medugenus eran mayores de lo que creía.

Luego estaba lo de Coemus, el caballo. Se había vuelto hacia la izquierda cuando lo atacó el mastín y había dado un giro completo. Aquel era un presagio funesto, un vaticinio de muerte. Eladus no había pensado en ello hasta ese momento, pero sin duda su congoja ya había reparado antes en el movimiento fatal. ¿Qué significaba? ¿De qué muerte se hablaba, de la de Manlio, de la suya? ¿Y si no fuera ningún presagio? Medugenus se reiría de él si pudiera ver su zozobra de mujer afligida.

El muchacho se sumió, entonces, en un desasosiego cada vez más profundo del que le sacó el ruido de un roce. Se puso en pie de un salto y echó mano a la empuñadura. Varios pasos más allá se agitaba un enorme arbusto de piorno. No desenfundó, tampoco tensó su cuerpo: sólo podía ser una persona, la que esperaba.

Venica asomó detrás del macizo amarillo. Serpenteó con agilidad por entre la tupida broza hasta llegar junto a Eladus. Venía jadeando; tuvo que esperar un rato, en jarras e inclinada hacia delante, a que la respiración se calmara.

—Me tengo que ir —dijo con voz entrecortada—, si no, me echarán en falta.

Sus pechos dulces y adolescentes subían y bajaban, asomando sobre un hermoso

bordado de espirales. Eladus no sabía qué decir, temía lo peor. Después de unos instantes, tan largos como el invierno, ella se recuperó.

—¿Acaso pretendes guardar tú los rebaños y la choza ahora que has matado al perro?

La expresión del muchacho fue tan bobalicona que Venica explotó en una carcajada.

—Le has gustado —dijo ella después.

—¿Qué?

—Le has gustado, a mi padre. No ha dicho nada, pero lo sé. Le has causado una buena impresión.

Una leve sonrisa asomó en las comisuras de Eladus. Se enderezó e hinchó el pecho.

—No hace falta que te inflés como un gallo —rió Venica—; no lo tenías tan difícil: el hermano de Cabuniaeginus es un alfeñique.

La muchacha adoptó un aire de fingida ensoñación.

—Aunque es rico, tiene muchos rebaños, siervos, mmmmm...

Comprobó de un reojo que la sonrisa se había borrado de los labios del muchacho. Soltó un risa alegre y traviesa. Después, comenzó a agitarse.

—Me matarían si supieran dónde estoy, tengo que volver.

De nuevo se dirigió hacia las zarzas. Se dio la vuelta.

—Ahora sólo queda esperar. Dale tiempo, cambiará de opinión. Todavía te esperan grandes hazañas y muchos despojos, no me casaría contigo si no fuera así.

De repente algo ensombreció su semblante. Abrió los labios, fue a decir algo, pero no lo hizo. Sacudió la cabeza como para quitarse de encima la inquietud. Desapareció.

Eladus creyó haber visto temor en los ojos de la muchacha. Tal vez estuviera pensando en el caballo, en el extraño giro que hizo hacia la izquierda. O tal vez fuera otro asunto.

Pero pronto las sombras se desvanecieron a lomos de Coemus, en el trayecto de regreso a la Aldea del Bosque. Esta vez cabalgaba con un trote relajado, el porte altanero, el gesto displicente. Rememoró una y otra vez en la imaginación su encuentro con el padre. Sin duda Manlio había reconocido al gran guerrero que había en él. Mientras se entregaba a su engreimiento negros nubarrones fueron convocándose y cerrando el cielo azul por encima de su cabeza. A lo lejos se escuchó un trueno lejano.

Distinguió en el otro extremo del tramo la figura corpulenta de una mujer. No tardó en reconocer a su propia madre, Cantudobua. Avanzaba presurosa por la senda, con una espada larga oscilando en la mano. Eladus supo que algo grave sucedía. Hostigó al caballo y galopó a su encuentro.

Lo esperaba un rostro desencajado y jadeante.

—¿Qué ha ocurrido?

—Corre a buscar a tu hermana Drusuna.

—¿Por qué?

—Medugenus ha salido en su busca. Alguien le dijo que el numantino había ocupado su lugar, que ahora era él el amante de Drusuna, y Medugenus se ha vuelto loco. Ya llevaba varios días bebiendo sin freno, fuera de sí. Gritó en la aldea que los iba a matar. Yo he salido tras él, Atilio y tus primos van por delante...

Las palabras salían atropelladas, convulsas. Parecía querer decir muchas más cosas pero se quedó sin aliento. Resopló y bufó mientras señalaba con la espada el desvío hacia el caserío de los hombres-árbol.

Eladus azuzó su montura y se adentró por el sendero. No había tiempo para pensar en nada. El cuerpo había vuelto a tensarse como un arco. El vacío en el pecho lo preparaba para lo peor. Ni siquiera reparó en las gruesas gotas de lluvia que comenzaron a caer desde lo alto. En breve se multiplicaron hasta convertirse en una manta de agua espesa y oscura.

La vereda discurría por un paraje frondoso y el muchacho tenía que avanzar con cuidado para no ser derribado por ninguna rama. El aguacero, además, restaba visibilidad; llamaradas de luz incendiaban el bosque durante breves instantes y un bramido atroz lo sacudía después. A pesar del estrépito de la lluvia Eladus creyó oír un grito.

Le pareció un grito de mujer, procedía de alguna parte de la espesura, no muy lejos de allí. Rápidamente echó pie a tierra y se dirigió hacia ese lugar. La cortina de agua desdibujaba los robles centenarios y la carrasca. El terreno, irregular, cedía bajo sus pies y los ribazos y terraplenes se sucedían uno tras otro.

Se detuvo en una elevación, empapado, jadeante. Miró a su alrededor con indecisión. El fragor del aguacero había arreciado. Los latigazos de fuego rasgaban los cielos por todas partes. Se estremeció. Cualquier arévaco se echaría a temblar, sin menoscabo de su valor, debajo de aquella violencia desencadenada.

Se oyó un relincho bajo la fronda, a su derecha, y después, a la izquierda, el grito se repitió, muy cerca, detrás del promontorio siguiente. Esta vez no cabía la menor duda de que se trataba de un grito de mujer. No era un grito de dolor sino de esfuerzo, de rabia. Eladus se dejó caer por la rampa de tierra y remontó con el impulso la pendiente rocosa que salvaba el terraplén. La energía de sus piernas jóvenes parecían transportarlo sin tocar apenas el suelo.

Al otro lado, en una hondonada, se tropezó con la terrible escena que venía temiendo. El cuerpo alto y corpulento de Medugenus le daba la espalda; Drusuna, con el pelo convertido en una plasta pegoteada alrededor de la cabeza, se interponía entre el guerrero y el cuerpo exánime del numantino. No debía de estar muerto porque Drusuna forcejeaba con todas sus fuerzas para evitar que Medugenus se acercara a él. Éste había desenvainado su espada y trataba de quitarse de encima a la muchacha con su mano libre.

El muchacho se puso al lado de su hermana y trató de calmar al guerrero.

—No, déjalo, no lo hagas, es uno de los nuestros...

La turbia mirada de Medugenus ni siquiera reparó en él. Eladus vio una fuerza oscura y destructiva en su semblante, una mezcla de desolación y ceguera. Cabeza de Piedra apartó al muchacho de un empujón y Drusuna volvió a gritar y a desgarrar la camisa del guerrero para que no avanzara. Esta vez Medugenus le propinó un fuerte manotazo en la cara que la arrojó al suelo. Se agachó sobre Aliso para asestar el golpe definitivo pero Eladus se interpuso y lo empujó a un lado. Entonces Medugenus le dirigió un golpe seco al estómago, un golpe contundente, automático, disparado por el resorte visceral de un animal acosado. La punta de la espada asomó ensangrentada por la espalda del muchacho. Sus ojos se abrieron, el labio superior tembló. Cayó de rodillas, aferró con ambas manos la empuñadura que asomaba del vientre y se derrumbó sobre el barrizal. Un grito desgarrador sacudió la lluvia. Drusuna se arrojó a su lado y trató de reanimarlo, pero Eladus, a pesar de la expresión bobalicona, ya no estaba. El cuerpo se escurría de su regazo: los miembros caían y se doblaban, la cabeza se iba hacia los lados.

Medugenus, de pie, petrificado bajo la lluvia, contempló los esfuerzos infructuosos de Drusuna. Su cabeza, su gesto, parecía más que nunca, una piedra dura e impenetrable. Comenzó a andar hacia ningún lado. Sus piernas temblaban, como si no aguantaran bien el enorme peso de la roca que portaba encima de los hombros. En breve, la figura tambaleante del guerrero se desvaneció bajo la tromba.

Capítulo treinta y tres



El fuego envolvió la pira sobre la que yacía el cuerpo de Eladus y se proyectó contra el azul mortecino del ocaso. Los ojos vacíos de Cantudobua quedaron atrapados por las dentelladas que aquella alimaña inasible daba a la noche.

Los parientes entonaban cantos al son de las flautas de hueso. La rueda de danzantes giraba alrededor de la fogata con una cadencia apagada.

Cuando se extinguieron las brasas, Cantudobua apartó el cráneo y los huesos largos y los machacó, a la luz de las teas, con una maza de madera. Introdujo los restos en la urna, junto con la ceniza y algunos adornos de hierro y bronce. Los huesos sobrantes los dispuso sobre un lienzo de lino para tirarlos más tarde en el pozo que hacía las veces de osario.

Nadie de la aldea, ningún pariente, se hubiera atrevido a tocar los despojos.

Cada paso, cada momento de las exequias, se había realizado con el máximo miramiento y precaución. Las libaciones se sucedieron hasta la saciedad y los animales sacrificados fueron numerosos. Según levantaba Cantudobua la piedra que haría de estela, la asaltó la desesperación. Maldijo a Medugenus por aquel homicidio tan indigno que condenaba a su hijo a un entierro ultrajante.

Nadie se acercó a la urna para susurrarle el último adiós, ni para hacerle recomendaciones o confiarle recados que llevar a los difuntos. El banquete transcurrió apagado y triste. Toda la tina de celia no fue suficiente para borrar el temor del rostro de los asistentes.

De regreso a la aldea, en la oscuridad de la noche, cada cuál volvió por su cuenta, dando mil rodeos entre la broza que acompañaba al riachuelo, poniendo todos los cuidados para que el espíritu de Eladus no los siguiera.

Cantudobua, en cambio, obligó a Atta a volver con su tío Atilio y ella se quedó en el cementerio. Le dolían todas aquellas precauciones, aunque sabía que estaban justificadas. Eladus resultaba un cadáver funesto, había sido arrancado de entre los vivos de un modo violento y traicionero, a manos de un pariente. Existían serios motivos para temer a su espíritu. Esperó al alba sentada en un montículo próximo al recinto. Allí le habló a su hijo, en susurros. Le dijo que durante la Estación Oscura no había hecho otra cosa que aguardar su regreso, que su único anhelo era ver a los nietos correteando por la choza mientras ella ayudaba a la nuera con los trabajos.

—Pronto Atta se hará mujer —continuó con tristeza—, su marido se la llevará a su casa y yo me sentaré vieja y sola en el banco de la entrada.

Cantudobua levantó la cabeza, sus ojos centellearon.

—Cuando esto ocurra, marcharé contigo. El uso habrá completado la última vuelta, la rueca ya no tendrá lana, ¿qué sentido tendría seguir aquí?

Por la mañana, una vez el sol encima del promontorio, entraron en la aldea varios guerreros Meduticos, a caballo, pertrechados con todo el equipo. Casaretos salió a su encuentro, los saludó e hizo una señal a sus hombres para que entraran en una de las chozas. Al rato sacaron a Medugenus amarrado con cadenas. El patriarca ató un grueso ronzal al cuello de Cabeza de Piedra y entregó el extremo al jefe de la partida.

La multitud, en tensión, abarrotaba la calle. Entre ellos, Cantudobua no apartaba la vista del rostro cabizbajo de Medugenus.

Los hombres-árbol habían decidido la muerte del campeón, pero ningún Docilico podía ejecutarla ya que sería incurrir en el mismo crimen, el homicidio de un pariente. Las consecuencias, de nuevo, serían funestas. Por ello llamaron a los vecinos, los Meduticos, ansiosos de tener en sus manos a Cabeza de Piedra. Tenían que conducirlo fuera de la comarca que habitaba el clan, ya que la tierra estaba íntimamente ligada al mismo y la sangre derramada afectaría, otra vez, a los parientes y provocaría nuevos desórdenes. La ejecución debía llevarse a cabo lejos de allí, al otro lado de la sierra.

Al tirar el guerrero de la soga para que Medugenus avanzara, éste se dejó llevar al igual que un dócil cordero camino del ara. Levantó la cara con gesto de pasmo, como si no reconociera dónde se hallaba. El abatimiento había tornado la fiereza de su expresión en locura. Los ojos, debajo de la frente destacada, se habían hundido aún más, hasta perder la viveza. Tropezaba al andar; parecía débil, desahuciado, sin voluntad.

Un silencio abrumador lo acompañó mientras arrastraba los pies detrás de la montura del guerrero. Nadie reconocía a su campeón. Cantudobua oyó comentar a alguien, a su lado, que su espíritu, el de Cabeza de Piedra, se había extraviado, que ya no era él, que el verdadero no se dejaría conducir así y menos por los odiosos Meduticos.

Tal era su desvalimiento que movía a la lástima. Los jóvenes se mordían los labios y bajaban la mirada; hasta que algunos de ellos, no soportando más ver a su campeón humillado de aquel modo, cerraron el paso a los Meduticos en la salida y los invitaron a soltarlo y a largarse lo más rápido posible.

Cantudobua vio el tumulto calle abajo, extrajo la espada de la funda y corrió hacia allí. Se encaró con los jóvenes y les gritó que si los Meduticos no sacaban al homicida de su hijo, ella misma lo mataría. Su expresión era elocuente y los jóvenes vacilaron.

Algunas mujeres se perdieron en las chozas y volvieron a salir armadas con espadas y cetras. En breve formaron un grupo detrás de Cantudobua y se sumaron a sus amenazas. Los gritos y la crispación fueron creciendo hasta que Casaretos y los ancianos se vieron obligados a mediar. El patriarca puso las cosas en su sitio: si algún

joven se atrevía a interponerse o ayudaba a Medugenus a huir, dejaría de ser un Docilico, quedaría excluido del clan y de sus ceremonias, y su falta sería la misma que la de Medugenus y, por tanto, merecedora de la muerte. De inmediato los ánimos se calmaron: quedar sin parientes era peor que morir, era vivir despojado de los vínculos más elementales, al margen de los flujos de la vida y del devenir incesante de la Divinidad.

Poco después, Medugenus, ausente de todo, desapareció en el bosque rodeado por el nutrido grupo de guerreros de la Aldea de la Piedra.

Por la noche llegó la noticia de su fuga. Al parecer los Meduticos cayeron en una celada que les tendieron unos desconocidos y, antes de que pudieran reaccionar para rechazarlos, los asaltantes cortaron la amarra, subieron al prisionero en un corcel y desaparecieron entre los barrancos y las angosturas, mientras que desde los promontorios caían dardos y piedras que impedían el avance de los perseguidores.

La noticia de la fuga impactó en la Aldea del Bosque. La frustración de la ejecución sumió a los Docilicos en la inquietud, ya que el homicidio quedaba sin reparar y aquel era un mal augurio.

Cantudobua oyó todo tipo de rumores. Se decía que había sido Ebureinio, el príncipe, quien había comprado los servicios de una partida de mercenarios para liberar a su amigo y compañero de armas. También se decía que Medugenus había huido a la tierra de los vacceos.

Pero entonces noticias aún más alarmantes, llegadas desde los confines de la Celtiberia, golpearon la comarca. Se decía que un ejército inmenso, tan grande como el que cercó Numancia, había desembarcado en Tarraco y que se preparaba para remontar el Iber hasta el corazón de la nación celtibérica.

Capítulo treinta y cuatro



Los termestinos sucumbieron a los rumores. En el caserío, la agitación era grande: Cántaber, Lubbo y Turaesamus iban y venían de continuo a Tiermes; a su vez, llegaban mensajeros de la ciudad y de otros puntos de la Celtiberia con retazos de información.

El nombre del cónsul que aguardaba en Tarraco con su ejército se conoció enseguida: Tito Didio. La cifra de hombres que lo formaban variaba de un día para otro; llegó a alcanzar los cien mil. Pasado un tiempo la cantidad fue menguando hasta estabilizarse en los treinta mil; cifra mucho más fiable, a juicio de Aliso, pues se correspondía con un ejército consular.

También se supo que las legiones maniobraban en la llanura de Tarraco y que hacían todo tipo de ejercicios y trabajos. Ello hizo pensar en un ejército recién enrolado.

El mismo día que Cántaber marchó a Tiermes para reunirse con el consejo, una nueva noticia estremeció los ánimos de los termestinos: un cuerpo de caballería, más de mil hombres, se había presentado en Ocillis, de improviso. Sin duda habían cubierto cientos de estadios en una noche, pues no dieron tiempo a que su presencia fuera advertida. Antes de que las bandas que hostigaban la guarnición se dieran cuenta, los jinetes ya habían cruzado el portón del campamento.

Los refuerzos llegaban en el momento justo: los defensores que habían sobrevivido a la Estación Oscura estaban a punto de sucumbir. El estado en el que se hallaban, según contaban los espías, era terrible. Los efectivos habían menguado hasta quedar en mil quinientos legionarios. Muchos de ellos ni siquiera podían mantenerse en pie. Eran piel sobre huesos. La leña escaseaba y las amputaciones por congelación habían sido frecuentes.

Se rumoreaba que después de comerse a todos los animales del baluarte, incluidas las ratas, habían llegado a sacrificar esclavos y los habían devorado.

Los termestinos, que hasta el momento se habían limitado a atacar las patrullas de aprovisionamiento, preparaban ya un asalto definitivo para aniquilar la guarnición. Ahora, la noticia de los refuerzos alteraba la situación.

Al regresar Cántaber de la ciudad reunió a los hombres-árbol y les puso al corriente de las resoluciones del consejo.

Según explicó, la reacción de muchos príncipes, incluido Melmanius, había sido la de atacar Ocillis de inmediato; pero su hermano, Ebureinio, y el propio Cántaber se

habían opuesto. Apelaron a la suerte de Numancia para convencer al resto: Escipión devastó toda la comarca, cortó los suministros de los vacceos, llegó a acuerdos con los arévacos y, mientras tanto, la ciudad rebelde no hizo más que esperar. Ni siquiera se molestó en reparar sus defensas.

Ahora, defendieron, era mucho más urgente prepararse para la guerra contra el ejército de Tarraco que desgastarse en un cerco difícil y precipitado.

Cántaber volvió a exasperarse recordando la reunión.

—Llevamos cien años luchando contra los romanos y los príncipes todavía pretenden seguir haciéndolo al modo de los antepasados —rugió furioso.

Finalmente se había tomado la decisión de convocar al ejército de la confederación; para ello se enviaron heraldos a todas las ciudades que habían participado en la asamblea del bosque, después de la Fiesta de Lug, con la misión de solicitar guerreros o rehenes que garantizaran su apoyo. Debían de dejar claro a los indecisos que cualquier negativa los situaría al lado de los romanos.

Una parte del oro y la plata procedentes de la razia iría a las ciudades de los vacceos para la compra de trigo y cebada, otra a las ciudades de los belos para la adquisición de hierro y armas y una tercera para la banda de mercenarios que merodeaba por las inmediaciones de Colenda.

Al poco de regresar la juventud de territorio íbero, ya había decidido entonces, el consejo termestino, contratar los servicios de estos bandoleros que habían devastado la comarca, en vez de exterminarlos, tal como demandaban los colendanos, con el fin de ganarlos para la causa contra Roma y evitar así una carnicería inútil.

Por último, el consejo también acordó que los campos de cereales debían ser segados, aunque las espigas todavía estuvieran verdes. Se esperaba que los romanos devastaran las cosechas, como hacían siempre, para dejarles sin recursos. En cuanto a Ocillis, se presionaría al consejo de la ciudad para que abandonara a sus aliados. También se mandarían partidas de guerreros que acosaran a los romanos en cuanto asomaran fuera de los muros e impidieran el más mínimo avituallamiento.

Durante los días siguientes a la reunión del consejo se pusieron en marcha las resoluciones.

Pese al buen tiempo y a la proximidad del día más vigoroso del año, momento cumbre del ciclo del sol, los termestinos, expectantes, contenían su alegría. Una actividad febril sacudía la comarca: muchachas y muchachos segaban los campos con los golpes torpes y convulsos de las hoces, sin cantos ni cortejos; los pastores esquilaban a las ovejas, cazaban corzos y jabalíes; las mujeres salaban grandes cantidades de carne y recolectaban los huertos.

Los corros eran frecuentes en los caminos y se hablaba siempre en voz baja, con recelo. Apareció la angustia en los ojos de los más débiles, pero no por ello sus semblantes se descomponían o perdían sobriedad.

Al cabo de unos cuantos días llegaron al caserío noticias de las primeras defecciones. Tal como se temía, los belos, titos y lusones se apresuraron a

desmarcarse de la confederación. Ni mandaban hombres ni rehenes, pero no eran reacios a la venta de hierro y armas. Más tarde se supo que los legados romanos habían desplegado una frenética diplomacia en las ciudades de estas tribus, la llamada Celtiberia Citerior. No sólo debían mantenerse al margen, tenían que aportar tropas y dinero para financiar la campaña. Al mismo tiempo se supo que en Salduie, ciudad del río Iber que pertenecía a los sedetanos, tribu íbera vecina de los celtíberos, los romanos estaban reclutando un potente cuerpo de caballería con efectivos de ciudades vecinas.

La noticia de la traición supuso un duro golpe para los termestinos. Cántaber, al enterarse, abatido, se dejó caer sobre el poyo de adobe.

—Siempre nos dividen —murmuró con resentimiento—, siempre... Ese es su modo de proceder: mover a la discordia.

Llegaron noticias alentadoras de las ciudades arévacas y de los pelendones. Segovia, Colenda, Belgeda, Colounico y Secoubiricez se comprometían a enviar guerreros a Tiermes. Otras, como Uxama, enviaban rehenes, caballos y armas. Las había que trataban de mantenerse en un difícil equilibrio entre las exigencias de la confederación y las presiones de los romanos. Se sospechaba de ellas que, al mínimo revés, no dudarían en pasarse al enemigo.

También se oyó hablar de tensiones internas en varias ciudades, tanto de los arévacos como de titos y belos, entre los consejos y la juventud. Como siempre, los príncipes apoyaban a los romanos mientras que los jóvenes se inclinaban hacia el bando rebelde. Pronto llegarían a Tiermes partidas de guerreros que se sumarían al ejército en contra de la voluntad del consejo de su ciudad.

Los caminos que atravesaban los portillos de la sierra y que discurrían, después, a través de bosque se vieron, en breve, atestados de columnas de jinetes e infantes que acudían a la concentración desde las ciudades del sur. Los termestinos se detenían en las márgenes para aclamarlos y para contemplar la riqueza de las armas, pertrechos y jaeces. El tránsito permanente de guerreros encendió los ánimos y la alegría asomó en los vítores y en los aspavientos.

Corrió por toda la comarca y por toda la Celtiberia el rumor del formidable ejército que se congregaba a los pies de Tiermes. De todas partes se acercaban curiosos para cerciorarse. La euforia se contagió con la misma rapidez que antes el desaliento.

En los días que siguieron a la recuperación de Aliso, Drusuna se mostró esquiva y distante con él. El hombre notó que lo rehuía. Ella se entregó por completo a la recogida de las hierbas, al preparado de ungüentos y cataplasmas y a la atención de la multitud de peregrinos que llegaban al santuario. Su aire distante, el azul frío de sus ojos, el tono de la voz; de nuevo Aliso se tropezó con un muro inexpugnable. También dejó de acudir por la noche a su yacija.

El numantino presintió, a pesar de todo, que ella no lo rechazaba; simplemente se replegaba al interior de sí misma, se ponía a salvo de emociones demasiado

perturbadoras. Intuyó que la muerte de Eladus, del modo como había sucedido, había removido zonas profundas de su ser y que ahora trataba de ponerse a salvo.

Pensó en las palabras de Drusuna, las que le dijo aquella tarde, junto al riachuelo: un hombre-árbol carece de hermanos, de padres, de clan. Vive en el bosque, al margen de los devaneos de los hombres. Su voluntad está por encima de sí mismo, no puede dejarse arrastrar por el apego a los demás.

Pero él sentía aflicción, rabia y odio por la muerte del muchacho. No comprendía cómo Drusuna podía evitar tales emociones, incluso le repugnaba que pudiera hacerlo. Tanta indiferencia lo hastiaba, le producía un rechazo visceral.

Cántaber le pidió una mañana a Aliso que le acompañara a la ciudad: los guerreros iban a elegir a sus jefes.

El Rey del Bosque llevaba su sombrero cónico y portaba en la mano la enseña con las dos cabezas de caballo. Detrás lo seguía una pequeña comitiva de Docilicos dispuestos a protegerlo con sus vidas.

Nada más salir al raso tropezaron con el bagaje del caótico asentamiento: animales, carros, vasijas, astas, desperdicios, hogueras... Las tiendas improvisadas imitaban a los chamizos de los pastores; por todas partes sobresalían las insignias de los clanes y de las ciudades, pero no se veía a nadie, ni un alma. Parecía que el ejército entero se hubiera desvanecido.

A una milla de Tiermes, después de remontar una suave pendiente, tropezaron con el contingente. Los guerreros abarrotaban la explanada formando una masa compacta e impenetrable. Ya desde mucho antes, por la senda, habían escuchado un clamor ensordecedor: vítores, trompas y golpes estrepitosos de espadas y cetros.

—Eligen a sus jefes —le había dicho Cántaber—, cuanto mayor es el estrépito mayor es la devoción que le rinden.

Llevaban un rato retenidos por la muralla humana cuando, de repente, se levantó un clamor formidable, como no habían oído hasta ese momento. Los guerreros, enardecidos, saltaban, agitaban sus largas cabelleras, voceaban y golpeaban las armas.

—Debe ser un gran príncipe —le gritó Cántaber a Aliso—, sin duda acaban de elegirlo como caudillo.

Apaciguada la multitud, comenzó a dispersarse por la explanada. El Rey de Bosque y su comitiva siguieron adelante. Los guerreros se apartaban en cuanto reconocían su indumentaria. Hacia el interior se arremolinaban los caballeros con sus monturas; los pertrechos se enriquecían: abundaban las corazas repujadas, las cotas de malla, las cimbras de bronce, los torques y las empuñaduras damasquinadas.

Ebureinio se hallaba rodeado por los príncipes de otras ciudades. Bebían cerveza, hablaban animosamente, comparaban sus monturas y probaban las armas. Algunos doblaban la hoja de la espada sobre la cabeza, cogiendo de los extremos y tirando hacia abajo. Cuando la punta y la empuñadura tocaban los hombros la soltaban y, entonces, la hoja recuperaba su rigidez. Eso significaba que el acero era excelente.

Otros comprobaban la resistencia de los escudos con los tajos que les lanzaban los demás. Aquí, las cetras, no salían tan bien paradas, ya que era fácil que la hoja atravesara el brocal y se hendiera hasta el umbo.

Por el modo como los notables agasajaban a Ebureinio, Cántaber y Aliso adivinaron que él había sido elegido. La presencia del Rey del Bosque pareció incomodar al príncipe, el cuál tuvo que apartarse de sus amigos y adoptar un aire solemne. Ebureinio les confirmó su elección como jefe y señaló a un gigante, envuelto en bronce y plata, de hombros formidables y cuerpo alargado, que lucía un hermoso penacho de plumas rojas en el casco.

—Él es el otro caudillo: Contucius, de los Couneidocuos, príncipe de Colenda. Peleó conmigo contra los cimbrios. En el cuerpo a cuerpo es invencible, aunque algo torpe a caballo.

Aliso pensó que se había hecho caso a aquel legado de Belgeda que habló en la asamblea del bosque: dos jefes en vez de uno. Uno solo podría ser peligroso para la Celtiberia si lograban arrojar a los romanos: la tentación de creerse rey de todos los celtíberos, entonces, sería difícil de evitar.

Ebureinio condujo a Cántaber junto a Contucio e hizo las presentaciones. Mientras, Aliso, se puso a mirar a su alrededor. El espectáculo era formidable: se hallaba perdido en un bosque de hombres corpulentos y briosos. Los odres de cerveza corrían de mano en mano, los cantos arreciaban, los guerreros se alineaban en dos hileras e iniciaban las mismas danzas que había visto practicar en la campa donde se reunían los pastores; otros se ejercitaban en el lanzamiento de las jabalinas. Vio también movimientos de jinetes por encima de las cabezas, acompañados de tumulto, en lo que parecían carreras y lizas a caballo. Había otros que se limitaban a beber y a fanfarronear, a seguir los ejercicios y a comentar las cualidades de cada guerrero, a pelearse por cualquier nimiedad. El bullicio contagiaba una animosidad exagerada, Aliso no recordaba tal exaltación en las legiones. Allí dominaba el oficio, la disciplina, los castigos; la embriaguez se dejaba para las barracas. En cambio, los celtíberos, lo mezclaban todo a la vez, con entusiasmo.

En medio de aquella algarabía, Aliso advirtió la fuerza que recorría la multitud; se contagió de la euforia, se sintió pletórico, vigoroso, fuera de sí. Sobre sus cabezas se extendía un vacío azul, inmenso, penetrante. El sol acariciaba los cuerpos y los colmaba de energía.

A los pocos días llegaron noticias de Ocillis que despertaron a los termestinos de la embriaguez.

El consejo de la ciudad, acobardado por la llegada de refuerzos al campamento, se había pronunciado por el bando romano y había abastecido a los defensores de trigo y cebada. Las partidas de termestinos fueron repelidas por los guerreros de Ocillis y, de este modo, los legionarios pudieron hacer incursiones de aprovisionamiento.

Aun así, en una de tales salidas, mientras los legionarios forrajeaban, se vieron sorprendidos por una banda de jinetes termestinos. La escaramuza fue breve: cuando

los arévacos agotaron las jabalinas salieron huyendo y los romanos cargaron detrás. Al adentrarse en los barrancos, los perseguidores cayeron en una celada y se vieron sorprendidos, a sus espaldas, por otra horda.

Lejos de abandonarse al pánico el oficial al mando, un tribuno muy joven, tuerto de un ojo, no se lo pensó dos veces. Arremetió con todos sus hombres contra el primer grupo, al que perseguían, y que resultaba menos numeroso. El choque fue tan inesperado que lograron sobrepasarlos sin demasiadas bajas. Se adentraron en el entramado de barrancos y gargantas, a pesar de desconocer el terreno, con los arévacos detrás. Se fueron descomponiendo en pequeños grupos que se escabullían por las angosturas, hasta que el cuerpo entero de caballería se desvaneció.

Los termestinos iniciaron la búsqueda y dieron caza a algunos jinetes, pero la mayor parte de los romanos, después de muchos rodeos, lograron convocarse, al atardecer, delante del portón del campamento.

De este modo el joven tribuno salvó a sus hombres y pronto la hazaña se conoció en la comarca y el nombre del oficial empezó a oírse: Sertorio.

Una mañana llegaron a Tiermes varios guerreros exhaustos y maltrechos. Unos días antes habían sido apresados por una partida de Ocillis y entregados a los romanos. Los tuvieron encerrados en un recinto del campamento, sin apenas comida, hasta que una noche advirtieron que la guardia se descuidaba y lograron huir. Estos fugitivos decían haber oído en el campamento, la tarde de antes, que ya llegaba el ejército de Tito Didio, que apenas estaba a dos jornadas de camino.

Los espías que tenían en Ocillis confirmaron que el mismo rumor corría por la ciudad. Ebureinio y Contucio, entonces, dieron orden a todas las bandas que hostigaban a los romanos para que volvieran a Tiermes de inmediato.

Capítulo treinta y cinco



Mientras los acontecimientos se precipitaban, una serie de misteriosos sucesos, que nada tenían que ver con la presencia de los romanos, sumieron a los Docilicos en la congoja.

Una tarde, Cántaber, el Rey del Bosque, se acercó a Aliso y lo apartó a un lado. Su gesto reflejaba inquietud.

—Las cosas no marchan bien en la Aldea del Bosque: la gente tiene sueños extraños, algunos aseguran haber visto a Eladus rondando por las inmediaciones. Se están purgando los establos y las chozas, pero el miedo no cede. Este año la cosecha es más abundante que nunca y se teme que un pedrisco o una helada acaben con ella.

—Recuerdo que cuando murió Monoua, la abuela de Eladus, sucedió algo parecido...

—Sí, pero esta vez es más grave.

Los enormes ojos de Cántaber se dilataron, las pupilas quedaron diminutas y aisladas en el centro.

—Las cosas no fluyen con normalidad, el Cuerpo de la Divinidad se ha resentido por la transgresión, se ha quebrado, y nosotros debemos recomponerlo, devolver el agua a su cauce antes de que suceda algo irreparable. Te dije una vez que tal es nuestra tarea, para la que existimos.

El Rey clavó su mirada hipnótica en el numantino.

—Tú serás quién lo haga.

Aliso dio un respingo.

—¿Yo-yo, hacer qué?

—Restituir las cosas en su sitio.

—¿Po-por qué yo?

—Drusuna dice que ya estás preparado.

—Pero no-no sé qué tengo que hacer.

—¿Recuerdas lo que hizo Turaesamus cuando murió Monoua?

—Sí, durmió en el cementerio y habló con Monoua.

—Tú harás lo mismo, pero no hablarás con Eladus, sólo lo conducirás al País de las Sombras. Su espíritu no abandonará este mundo mientras Medugenus siga vivo, por eso hay que obligarle a partir, aunque no sea su deseo. Tú lo llevarás allí.

En vano trató Aliso de excusarse alegando su ignorancia sobre el lugar adonde los muertos parten para vivir una nueva vida. Cántaber le aseveró que la decisión estaba

tomada y que él mismo le mostraría el modo de llegar hasta allí.

El numantino permaneció aislado en el bosque durante algunos días, preparando su voluntad para afrontar cualquier encuentro en el Más Allá. Únicamente comía tasajos de carne de perro y bebía agua del arroyo. El frío había remitido, la vegetación se mostraba exuberante, los olores y los zumbidos se habían enseñoreado de la espesura. La minuciosa atención del numantino a los matices y a las evoluciones le reveló un universo nuevo en el que la Divinidad se manifestaba con toda su pujanza. Advirtió en sí mismo avivarse el fuego: su cuerpo parecía la cuerda de un arco y la mente se mostraba despierta y ágil.

Pasadas tres noches y sus días de dieta estricta, sueño mínimo y canturreo incesante, entró en un estado familiar de incorporeidad. Se le antojaba ser tan vaporoso como la bruma de la mañana que quedaba retenida en el vado.

Al atardecer, Cántaber lo esperaba en el lugar convenido. Desde allí se encaminaron hacia la Aldea del Bosque tratando de evitar a los pastores que volvían de la sierra y a los muchachos que recogían las vacas. Se desviaron hacia el cementerio. No muy lejos del recinto, abriéndose paso por una vereda que la maleza casi había cubierto, se tropezaron con una muchacha que venía en dirección contraria.

A juzgar por el respingo que dio, ella tampoco quería encontrarse con nadie. Cerró la mantilla con la que se cubría el rostro, sujetándola a la altura de la barbilla, pero ambos ya habían retenido los labios carnosos y unos ojos grandes y asustados. La muchacha pasó a su lado como un animal que se escabulle al oír un ruido.

Cántaber y Aliso no dijeron nada. Cuando llegaron al cementerio el Rey se inclinó sobre la estela de Eladus. No fue difícil reconocerla, las moscas todavía daban cuenta de las ofrendas. Alrededor del hoyo y encima de las lajas que lo cubrían había varias vasijas, restos del banquete funerario. También había flores. Cántaber olió unas bellotas con miel, calientes todavía, dispuestas en un plato.

—La muchacha que nos cruzamos trajo esto —afirmó.

Al levantar las lajas y descubrir el hoyo con la urna Cántaber extrajo del interior, con sumo cuidado, una espada de hierro cuya hoja había sido doblada, levemente, por la mitad, a base de golpes.

—La espada también la ha puesto ella. El consejo ha prohibido depositar armas con los restos del difunto durante las exequias: la guerra es inminente y el hierro escasea.

—Pero ¿por qué está la hoja inutilizada?

—Nada puede acceder al Otro Lado sin el sacrificio. La inutilización de la espada es su muerte, al igual que se hace con los animales ofrendados.

El Rey destapó la urna ocre y hurgó entre la ceniza y los fragmentos oseos hasta dar con la fusayola de barro. La introdujo en una pequeña bolsa de piel que cerró con varios nudos y la colgó del cuello de Aliso. Después volvió a dejar el pequeño túmulo tal como estaba.

—Ahora llevas el espíritu de Eladus contigo.

Le indicó a Aliso que se sentara sobre la hierba, a medio camino entre el riachuelo y el recinto del cementerio. Lo colocó mirando hacia la testuz del mundo, allí donde el sol se ponía después del ocaso.

—Conoces el ánimo preciso para vibrar, cuando ello suceda tu voluntad sólo debe contemplar un propósito: viajar al País de los Bienaventurados.

—¿Cómo sabré que he llegado?

Cántaber suspiró y miró hacia los jirones rojos del poniente.

—Olvida todo lo que has oído sobre ese lugar: las descripciones que cantan los bardos y que abundan en nuestras leyendas. Todas esas imágenes tienen que ver más con los deseos de los hombres que con el País de las Sombras. Deja tu espíritu libre y no esperes nada. Ese es el camino.

Cántaber desapareció en la oscuridad de la floresta y Aliso quedó sólo. Pronto la negrura se hizo completa ya que no había luna. Sabía que el novilunio era el momento adecuado para vibrar: los límites entre ambos mundos se desvanecían y las orillas se aproximaban.

En breve una inmensa mancha de leche cubrió el firmamento y los grillos encendieron la noche con su pulso rítmico y vibrante. Aliso vació su espíritu, desalojó la conciencia de voces y emociones, se abandonó a los murmullos de la corriente.

Permaneció mucho tiempo en la más completa inmovilidad, canturreando las canciones de los gemelos. Oyó gruñir a un jabalí no muy lejos de allí, pero no se inmutó. Poco después el cansancio, el sueño, el hambre, cedieron y su cuerpo cayó en un dulce aletargamiento. Entonces se quedó dormido.

Capítulo treinta y seis



Cuando se despertó, el sol se había encaramado a las copas de los árboles. El canto de los grillos había dado paso a multitud de trinos que brotaban de la espesura.

Una ráfaga tibia le espabiló el rostro con el frescor del arroyo. Se remojó varias veces en la corriente y entonces recordó qué es lo que hacía en aquel paraje. Le resultaba difícil de creer que se hubiera dormido sin más. Sintió una angustia enorme, no podía imaginar la cara de Cántaber cuando se lo dijera. Aquel fracaso lo llenaba de vergüenza y estupor.

Al echarse a caminar para regresar al caserío, advirtió un dolor agudo en las articulaciones. Apenas podía dar un paso sin sentir que numerosas agujas se le clavaban en los músculos. Se asustó, tanteó con la lengua los dientes y los carrillos y escupió en la mano para ver si había sangre.

No parecía un ataque, no sentía la presión insoportable en la cabeza. Más bien se le antojaba que había hecho un esfuerzo sobrehumano, como si hubiera caminado sin parar durante varios días y varias noches. El cuerpo se había vuelto pesado: tenía que emplear todas las fuerzas para evitar que se fuera de un lado a otro.

Trató de recordar sus sueños pero fue inútil. Sólo retenía una extraña sensación en la raíz de la lengua: la que dejaba el agua del mar cuando entraba en la boca.

La vereda se fue cerrando hasta un punto en que la broza impedía seguir adelante. Aquel no era el sendero por el que vino. Retrocedió y cogió uno nuevo. Se mostraba confuso, aturdido. Veía el bosque de un modo impreciso y borroso, como cuando trataba de recrear, en su interior, una imagen. De repente se vio a sí mismo con las rodillas clavadas en el suelo y su tronco balanceándose hacia delante, levemente, hasta que su frente se posó en la tierra. El frescor de la hierba de la mañana, las cosquillas de las briznas en la nariz; fueron las últimas sensaciones antes de desplomarse a un lado.

Cuando volvió en sí estaba tumbado en una yacija, en el interior de una choza. Una aldeana calentaba una infusión en una marmita dispuesta sobre una trébede. Era una mujer mayor, de aspecto avejentado: su rostro recordaba a la tierra agrietada por el agua y su pelo parecía de esparto.

Al advertir que había recuperado la conciencia le acercó a los labios un vaso de madera para que bebiera la infusión. Le contó que su nuera lo había encontrado desvanecido en un claro, rodeado de varios perros que lo husmeaban. Había oído los ladridos según trabajaba en el huerto y se había acercado a ver. Después, entre las dos

mujeres, lo habían arrastrado hasta la choza.

Del vestíbulo llegaban los golpes secos y contundentes de la piedra al golpear la solera de un molino de mano. Varios niños, sucios y desharrapados, entraron persiguiendo a un cachorro de perro. La mujer les gritó que salieran del hogar antes de que tiraran la marmita. Más tarde entró la nuera con un cuenco repleto de gachas y un pedazo de torta para el numantino. Este rechazó la comida, pidió que le acercaran su morral y extrajo de él varios tasajos de carne de perro que engulló con debilidad.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó luego.

—En la sierra —contestó la nuera. Era una mujer de unos treinta años, ancha y de baja estatura, dotada de un movimiento vivo e incesante.

—¿Podéis llamar al Rey del Bosque?

Las dos mujeres se miraron.

—Ahora estamos muy atareadas, pero le diremos al mayor que se acerque.

Ambas salieron al vestíbulo. A lo largo de la mañana Aliso oyó desde la yacija todos los sonidos de los quehaceres cotidianos: los hachazos, la molienda, el vareado de la lana, los crujidos del telar al tensar la urdimbre... De vez en cuando asomaba por el vano un osado gallo picoteando el suelo de tierra apisonada. La mujer de más edad puso una parrilla sobre los rescoldos y encima las tortas ya moldeadas. Más tarde las oyó discutir en la entrada.

—No, no y no; que se busque una mujer —chillaba la nuera.

—Es el hermano de tu marido, se lo debes a él.

—Me da igual, es feo como un pez y tiene el pelo tieso como las púas de un erizo.

Aliso no pudo entender el resto, pero imaginó por dónde iba. Conocía aquella disputa. Era frecuente en muchos hogares, en todos aquellos en los que había hermanos solteros que no se habían casado por ser muy pobres y carecer de dote o por ser deformes o desagradables. Lo más habitual era que compartieran a la esposa del hermano afortunado y ello generaba todo tipo de peleas, celos y resentimientos.

La discusión no debió ir a más pues al rato reían. Todo aquello lo colmó de paz, lo alivió de la agitación que vivía en su interior.

Entró un anciano envuelto en un sago raído y cochambroso. Su rostro parecía el de un ave rapaz. Se sentó en el poyo, enfrente del numantino, y soltó una sonora ventosidad. El gesto solemne y adusto no se descompuso por ello. Parecía, más bien, ignorar al intruso.

—Cualquier cosa se encuentra uno en el bosque —dijo de pronto. Su mirada socarrona le dejó claro a Aliso que se refería a él. Rió entre dientes mientras se le despertaba una simpatía repentina hacia el hombrecillo. Le recordó a Abicus.

El anciano se puso a hablar del tiempo, de la caza y de la pesca. Después le preguntó cómo es que había llegado hasta el claro donde lo encontraron los perros. Sin saber muy bien el porqué Aliso le contó toda la historia, desde la muerte de Eladus hasta su permanencia en el cementerio. Le reconfortaba poner en palabras su congoja. Al concluir, al añadir «... y me quedé dormido», el hombrecillo se dobló

hacia delante, sobre el estómago, para incorporarse y volver a repetir la flexión una y otra vez, golpeando la rodilla con la palma, mientras dejaba escapar una risa semejante a los rebuznos del asno. Aliso no pudo evitar acompañarlo en aquel regocijo que hacía burla de su estupidez. Pero llegó un momento en que le pareció suficiente y recompuso la seriedad de su rostro. En cambio, el anciano continuó con su repertorio de bufidos y torsiones durante un buen rato, hasta un punto que a Aliso le pareció excesivo, e incluso llegó a temer que le sobreviniera algún mal.

Cuando logró desencanarse tenía el rostro rojo por el esfuerzo. Se limpió las lágrimas y adoptó la fingida solemnidad del principio. Le recomendó a Aliso que durmiera y que recuperara fuerzas para poder ponerse en pie y emprender el camino.

Salió del hogar y de nuevo quedó solo. A través del vano pudo ver como declinaba la luz del día. Un dulce sopor se le fue apoderando. Le resultaba extraño que Cántaber no hubiera llegado todavía. Lo último que oyó antes de desvanecerse fueron las voces de las mujeres en el pórtico. Hablaban de hombres armados y tiempos difíciles.

Cuando abrió los ojos era noche cerrada. Le costó reconocer su postura: no yacía en el lecho sino que estaba sentado con las piernas cruzadas. Por encima de su cabeza se extendía la inmensa mancha de estrellas. Los grillos proseguían su reclamo y la corriente murmuraba muy cerca de allí. La espalda le dolía, sin duda llevaba erguida mucho tiempo.

¿Cómo había regresado al mismo lugar de la noche anterior? No tenía ni la más remota idea. Advirtió entonces en su garganta la misma sensación de agua salada que le asaltó por la mañana. Había soñado con el mar, estaba seguro; incluso le pareció recordar el bramido de las olas.

Un chasquido le sacó de las cábalas, algún animal merodeaba no muy lejos. Reconoció el gruñido del jabalí. En su tórax se hizo el vacío, sintió vértigo, creyó caer en una sima profunda.

Hasta el amanecer permaneció en un estado de confusión y de excitación nerviosa. Cuando comenzó a clarear le sobrevino una gran fatiga y su cuerpo y su espíritu se desplomaron.

Llegó Cántaber y le ayudó a recuperarse. El Rey sacó del morral torta de bellotas y queso que le ofreció a Aliso. Éste comió con lentitud, pues se hallaba cansado y débil. Cuando se hubo repuesto se sentaron ambos en el recinto dorado que un rayo de sol proyectaba sobre la hierba.

Aliso le contó todo lo sucedido. Cántaber le sacó de su confusión y le confirmó lo que ya sabía: había vibrado. Las aldeanas, los niños, la choza, el anciano, todo ello pertenecía al País de las Sombras, de los Bienaventurados. No habían transcurrido dos noches y un día, sólo un instante de desvanecimiento, el que mediaba entre un gruñido y otro del mismo jabalí; su cuerpo no se había movido del lugar donde Cántaber lo colocó.

El numantino siempre dio por sentado que aquella familia pertenecía a la Aldea

del Bosque, aunque ninguna de sus caras le resultara familiar. El día que pasó con ellos lo recordaba demasiado real y minucioso como para ser un sueño; ello lo perturbaba: ¿cómo discernir entre un estado y otro? Le confesó a Cántaber su zozobra.

—Una vez que has echado abajo el muro no hay lados: no hay sueño y vigilia, tan real es lo uno como lo otro.

—Pero, entonces, el País de los Bienaventurados no es distinto de este mundo.

Cántaber soltó una enigmática risa.

Aliso estaba desconcertado. De repente recordó algo, echó mano al saquito que colgaba del cuello y lo estrujó entre los dedos.

—No está —exclamó—, la fusayola...

Miró a su alrededor, sobre la hierba. De nuevo el Rey volvió a reír.

—Es inútil —dijo—, Eladus quedó allí, al Otro Lado.

Durante los días siguientes el numantino estuvo recreando una y otra vez los pormenores de su experiencia.

Aunque sabía que había vivido algo excepcional, revelador, sentía que lo vivido se le escurría entre los dedos. Cántaber había resultado demasiado parco. Como Rey del Bosque era solicitado, de continuo, por mil asuntos relacionados con la guerra; apenas disponía de tiempo para los iniciados.

A pesar de todo, el numantino fue en su busca, a los pocos días, dispuesto a sonsacarle más palabras sobre el País de los Muertos.

No pudo hablar con él de aquel misterioso lugar hasta el anochecer, cuando el Rey se sentó en el poyo del pórtico, después de un día agotador, con gesto cansado y los ojos abandonados a la claridad roja del poniente. Aliso, entonces, se dejó caer a su lado.

Antes de que pudiera abrir la boca, Cántaber le puso al corriente de las últimas novedades.

Esa misma mañana se había reunido en el santuario con Casaretos y los ancianos de la Aldea del Bosque, bajo la sombra de un espeso roble. Se había acordado que, esta vez, el Bosque Sagrado no quedaría desprotegido: los guerreros Docilicos permanecerían en el Bosque Sagrado y no participarían en la batalla contra los romanos. Aliso suspiró; el acuerdo sería un duro revés para los jóvenes.

También se había decidido abandonar la Aldea del Bosque y el caserío y refugiarse todos, incluidos los hombres-árbol, en el fuerte de los antepasados, allí donde hicieron frente al ataque nocturno de los romanos. Ello exigía enormes trabajos, una actividad frenética e incesante, para reconstruir la muralla y levantar las chozas del interior.

—Hay que proveer el fuerte de silos y cisternas suficientes como para aguantar un asedio prolongado —le había explicado Cántaber.

De repente, el Rey enmudeció. Relajó la mirada en los jirones de fuego que rompían el cielo. El calor del día dulcificaba la piel, los grillos vibraban. Aliso creyó

llegado el momento.

—¿Es lo mismo estar vivo que muerto?

El anciano se giró hacia él y lo miró con ojos escrutadores, como tratando de descifrar algo. Pareció dar con lo que buscaba porque recuperó la serenidad y una leve sonrisa brotó de sus labios.

—No; la muerte sólo es una transición, algo semejante al alba o al ocaso que unen la noche y el día —dijo señalando el horizonte—. Nadie permanece muerto, simplemente deja de estar vivo e inicia una nueva existencia como «no vivo».

—¿Y cómo es esa nueva existencia?

—Tú tuviste la oportunidad de conocerla: las cosas se reinician de nuevo, el Fuego de la Creación resurge y el ciclo de toda existencia echa a rodar; por eso no percibiste diferencia alguna.

—¿Y los ríos de vino y miel? ¿Y la lluvia de cerveza? ¿Y los frutos que sacian el hambre y curan las enfermedades?

—¿Acaso tú viste tales maravillas en el Otro Lado?

—Pero, entonces, ¿por qué se les llama Bienaventurados?

—Lo que vale aquí es lo que vale allí. Por ello nada cabe esperar; lo peor y lo mejor ya están en esta vida, de modo semejante a como lo están en la otra. Un joven no anhela el Más Allá, anhela la fuerza, la rabia, el poder, el éxtasis en el combate, el fuego de la mujer... Sólo cabe esperar la plenitud y ésta se alcanza de múltiples formas a lo largo de una vida; de igual forma sucede en la otra y en la otra: el ciclo de la Divinidad es siempre el mismo.

Aliso quedó estupefacto. Tuvo que guardar silencio durante unos instantes para asimilar las palabras del anciano.

—Y cuando un habitante del País de los Bienaventurados muere, ¿qué sucede?

—Lo mismo; una nueva existencia reemprende su andadura en otra parte.

—¿Aquí?

—Puede ser.

Capítulo treinta y siete



La comarca, asolada por el fuego diurno, se reseca. Páramos y roquedales, con su ocre habitual, se antojaban rescoldos. Los campos tornaron amarillos, los arroyos menguaron hasta desaparecer. En pocos días se había pasado del frescor de los comienzos a un sol inclemente. Ya nadie se acordaba del frío de la Estación Oscura.

Aliso y los hombres-árbol subieron al fuerte con el fin de llevar a cabo una extraña ceremonia.

Desde la noche del asalto no había vuelto al reducto. Lo vio por primera bajo la luz del sol y pudo apreciar la posición estratégica del enclave. La muralla coronaba el alto del cerro; para llegar hasta ella había que salir del pinar, remontar la empinada loma hasta el campo de piedras hincadas, atravesarlo y, después, saltar el foso. El sector más vulnerable era el que daba a la sierra. El cerro se hallaba pegado, como un vástago, a una de las montañas de la cadena y entre las dos elevaciones mediaba una pequeña vaguada, fácil de salvar por el enemigo en el caso de que bajara desde lo alto de la sierra.

Tampoco parecía posible cerrar al fuerte con un cerco, ya que la superficie a cubrir era grande y montañosa y las fortificaciones tendrían que trepar por las escarpadas lomas. Las labores de reconstrucción habían cesado, pero los aparejos delataban las operaciones: andamios, poleas, escalas, adoberas, paneles para el tapial, piedras de todos los tamaños, carretas, bueyes... De Tiermes habían llegado peones para agilizar las obras. El foso se veía muy avanzado: habían ampliado tanto su hondura como el ancho del mismo. El material extraído se amontonaba y se empleaba, después, en la muralla y en las construcciones internas.

Pronto comprendió Aliso que la extraña ceremonia que se iba a celebrar allí era un rito de refundación.

Los Docilicos y demás gente permanecían apostados a lo largo del foso, acompañando los cantos que habían iniciado los gemelos. Los hombres-árbol, engalanados con sus blancas túnicas, formaban una media luna. El Rey del Bosque se acercó a la pared del fondo del foso, justo debajo de los cimientos de la muralla. Allí se había horadado una pequeña abertura en la que Cántaber derramó con un pebetero la sangre de tres gallos y tres cornejas sacrificados poco antes. Luego, vuelto hacia Lubbo, desenvolvió un misterioso bulto y extrajo el cuerpecito de un recién nacido que levantó con sus manos hacia el cielo. La multitud se estremeció, los cantos arreciaron.

El cuerpo parecía inánime. El Rey del Bosque envolvió, de nuevo, a la criatura en el paño y la depositó con cuidado en la abertura. Varios hombres descendieron por la rampa y comenzaron a cubrir el hueco, despacio, con piedras y arena, hasta que el lienzo blanco desapareció por completo.

Aliso, horrorizado, apartó la vista y sorprendió a Drusuna mirándole con ojos de inquietud. Sin duda ella había adivinado su repulsión, los juicios de barbarie y crueldad, los mismos que hizo cuando presencié el sacrificio de los prisioneros romanos en la hecatombe de reparación a Neito.

Concluida la ceremonia, Drusuna se acercó a Aliso por primera vez en la última luna. El calor había desatado la exuberancia de su cuerpo y Aliso la deseó.

—El pequeño ha muerto esta noche, en Tiermes, poco después del parto.

El numantino le lanzó una mirada inquisitiva, ella no se inmutó.

—Cántaber esperaba un nacimiento fallido, son frecuentes, para llevar a cabo la Ceremonia de Fundación. La sangre del recién nacido contagia a los cimientos toda la potencia de la Divinidad en el momento de la creación. Créeme, será difícil que la muralla se venga abajo.

Esa misma tarde acudió al caserío un jinete preguntando por el numantino. Cuando éste compareció, el guerrero, de gesto feroz, le dijo que Ebureinio lo reclamaba a su lado, que era urgente. Aliso se estremeció, pero Cántaber, al tanto de su desazón, lo tranquilizó.

—Ebureinio sabe que has vivido siempre en los campamentos romanos, quiere oír de ti asuntos de la guerra.

A lomos de un caballo viejo y manso acompañó al guerrero hasta el páramo donde maniobraba el ejército de la confederación: una amplia explanada situada a un par de millas al norte de la ciudad. Su sorpresa fue grande al advertir a varios romanos, ataviados con sus uniformes, tratando de organizar las falanges y de dirigir las maniobras. Viendo el acompañante de Aliso la cara que éste ponía le explicó.

—Son prisioneros —murmuró.

—¿Y os fiáis de ellos?

El guerrero se limitó a encogerse de hombros.

Aliso observó desde su montura la organización de la tropa y no pudo por menos que echarse a reír. Los instructores habían logrado formar tres líneas con numerosos destacamentos, al estilo de las cohortes y de los manípulos de las legiones. Pero cuando sonaron las trompas para cambiar de orden, los cuerpos se descompusieron en una masa compacta y caótica donde nadie sabía cuál era su posición y adónde tenía que ir.

Distinguió a Ebureinio a lomos de un brioso corcel, galopando frenético de un lado a otro con la espada en alto, tratando de mantener en los hombres una mínima alineación. Lo único que conseguía era levantar una ovación cerrada a su paso. Cuando se reunió con Aliso y con su séquito, entre los que se hallaba Contucius, el gesto del caudillo se había descompuesto y apenas contenía la furia.

—Miradlos, parecen ovejas —grito señalando a la inmensa multitud—, corren hacia los estandartes de sus clanes, no son capaces de permanecer en su sitio, con su destacamento. No es posible hacer de ellos un ejército que se mueva con la precisión de las legiones romanas.

—¿Y por qué hemos de pelear como ellos? —Contucius, el gigante, adoptó un aire displicente—. Contra los cimbrios peleamos como siempre lo hicieron nuestros antepasados: codo con codo con los parientes, al lado de la enseña del clan, detrás de nuestro jefe; así se ganan los combates.

—Hablas de los combates con pueblos que son como nosotros, hijos de la noche, pero los romanos son hijos del día —Ebureinio hablaba con vehemencia—. Los numantinos los derrotaron en numerosas ocasiones porque eran los únicos, entre nosotros, que contaban con guerreros disciplinados, que luchaban en formación y que obedecían a sus mandos.

—Reparte celia entre los hombres y tendrás un ejército imbatible —gruñó Contucius. El gigante hizo un gesto de hastío—. Bah, son arévacos, sólo quieren pelear y yo también; me estoy cansando de tanta fila y tanta maniobra.

Algunos príncipes rieron y aprobaron las palabras del gigante. Éste hizo caracolear a su caballo y, seguido de varios jinetes, partió a galope hacia la horda, la cual se estremeció al reconocer el penacho rojo de su casco.

Ebureinio sopesó el clamor que el gigante levantaba, como si lo comparara con el que le dispensaron a él. Permaneció pensativo unos momentos y, después, hizo una señal a uno de los romanos, al más cercano, para que acudiera.

Se volvió hacia Aliso y le dijo que le preguntara al romano qué había que hacer para que cada guerrero se mantuviera en su sitio cuando el destacamento maniobrara. El numantino habló en la lengua del romano y después de escuchar la respuesta se la tradujo al príncipe.

—Haz que salga un guerrero de cada cohorte y manda cortarles los tendones de los tobillos y de las corvas. Después de eso, cuando suene la señal, todos sabrán cuál es su puesto.

El romano era un hombre delgado y fibroso, de rostro chupado. Carecía de casco, pero Aliso reconoció, por la coraza, que se trataba de un centurión.

—¿Qué clase de jefe se cree ese perro que soy yo? —la expresión de Ebureinio era colérica—. Un jefe da a sus hombres victorias y ganado, mucho ganado, ¿cómo, si no, iban a seguirle? El tormento se guarda para el enemigo, para vosotros.

El gesto del centurión, ajeno a las palabras, no se inmutó. Ebureinio lo despachó despectivamente y se retiró a hablar con los mensajeros que habían llegado de Ocillis. Durante el resto de la tarde los guerreros dejaron las maniobras y se ejercitaron en los juegos y en las competiciones de siempre, acompañados de música y de celia. El numantino hubo de esperar hasta el ocaso para que el príncipe lo llamara a su lado.

—He oído que tu vida ha transcurrido en los campamentos de los romanos —le dijo.

—Así es.

—Tienes que saber mucho de sus costumbres, de su modo de hacer la guerra...

Aliso suspiró. Los últimos rayos convertían en oro espadas y yelmos. La explanada, semejante a un hormiguero, se había encendido de brillos dorados. Los hombres cantaban con melancolía.

—Son tenaces —murmuró Aliso.

—¿Sólo eso tienes que decirme?

—Para vosotros todo se resuelve en el choque, el que gana se hace con el botín. Ellos hacen la guerra del mismo modo que construyen un acueducto: colocan piedras, una por una, con el tamaño adecuado, en el lugar preciso, siguiendo un plan, y no cesan hasta que el edificio ha concluido, aunque los trabajos sean muy enojosos y exijan años.

»El choque, la batalla, sólo es otra piedra más. Ellos, antes, han establecido alianzas, han movido a la discordia y a la traición, han construido vías y puentes para que sus ejércitos puedan desplazarse con rapidez, establecen bases de operaciones, no dan un paso sin asegurar el aprovisionamiento, cortan el suministro del enemigo, devastan sus campos...

Ebureinio cayó en un silencio reflexivo. El contraluz de oro daba un aspecto bronceado a su rostro moreno.

—Hace casi una luna llegaron prófugos avisándonos de la proximidad del ejército de Tito Didio —el príncipe usaba un tono apagado—. Antes, he hablado con mensajeros de Ocillis que me han dicho que las legiones siguen sin aparecer. Nos engañaron: hicieron correr el rumor de que el ejército estaba cerca, dejaron escapar a varios de los nuestros para que nos lo dijeran y, así, que llamáramos a las partidas que hostigaban el campamento con el fin de concentrar nuestras fuerzas antes de la batalla. Ahora, libres del acoso, han podido aprovisionarse y han ganado un tiempo precioso.

El príncipe se volvió hacia Aliso, había cansancio en su mirada.

—Nosotros no sabemos hacer la guerra de ese modo.

El numantino se preguntó si era desánimo lo que veía en el fondo de aquellos ojos oscuros. Lo que fuera se desvaneció enseguida. La montura de Ebureinio se agitó nerviosa, como si se contagiara de la inquietud que renacía en su amo.

—Aun así hemos peleado contra ellos durante más de cien años y no han logrado someternos. Han enviado sobre nosotros hasta elefantes, ¿por qué hemos de tenerles miedo ahora?

Continuaron hablando, el príncipe le pidió detalles sobre los auxiliares y el armamento de las legiones. Aliso le habló de los honderos de las Baleares: desde que las islas fueron conquistadas, veinte años antes, los «desnudos», tal como les llamaban, formaban la primera línea de combate. Aliso los había visto, en Tarraco, practicar con sus hondas: cada uno portaba tres de diferentes tamaños, y eran capaces de darle a una nuez a cien pasos.

—Ellos abren el combate, arrojan los proyectiles y se repliegan por los laterales a la retaguardia. Oí decir que la lluvia de piedras es tan mortífera que deshace la formación de los atacantes. Es entonces cuando la infantería pesada busca el choque.

También le habló de cambios en el armamento: en los últimos tiempos había llegado un nuevo tipo de pilo a los campamentos romanos. Hasta entonces el asta se introducía en el empuñadura de hierro y se ajustaba con unos pequeños clavos metálicos. Ahora, estos últimos, los habían sustituido por pequeñas astillas de madera.

—Cuando el pilo atraviesa el escudo, las astillas se parten y el asta se quiebra y queda colgando. De este modo el dardo no puede devolverse y el escudo, entorpecido para cualquier movimiento, es inutilizado.

Ebureinio escuchaba con suma atención mientras trotaban hacia Tiermes. Finalmente no pudo tragarse el orgullo y le habló al numantino de las innovaciones que ellos habían introducido en su propio armamento. Extrajo de la grupa una jabalina y le mostró un pequeño aro de cuero, situado en el asta, arriba, cerca del empuñadura. Introdujo dos dedos en la cinta y, echando hacia atrás la jabalina, la arrojó con todas sus fuerzas.

—Como ves, nosotros también hemos mejorado nuestras armas; no en vano son las mejores del mundo, los romanos no han hecho más que copiarlas. El lanzador de cuero que has visto permite llegar más lejos que los pilos romanos. Antes de que puedan inutilizar nuestros escudos, nosotros ya les habremos alcanzado con nuestro hierro.

Capítulo treinta y ocho



Tito Didio se presentó en Ocillis cerca de la Fiesta de Lug, cuando ya la cosecha había sido recogida por completo. La primera parte de la contienda había sido favorable para los celtíberos, ya que habían logrado aprovisionarse antes de la Estación Oscura. El grano comprado a los vacceos terminó de colmar los silos.

El ejército de la confederación abandonó el asentamiento de Tiermes a la mañana siguiente de la noticia, después de que los hombres-árbol asesoraran a los caudillos sobre el momento propicio para entablar la batalla.

Eran cerca de treinta mil hombres, un ejército semejante al de los romanos. Desde una loma, Aliso, junto a miles de termostinos, los vio perderse detrás de una inmensa polvareda.

Drusuna confesó a Aliso que las entrañas de los animales, la posición de los palos al caer, el concurso de las estrellas y otros muchos indicios revelaban una catástrofe inminente. Los hombres-árbol no habían querido revelar tales auspicios a los guerreros.

—Las señales son preocupantes, hablan de una gran conmoción, una fractura grave en el Cuerpo de la Divinidad.

—¿Y eso qué significa?

—Cambios, cambios drásticos.

Durante los tensos días que siguieron a la partida la comarca cayó en la congoja. De nuevo los ojos de las mujeres y de los ancianos se hundieron en las cuencas y un silencio mortecino, impropio de la canícula, se adueño de los caminos, las aldeas y la ciudad. Cualquier fenómeno anómalo: un buitre precipitándose contra el roquedo, movimientos espasmódicos de una bandada de estorninos, una cierva salvaje corriendo por las calles de Tiermes; todo eran presagios de lo que iba a suceder.

El galope de un caballo por los senderos despertaba la alarma en las inmediaciones. Los hombres-árbol salían corriendo de las chozas cuando oían el retumbar de los cascos. Los escasos comerciantes y peregrinos que se acercaban desde el oriente eran interrogados con ansiedad; hablaban de un ejército que avanzaba como una inmensa mancha de hormigas y de otro que se movía, todo él, al mismo paso, como si se tratara de un mismo cuerpo; algo parecido a una serpiente de escamas metálicas. Decían no haber visto nunca nada igual: tanto hombre al mismo paso, en hileras, sobrecogía el ánimo, como si aquello no fuera posible.

Hacia el mediodía del cuarto día la comarca se pobló de voces y los caminos

bulleron de termestinos exasperados.

Al caserío corrieron muchachos diciendo que ya volvían los guerreros y que habían sido derrotados. Aliso notó un vértigo en su interior, como si el suelo cediera, y creyó adivinar la misma zozobra en los ojos de los demás.

Un poco más tarde llegó Melmanius, el hermano de Ebureinio, acompañado de varios jinetes. El aspecto del grupo era terrible. El estandarte del clan estaba hecho jirones. Aliso advirtió ojos enloquecidos, greñas enmarañadas y corros de sangre seca en los cuerpos y en los pertrechos.

Melmanius, con voz trémula, confesó la muerte de Ebureinio.

—Es el fin, los romanos vienen hacia aquí, nuestro ejército se ha dispersado.

Cántaber quiso conocer más detalles pero había urgencia en los guerreros y pocos ánimos para referir la derrota.

—Pelemos un día entero, desde el amanecer hasta el ocaso, sin ceder un pie de terreno. Por la noche nos retiramos a descansar y a socorrer a los heridos, ellos hicieron lo mismo. Nuestros hombres ya sabían que Ebureinio había muerto y se mostraban abatidos. Al día siguiente, cuando amaneció, pudimos ver el campo de batalla: había miles de muertos y la mayor parte era de los nuestros. Contucio y el resto de los príncipes decidimos no reanudar la batalla y nos dispersamos. Los romanos nos han seguido a nosotros, quieren destruir la ciudad. Debéis seguirnos, con el resto, y refugiaros detrás de sus muros.

—No —espetó Cántaber con firmeza—, no abandonaré el bosque, ni yo ni ninguno de los Docilicos. Buscaremos refugio en el Fuerte de la Colina.

—Tiermes es inexpugnable, están acudiendo gentes de todas las aldeas.

—Numancia también era inexpugnable.

Melmanius no quiso perder el tiempo; giró su montura y desapareció por la vereda seguido de sus hombres.

El Rey del Bosque dio las órdenes pertinentes para que tanto los hombres-árbol como los Docilios recogieran todo lo que pudieran llevar y acudieran al fuerte.

Durante el transcurso de la tarde se reunieron los animales, se cargaron las mulas y caballos de bagajes de todo tipo, se quemó aquello que no era posible llevar y, al anochecer, se emprendió el camino hacia el Fuerte de la Colina. Según avanzaban, por debajo de la espesura, distinguieron a lo lejos hileras de teas que atravesaban el bosque. Se trataba de columnas de refugiados que marchaban hacia los portillos que les conducían al otro lado de la sierra.

—La mayor parte de la gente huye —murmuró Cántaber a Aliso—, no quieren correr la suerte de tus compatriotas.

Aliso apenas comprendía, todo estaba sucediendo muy rápido, demasiado después de una espera tan larga. Pero la urgencia no le permitía pensar en los acontecimientos.

Al remontar la loma que conducía al fuerte, tropezaron con la fila de Docilicos que serpenteaba entre los pinos. Por el número de antorchas Aliso juzgó que acudían todos, incluidas las mujeres y los niños. Se sorprendió de que no hubiera cundido la

desbandada, como en el resto de las aldeas; realmente el poder de la consagración era fuerte, más que el instinto de supervivencia.

La noche, ya en el interior, transcurrió como la del primer asalto: un ajetreo frenético de sombras y bultos, siluetas fugaces de hombres y animales pasando delante de los fuegos, un murmullo de voces, mugidos y balidos que no se apagó hasta cerca del amanecer.

A la mañana siguiente, cuando el numantino incorporó su maltrecho cuerpo, se encontró de bruces en el interior del reducto donde transcurrirían los próximos días, tal vez los últimos.

Los trabajos habían comenzado; aún había mucho por hacer. Observó que las defensas, lo más urgente, estaban concluidas. La muralla se había reforzado: se habían tapado las brechas y los desmoronamientos; un murete de piedras, en lo alto, permitía ponerse a salvo de dardos y proyectiles; el firme del adarve había sido allanado con una capa de tierra apisonada para facilitar el tránsito. El foso, a los pies de la muralla, duplicaba casi la altura de ésta. El campo de piedras hincadas se había extendido hasta bien abajo.

Quedaban por terminar las viviendas interiores. No se habían reconstruido las chozas como estaban antes, apoyadas, la parte posterior, en la muralla; sino que se había repetido la misma disposición de la Aldea del Bosque: una única calle a lo largo, en el centro del recinto, flanqueada por manzanas de chozas que compartían el mismo muro trasero. Al apartar las viviendas de la muralla y llevarlas hacia el centro se evitaba que las techumbres de ramas pudieran ser alcanzadas por las falácias incendiarias.

El baluarte tenía la forma de un escudo oblongo. La parte que daba a la enorme montaña contigua era un recinto muy espacioso y carecía de chozas; allí estaba reunido el ganado disponible. Aliso sabía que las ovejas hacía ya una luna que habían sido conducidas a territorio de los pelendones, con los que tenían contraídos pactos de hospitalidad que los obligaban a aceptarlas en sus serranías.

Durante la mañana no cesó la actividad. Se repartieron las viviendas; como no eran suficientes, en cada una, se apiñaban varias familias. Los hombres-árbol fueron dispuestos en el interior de dos chozas adosadas, más amplias que la mayoría. Casaretos y los ancianos habían arengado a los Docilicos sobre la necesidad de acostumbrarse a la falta de espacio: había que moverse con precisión, sin entorpecer a los guerreros.

La defensa militar del fuerte se puso en manos de Calaetus, el oso, el mismo que dirigió la resistencia cuando atacaron los legionarios por primera vez. A juicio de Cántaber, el rudo cabecilla resultaba demasiado tosco y poco astuto para las artimañas de los romanos. Sin embargo, era el más fuerte y los guerreros Docilicos lo habían aclamado como jefe.

Llegaban y salían rapaces hacia las inmediaciones de la ciudad para vigilar cualquier movimiento. Contaron que la comarca parecía asolada por una epidemia, ya

que los campos y los caminos se hallaban despoblados. Oían ruidos de poleas y golpes metálicos procedentes de la ciudad tallada en la roca: los defensores ponían a punto los parapetos.

El ejército de Tito Didio no se presentó esa tarde ni al día siguiente tampoco. Al tercer día los muchachos volvieron excitados diciendo que habían visto los primeros escuadrones y las primeras insignias de los romanos asentándose a la izquierda de la ciudad, al norte según entendió Aliso. Cántaber explicó que el cónsul había escogido el camino más largo para llegar a Tiermes.

—No ha querido adentrarse en los barrancos y en las hoces, ha dado un amplio rodeo para evitar cualquier encerrona. Sin duda es mejor general que lo fue Pompeyo.

A lo largo del día fue llegando más información. La primera línea, vista desde lejos, asemejaba una muralla de hierro. El ejército había formado en las parameras del norte y desafiaba a los termestinos a un encuentro a campo abierto.

Los últimos espías hablaban de partidas de jinetes sedetanos y romanos recorriendo la comarca, explorando y saqueando lo que pillaban. Calaetus decidió impedir las salidas de los muchachos para evitar que cayeran en manos del enemigo y revelaran la posición del fuerte.

Siguió una tensa espera de dos días y dos noches. El sol arrojaba una tormenta de fuego sobre la tierra que secaba la vegetación y languidecía los ánimos. Por la noche la montaña aflojaba el frío que guardaba dentro de sus entrañas y los cuerpos tiritaban en las yacijas.

En la mañana del tercer día vieron con asombro, desde lo alto de la muralla, a dos pastores que atravesaban, con aire despreocupado, la loma, muy cerca del pinar. Uno de ellos se volvió hacia los defensores y agitó la mano. Gritó varias veces: «¡Se han ido, se han ido...!»». Después, desaparecieron ambos, con paso calmo, entre los árboles.

Los vigías no terminaban de creer que estuvieran hablando de los romanos, pero la tranquilidad de los pastores les resultó extraña. Llamaron a Calaetus y se lo contaron; éste, temiendo una trampa, ordenó a los centinelas extremar la atención.

Al rato se acercó un jinete, a galope, subiendo por la rampa en zigzag hasta el campo de piedras donde se vio obligado a desmontar para poder seguir adelante.

Después de sortear los afilados pedruscos logró alcanzar el foso y desde allí se dirigió a los guerreros de la muralla. Les dijo que la ciudad había claudicado y que el consejo había aceptado las condiciones del cónsul.

De inmediato abrieron los portones, colocaron la pasarela de tablas para salvar el foso e hicieron entrar al heraldo. Tanto los ancianos como los hombres-árbol lo rodearon con ansiedad.

—Varios legados romanos acudieron a hablar con el Consejo —relató—. Explicaron que podrían evitar la suerte de los numantinos si accedían a destruir la muralla, abandonar el promontorio y reconstruir la ciudad fuera, en la parte baja del cerro.

»Pusieron otras condiciones: tributos, jinetes para la guerra y tierras. Los príncipes deliberaron y accedieron.

—¿Qué clase de príncipes tiene Tiermes? —masculló Cántaber furioso.

Aliso tampoco podía creer lo que oía. ¿Y esa era la ciudad siempre rebelde de la que tanto oyó hablar en el pasado? Al mínimo revés había claudicado. El heraldo, aleccionado, quiso excusar al consejo.

—Las bajas en la batalla fueron enormes, miles de hombres... Los príncipes juzgaron que los defensores no eran suficientes ni estaban en condiciones para resistir un asedio.

Un silencio grave se instaló entre los presentes. Sin duda la sombra de Numancia había estado muy presente en las negociaciones. El heraldo se dispuso a marchar.

—El ejército romano partió esta mañana hacia Ocillis —añadió—, de allí se dirigirán hacia la mano derecha, a Cástulo, en el territorio de los oretanos, donde pasarán la Estación Oscura. Quieren evitar el frío de nuestra tierra. Van a dejar en el llano un fuerte con una guarnición de caballería. Han dicho, también, que una legión entera permanecerá en Ocillis para vigilar el territorio.

La noticia se extendió por el fuerte en apenas unos momentos. Cedió la tensión, los ánimos se relajaron: saber que los romanos ya no estaban era un alivio. Sin embargo se escucharon voces crispadas que hablaban de cobardía y traición. Aliso comprobó con estupor que muchas de esas voces procedían de las mujeres; se mofaban de la hombría de los termestinos.

Cántaber no quiso que nadie se alejara del fuerte aún. Envío a varios hombres a la ciudad en busca de más noticias. Al regresar éstos confirmaron las palabras del heraldo. También contaron haber oído, de boca de Melmanius, que varias ciudades de los arévacos, al enterarse de la magnanimidad de Tito Didio, habían mandado heraldos al cónsul para solicitar la paz.

El Rey del Bosque, cabizbajo, se retiró a un lado. Restregó su mano blanca e hinchada por la calva, trazando un círculo. Aliso sintió lástima de él. La confederación, que tanto tiempo había costado construir y en la que descansaba la esperanza de una Celtiberia libre, había resultado ser un endeble chamizo que se había venido abajo a la primera racha de viento.

Pero de los acontecimientos más terribles no tuvieron conocimiento hasta el amanecer del día siguiente.

Cuando el cielo clareó se hicieron visibles, desde la muralla, varias columnas de humo que se elevaban a lo lejos, del lugar donde se hallaba Tiermes. Los centinelas lo pusieron en conocimiento de Calaetus y éste convocó al Rey y a los demás hombres-árbol.

Vieron subir por la rampa un grupo de sombras. Caminaban con prisa, algunos tropezaban, otros no dejaban de mirar hacia atrás. El campo de piedras se convirtió en un tormento insuperable, pero después de un buen rato la mayoría alcanzó el foso. Se trataba de mujeres, ancianos, niños y también guerreros. Les suplicaron a los

centinelas que les dejaran entrar, que si no los degollarían, que ya habían asesinado a casi todos sus parientes.

Cántaber ordenó que pusieran la pasarela. Una vez en el interior comprobaron el lamentable estado en el que se hallaban: las caras desencajadas y sucias, los ojos abiertos como monedas de plata con un agujero negro e hipnótico en el centro; no había forma de calmar el llanto de los pequeños.

Lettondo, el príncipe de los Viscicos, el traidor, había vuelto. Los romanos lo habían restituido como magistrado máximo del consejo.

Aquella noticia sobrecogió a todos.

Amparado por los vencedores, Lettondo había recuperado las propiedades y los siervos que le arrebataron y, esa misma noche, había organizado con sus seguidores una orgía de sangre contra el clan de Ebureinio, los Triticalicos. Melmanius, entre otros muchos, había sido asesinado; numerosas chozas fueron devastadas, mujeres y niños degollados o arrojados desde lo alto del promontorio. Se había servido la revancha con la mayor crueldad, sin ninguna clemencia. Y, mientras tanto, el destacamento de caballería, formado en el interior de la ciudad, había vigilado de cerca la carnicería para aplastar cualquier conato de insurrección.

—Con Lettondo en el consejo todo está perdido —murmuró Cántaber—; el bosque, el último bosque, habrá llegado a su fin y con él nuestro mundo.

Poco después, una vez atendidos y acomodados los refugiados, cuando el aire caliente de la mañana empezaba a quemar la piel, llegaron sudorosos varios pastores Meduticos. Jadeantes, apenas sin aliento, lograron balbucear que los romanos estaban talando el bosque y cargando los troncos en carretas.

Los hombres-árbol se retiraron de inmediato a las chozas para pertrecharse. Calaetus convocó a todos los guerreros a la entrada del fuerte. Salieron en tropel, sin hacer sonar las trompas, por la parte más accesible del campo de piedras.

Se trataba de dos escuadrones de caballería, unos sesenta hombres. Se encontraban a los pies de la sierra, en un pequeño bosquecillo de pinos, cerca de la Aldea de la Piedra. Salvo los oficiales, el resto habían desmontado para derribar los ejemplares más jóvenes y rectos. Estaban enfrascados en la tarea, sin ningún cuidado, creyéndose señores de la comarca. No vieron a los Docilicos hasta que los tuvieron encima y el griterío fue tan estremecedor que apenas pudieron reaccionar.

Un prefecto logró huir. Los guerreros se dispusieron a cortar los despojos pero Calaetus se lo impidió. El oso gritó que no era el momento de cortar cabezas sino de ir al encuentro de los perros romanos. Le respondió un vocerío infernal. Todo el ímpetu reprimido durante las pasadas noches, la ausencia de sus armas en la batalla decisiva, se desbocó de repente. Calaetus se giró hacia Cántaber, éste supo que no podría contenerlos. Miró a Lubbo, el siniestro hombrecillo se acercó al guerrero y, exhibiendo sus aterradoras muecas, le conminó para que no salieran al encuentro de los romanos sino que los aguardaran en el bosque.

Los jinetes no tardaron en aparecer, casi el ala completa, unos mil hombres.

Guiados por guerreros termestinos tomaron la senda que llevaba hacia el Fuerte de la Colina; sin duda habían sido informados de quién era el enemigo.

En una hondonada sonaron las trompas y los Docilicos, unos cuatrocientos, saltaron sobre los romanos, por los flancos, con un empuje tan atroz que les impidió la más mínima maniobra. Los caballos, en aquel terreno repleto de broza y carrasca, se veían impedidos para cualquier movimiento. Los jinetes eran derribados con las lanzas y las jabalinas. Cundió el pánico, tocaron retirada y de nuevo se produjo una matanza ya que los romanos sólo se preocupaban de salir de aquel horror y eran presa fácil de los habitantes del bosque.

Finalmente, los supervivientes salieron al raso y lograron ponerse en formación. Pero los Docilicos no abandonaron la espesura. Los hombres-árbol consiguieron frenarlos y hacerles retroceder hacia el fuerte. En el interior del robledal, sobre la hierba amarilla de la canícula, quedaron los cuerpos inánimes de quinientos romanos.

Capítulo treinta y nueve



El Rey del Bosque tomó la palabra.

—Se acercan tiempos difíciles —exclamó—, tal vez el final de una era.

Los diez hombres-árbol se hallaban sentados alrededor del hogar. El primero a la derecha era Cántaber, de acuerdo con su dignidad; a su lado Lubbo, seguía Curundus, el sanador, los gemelos, Turaesamus y las mujeres. El último, en el otro extremo del banco corrido, era Aliso.

—Si el bosque sucumbe se cortará el frágil hilo que nos une a la Divinidad —continuó—. Los romanos edificarán un templo, pondrán a uno de sus dioses, de aspecto humano, en su interior; dirán que él es el Dios del Bosque y le lloriquearán, como le lloriquea un siervo a su príncipe.

La puerta y los ventanucos permanecían cerrados. La estancia retenía el aire fresco y húmedo del barro y la paja recientes.

—Los romanos desconocen a la Divinidad, ni la oyen ni la sienten; viven aturdidos en la vorágine de su mundo, un mundo propio y a su medida, un mundo al servicio de una voluntad insaciable.

»Nosotros, los últimos hombres-árbol, hacemos que los hombres acompañen con sus costumbres y ritos el avance pausado e incesante de la Divinidad. De este modo los ciclos son restituidos, el Cuerpo de la Divinidad es recompuesto y la vida de los hombres se ajusta a una pauta natural. Si el bosque sucumbe y nosotros con él, el mundo se vendría abajo, ya no habría orden alguno ni ciclos ni costumbres; el Cuerpo de la Divinidad se desmembraría para siempre. ¿Podéis atisbar semejante catástrofe?

La luz de la hoguera parecía reducir el espacio, aproximar los rostros. En la pared, las sombras oscilaban.

—Me ha sido revelada nuestra misión: guardar el bosque, impedir que ningún romano lo profane. No cometeremos el error de abandonarlo como ocurrió con el encinar del Monte Chaunus; éste es el último bosque.

El Rey bajó el tono de voz.

—Tenemos que estar preparados para lo peor, yo ya estoy muy viejo y me temo que la empresa me resulte demasiado fatigosa. Os he convocado para deciros quién será mi sucesor, el que me proporcionará el veneno reparador, el de mi muerte...

El chisporroteo de la lumbre se hizo cercano. Cántaber no se dio prisa en romper la tensión. Nadie se atrevía a mirarse a los ojos.

—Confieso que durante mucho tiempo estuve desconcertado, pero después las

señales fueron claras y repetidas: él acudió para salvar el bosque, ya lo hizo una vez y volverá a hacerlo. No importa que esté al comienzo de la iniciación, su poder lo guía...

Clavó sus ojos en Aliso, sentado en frente.

—Tú eres, Aliso, el próximo Rey del Bosque. Llegado el momento te llamaré a mi lado, te daré las hierbas que ya he recogido y me prepararás el bebedizo.

El numantino se agitó inquieto en el poyo. Empezó a tartamudear una protesta, pero Lubbo no le dio tiempo a decir nada. El hombrecillo saltó de su sitio con la agilidad de una alimaña, se plantó entre los dos vanos y se encaró con el Rey.

—No puedes hacerme esto, Cántaber, y tú lo sabes. Ninguno, ni siquiera tú mismo, posee un poder tan grande como el mío.

Al forzar su voz aflautada se hizo chirriante y desagradable.

—Nadie lo duda, Lubbo, pero las señales son claras.

—No lo son tanto, no lo son... Exijo un duelo, un combate entre él y yo; si las señales son claras no tiene porque temer, él me vencerá.

Se hizo un nuevo silencio. Cántaber sopesó las palabras del hombrecillo y vaciló.

—No —sentenció de repente.

Los ojillos de Lubbo bailaron de rabia.

—No esperes que yo lo acepte —gritó.

Lubbo desapareció, Turaesamus salió tras él. Se oyó quitar la aldaba y el chirrido de los goznes. Un chorro de luz asomó por el vano. Se oyeron voces de gente que llegaba y saludaba a los que salían; la pared lateral se pobló de sombras.

Entraron los ancianos y Calaetus. Venía con ellos un príncipe del consejo llamado Bedo, hombre apocado y de aspecto endeble, con unos bigotes largos que le caían a ambos lados de la barbilla.

Se reconocía en su cara un cierto temor, como si creyera haberse introducido en una guarida de lobos.

—El príncipe Bedo, de los Bedacicos —saludó Cántaber—, ¿cuánto tiempo sin tener noticias tuyas? ¿Qué es lo que cuenta tu amigo Lettondo?

El príncipe carraspeó, su voz sonó quebrada.

—Vengo como representante del consejo para mediar entre vosotros y los romanos.

—¿Cómo es que no ha venido Lettondo en persona? —el Rey usaba un tono ingenuo que hizo reír a más de uno.

—El consejo me eligió... —Bedo volvió a carraspear—. Me han encargado que te diga que el prefecto...

—¿El prefecto? —interrumpió Cántaber con una mueca de extrañeza—, ¿quién es el prefecto, algún pariente?

—El prefecto romano.

—Ah, los romanos, ya.

—A pesar de vuestra traición aceptarían la rendición del fuerte sin condiciones.

La legión de Ocillis ya está en camino...

—Y dime, Bedo, ¿cuál sería nuestra suerte después?

—Los defensores salvarían la vida pero serían vendidos como esclavos.

—Todos esclavos, el prefecto es un hombre magnánimo.

—No, todos no —Bedo volvió a carraspear y a agitarse nervioso—, los cabecillas serían ejecutados.

—¿Los cabecillas?

—Sí —el príncipe se giró hacia los presentes—, vosotros.

El hilillo de voz se quebró con un gallo disonante que arrancó de los presentes una formidable carcajada. Entre hombres-árbol, ancianos y guerreros habría unas veinte personas abarrotando el hogar.

Cuando se calmó el ambiente Cántaber abandonó la ironía y adoptó un aire sombrío que hizo enmudecer a los presentes.

—¿Acaso no les habéis explicado a los romanos que los Docilicos están consagrados al Rey? ¿Es que ignoran que si yo muero ellos me seguirán al Más Allá?

—¿Por qué tiene que ser así? El consejo cree que está en tu mano liberarlos de unos lazos crueles y antiquísimos, lazos que se contrajeron en tiempos lejanos, ahora el mundo está cambiando, ya no es el mismo.

—Tal vez le parezca al consejo que la esclavitud es una atadura más piadosa para un celtíbero.

Bedo suspiró desfallecido, su ánimo estaba al límite de lo soportable.

—No me reconozco en el consejo —prosiguió Cántaber—, no es un consejo de los arévacos sino de los romanos. Creo que debes recordarle a los príncipes la naturaleza de este bosque y de su Rey, para que ellos se lo hagan entender a los romanos. Tienen que saber a qué clase de enemigo se enfrentan, no van a pelear sólo contra las lanzas, deben saber que tienen delante un poder que no se ve, el nuestro, el de los hombres-árbol. Y créeme, van a preferir luchar contra un ejército numeroso.

Cántaber hizo una pausa, su expresión se hizo aún más sombría. Entrecerró los ojos, como si quisiera aislarse. El murmullo tenue de un canto se hizo perceptible. Aliso notó una sacudida fría en la espalda. Los demás permanecieron inmóviles, a la espera.

—No te preocupes Bedo —susurró el Rey sin mirarle—, tú no tendrás que decirles nada, ellos comprenderán.

El rostro del príncipe palideció, el miedo le hizo retroceder. Dos guerreros lo sujetaron por detrás y se le escapó un grito de terror. Los ojos parecían a punto de estallar, la mandíbula inferior colgaba. De repente se relajó, la cabeza cayó sobre el pecho y sus rodillas cedieron. Los guerreros lo agarraron de los brazos e impidieron que resbalara al suelo.

Hubo que sacarlo, fuera del fuerte, en parihuelas. Lo depositaron en el suelo, al término del campo de piedras. Allí los siervos rompieron en gritos creyéndole muerto, pero el príncipe pronto se repuso de su desvanecimiento.

Desde lo alto de la muralla los hombres-árbol pudieron advertir el aire anonadado del hombrecillo cuando se recuperó. Tardó unos instantes en reconocer dónde estaba. De pronto debió recordarlo todo porque miró fijamente hacia el fuerte. Montó en su caballo de un salto y sin esperar a que lo hicieran los demás desapareció al galope en el pinar.

Los hombres-árbol rieron a gusto un buen rato. Aliso, intrigado, se acercó a Cántaber.

—¿Le hiciste algo o fue su propio miedo el que lo hizo todo?

El Rey del Bosque lo miró con ojos guasones, soltó una risa enigmática y se dio la vuelta.

Al atardecer de ese mismo día Aliso subió de nuevo a la muralla y contempló desde allí la vasta extensión que dominaba: el bosque, los campos, los risqueros, las sendas. Advirtió a su lado una presencia, se giró, se trataba de Drusuna. El numantino se regocijó, pero puso cuidado en no expresarlo. El gesto de la muchacha era dulce, sereno; cubría la cabeza con un manto, ribeteado con hermosos bordados, que la protegía del aire fresco del crepúsculo.

—Cuídate de Lubbo —susurró.

Pero Aliso no estaba preocupado por el hombrecillo. Incluso le sorprendió que éste propusiera un duelo como prueba; Lubbo, aunque muy ágil para su edad, no podía medirse con un hombre fuerte de treinta y tres años. Así se lo dijo a Drusuna.

—No habrías tenido ninguna oportunidad —afirmó la joven sin darle mucha importancia—, Cántaber lo supo al instante. Lubbo domina la magia de la guerra, quedarías paralizado o te debilitaría hasta que no pudieras levantar la espada o lo verías venir por donde no está; quizás ni siquiera te dejara abrir los párpados... Morirías sin remedio.

El silencio los envolvió mientras las rojas peñas ennegrecían y el bosque se transformaba en una enorme sombra. Aliso advirtió que ella lo rozaba y pensó que tal vez quisiera estar a su lado. Drusuna le preguntó si su nombramiento como sucesor del Rey lo apesadumbraba. El numantino se encogió de hombros, le confesó que le traía sin cuidado: él ya se daba por muerto, como daba por muertos a todos los defensores del fuerte.

—Pienso en las palabras de Bedo —murmuró Aliso descansando la mirada en el resplandor rojizo del horizonte—, creo que lleva razón, no hay necesidad de que muera tanta gente: hombres, mujeres, ancianos, niños...

—La consagración los obliga a seguir al Rey al Otro Lado.

—La consagración es una crueldad inútil. Cántaber no tiene ninguna posibilidad; si quiere morir defendiendo el bosque que lo haga solo, pero que no condene a tanta gente.

—El Rey no decide a la ligera; es el más sabio, el que ve lo que hay que hacer. Su conocimiento del Cuerpo de la Divinidad es minucioso.

—¿Y si yerra?

Drusuna no supo qué decir.

—¿Qué decisión tomarías tú si fueras el Rey? —musitó de pronto.

—Está claro que marcharía de aquí ahora que estamos a tiempo. Vosotros me habéis enseñado que la Divinidad se manifiesta en muchos lugares, ¿por qué tenemos que encadenarnos a este bosque?

—Cántaber presiente una catástrofe para nuestro pueblo si el bosque sucumbe, quizás el fin del mundo tal como lo conocemos. Las costumbres de nuestra gente proceden de los lugares sagrados: de los bosques, de las montañas, de las fuentes... Vivimos en armonía con el Universo, lo ayudamos a evolucionar. Ahora los romanos nos imponen un mundo de hombres, desvinculado de la Divinidad y sometido a la ambición de unos pocos.

»Creo que el sacrificio que nos exige el Rey es una llamada a la Celtiberia para que advierta lo que está en juego.

Esta vez fue Aliso el que no supo qué contestar. El ceño fruncido delataba su desacuerdo. Drusuna se volvió hacia la franja clara del ocaso y enmudeció. El numantino creyó adivinar que ella dudaba, que tampoco estaba conforme con el Rey. Así se lo dijo. Drusuna suspiró.

—No sé —confesó ella—, últimamente mis sueños son perturbadores, la Divinidad se resiente. Sueño con cuerpos que se corrompen, carne consumida por los gusanos, esqueletos que se quiebran... Hay algo que no marcha bien.

—Deberíamos irnos de aquí, todos —insistió el numantino.

Drusuna parecía en trance.

—Las leyendas hablan de momentos críticos como éste... Cuando una pauta se repite en el tiempo una y otra vez puede quedar vacía, carente de significado para los que la llevan a cabo y, entonces, se transforma en inercia. La Divinidad se resiente, no fluye con libertad, se halla retenida en una estructura inerte. La vida pierde tensión y espontaneidad, es el peligro de cualquier orden...

Aliso no terminaba de comprender, trató de sondear el rostro de la joven pero el contraluz lo había ensombrecido.

—Se necesita una violencia extrema —continuó—, la violencia de los héroes, para romper la inercia; sólo así puede crearse algo nuevo, otro orden, otra pauta que encauce el fluir permanente de la Divinidad.

Las enigmáticas palabras se antojaban brotar de un fondo insondable, como el oráculo infalible de los dioses. Su propia silueta, recortada en la semioscuridad, le daba a las mismas un aire ultramundano.

Pero lo que más conmovió a Aliso fue darse cuenta de que Drusuna, al igual que él, carecía de respuestas; de que se hallaba a su lado, en el mismo pozo de inseguridad y angustia ante los acontecimientos que estaban por llegar.

La mano de Aliso buscó la mejilla de la muchacha.

Capítulo cuarenta



Cuando sonó el clamor Cantudobua se hallaba en la estancia posterior de la choza poniendo los tasajos de carne en salazón. De las vigas colgaban costales, jamones y quesos. Tras sacrificar al ganado, salvo a las vacas y a los caballos, había suficiente comida para tres lunas. Después se verían atrapados en las negras fauces de la Estación Oscura.

La Divinidad proveerá, se dijo con fuerza. Imaginó el caldero mágico del Dios, el que describían en tantas historias, su fondo insondable del que surgían las viandas que saciaban a sus hijos, los hombres.

La imagen no consiguió atenuar la congoja. Esta se había instalado en el pecho desde hacía varias noches y no había modo de desalojarla. Era una piedra de hielo en las entrañas. Vivía con la impresión permanente de que todo iba a desmoronarse, los muros, las montañas, los cielos. Percibía en sí misma la fractura de la Divinidad.

El estrépito musical sacudió su ánimo. No era el ruido bronco de las trompas celtíberas, sonaba más agudo y penetrante, como un agujón de oro. Inmediatamente siguió un griterío que las paredes de adobe y la distancia transformaron en una única voz, algo semejante al gruñido de un oso.

En el hogar se encontró con los ojos angustiados de las mujeres: Onna, su cuñada, esposa de Atilio, sus hijas y la esposa y las hijas de Nemaio, primo de Atilio. Cantudobua salió al exterior seguida por las demás.

Apenas pusieron el pie en la calle tuvieron que apartarse para dejar paso a una turba de guerreros que se precipitaban hacia el encerradero. De allí procedía el estruendo de voces y gritos. Se sumaron al desconcierto los bramidos de las trompas. Vieron elevarse varias columnas de humo negro en el lugar del ataque. Mujeres y niños corrían por la calle en dirección contraria, hacia la puerta principal.

—Arrojan fuego, corred —aullaba una mujer de rostro descompuesto.

Cantudobua miró y vio varios proyectiles cruzando el cielo y dejando detrás tenues estelas de humo. Todos ellos cayeron en el encerradero, ninguno llegó a alcanzar las chozas. Sus ojos, entonces, volvieron a abalanzarse con ansiedad sobre la muchedumbre. Atta, la pequeña, no llegaba.

Esta vez la mujer sintió vértigo.

Atta, su hija, su única hija, había marchado a ordeñar a Ebiona, la vaca que trajo Eladus, como todas las mañanas, y no había vuelto, no llegaba con las demás muchachas. Cantudobua, sin decir palabra, se lanzó hacia el encerradero.

Sorteó caras de niños desfiguradas por el miedo, ojos de mujeres que la increpaban a darse la vuelta. Las vacas y los caballos corrían enloquecidos, embistiendo a quien se ponía por delante. En veinte pasos escasos salió del estrecho margen de la calle y pudo ver lo que ocurría en el recinto.

Lo primero que atrapó su atención fue una vaca agonizando en el centro, sobre la capa de excrementos que cubría el suelo. Una flecha gruesa como un brazo y tan larga como una lanza atravesaba el lomo de arriba a abajo y clavaba su cuerpo contra la tierra. La mujer reconoció el mugido estremecedor que brotaba del animal moribundo. Llevaba oyéndolo desde hacía rato, lo tenía alojado en las entrañas, como si se tratara de su propia angustia, pero hasta ese momento no supo reconocerlo y diferenciarlo del clamor que inflamaba el aire.

Sus ojos volaron hacia la muralla. Otra de aquellas flechas mortíferas ensartó a un guerrero y proyectó violentamente su cuerpo hacia atrás, hasta casi la mitad del recinto.

Acudió a su mente la imagen de las máquinas de guerra que había visto desde lo alto del parapeto dos noches antes. Los romanos habían excavado una terraza en la escarpada loma de la montaña contigua y habían prolongado su superficie mediante una estructura de madera. Encima de la explanada habían dispuesto los extraños artefactos que arrojaban piedras y dardos. La distancia era considerable y sólo los más potentes lograban alcanzar el encerradero. Ahora veía volar aquellos proyectiles por encima de la cabeza de los defensores y caer en todo el sector. El grueso de los Docilicos se apelotonaba en el alto de la muralla, envuelto en un griterío feroz, conteniendo el empuje de un enemigo invisible que embestía desde el otro lado. Por el adarve acudían guerreros de otros puntos del baluarte.

La mujer buscó a Atta entre el humo y las vacas que corrían enloquecidas trazando círculos inútiles. No tardó en descubrir a la pequeña pegada a los pies de la muralla, aferrando el aro metálico del cubo donde portaba la leche. Los guerreros que circulaban por el recinto lo hacían pegados a la muralla para evitar exponerse a los proyectiles que caían desde lo alto. La niña permanecía paralizada en medio del tránsito. Su rostro se veía sucio y al distinguir a su madre se echó a llorar.

Cantudobua corrió en línea recta hacia ella, sin prestar atención al ruido de las bolas de piedra que colisionaban contra el suelo. Una vez a su lado la abrazó y puso su cabeza debajo del regazo. Un hombre cubierto con una piel de perro, que portaba un haz de jabalinas, le gritó según pasaba que sacara a la niña de allí. La mujer la empujó siguiendo el lienzo del muro. A los pocos pasos oyó un grito ahogado. Le dio tiempo a levantar los ojos y ver como el cuerpo de un defensor caía e impactaba en el suelo con un golpe sordo y contundente. Se fijó en su rostro juvenil; la expresión era ingenua, de sorpresa. Tenía un lado de la frente hundido por el golpe de una piedra de honda.

Recorrieron la muralla del fuerte hasta salir de la zona del ataque, sin embargo no abandonaron la protección del paramento. Continuaron a lo largo hasta llegar al otro

lado del fuerte con la idea de entrar en la calle central por el otro extremo.

Justo encima de la puerta principal Cantudobua pudo advertir una agitación repentina. Los guerreros hacían sonar las trompas, daban gritos de alarma y reclamaban refuerzos, pero a su llamada sólo acudían unos pocos ya que la mayor parte estaban empleados en la defensa del encerradero.

La mujer se dio cuenta enseguida del peligro. Tiró de la mano de Atta y ambas rodearon la primera manzana, enfilaron la calle del fuerte hasta reunirse con el resto de mujeres, ancianos y niños que se apelotonaban en el centro.

Cantudobua subió encima de un banco de adobe y gritando como una energúmena reclamó la atención de las demás féminas.

—Escuchad mujeres, los romanos atacan la puerta principal; apenas hay defensores allí. Ha llegado nuestro momento, coged las armas y vayamos a socorrerlos.

La firmeza y autoridad del tono provocó un efecto fulminante. Las mujeres desaparecieron en las chozas y volvieron a salir pertrechadas con hoces, rejas, bieldos, puñales, espadones, escudos y lanzas de punta herrumbrosa.

Corrieron en tumulto hasta la entrada, se rasgaron los bajos de las túnicas y subieron por los peldaños que sobresalían del muro. Arriba se desplegaron en ambas direcciones hasta abarcar el frente. Los escasos guerreros que lo cubrían se hallaban al límite de su resistencia.

Cientos de romanos habían saltado al foso. Apuntalaban allí, en el fondo, escalas con las que trataban de alcanzar el alto de la muralla. Una segunda línea, en pleno campo de piedras hincadas, cubría a los asaltantes con una incesante lluvia de proyectiles. Se trata de los temibles honderos de las Baleares. Cantudobua pronto advirtió que los impactos de aquellos hombrecillos semidesnudos eran fatalmente precisos. Se agazapó detrás del murete de adobe que protegía a los defensores.

El vocerío de las mujeres, varios centenares, avivó los ánimos de los guerreros. Los romanos vacilaron. Ellas arrojaron piedras, aperos y toda clase de objetos contundentes sobre las cabezas de los romanos. Las escalas fueron derribadas ayudándose de bieldos y horquillas. Después entonaron, al unísono, cantos guerreros. El empuje de los asaltantes cedió ante aquella inesperada resistencia. Al poco rato Cantudobua pudo oír un nuevo bramido instrumental y entonces los legionarios se volvieron sobre las escalas que les sacaban del foso y emprendieron la retirada. Aquel momento fue aprovechado por los defensores para diezmarlos desde lo alto con sus proyectiles. Multitud de romanos tropezaron en el campo de piedras y se quebraron brazos y piernas o se rompieron la cabeza. Los cuerpos de quienes no se incorporaron quedaron retorcidos y desarticulados entre los afilados riscos.

El bramido de las trompas celtíberas, desde el otro lado del fuerte, avisó de que también allí habían rechazado al enemigo. En breve una corriente de euforia descontrolada recorrió la muralla de punta a punta. Se alzaron al cielo las armas y los estandartes y un griterío desafiante atronó entre las montañas.

La hazaña de las mujeres caló en el ánimo de los guerreros. Su inesperado ataque fue referido una y otra vez, de boca en boca, hasta traspasar los muros del fuerte y propagarse por toda la comarca: las mujeres de los Docilicos habían derrotado a los romanos.

Sin embargo, tal proeza no había sido algo espontáneo y visceral. Ellas también tenían sus asambleas, como las hacían los hombres; bebían cerveza, reían, cantaban y hablaban de los asuntos que les concernían. La pronta reacción ante el ataque de los romanos fue algo gestado en una de esas asambleas. Unos días antes, mientras los guerreros se hallaban reunidos, las mujeres se juntaron a su vez y pusieron en duda la hombría de sus maridos.

Habían oído voces de desánimo entre ellos, en especial desde que había llegado la legión de Ocillis y se había fortificado en un altozano situado fuera de la espesura. Se hablaba de ocho mil hombres entre legionarios y auxiliares, veinte veces más que los guerreros del fuerte.

Luego vieron como allanaban la loma de la montaña contigua y levantaban el terraplén donde situaron las máquinas que comenzaron a arrojar fuego y proyectiles sobre el encerradero. Aún así los romanos eran insuficientes para estrangularles con un cerco. Amparándose en la noche no les resultaba difícil a los defensores evitar los puestos de vigilancia, acercarse a las aldeas y regresar al baluarte con armas y víveres.

Las mujeres habían oído a los hombres comentar que fuera de los muros, en la comarca, algunos se mofaban de ellos. Los llamaban tontos por permanecer atados a un juramento que los condenaba a morir sin remedio. Tales voces los incitaban a huir en la noche con sus familias y abandonar al Rey del Bosque y a los hombres-árbol a su suerte.

Al oír aquello, Cantudobua se puso en pie y tomó la palabra. La corpulenta dama de cara redonda era una autoridad entre las mujeres y contaba con el respeto y el acatamiento de todas. Siempre que alguna tenía problemas con el marido o abandonaba el hogar, Candutobua mediaba en las separaciones para asegurar que su dote fuera restituida o para procurar la reconciliación.

Con voz fuerte aseguró que no seguiría a sus parientes si abandonaban el bosque sin el Rey.

—Hace noches que no siento a la Divinidad, los acontecimientos han hecho que enmudezca. No hemos podido celebrar la Fiesta de Lug y no es probable que celebremos la de Samain. ¿Quién asegura que el año no vaya a desmoronarse, que los ciclos continúen como siempre? ¿Quién espera que la luna y el sol no desfallezcan o que vuelva a crecer el trigo o que nuestros hijos nazcan fuertes como si nada estuviera sucediendo?

»Si nuestros hombres traicionan su consagración al Rey, su ignominia nos condena a todas, para la eternidad, a una existencia al margen de los ciclos. No deseo vivir de tal forma.

Un murmullo de asentimiento acogió sus palabras.

—Es necesario que nuestros guerreros comprendan que nunca marcharemos sin el Rey y que los repudiaremos si rompen su juramento. Es necesario que sepan que estamos dispuestas a defender el bosque nosotras solas.

El secreto acuerdo al que llegaron en aquella reunión fue la causa de su encorajina miento durante el ataque a la puerta principal. No sólo se trataba de rechazar al enemigo, se trataba también de dejar claro a los maridos que su intención era luchar hasta el final, hasta la propia muerte, sin rendiciones ni fugas deshonorosas.

Cantudobua pudo comprobar, en los días siguientes al ataque, el efecto de su gesta. Los hombres se mostraban retraídos en presencia de la mujeres y la moral de todos se fortaleció.

Entonces ocurrió algo que elevó aún más la moral de los defensores.

Una mañana entró Onna, esposa de Atilio, y le dijo a Cantudobua que durante la noche había llegado Medugenus con cincuenta guerreros. La mujer salió de la choza apresuradamente y corrió hacia donde vio tumulto, en la entrada principal. El sol todavía no se había encaramado al alto de la muralla pero un aire tórrido avisaba de otro día de fuego.

Cantudobua se abrió paso entre la multitud que se agolpaba alrededor de un nutrido grupo de guerreros pertrechados hasta los dientes. Por su aspecto parecían haber convivido con las peores alimañas en los parajes más agrestes y aislados. Debajo de sus melenas greñudas y por encima de sus barbas, entre la mugre y las cicatrices, refulgían ojos fieros que despertaban el pánico. Neto se había hecho con su ánimo y gobernaba en ellos.

Cantudobua no reconoció a ninguno de los guerreros salvo a Medugenus, en el centro, bebiendo cerveza y riendo con varios jóvenes Docilicos. La mujer vio también a Casaretos hablando con Cántaber y Lubbo. Se acercó hasta el patriarca y le increpó.

—¿Qué haces que no ordenas degollar a ese perro? ¿Es que esperas que lo haga yo misma?

El hombrecillo no pudo evitar una expresión culpable.

—Necesitamos a todos los hombres... —se excusó.

Cántaber salió en su ayuda ensayando un gesto grave.

—Medugenus ha vuelto porque no quiere romper su juramento de consagración, quiere morir junto al Rey del Bosque. Ha dado su palabra de que se pondrá a disposición del clan cuando hayamos arrojado a los romanos. Entonces tendrás tu justicia, mujer.

Toda la solemnidad de Cántaber no fue capaz de apagar el brillo en la mirada de Cantudobua. Se giró hacia Medugenus y abriéndose paso entre los guerreros se plantó delante. Encontró a Cabeza de Piedra más grande, más fuerte, vigorizado por los combates. Pero su expresión había perdido belleza: se habían borrado la sonrisa insolente y la agudeza burlona de sus ojos. Tenía delante a un hombre hosco y

temible.

—Yo misma te mataré con mis manos.

El tono de la mujer no era amenazador, se limitaba a constatar lo que tarde o temprano sucedería. Medugenus así lo comprendió y cuando levantó su mirada no había en ella displicencia o recelo sino un sereno asentimiento, como si conociera de mucho antes el destino que la mujer le auguraba.

Capítulo cuarenta y uno



La legión abarrotaba el santuario del bosque en perfecta formación y atenta a la ceremonia que tenía lugar junto al peñasco central. Patrullas de exploradores merodeaban por las inmediaciones para prevenir cualquier ataque.

Sertorio, el tribuno tuerto, el hombre que Tito Didio había dejado al mando de la tropa, vestía la toga pretexta y recitaba junto al pontífice la fórmula de evocación que éste le había proporcionado. A sus pies, un venablo depositado en el suelo señalaba el comienzo de lo intangible.

El día declinaba, un sople fresco agitó la floresta y el cuerpo de los hombres supo que el verano era precario en aquella tierra.

Desconocía Sertorio el nombre del dios al que evocaba, se había acogido a la fórmula tradicional para tales casos: «Dis Páter, Veiuois, Manes o el nombre con que se os deba invocar...». Competía a los pontífices determinar de qué dios se trataba; lo importante, ahora, era ganárselo para la causa.

La fórmula era lo suficientemente explícita. Se le invitaba al dios que tutelaba el bosque a que abandonase semejante paraje y acudiera a Roma donde se le dispensaría un trato digno de su condición. Sertorio le prometió un templo y numerosas estatuas si los seguía a la metrópoli después de la victoria sobre aquellos bárbaros impíos que ni siquiera le habían dedicado un miserable edículo en el agreste rincón donde moraba.

Añadió otras muchas promesas, siempre siguiendo la fórmula memorizada, si el dios les traspasaba la protección y ayudaba a aniquilar a sus antiguos devotos. Finalmente tocó la tierra con las manos y las elevó, después, hacia lo alto para poner de testigo de su voto a Tellus y Júpiter.

Mientras el flamen sacrificaba tres ovejas negras Sertorio examinó, por encima de las hombreras de sus oficiales, los rostros de los legionarios de la primera cohorte. Poco le importaba al joven tribuno si el dios accedía a su evocación, le importaban más aquellas caras, su arrebató.

Por la mañana los augurios habían sido excelentes, los pollos sagrados habían devorado con celeridad la torta. Dos días antes Sertorio había exhortado a los augures para que no quedaran más que unas pocas migajas cuando llegara el momento. Estos dejaron en ayuno a las aves y cuando se las sacó de la jaula por la mañana, delante del estado mayor y de la tropa, junto a la pretoría, los agüeros no pudieron ser más favorables; los famélicos pollos se abalanzaron como alimañas y dieron cuenta de la

torta en un momento.

Sertorio esperaba con todo ello que se soltara la tensión que advertía en los hombres. Los rumores sobre la naturaleza de los defensores habían hecho mella en la tropa. Los indígenas se mostraban temerosos y angustiados, como si aguardaran un desastre colosal, algo así como un temblor de tierra o el desmoronamiento de los cielos. Achacaban su funesta premonición a la profanación del bosque y de su Rey. Los legionarios no resultaban inmunes a la superstición de aquellos bárbaros.

Luego ocurrió lo del incendio. Sertorio aún tenía muy presente el pánico que se desató entre los legionarios después de aquello.

Había ordenado prenderle fuego a una zona repleta de gruesos y vetustos robles. Esperaba que los fanáticos del fuerte salieran de su madriguera inexpugnable y se lanzaran sobre ellos. Había oído que eran los guardianes del bosque y que no dejaban que nadie osara tocar una brizna del mismo.

Pero no respondieron a la provocación. No ocurrió nada. Al rato escucharon un murmullo lejano, una especie de tono monocorde cuya modulación oscilaba melódicamente. El murmullo reverberaba entre las montañas, las peñas, roquedales, collados y se superponía al chasquido del fuego. Parecía la voz del paraje. Alguien gritó que la gente del fuerte cantaba. Un explorador celtíbero se acercó a Sertorio con expresión de angustia y le dijo que hacían magia.

Era un día limpio y caluroso de finales de verano. El humo se proyectaba sobre un azul penetrante bordeado de cúmulos. Los buitres dibujaban en lo alto siluetas de giros. El aire caliente permanecía calmo y contenido. Nadie hubiera predicho lo que ocurrió a continuación.

De lo alto de las cumbres bajó una ráfaga fría que sobrecogió a los hombres. En breve se arremolinaron sobre sus cabezas nubes oscuras que parecían haber estado agazapadas detrás de las montañas. Una masa negra ensombreció el día y se cernió sobre el bosque. Los legionarios se miraban entre sí con expresión estúpida. La nube rugió y descargó un violento aguacero. La cortina de agua era tan espesa que apenas podía distinguirse a un hombre a tres pasos.

La tormenta se desvaneció con la misma celeridad con la que se convocó en lo alto. Los haces de luz horadaron los oscuros volúmenes y quedó a la vista, en la loma, la superficie chamuscada, salpicada de troncos carbonizados y de restos de humo que salían de la tierra.

Sertorio no dio orden de provocar otro incendio. Él era un hombre de guerra y no temía a la magia de los bárbaros, pero sabía que si mandaba dar fuego al bosque y volvía a suceder lo mismo, ya no podría hacer nada con sus legionarios. No tendría sentido ninguna palabra, ninguna orden; los hombres se volverían inútiles como mujeres asustadas.

Cuando estuvo en la Narbonense conoció a los druidas, sin duda los magos y hechiceros que se refugiaban en el fuerte eran de su misma naturaleza. Sabía que gozaban de un gran poder entre los plebeyos y que éstos les guardaban temor. En La

Provincia los tenían por enemigos de Roma y habían prohibido su ministerio. El mismo Mario le dijo una vez que para combatir a los galos había primero que eliminar a los druidas, ya que de este modo la principal resistencia quedaba rota.

Otros los tachaban de embaucadores y de charlatanes que alimentaban el respeto de los galos con cruentos sacrificios humanos.

Ahora, Sertorio, no sabía a quien tenía delante, ni tan siquiera sabía si eran druidas; lo único que tenía claro era el miedo que despertaba entre los termestinos y entre sus propios hombres. A pesar de su incredulidad no podía dejar de preguntarse si aquella repentina tormenta había sido un hechizo. Con Mario aprendió a luchar contra los hombres, ahora debía vérselas con magos. Por fortuna los pontífices de Roma disponían de eficaces fórmulas para neutralizar cualquier numen adverso. A Sertorio sólo le importaba que sus hombres así lo creyeran.

Cuando terminó en el santuario la ceremonia de evocación del Dios del Bosque regresaron en perfecta formación al campamento. En la pretoría, una inmensa y compleja tienda de piel de cabra sobre una urdimbre de maderos, listones y cuerdas, el tribuno atendió los asuntos del día. Un oficial le puso al tanto de los casos de indisciplina. Sertorio asignó castigos muy duros para los centinelas que se habían dormido durante la imaginaria: los centuriones debían azotarlos delante de la tropa hasta que murieran.

La disciplina era su baza en un territorio hostil y pacificado sólo en apariencia. Así lo aprendió de Mario y éste, a su vez, lo aprendió del mismo Escipión en la guerra de Numancia.

Sabía que por la noche el tránsito de armas y víveres en las montañas era continuo, tanto de gente que entraba en el fuerte como de gente que salía. Exigía de los centinelas atrincherados en los puestos de guardia la máxima alerta. Aun así no podían abarcar tan vasto territorio. Se hubiera necesitado todo el ejército de Tito Didio para cerrar el cerco, pero precisamente el cónsul le había confiado una legión para que aplastara cuanto antes aquella minúscula resistencia.

El joven y ambicioso tribuno se daba cuenta de que se jugaba su carrera en aquella misión. Le prometió a su protector y amigo que se reuniría con él en Cástulo, en la Ulterior, antes de que concluyera el otoño, pero ahora tenía serias dudas de que pudiera hacerlo en tan breve tiempo. No sólo se trataba de la desesperada defensa de aquellas alimañas enloquecidas, otras sombras amenazaban el éxito de la empresa.

Al anoecer, un guardia lo avisó de la presencia de Lettondo. Sertorio no se incorporó del triclinio donde cenaba con su estado mayor. Lo hizo pasar y sentarse en una silla portátil, de aspecto endeble, donde pudiera sentirse lo suficientemente incómodo.

El príncipe de los Viscicos vestía un manto ligero, de lana teñida, sujeto en el hombro con una fíbula de oro. Aunque vestía al estilo romano, iba cargado de todo tipo de ornamentos de plata, bronce y pasta vítrea, tal como era del gusto de los celtíberos.

Pero toda su aparente riqueza y dignidad se venían abajo al tratar de mantener el equilibrio en aquella silla de campaña. El papo y los mofletes temblaban convulsos, los ojos de búho oscilaban nerviosos de uno a otro de los comensales. Sertorio se tomó su tiempo antes de dirigirle la palabra, degustó con calma la frugal cena de todas las noches y, finalmente, se encaró con él de un modo rudo.

—Me dijiste que hoy me entregarías a los culpables.

Dos días antes un pequeño convoy de avituallamiento había sido asaltado por una partida de guerreros. Varios jinetes romanos murieron en la celada. Lo grave del asunto es que no se trataba de los defensores del fuerte, sino de gente de Tiermes.

—No-no me ha sido posible dar con ellos —farfulló—, nuestra gente se protege entre sí.

—Escucha bien lo que voy a decirte —el ojo muerto y partido por la cicatriz le conferían crueldad—, tú eres el máximo magistrado del senado termestino, tú eres el responsable de todo lo que ocurra en tu ciudad y tú serás declarado enemigo de Roma si mañana al atardecer no me entregas a cincuenta prisioneros para que sean ejecutados.

Sertorio se había incorporado del triclinio y se había sentado con los antebrazos apoyados en los muslos.

—El cónsul me ha dado plenos poderes para arrasar la ciudad que estáis empezando a levantar en la falda, venderos a todos como esclavos y eliminar al senado al menor conato de insurrección y eso es lo que voy a hacer si no me entregáis mañana cincuenta hombres. Me es indiferente de donde los consigáis o si son culpables o inocentes, quiero cincuenta hombres al atardecer.

Los ojos de Lettondo se abrieron con desmesura hasta amenazar salirse de la flácida cara. Sertorio cogió una copa de plata y bebió de ella dando a entender que no tenía más que decir. El príncipe termestino se levantó y marchó hacia un lado con pasos cortos y vacilantes, después se dio cuenta de que la entrada no estaba por allí. Se giró y cambió de trayecto. Los tribunos rompieron a reír.

Más tarde Sertorio confesó sus temores a sus compañeros. El asedio se estaba prolongando en exceso, los arévacos se mostraban cada vez más recelosos y levantiscos, no en vano se trataba de su Bosque Sagrado. La resistencia azuzaba los ánimos, despertaba la ilusión de una victoria imposible. Sertorio temía que, de no sucumbir el reducto en breve, tales ardores encendieran de nuevo la insurrección, primero en Tiermes y, después, en el resto del territorio de arévacos y pelendones.

La paz se había concertado de un modo apresurado, demasiado. Las noticias que llegaban de las ciudades eran inquietantes. Aunque los consejos se habían apresurado a enviar heraldos al cónsul para asegurar su adhesión a Roma, subsistían grupos armados, restos del ejército derrotado: partidas de mercenarios, bandoleros, príncipes insurrectos. Los celtíberos eran incapaces de someterse a un único poder, incluso en el seno de la ciudad, ¿cómo iban los consejos, entonces, a asegurar la estabilidad del territorio? Aquellos bárbaros amaban la guerra y la libertad más que la vida. Sertorio

no podía dejar de admirarse de su valor.

La dura resistencia de los sitiados obedecía a la consagración de sus vidas al misterioso Rey del Bosque. Semejante fidelidad sería impensable en un romano. Qué ejército tan formidable podría forjarse con ellos, cuánta diferencia con la legión de proletarios a su mando, desharrapados de las cloacas de Roma, ávidos de botín y de ramerías.

Al atardecer del día siguiente, en la explanada, a los pies de Tiermes, fueron levantadas cincuenta cruces en las que clavaron a cincuenta hombres. Una cohorte veló para que nadie bajara los cuerpos antes de expirar. La comarca se sumió en un silencio tenso y contenido, como si se retrayera.

Un día más tarde Sertorio volvió a lanzar un nuevo ataque contra el fuerte.

Protegidos con enormes escudos de piel fresca y centones mojados, los legionarios fueron limpiando el campo de piedras hincadas y allanando el terreno anterior al cerradero, el sector más vulnerable. De este modo abrieron una brecha que llegaba hasta el foso, en el que comenzaron a arrojar troncos y piedras para cubrirlo. Desde la muralla les lanzaron, entonces, varios ganchos de hierro, amarrados a los extremos de cuerdas, que engancharon los escudos gigantes. Tiraron los defensores del otro extremo y levantaron por el aire los artilugios, dejando a los atacantes desprotegidos. Una lluvia de dardos y piedras cayó de repente sobre los legionarios, que se vieron obligados a retroceder.

Sonó la señal de retirada. De nuevo la tierra quedó cubierta de cadáveres y heridos. Un clamor de euforia recorrió la muralla y reverberó en el paraje. En las cumbres, bandadas de pájaros remontaron el vuelo.

Pero el ataque no había concluido. Pese a la derrota, Sertorio sonrió con satisfacción cuando oyó la música y los cantos que procedían del fuerte. Conocía a los celtas, no en vano se había hecho pasar por galo cuando espiaba a los cimbrios, sabía que ahora se emborracharían hasta caer exhaustos. Descuidarían la guardia y sería fácil sorprenderlos en cuanto el sol se ocultara. Ese había sido su plan desde el principio.

Cuando los oscuros volúmenes de las montañas se fundieron con la negra mancha del cielo, el tribuno ordenó de nuevo formar a sus hombres en el terraplén desde el que se dominaba el cerradero. Sólo el resplandor de varias hogueras permitía localizar el fuerte en la negrura de la noche. Se distinguían sombras danzando alrededor, los cantos y la música habían arreciado. Parecía una aldea celebrando una fiesta más que sitiados a punto de sucumbir.

Los legionarios se aligeraron de pertrechos, envolvieron sus escudos y sus cáligas con telas y estopa y guardaron la distancia suficiente entre ellos para evitar el menor roce. Al frente descendían con sumo sigilo hileras de hombres llevando sobre sus hombros largas escalas hechas con troncos de pino.

Una vez abajo salvaron la hondonada, remontaron la loma, penetraron en el campo de piedras puntiagudas a través del pasillo que habían abierto por la tarde,

levantaron los largos troncos a un pie del foso y los dejaron caer sobre el paramento. Fue entonces cuando una llamarada de fuego recorrió el alto de la muralla y el bramido de las trompas celtíberas sacudió la noche. Los romanos quedaron paralizados en pleno ataque. Cientos de antorchas se movían a lo largo del adarve acompañadas de un griterío infernal. De nuevo los dardos y las piedras cayeron sobre sus cabezas. La sorpresa fue tan rotunda que provocó la desbandada de los atacantes.

Pero su escarnio no terminó allí. En el repliegue a oscuras, una vez salvado el campo de piedras, se escuchó un nuevo alarido. Esta vez procedía de los flancos. El choque del hierro y los gritos de dolor y de agonía confirmaron la salida de los celtíberos fuera de las murallas. Cundió el pánico, los unos chocaban con los otros y hundían el hierro sin saber a quien. Corrieron, en la negrura, hacia los parapetos que protegían el terraplén. Muchos cayeron en sus propias trampas: agujeros con erizadas puntas en el fondo, hileras de estacas ramosas entrelazadas... Finalmente, el grueso de la tropa alcanzó la terraza; cuando lograron formar a luz de las teas, no hallaron a ningún enemigo, se habían desvanecido con la misma fugacidad con la que aparecieron.

El fracaso de la incursión fue un duro revés para la moral de la legión. Sertorio se cuidó muy mucho de volver a tratar de sorprender a los celtíberos por la noche. Todavía no podía explicarse aquella reacción tan inmediata a su ataque. Sin duda contaban con gente experta en la guerra, gente ducha en tales artimañas.

Por el campamento corrió el rumor de que los augures del fuerte habían anticipado el asalto.

El tribuno mandó formar a las cohortes en la vía principal y tuvo que hacer uso de su más encendida retórica para enardecer los ánimos y arrancarlos de la superstición. Aseguró que el Dios del Bosque estaba con ellos y que añoraba el momento de acudir a Roma.

Más tarde, en su fuero interno, Sertorio se preguntaba si en vez de eliminar a los druidas, tal como aconsejaba Mario, no sería más práctico ganárselos también para Roma.

Capítulo cuarenta y dos



Aliso dormitaba intranquilo, el cansancio y la angustia le impedían conciliar el sueño. Entonces advirtió que Drusuna, a su lado, se incorporaba.

Desde aquel atardecer, en la muralla, la muchacha acudía a su lado todas las noches. Procuraban no acariciarse, ya que pesaba sobre todos los defensores el tabú del sexo. Cuanto más se contuvieran, más fuertes serían en la lucha, ellos y el resto de los guerreros, tanto hombres como mujeres.

Aliso debía reprimirse con dureza para no tocarla. El único modo era guardando la distancia. Aguantaba firme e indiferente, temeroso de que si se mostraba débil, ella lo tratara con desprecio.

Esa noche notó que se ponía de pie y que, con mucho sigilo, salía de la choza. Aliso se espabiló del todo, no le habría prestado atención si no fuera porque aquella era la tercera noche que salía al exterior. Las dos anteriores había regresado a su lado un poco antes del alba.

Sin pensarlo se incorporó y pasó por encima de los bultos que rodeaban los rescoldos. Afuera, un soplo frío lo sobrecogió debajo del sago. La luna menguaba en el cielo, la claridad era tenue pero suficiente para distinguir la silueta de Drusuna avanzando por la calle hacia el portón principal. Al final, dobló a la izquierda. Aliso aligeró los pies y alcanzó la última choza. Le dio tiempo a ver como la muchacha se introducía debajo de uno de los chamizos que habían levantado, junto a la muralla, para guarecer a los guerreros que vinieron con Medugenus. Se trataba de simples entramados de ramas, a modo de techumbres a dos aguas.

El numantino permaneció clavado bajo la luna un tiempo indefinido. Después volvió al hogar y se tumbó en la yacija, mas no pudo pegar el ojo hasta que Drusuna regresó a su lado, cerca del amanecer.

Una vez que el sol hubiera salido, después de bailar con los demás hombres-árbol la danza de los comienzos, antes de atender a los numerosos heridos y enfermos, Aliso no pudo contenerse y abordó a Drusuna.

—¿Cómo has podido pasar la noche con él?

Su expresión reflejaba rabia y dolor. Vio a la muchacha azorada, como nunca antes la había visto.

—Él mató a tu hermano.

—¿Y crees que no lo lamenta? —musitó ella—. Ya no es el mismo desde entonces, su espíritu se ha oscurecido. Eladus era también un hermano para él, su

hermano pequeño.

—¿Y tú dices que no eres de nadie? Tu cuerpo y tu voluntad son prisioneros de ese hombre. Crees que estás por encima de cualquier vínculo, pero en realidad él es tu dueño.

Drusuna apartó los ojos. Aliso tenía los dientes apretados y los puños cerrados. Le hubiera gustado preguntarle si habían fornicado, si habían respetado el tabú, pero no lo hizo.

—¿Y qué he de hacer? —dijo la muchacha después de un rato—, ¿odiarle?, ¿consumirme de odio, como Cantudobua...?

Movió los ojos y se encaró con el numantino.

—¿... cómo tú?

—Veo que prefieres fornicar con él.

La muchacha no se inmutó.

—Me necesita.

Se dio la vuelta y se fue.

Aliso acompañó a Curundus, el sanador. A pesar de su corpulencia se le veía exhausto después de días de amputar miembros, entablillar huesos rotos, quemar heridas y aplicar emplastos. Cada ataque de los romanos suponía una nueva remesa de heridos y muertos. Los cadáveres eran sacados al exterior y depositados en la loma más escarpada, en los espacios sin piedras. Docenas de buitres rondaban en lo alto de modo permanente. Desde la muralla los parientes seguían la descarnación que liberaba los huesos y preparaba al espíritu para su tránsito al Más Allá. A veces, una racha traía al fuerte un hedor insoportable.

Aliso y Curundus recorrieron varias chozas en las que yacían los heridos atendidos por las mujeres. En los laterales se habían abierto vanos para que el aire corriera. La visión de las heridas gangrenadas, los quejidos de los moribundos, sus rostros amarillos, de mirada vacía, los estertores agónicos, todo aquel espectáculo volvió a sumirlo en la congoja. Las mujeres, inmisericordes, jaleaban a los más leves para que volvieran cuanto antes a la muralla. Les mostraban a los hijos y les preguntaban si querían verlos esclavos.

Aliso se fijó en los niños, cada vez los veía más mugrientos y andrajosos. Pensó que cuando faltara la comida su aspecto sería aterrador. Ello no tardaría en ocurrir. Aunque por las noches entraban víveres, éstos eran escasos. Los romanos habían interceptado ya varias excursiones nocturnas. Había trampas por todas partes. Cuando los silos quedaran vacíos comenzaría el horror.

Supo que el horror ya lo vivió una vez, hasta la máxima exaltación posible. Entonces habitaba en el vientre de su madre. También supo que no por ello fue ajeno a la tragedia, de algún modo su diminuto ser quedó marcado. Quizás el miedo que lo había acompañado siempre, el miedo calado en los huesos, tuvo su origen entonces.

Su madre nunca quiso hablarle de los últimos días de Numancia. Ahora le resultaba posible imaginarlos de un modo muy vívido. Veía a su padre en los rostros

demacrados y fieros de aquellos Docilicos moribundos, en el triste anhelo que asomaba en sus ojos cuando tenían a los hijos delante y lograban alcanzar con la mano sus greñudas pelambreras.

Sintió ganas de echarse a llorar. Se avergonzó de sí mismo y se concentró en el sahumero de hierbas que preparaba para la estancia.

Más tarde, según se encaminaba al otro lado del fuerte, vio pasar a Medugenus. Iba acompañado de Calaetus y de varios guerreros de los que llegaron con él. Se dirigían hacia el encerradero; los proyectiles y las falábricas incendiarias no dejaban de caer, ni siquiera durante la noche. Aliso pudo ver fugazmente su gesto al pasar a su lado. No había ni desaliento ni cansancio, sino una determinación fiera.

Sabía que Cabeza de Piedra era el genio del fuerte, su numen vital. Sin él, el baluarte ya habría sucumbido. Calaetus no hubiera sido capaz de organizar una resistencia semejante.

La misma mañana que llegó fue aclamado jefe por los guerreros. De inmediato impuso una disciplina inusual entre ellos, como Aliso sólo había visto en los campamentos romanos. Había dividido a los hombres en varios cuerpos. Cada uno tenía asignada una sección de la muralla. En el interior quedaban dos cuerpos, los más nutridos, integrados también por mujeres, cuya misión era socorrer los puntos donde la presión fuera mayor. En total sumaba una fuerza de quinientos defensores que iba menguando con cada ataque.

Organizó un sistema de guardias muy estricto. Cada noche recorría el perímetro de la muralla varias veces. Si el centinela se dejaba sorprender, lo mandaba apalear. También tenía a gente fuera del fuerte, espías termestinos que vigilaban los puestos de los romanos y que avisaban, por medio de silbidos y del tañido de los cencerros, de cualquier maniobra.

Pero donde resultaba insustituible era en la moral de los defensores. Nadie como él podía contagiar el desprecio por el hambre, las heridas o la enfermedad, el valor extremo frente al enemigo. En cuatro ocasiones había salido fuera de la muralla sobre su caballo alazán, pertrechado de hierro acerado y bronce, brillante como los dioses. Había desafiado al general tuerto del que tanto se hablaba. Del lado romano no hubo respuesta las tres primeras, tan sólo agitación entre los legionarios del terraplén.

La cuarta, un romano formidable sobre un caballo blanco apareció de detrás del parapeto y salió al encuentro de Medugenus. El choque tuvo lugar en medio de la hondonada que unía la montaña y el cerro. Ambos cayeron al suelo. Antes de que el romano pudiera incorporarse Cabeza de Piedra, de un salto, ya estaba encima. Le hundió la espada en la garganta y después le cercenó la cabeza, la cual exhibió levantándola de las plumas del penacho. La muralla rugió, los estandartes vibraron.

Desde entonces Medugenus se hallaba en el corazón y en los labios de los Docilicos. Aliso lo sabía.

Él y Curundus ayudaron, en lo que quedaba de día, a los gemelos con las tiendas de vapor que se habían instalado en un sector tranquilo del fuerte. Lo que más

preocupaba a Cántaber y al resto de los hombres-árbol era la aparición de alguna epidemia. En cuanto advertían algún síntoma en los hombres o en los animales aplicaban los baños de vapor o encendían fuegos mágicos y hacían dar vuelta a los enfermos a su alrededor.

Aliso sacaba y metía en un hoyo repleto de rescoldos las piedras que, una vez calientes, se ponían en el suelo de las tiendas, sobre las que echaban las hierbas y el agua que formaban el vaho curativo que hacía sudar al enfermo. Cuando concluyó, al atardecer, pensó en subir a la muralla para aislarse y diluirse, como había aprendido a hacer. Al acercarse al tramo en el que sobresalían varios sillares a modo de peldaños, distinguió a Medugenus unos pasos más allá. Se hallaba con otros guerreros, bebían celia y reían.

Aliso no supo después cómo pudo hacer lo que hizo. Sin duda no era el mismo de antes, el que llegó a Tiermes hacía ya más de un año.

Vio un haz de jabalinas, escudos y varias espadas apoyadas contra la pared. Sin pensarlo dos veces empuñó una espada y un escudo y se plantó delante de Cabeza de Piedra. Lo miró a los ojos con fiereza.

—No he olvidado que quisiste matarme, Medugenus, ahora puedes hacerlo, ninguna mujer ni ningún muchacho se van a meter en medio, vamos.

El numantino retrocedió buscando espacio para la lucha. Los guerreros se miraron entre sí, alguno rió, el resto se relamía ante la inminencia del duelo. Medugenus miró a Aliso. Su expresión era dura, tenía los pómulos altos y marcados, los ojos incrustados en la cara.

—No puedo, tú serás el próximo Rey del Bosque.

—Pero todavía no lo soy, ni siquiera soy un hombre-árbol.

—Entonces no pelearé. Un guerrero sólo acepta el duelo con iguales, no con inferiores.

—¿Acaso sólo peleas con muchachos imberbes?

El brillo que asomó en la mirada de Medugenus era el de los ojos del lobo antes de la dentellada. Sus músculos se tensaron y su manaza se aferró a la empuñadura.

Aliso ensayó unos pasos y comenzó a canturrear. La danza liberó los nudos y el vigor se repartió por el cuerpo y por el espíritu. Los guerreros ya lo daban por muerto.

Pero Medugenus no avanzó, permaneció inmóvil con los ojos clavados en el numantino. Ni siquiera desenfundó la espada. De pronto, se giró hacia un lado y salió del círculo. Su reacción cogió a todos por sorpresa, también a Aliso. Cabeza de Piedra se alejaba con paso tranquilo, sin volver el rostro. Uno de los guerreros, el más joven, dio unos pasos hacia él, como para alcanzarlo, mas se detuvo y volvió al grupo.

El resto miró a Aliso y éste devolvió la misma incredulidad. Medugenus rehuía el duelo, como un cobarde. Los rudos arévacos intercambiaron miradas y vacilaron. El numantino sabía que rechazar un duelo era la falta más grave. Suponía el desprecio y

la exclusión de las cofradías de guerreros, una mancha irreparable. Antes era preferible ofrecer el propio cuello al rival.

Aliso advirtió el recelo en alguno de los rostros. Volvió a apoyar la espada y el escudo contra el muro y se encaminó hacia los peldaños. Oyó murmullos a sus espaldas, le pareció entender que hablaban de un hechizo. Sólo cabía la magia para explicar la reacción de Medugenus.

Por la noche, en la yacija, estuvo dándole vueltas a lo ocurrido. No le encontraba ninguna explicación: tres lunas antes Cabeza de Piedra había querido matarlo.

Cuando Drusuna entró en el hogar ya se habían extinguido las llamas del fuego central. Aliso reconoció sus pisadas en la penumbra, sobre el rumor de los ronquidos. No la esperaba después de las duras palabras de la mañana; imaginó mil veces que pasaría la noche con el guerrero. Ella se recostó a su lado, en el mismo sitio de siempre. Él contuvo el aliento y aguzó el oído. La muchacha también parecía contener el suyo. Ambos cuerpos, separados por un palmo, permanecieron inmóviles y mudos durante una eternidad. Entonces Aliso oyó un roce muy leve. Sintió en la piel de la mano el cosquilleo de unos dedos.

El numantino se excitó de inmediato. La muchacha se pegó contra su costado y arremangó la camisa del hombre hasta el pecho. Moviéndolo la mano de arriba abajo fue encendiendo su cuerpo hasta que éste se arqueó. Después ella se despojó de la túnica y subió encima de él. Se mostraba como siempre, desinhibida y fogosa. Aliso respondió con la misma pasión, sin titubeos. Agarró a la muchacha por debajo y la atrajo con fuerza una y otra vez. Sintió subir una corriente de fuego, sintió que ella se agitaba bajo la misma corriente.

Drusuna hundió, con fuerza, sus dedos en las clavículas de Aliso, como garras de un ave de presa. Él embistió con violencia. Cuando aquello se desbordó, los gemidos se transformaron en un gorjeo y después en risas, risas tenues y limpias. No evitaron hacer ruido y tampoco les importó el tabú ni que los espieran.

Se desgarraron y quedaron solos, a un palmo el uno del otro, con los ojos clavados en la negrura del techo, sin cruzar palabra alguna, jadeantes y sudorosos.

Al día siguiente Aliso puso sus ojos en la muchacha cuando ésta danzaba con el resto de hombres-árbol en la rueda que animaba al sol naciente. El contraluz de oro revelaba su cuerpo debajo de la túnica. Se movía con la armonía de las hojas que un viento dulce agita.

Desde hacía tiempo, desde que comenzó a vibrar y la enfermedad remitió, conocía con certeza su destino: la Ciencia Divina. Drusuna era un obstáculo para la iniciación. No renunciar a ella suponía la condena a los celos y al sufrimiento, una servidumbre peligrosa para un espíritu que debía ser fuerte si quería sobrevivir en el Más Allá.

Sin embargo, al mirarla, algo se removió en su interior. Supo que por mucho desapego que practicara no lograría desalojarla de su espíritu. La naturaleza de ella, maleable y firme a la vez, lo arrastraba como un río caudaloso.

Aliso lo aceptó como una liberación. Si tenía que renunciar a ella no sería reprimiéndose, sería afirmando ese calor que los unía, aunque fuera al precio de compartirla con Medugenus. Después de todo, si algo había aprendido de aquella gente era a no renunciar, a no aniquilar la fuerza de la Divinidad en uno mismo.

Quizás Medugenus hubiera llegado también a una conclusión parecida, quizás por ello respetó su vida.

Era una mañana soleada y tibia de finales del año céltico, apenas quedaban unos días para la Fiesta de Samain. El numantino se retiró del grupo y subió a la muralla. Una enorme mancha ocre y rojiza se extendía a los pies de la sierra. El Robledal Sagrado mudaba de color, la Divinidad cedía. A lo lejos vio las columnas de humo que se erguían del campamento base de los romanos.

Sabía que su vida se apagaría en breve, como la del año. Mas nunca se había sentido tan conciliado con la existencia como en ese momento. Las cosas eran diáfanas bajo aquella luz clara y azul, brillantes de pura certeza.

Capítulo cuarenta y tres



Aliso encontró a Cántaber ocupado en la preparación de la hoguera donde se encendería el fuego nuevo de la Fiesta de Samain.

—El fuego no podrá salir de estos muros —murmuró el anciano con preocupación—, no llegará a la comarca; tampoco podemos celebrar adecuadamente los ritos del Año Nuevo, aquí en el fuerte la presencia de la Divinidad no es la misma que en el santuario... El año nacerá débil y quebradizo como un niño enfermo.

El numantino llevaba días advirtiendo el hondo pesar que en los ánimos de aquellos famélicos supervivientes causaba la perspectiva de no celebrar la Fiesta y dejar al mundo desamparado. Se diría que ello les afectaba más que el hecho de sucumbir en el cerco.

Aliso observó con detenimiento la forma piramidal de la pira.

—He tenido un extraño sueño —dijo de repente.

Cántaber levantó la cabeza, dio un rodeo por la derecha y se acercó al numantino.

—He visto un ejército de celtíberos tan numeroso que cubría toda la tierra que podía abarcarse con los ojos —exclamó éste con mirada extraviada—, era un ejército en movimiento; a sus espaldas dejaban un campo salpicado de miles de cadáveres, cuerpos destrozados de legionarios romanos.

—¿Y qué más? —inquirió el Rey.

—Se trataba de hombres temibles, guerreros de todas las tribus: arévacos, pelendones, titos, belos, lusones y otras tribus desconocidas, creo que lusitanos y vettones. Pero lo que más me ha impactado es la visión del jefe que iban al frente de semejante hueste.

—¿Te refieres al tuerto, al romano?

Aliso entreabrió la boca y parpadeó varias veces.

—¿Có-cómo lo has sabido?

—Varios de los nuestros han tenido ese sueño: Turaesamus, Munieba y Drusuna.

—¿Quién es ese jefe? ¿Sertorio?

—Eso parece, dicen que es tuerto.

—Pero ¿qué pinta el romano luchando al lado de los celtíberos contra su propio pueblo?

El anciano se encogió de hombros.

—Es algo que no alcanzamos a ver, sin duda es una imagen de lo que no ha sucedido aún y está por suceder... Todavía me sorprende más la visión de todas las

tribus juntas en un único ejército.

—¿Nunca ha ocurrido algo semejante?

Cántaber entrecerró los ojos y aguzó la memoria.

—Sólo una vez, hace setenta años, cuando los romanos iban adentrándose poco a poco en nuestro territorio, antes de las guerras contra tu ciudad, Numancia...

Aliso nunca había oído hablar de aquel episodio y su curiosidad se avivó.

—¿Qué sucedió entonces?

—Todas las tribus reconocieron a un mismo hombre como su único rey y se sublevaron contra Roma.

Aquello no encajaba en la imagen que Aliso se había hecho de los celtíberos, así se lo dijo al anciano. Éste sonrió.

—Es cierto que nos cuesta reconocer obligaciones más allá del clan o de la ciudad, pero ningún celtíbero dudaría en poner su vida al servicio de un dios. Y si alguna vez las tribus decidieran seguir a un único jefe sería porque todos lo han reconocido como tal.

La cara de estupor de Aliso despertó una leve sonrisa en el gesto cansado del anciano.

—Sí, Olindico, así lo llamaban, era un dios —reiteró—, ¿qué es, si no, un hombre-árbol de gran poder? Pero, además, también era un guerrero y un jefe audaz y astuto. Semejantes cualidades rara vez coinciden en el mismo sujeto. Según tengo entendido brillaba como el oro y su lanza era la mismísima lanza de Lug.

—¿Y cómo es que nunca he oído hablar de sus victorias?

—Porque su suerte se desvaneció antes de comenzar.

Aliso frunció el ceño.

—Olindico convocó un ejército como nunca antes se había visto y se plantó delante del campamento romano. Entonces se dirigió a la multitud. He oído varias versiones sobre las palabras que pronunció aquel día, pero todas coinciden en que juró matar al cónsul él solo, sin ayuda de nadie. Después se desvaneció a la vista de todos...

—¿Cómo que se desvaneció, qué quieres decir?

—Pues que se hizo aire en un instante —gruñó Cántaber con impaciencia—. No te descoloques, no es algo tan difícil. Un hombre-árbol de mucha experiencia puede hacerlo sin demasiada dificultad.

El anciano guardó silencio y recuperó el hilo del relato. Su tono se había ensombrecido de repente.

—Al poco de desaparecer, sin que el sol apenas se hubiera movido en la bóveda, los romanos colgaron de lo alto de la muralla su cuerpo acribillado por los dardos.

—No entiendo, ¿qué pasó?

—Pues que no acabó con el cónsul, más bien los romanos acabaron con él. Lo debieron interceptar antes de que pudiera acercarse a su tienda.

—Pero si Olindico era un dios, ¿cómo lograron cazarlo?

De nuevo el anciano guardó silencio.

—La historia de Olindico confirma algo que los hombres-árbol sabemos desde hace tiempo.

—¿El qué?

—Que nuestra magia no sirve contra los romanos.

—¿Y por qué contra ellos no?

—Porque su mundo es distinto al nuestro, son gentes de la mano derecha y viven ciegos a lo que realmente sucede.

—¿Qué ocurrió después de su muerte?

—El inmenso ejército se dispersó y los guerreros regresaron a sus aldeas y a sus ciudades. Allí terminó la amenaza más grande que se haya cernido nunca sobre los romanos en nuestra nación.

Aliso guardó silencio durante unos instantes. Echó a andar de un lado a otro, como si quisiera así facilitar la reflexión. Finalmente se detuvo frente a Cántaber.

—Si las visiones son verdad —dijo pensativo—, ese romano, Sertorio, también es un dios: he visto a todas la tribus juntas detrás de él.

El numantino pudo ver la duda en el rostro del anciano.

—Todavía desconocemos el significado de tales visiones —murmuró.

El guardián abrió la poterna y Aliso salió al exterior. Salvó el foso caminando sobre dos tablones estrechos y se adentró con suma cautela en el campo de piedras hincadas. Después inició el descenso por la rampa.

A esas alturas el centinela de la muralla ya habría advertido que no se detenía a recolocar los huesos de los difuntos devorados por los carroñeros, tal como le había dicho que iba a hacer para que le abriera la estrecha puerta. Imaginó su rostro de estupor detrás del parapeto. Sin duda avisaría a Calaetus o al mismo Medugenus.

Aliso alcanzó el bosque de pinos que bajaba por la falda hasta el robledal. Para su sorpresa no se le echó encima ninguna patrulla romana. Pensó que quizás bajaran la guardia durante el día en la creencia de que nadie estaría tan loco como para pretender abandonar el fuerte a plena luz.

Volvió la cabeza hacia arriba. La muralla, en lo alto, era una mole negra y regular que parecía inerte. El contraluz del atardecer le confería una serena grandiosidad. El fuerte romano, con las máquinas de guerra, quedaba justo al otro lado, en la pendiente contigua al cerro. Se hallaba fuera de su vista.

Bajó por el pinar hasta un chaparral que hacía de transición hacia los vetustos robles del bosque. No abandonó el sendero, pues su intención no era evitar al enemigo. Cortó con su cuchillo una rama alta de retama y se la echó al hombro. Tal era el modo que tenían los celtíberos de señalar un propósito amistoso y pacífico, aunque la rama adecuada era la del olivo. Aliso esperaba que los romanos no fueran quisquillosos con la diferencia.

Al torcer un recodo tropezó con un escuadrón de caballería de treinta hombres. Marchaban por la vereda sin ninguna prisa, mirando a su alrededor, pendientes de

cualquier ruido. Aliso se echó al margen y esperó. Cuando los decuriones, que iban al frente, llegaron a su altura le clavaron los ojos. Mantuvo la mirada con gesto expectante. Sintió que era escrutado por los mandos y después por el escuadrón entero según pasaba a su lado, pero nadie se detuvo ni le preguntó nada.

Sin duda lo tomaban por un pastor o por un aldeano inofensivo. Aliso dio un grito. Los jinetes se giraron y el prefecto voceó el alto. Aliso corrió hacia él enarbolando la rama de retama con ambas manos.

—Soy un defensor... —exclamó señalando con el dedo hacia el cerro—, me envían para hablar con Sertorio.

El oficial, de gesto rudo y cruel, se desencajó al oír aquellas palabras, en perfecto latín, de boca de un greñudo y harapiento termestino.

Poco después Aliso esperaba delante de la puerta de la pretoría. Varios centinelas lo rodeaban con la mano en la empuñadura y el ceño fruncido. Advirtió en su pecho una opresión agobiante y familiar. Se dijo a sí mismo que aquello no era nada después de haber hecho frente a los terrores del Más Allá.

Centró su atención en el martilleo remoto de los molinos de mano. A lo lejos relinchó un corcel; el bramido de la bocina marcando el cambio de guardia se elevó sobre las tiendas. También llegaban voces de hombres jugándose la soldada con las bolas de barro. Al girarse hacia la Vía Principal vio una columna pertrechada que se dirigía hacia el exterior. Todo aquello le resultaba muy cercano, muy próximo a la piel. Por un momento se relajó, como si hubiera vuelto al hogar después de haberse extraviado por una recóndita región.

El prefecto de caballería asomó por la puerta y le hizo un gesto al decurión para que introdujera a Aliso.

Penetró en el interior. Un sinfín de lucernas sacudieron la penumbra. Sertorio se hallaba en el centro de la estancia. Su postura erguida, sentado sobre una silla de marfil de patas en forma de aspa, y el tono naranja de su torso lo asemejaban a la estatua de un magistrado insigne. Vestía como militar, pero sin la coraza, tan sólo con la casaca de cuero. A su espalda permanecían de pie varios oficiales a los que Aliso apenas prestó atención.

Lo situaron en frente del legado, a dos pasos. No le ofrecieron ningún asiento.

—¿Quién eres tú? —preguntó Sertorio. El tono era cálido y contundente, sin fisuras.

De inmediato Aliso pensó en Medugenus. Delante del tuerto se sintió igual que delante de Cabeza de Piedra. Tenían ambos la misma edad, el mismo cuerpo fibroso y la misma tensión en los músculos y en el rostro. Se diría que la piel era incapaz de contener el vigor.

La cicatriz que partía el ojo vacío ensombrecía la faz del romano. El otro ojo, en cambio, brillaba como un ascua en la noche. Percibió junto a la fuerza un halo oscuro, el mismo que acompañaba a Medugenus desde que asesinó a Eladus.

—Soy un hombre-árbol, mejor dicho, un iniciado; algún día seré uno de ellos.

Hablo tu lengua porque durante años viví entre vosotros.

—¿Y bien?

—Me han enviado —mintió Aliso—, para que te hable de los hombres-árbol, del bosque, de este bosque, el Bosque Sagrado; también de las gentes de allá arriba, los Docilicos, y de su consagración al Rey del Bosque. Quizás entiendas entonces que nuestra enconada resistencia no es contra Roma sino que tiene que ver con la naturaleza de este paraje y de su gente.

Sertorio se encogió de hombros.

—¿Quién te ha dicho que a mí me interesen tus historias? Las únicas palabras que quiero oír son las de capitulación sin condiciones.

El numantino sondeó al romano. Trató en vano de atrapar un gesto en el que se revelara toda la grandeza que había vislumbrado en el sueño. Sertorio permanecía distante, como un gato montés que acecha.

—Allá arriba —dijo Aliso señalando hacia el fuerte— hemos tenido visiones...

Se oyeron murmullos entre los oficiales situados detrás de Sertorio y que el numantino percibía como sombras.

—¿Qué clase de visiones?

Aliso estuvo a punto de relatar el sueño pero se contuvo.

—Que escucharías mis palabras —dijo al fin—, que no eres nuestro enemigo...

Sintió que el ojo de Sertorio lo escrutaba con una agudeza hiriente pero no vaciló en ningún momento. La certeza le volvía osado y tenaz. El tribuno se relajó; una media sonrisa brotó de la boca e hizo una seña a un esclavo.

—Está bien, habla.

El esclavo se acercó a Aliso con una jarra y una copa pero éste la rechazó.

Comenzó a hablar, explicó la importancia del Bosque Sagrado para los celtíberos, especialmente después de la decadencia del encinar sagrado del Monte Chaunus; también cómo los hombres-árbol, desde lo más profundo de la espesura, ordenaban los ritos y las costumbres para el buen gobierno del mundo y cómo la desaparición del bosque y de su Rey suponían la aniquilación del orden.

Tal fue la causa, señaló Aliso, del primer ataque al destacamento que talaba los árboles; no era su intención contravenir los pactos sino proteger el robledal.

Después habló del Rey del Bosque y lo comparó con el Pontífice Máximo de los romanos. También describió la naturaleza de los antiquísimos lazos que unían a los Docilicos con el mismo. Le reveló que la muerte del Rey, tal como demandaban los romanos, suponía el suicidio colectivo de todo el clan.

—Es por ello —concluyó—, que su única esperanza es resistir, aunque se saben ya con un pie en el Otro Lado.

Habló con una elocuencia de la que no sospechaba que fuera capaz. Y tal como expuso las cosas quedó suficientemente claro para los presentes, atónitos por el perfecto uso de la lengua, que los motivos de aquel levantamiento eran de índole religiosa. Terminó dando a entender que una paz estable en la nación de los celtíberos

exigía conocer sus costumbres, respetar los lugares sagrados y ganarse el apoyo de los hombres-árbol.

Cuando concluyó pudo atrapar un destello fugaz en el ojo de Sertorio. Sin duda lo había comprendido y compartía su punto de vista, o al menos eso quiso ver en aquel centelleo.

El romano se levantó y se acercó al triclinio, al otro lado de unas cortinas de vivos colores, y se postró sobre la mesa para coger una pera de la fuente. Dio un par de mordiscos y con ella en la mano regresó junto a Aliso. Hizo gala, de nuevo, de una cierta indiferencia.

—Mi presencia aquí es la presencia del cónsul, mis órdenes son las tuyas y mi voz también. Nada puedo hacer por cambiar las cosas. El cónsul quiere que los responsables de la matanza del bosque paguen con la vida.

Se sentó y adoptó con afectación un aire pensativo.

—Un asunto muy feo el de aquella matanza.

De repente se escuchó un murmullo en la puerta y Sertorio levantó la mirada hacia allí. El ojo brilló otra vez.

—Eres tú —dijo—; bien, aquí está, ¿qué tienes que decirme?

El tribuno señalaba a Aliso con el dedo. Este se giró para ver al recién llegado y se tropezó con el flácido rostro de Lettondo flotando en la penumbra de la estancia, como el reflejo deformado de la luna en el remanso.

Sintió el vértigo de una caída repentina. Los ojos redondos y enormes del príncipe termestino vacilaron unos instantes, pero en seguida se tornaron fijos e intensos. Las cejas concurrieron entre ambos y una sonrisa despiadada le cruzó la cara.

—Conozco muy bien a este hombre —murmuró—, llegó a Tiermes hace año y medio y por lo que he oído será el próximo Rey del Bosque.

Sertorio miró al numantino con sorpresa.

—Pero aún hay más —Lettondo paladeaba cada palabra—, cuando me lo encontré por primera vez llevaba al cuello una placa que su amo le había colgado con una cadena. El hombre que tenéis delante es un esclavo prófugo del campamento de Ocillis.

Aliso bajó la mirada a un lado para evitar los ojos inquisitivos del romano y apretó los labios. Busco refugio en los pliegues geométricos de la cenefa que recorría la alfombra.

No logró serenarse hasta bien avanzada la noche. Entonces le golpeó el fuerte olor del estiércol que alfombraba el establo. Afuera se escuchaban los grillos y el crepitar de las llamas. También llegaban palabras entreveradas y lejanas, como tamizadas por la noche. Eran golpes secos de voz, órdenes y saludos. Sólo un murmullo cadencioso delataba una conversación cerca de allí, quizás junto al fuego.

El fulgor ocasional de la hoguera, hecho jirones entre las mil rendijas de la puerta,

le permitió dar fugaces vistazos a la estancia. Se trataba de un recinto largo y estrecho, levantado con muros de piedra y cubierto con un techo bajo de paja. Al fondo se apiñaban negras moles cuyas fricciones y flatulencias aliviaban la oscuridad. Un mugido lastimero y prolongado, de vez en cuando, avisaba de su cercanía.

Era incapaz de pensar con claridad. El aguzado malestar que le roía por dentro se lo impedía. Sentía rabia y resentimiento hacia sí mismo por su estupidez al no haber calculado la presencia de Lettondo. Se había dejado arrastrar por una arrogancia estéril e insensata.

Sólo le quedaba aguardar la cruz. Viviendo en Ocillis, al servicio de su hermanastro Aulo, presenció la crucifixión de varios esclavos que habían tratado de alcanzar Tiermes. Los clavos fueron un alivio después de las interminables torturas que les practicaron antes. A nadie despreciaban más los romanos que al tráfuga y sólo cabía esperar una muerte atroz.

Un chasquido le hizo girarse hacia los animales. Le pareció que salía de labios humanos. Reparó en un bulto apoyado en el muro, junto a un montón de paja. Algo se movió arriba, como una cabeza que se gira de un lado a otro. El calambre del pánico tensó su piel. ¿Quién más estaba con él en el establo? Creyó descifrar, entre los oscuros volúmenes, la figura de un hombre sentado con la espalda apoyada en el muro y las rodillas recogidas entre los brazos.

Lo que no podía entender es cómo no había reparado en él hasta ese momento. Sus ojos habían escudriñado una y otra vez todas las prominencias que las franjas de luz destacaban. La única explicación plausible es que el desconocido hubiera yacido en el suelo antes de incorporarse. Pero, ¿cómo es que no lo había oído deslizarse? Quizás su oreja sorda lo enmudeciera o quizás sólo oyera el roce de unas pezuñas sobre el estiércol.

El vacío y la tensión no se desvanecieron sino que se agudizaron. Aliso se revolvió como tratando de aliviarse de una desazón excesiva. Había algo más, tenía que haberlo y lo sabía: no había razón para alterarse tanto por la mera presencia de otro prisionero.

Se volvió hacia la sombra encogida y tanteó el contorno. La cabeza se movió de nuevo. El pronunciado pegote que hacía de nariz asomó en el perfil y la nuca se despegó de la piedra. De repente un movimiento brusco y familiar sacudió la silueta. El numantino, entonces, dio un respingo y resolló, como si lo hubieran apuñalado. Una fina risa, afilada como una cuchilla, cortó la negrura.

—Lubbo... —murmuró Aliso ya seguro.

La sombra se incorporó y se movió con sigilo hacia Aliso.

—Quizás ahora tu poder, el poder del próximo Rey del Bosque, sirva para salvarte la vida —susurró Lubbo con ironía—. Dime, numantino, ¿cómo vas a salir de este establo?

Pero Aliso no respondió, su mente se hallaba aturdida.

—¿Qué-qué haces tú aquí? —dijo al fin. De pronto su mente se aclaró, como si

un débil rayo de luz hubiera logrado traspasar la maraña de voces—. ¿No has entrado por la puerta, verdad?

La cabeza de Lubbo era una bola negra de forma afechinada en la que resultaba imposible adivinar ningún rasgo. Restalló de nuevo su risa punzante y la sombra volvió a convulsionarse. El cuerpo de Aliso, tenso, se incorporó de un salto. Clavó las piernas en el suelo y se preparó para soportar la embestida de un toro. Nada ocurrió.

El bulto negro dejó de reír y se dobló por la mitad.

—Vamos, vamos, no te echas a llorar ahora —murmuró—, siéntate a mi lado y ponte a vibrar. Enséñame lo que sabes, si es que sabes.

Durante unos breves momentos Aliso sondeó el tono de Lubbo tratando de descifrarlo. Al relajarse percibió un doloroso hormigueo recorriéndole los músculos y las articulaciones. El cansancio se hizo con su cuerpo hasta el punto de perder la noción de lo que estaba ocurriendo. La alarma se desvaneció, sólo quería tumbarse sobre la paja y echar un sueñecito, le daba igual lo que pudiera sucederle.

Se sentó y recostó la espalda en el muro.

De pronto, un último coletazo de pánico le devolvió la claridad: ¿qué pasaba?, ¿cómo podía dormirse en aquel momento?, ¿y Lubbo?

Algo le sucedía, cuanto más quería despejarse mayor era el picor en los ojos y más oscura la bruma que atenazaba la conciencia. Ya no se sentía dueño de sí. Luchó con toda la fuerza de su espíritu por despertar de aquel siniestro sopor. Lubbo se revolvió irritado.

—¿Qué haces? ¿Por qué te resistes? —gruñó.

—¿Qué clase de hechizo...? —resopló Aliso con esfuerzo.

—No me vengas con cacareos. Si sigues vivo ahora es que ya no tienes nada que temer de mí.

Aliso supo que decía la verdad.

—No te opongas, abandona...

El numantino permaneció inmóvil, como retenido delante de un precipicio y después se dejó llevar. Soportó la embestida del vértigo sin sucumbir al pánico. Abrió los ojos esperando ver cualquier cosa.

Se hallaba en la misma estancia, el olor a excremento saturaba las fosas nasales. Hubo de realizar un esfuerzo enorme para levantar la cabeza y echar un vistazo hacia el fondo del establo. Al hacerlo percibió que las sombras y los volúmenes se movían al unísono, como si el movimiento de la cabeza hubiera contagiado al lugar un contoneo sinuoso, de modo semejante a como se agita el agua de la poza cuando el cuerpo entra suavemente.

El miedo fue una puñalada certera debajo del tórax. Pero fue breve. El ánimo de Aliso recuperó la calma con prontitud. Sabía que si cedía entonces las visiones se volverían terroríficas. La voz de Lubbo resonó en su interior.

—Levántate y ve hacia la puerta.

El sonido también oscilaba, como sujeto al mismo balanceo que el resto de la

estancia. Aliso levantó la vista. La puerta era un conjunto de rendijas naranjas; se antojaban afilados cuchillos inmóviles en la oscuridad. Al levantarse bruscamente los cuchillos se dispararon hacia el techo, rebotaron en algún sitio y se precipitaron hacia el suelo hasta perderse bajo los pies. El numantino sintió nauseas; fue a apoyarse en la pared pero comprobó que su mano no encontraba nada estable, como si el muro de piedra se hubiera desplazado. Tensó las piernas y se concentró en el equilibrio de su cuerpo. Las rendijas subieron y bajaron un buen rato hasta que volvieron a estabilizarse en un punto. Aliso decidió avanzar con lentitud, como si lo hiciera dentro de la poza. Advirtió en el aire una resistencia mayor que la del agua. Parecía desplazarse en el interior de un espeso fluido.

Cada paso provocaba un nuevo balanceo. El pie no descansaba en una superficie firme. Al principio Aliso tanteaba con él, buscando el asiento necesario para apoyarse y avanzar, pero el pie siempre parecía que podía descender aún más abajo. Le dolían los muslos y las pantorrillas de tanto tensar los músculos para sujetarse a sí mismo. Hasta que de nuevo la angustia cedió y dejó de preocuparse y de buscar un apoyó. Al relajar los músculos y avanzar firme hacia delante, el pie tocaba fondo, un fondo liviano, como si caminara sobre la superficie de un lago.

Estuvo moviéndose un tiempo impreciso, tan dilatado como el espacio en el que flotaba. De repente tuvo los cuchillos naranjas delante de los ojos. Ya no eran ranuras por las que penetraba el pálido resplandor de la hoguera sino afiladas estacas de tono blanquecino. Al acercar la mano a una de ellas ésta reverberó, como si tocara un reflejo en el remanso. Los pensamientos también parecían flotar en alguna parte, entremezclados los propios con los de Lubbo. Había voces que le acuciaban a abrir la puerta y salir y otras le aseguraban que ya no había puerta alguna y que estaba atrapado en aquella burbuja negra y viscosa.

Entonces una especie de gruñido le conminó a cruzar el umbral de inmediato o perecer en aquella oscuridad. Pero Aliso ya no sentía las piernas ni los brazos ni su cuerpo. Todo era fluidez y dispersión. Notaba que se perdía, que se desintegraba. El pánico lo iba disolviendo en aquella sustancia. Un grito fuerte, acompañado de rabia ciega, sacudió el líquido. «Salta, salta, salta»; no sabía si gritaba él o si sólo lo oía. El tono cada vez resonaba más rabioso y apremiante. Sintió que la rabia le devolvía la consistencia, que lo recomponía.

Un olor penetrante lo llenó todo: la hierba fresca. Se superpuso el frío y la humedad y la piel lacerada le devolvió la sensación de su propio rostro. Entonces oyó el canto de cientos de grillos. Levantó la cabeza. Se hallaba tumbado bocabajo sobre lo que parecía una suave pendiente. A su alrededor creyó distinguir los volúmenes de algunos arbustos. Tiritando, se recogió las rodillas con los antebrazos. Carecía de la más remota idea de dónde podía hallarse: desde luego no en el campamento, más bien en el interior del bosque. Un chasquido le hizo girarse. Era noche cerrada y no se veía nada. Su corazón volvió a martillar. Los crujidos y los roces se multiplicaron: alguien se aproximaba, los pasos se distinguían ahora con claridad. En un gesto

desesperado Aliso se cubrió el rostro con los brazos y esperó el golpe fatal.

—Coge el cabo y sígueme —susurró Lubbo con premura.

El numantino tanteó la oscuridad y encontró la cuerda. Se aferró al extremo y advirtió varios tirones. Se incorporó y echó a andar en aquella dirección. Cada paso era un desgarró de dolor, como si su cuerpo hubiera sido desmembrado.

Subieron y bajaron ribazos y vados, discurrieron entre la broza, caminaron por encima de la roca y finalmente ascendieron por una loma interminable, salpicada de pinos que de repente cedieron su abrigo y dejaron a los dos furtivos a merced de la gélida noche.

Ahora distinguía la figura de Lubbo moviéndose con precisión y agilidad delante de él. En ese momento sentía una fe ciega en el hombrecillo. Le vino a la cabeza el relato que Cántaber había hecho de Olindico. Lubbo había repetido su hazaña, pero esta vez con éxito, y lo había sacado a él del mismo modo.

Aliso notó en su mano que la cuerda se destensaba. El hálito de Lubbo recordaba a raíces húmedas y podridas.

—Cuidado, aquí comienza el campo de piedras —gruñó.

Una tenue pincelada de claridad le permitió distinguir, más arriba, la negra mole del fuerte.

Capítulo cuarenta y cuatro



El frío y la oscuridad regresaron a la tierra. Las noches se tornaron gélidas y dramáticas. Apenas quedaba leña para calentar los cuerpos. Amparándose en el agotamiento del año, la enfermedad se filtró por entre las rendijas de los muros y golpeó con saña a los defensores.

Estos se acercaban al límite de sus fuerzas. En cualquier momento el fuerte podía caer. El grano y la carne escaseaban; los víveres que entraban por la noche sólo llegaban a unos pocos guerreros. Medugenus ordenó requisar las provisiones que los Docilicos aún guardaban en las chozas y disponerlas en un almacén custodiado día y noche por hombres armados. La gente se había vuelto rapaz y sombría.

Cuando llegaron las buenas noticias hubo sobresalto general. Ya nadie esperaba nada y las nuevas reavivaron una llama imposible: la del auxilio.

Como siempre los rumores llegaron de noche, con los furtivos que entraban y salían del fuerte cargados de vituallas y armas.

Colenda se había negado a pagar los tributos y a enviar tropas auxiliares a Sertorio. Después de la rendición de los celtíberos y de los pactos contraídos con Tito Didio, apenas transcurridas cuatro lunas, una nueva ciudad de los arévacos proclamaba su independencia y se apresuraba a fortificarse.

La ciudad se hallaba hacia el sur, a varios días de distancia. De inmediato habían acudido tras sus murallas restos del ejército disuelto después de la batalla contra los romanos, entre ellos príncipes disconformes con los consejos de sus ciudades, partidas de guerreros sin tierras, desharrapados y vagabundos. Hasta los mercenarios que el invierno anterior saquearan la comarca de Colenda se ponían ahora al servicio de sus habitantes.

Un nombre se repetía sin cesar: Contucius, de los Couneidocus, el gigante que compartiera con Ebureinio el mando del anterior ejército.

Al enterarse los Docilicos de tales acontecimientos se corrió el rumor de que un nuevo ejército celtíbero, levantado en Colenda y liderado por Contucius, acudiría en los próximos días a socorrerlos. Nadie quiso desmentir las murmuraciones, aun cuando sonaran inverosímiles.

Mientras tanto los ataques de los romanos habían arreciado y se habían vuelto frecuentes y virulentos. Consistían en rápidos asaltos de legionarios, provistos de escalas y protegidos por las piedras de los honderos, a zonas supuestamente debilitadas. En tiempo brevísimo algunos de ellos alcanzaban la parte superior de la

muralla y saltaban al adarve, pero ya entonces los Docilicos habían reaccionado y los arrojaban al foso con una brutal embestida. La repetición del mismo esquema de ataque, una y otra vez, parecía buscar el agotamiento de los defensores o la fortuna de un punto desatendido que permitiera abrir brecha en el muro.

El aumento de la frecuencia de los asaltos y de su violencia reafirmó el rumor de la próxima llegada de Contucius. Los romanos debían temer verse atrapados en aquel paraje recóndito y escabroso.

La otra noticia, igualmente celebrada, fue la muerte del príncipe Lettondo. Apareció exánime, en un encinar próximo, con el cráneo hundido. Sus parientes dijeron que se había caído del caballo mientras cazaba jabalíes. Los rumores hablaban de la piedra de una honda. Así debieron creerlo también los romanos pues hicieron detenciones y torturaron a varios termestinos, algunos de los cuales murieron en sus manos. Mas nadie delató a culpable alguno, si es que realmente lo hubiera.

Esa mañana Aliso asistía junto a Aunia y Drusuna a los heridos del último ataque en una de las chozas habilitadas. Las bajas eran importantes. Un mosaico de quejidos, toses, vómitos y estertores horadaba los oídos. Por doquier, a la vista, miembros amputados, heridas emponzoñadas, huesos astillados y sangre, mucha sangre, negra y reseca o roja y húmeda, empapando prendas y sagos.

Aunia gruñía porque la betónica se había terminado. Las hojas y las raíces de la planta eran vitales para las fracturas del cráneo. También se habían terminado la sal, el muérdago y otras muchas hierbas con las que elaboran los preparados y emplastos.

En el quicio de la puerta apareció Cantudobua portando entre los brazos un pesado bulto envuelto en un sago de lana. Sus ojos buscaron ansiosos a los de Drusuna.

—Drusuna —exclamó—, Atta se muere...

Un aire helado paralizó a la joven; reaccionó y ayudó a Cantudobua a depositar a la niña en uno de los pocos rincones que quedaban libres. Aliso también se acercó. El rostro de la chiquilla estaba lívido, los pómulos sobresalían como piedras puntiaguda, tenía los labios amoratados y el pelo pegoteado por el sudor. La Divinidad parecía agotarse en el fondo de unos ojos semiabiertos que ya no miraban.

Aliso se echó hacia atrás y cerró los suyos. El rostro inocente y ajeno de aquella niña que se marchaba le colmó de dolor como no le había colmado hasta entonces todas las vísceras y la carne sanguinolenta que había palpado con sus manos.

Al igual que si aquella cara fuera un pálido espejo se vio a sí mismo. Se vio en el vientre de su madre, condenado antes de nacer a una vida vil, como ahora el cerco condenaba a la niña a privarse de los tibios atardeceres y de las fragancias de Beltaine. La vida sólo era la mitad del camino, pero Atta ni siquiera había echado andar, ni siquiera había yacido con un muchacho ni había conocido, a su lado, en lo profundo del bosque, el despertar de la floresta alrededor, temblando los cuerpos de quietud y de dicha con los primeros rayos de sol.

Aliso miró a Cantudobua. Las facciones de la mujer sobresalían por la pérdida de

peso y le daban a su rostro redondo un aire pétreo. Drusuna confirmó que la enfermedad atenazaba el frágil cuerpo de la niña. La madre no se inmutó, no rompió en gritos ni se tiró de los pelos. El numantino sondeó su mutismo: ¿cómo podría sobrellevar aquello después de la muerte de su otro hijo, apenas cuatro lunas antes? Pero no supo identificar la expresión: no había resignación, ni una aflicción paralizante, tampoco determinación o rabia. Era un gesto extraño, incluso se le antojó resplandeciente.

Fue como si Cantudobua hubiera adivinado la confusión de Aliso.

—Pronto estaremos juntas de nuevo —murmuró tajante.

Aún trataron de arrojar a la enfermedad fuera del cuerpo de la niña introduciéndola en una de las chozas de vaho. Drusuna permaneció mucho tiempo bajo la lluvia canturreando un hechizo. Después sacaron el cuerpo y lo introdujeron en la choza de Cantudobua donde el espacio era más amplio. Esta reavivó el fuego del hogar con unos leños que guardaba escondidos en el interior de la bodega. Apenas quedaba leña en el poblado. Drusuna se situó al lado de la niña y extendió un unguento por sus genitales. Después ensayó más cantos, los cantos de la creación, los mismos que ayudan al fuego a brotar desde el Otro Lado, revitalizando a los animales y a las plantas.

Aliso, cansado de tanta angustia, salió al exterior. Miró hacia un lado y a otro de la única calle. La niebla todavía no se había levantado del todo. Los famélicos Docilicos que deambulaban sobre el encachado de piedra se le antojaron espectros, larvas, espíritus de los muertos tal como los romanos los imaginaban. A lo lejos, el llanto rabioso y desesperado de un niño agudizó su aprensión. Deseó estar ya muerto y que aquella agonía llegara a su fin de una vez por todas.

Escuchó unos pasos firmes y resueltos, los de un guerrero. Se giró y descubrió a Medugenus. El joven se acercó a él. Iba envuelto en un sago que cerraba en el hombro con un broche de bronce en forma de triple rueda. Llevaba su larga cabellera recogida con una faja y el casco debajo del brazo.

—¿Cómo está Atta? —su tono era grave.

—Drusuna trata ahora de arrojar fuera la enfermedad pero la niña se apaga y se apaga...

Cabeza de Piedra evitó los ojos de Aliso. Este escrutó el rostro del guerrero: la fiera determinación de su mirada se había transformado en obcecación.

—El fuerte entero se apaga —murmuró al fin Medugenus—, es cuestión de días, quizás mañana, en el próximo ataque.

Miró a Aliso con dureza.

—No existen los refuerzos, no llegarán nunca. Contucius está levantando una muralla nueva en Colenda, no vendrá en nuestro auxilio, evitará cualquier encuentro con los romanos en campo abierto.

Aliso escuchó con extrañeza la confesión de Medugenus. ¿Acaso no era mejor morir todos ya de una vez y recorrer la llanura de los Bienaventurados tras la blanca

túnica del Rey del Bosque? ¿Por qué tanta desesperanza inútil?

—Queda una salida —ahora fueron los ojos del guerrero los que escrutaron a Aliso—. Sigue estando en nuestra mano escapar todos, de noche, en grupos pequeños, y dispersarnos por la comarca. Las patrullas de Sertorio no son suficientes para controlar el cerco. Tal vez algunos no lo lograran pero la mayoría sí.

—Cántaber se opone —lo interrumpió Aliso. Adivinó que Medugenus, como celtíbero, nunca renunciaría a la lucha, la lucha era el apogeo de la Divinidad—. El Rey no se moverá del Bosque Sagrado y si él no se mueve los Docilicos tampoco se moverán.

—He oído que tú no piensas como él.

Aliso supo entonces que Drusuna le había referido al guerrero su conversación con ella en lo alto de la muralla.

—No es posible hacerle cambiar de parecer —dijo—, ya lo he intentado...

—El piensa que debemos defender el bosque hasta la muerte, pero lo cierto es que somos más útiles para el bosque conservando la vida y uniéndonos a Contucius en Colenda.

Cabeza de Piedra se giró hacia Aliso y lo miró abiertamente, aunque con dureza.

—Tienes que hablar con él y decírselo así —prosiguió—; nuestro sacrificio no detendrá a los romanos, ni salvará el bosque. Sólo los detendrá el hierro de un nuevo ejército.

Aliso no encontró palabras con las que replicar al guerrero ni tampoco motivos para negarse a su demanda.

Encontraron al Rey del Bosque en su choza conversando con Urgidar y Umarillum, los gemelos. Le pidieron hablar a solas con él y los otros dos salieron fuera. Medugenus puso a un guerrero en la puerta para que nadie los molestara.

Aliso refirió al anciano la situación del fuerte, tal como el guerrero se la había referido a él. Después carraspeó y le expuso el plan de abandonar el fuerte por la noche. Cántaber escuchó con atención en todo momento.

—¿Es lo que tú crees más conveniente? —preguntó cuando el numantino hubo terminado.

—Lo cierto es que así lo creo.

El anciano se encerró en un breve mutismo.

—Quizás hice mal en elegirte mi sucesor... —musito—, quizás Lubbo llevara razón.

Medugenus se incorporó del asiento de adobe y volvió a servirse celia de la jarra que había junto al hogar.

—Los presagios lo señalaron a él —exclamo hosco—, tú mismo los viste. Dijiste que él salvaría el bosque, hazle caso entonces.

Cántaber volvió al silencio, esta vez mucho más prolongado. Después comenzó a hablar. Explicó que del mismo modo que había visto a Aliso como Rey del Bosque también había visto, de sí mismo, que su destino estaba allí, en el Bosque Sagrado.

Volvió a repetir que el fin del santuario sería el fin de la Celtiberia, la destrucción del mundo y el inicio de un nuevo orden, un orden humano, basado en el apetito insaciable de los hombres, desvinculado de la Divinidad, al margen de los ciclos naturales que constituían su Cuerpo.

—Nuestro sacrificio es necesario —concluyó—. ¿Creéis que el ultraje que nos están infligiendo con su profanación no subleva a los celtíberos? ¿Creéis que Colenda se hubiera levantado si no ardiera en nuestro bosque la llama de la resistencia? Es necesario que esa llama siga viva para que pueda prender en toda la nación, para que todas las tribus y ciudades se alcen en armas.

Medugenus volvió a insistir en que los guerreros Docilicos eran más útiles ahora en Colenda que en el propio bosque pero los labios fruncidos de Cántaber daban a entender que ya no tenía nada más que decir. El Rey se volvió hacia Aliso.

—Es cierto que tú eres el Rey y que algún día tú tomarás las decisiones pero no ha llegado todavía el día en que te llame a mi lado para que me alcances el bebedizo.

Aliso dio por zanjada la conversación. Medugenus hizo ademán de ir a llenar de nuevo su vaso de celia. Permaneció agachado junto a la jarra unos instantes, como paralizado por un hechizo. De repente, impulsado por una especie de resorte, saltó hacia delante y se echó sobre el anciano. Antes de que éste pudiera reaccionar, Cabeza de Piedra le tapó la boca con su enorme mano y le asestó una puñalada en el corazón.

Cuando Aliso quiso darse cuenta de lo que pasaba el cuerpo del anciano se había desplomado, inánime, sobre el suelo de tierra apisonada. Tan sólo un leve ronquido había escapado de su garganta después de la certera estocada. Debajo del cadáver asomó una pequeña mancha oscura.

Aliso desenvainó su espada y se abalanzó sobre Medugenus; éste saltó encima del poyo y la esquivó. El numantino notó el latido de la sangre en las sienes, creyó que su vista se nublaba. El cuerpo entero temblaba de rabia y de violencia.

Lanzó estocadas ciegas contra Medugenus, subido en el banco corrido, el cuál tuvo que saltar de un lado al otro del mismo, como improvisando una danza frenética, hasta que lanzó una patada al rostro del numantino. Este cayó de espaldas, golpeándose la cabeza contra el mismo banco que recorría la pared de detrás. Antes de que pudiera incorporarse, Medugenus, jadeante, ya estaba encima de él, con su manaza tapándole la boca y la punta del puñal en el cuello.

—Escucha, escucha lo que voy a decirte y después, si quieres, dejaré que me mates —masculló.

Aliso clavó su mirada de cólera en los ojos de su adversario.

—Tienes ganas de salir ahí fuera y gritarles a todos lo que he hecho, ¿no es así, numantino?

—Espera a que se enteren de lo que es capaz su héroe, el campeón de los Docilicos...

—Te diré lo que pasará entonces, numantino: en un tiempo muy breve, antes de

que te des cuenta, los guerreros Docilicos concertarán duelos y se matarán entre sí, las madres matarán a los hijos con sus manos, después los mayores beberán venenos, se apuñalarán o se arrojarán al fuego. Eso es lo que pasará si sales por esa puerta gritando mi crimen.

Aliso advirtió que la tensión de los músculos se aflojaba hasta convertirse su cuerpo en una piltrafa.

—Escucha numantino, no te cagues ahora, no es el momento. Tú puedes salvarlos a todos, puedes hacerlo si tú quieres...

—¿Qué estás diciendo? —rugió Aliso.

—Sólo tienes que salir y gritar que tú lo has matado, que tú le has clavado el puñal en el corazón.

Los ojos de Aliso se abrieron incrédulos mientras en su mente se proyectaba una rendija de luz.

—Puedes decir que él te lo pidió y aunque nadie te crea no te lo echarán en cara porque has sido tú, su sucesor, el que ha acabado con su vida, tal como siempre se ha hecho, sin romper la cadena, y entonces te convertirás en el nuevo Rey del Bosque y todos te seguirán a donde tú quieras ir y harán lo que tú quieras que hagan y darán su vida por la tuya.

Medugenus destapó la boca de Aliso, le entregó el puñal y se incorporó. Después se dejó caer con pesadez en el banco de la otra pared. Parecía agotado, como si hubiera concluido un trabajo pesado y enojoso.

—Ya puedes matarme numantino, yo no levantaré la espada contra mi Rey.

Aliso se incorporó. Se hallaba aturdido y torpe, impactado por el mazazo del dilema con el que Cabeza de Piedra lo había golpeado. Levantó los ojos y miró al guerrero. Este, apoltronado en el banco, examinaba los fragmentos de la jarra hecha añicos junto al cadáver de Cántaber. Parecía lamentarse de la celia desperdiciada.

La noche era cerrada y fría. En su punto más gélido Aliso notó su cuerpo entumecido. Y aún debía quedar un buen rato para que amaneciera.

De pie, junto a Lubbo, Medugenus, los hombres-árbol y varios guerreros, observaba como salía el último grupo por la poterna. Se les hacía salir de uno en uno para someterlos a un último examen. Exigían los pertrechos ajustados, liado el hierro y el bronce con paños y telas para evitar el mínimo roce. Las botas iban enrolladas en pieles. Nadie cargaba más de lo necesario, nadie vestía prendas claras. Los niños pequeños iban atados a las espaldas de los padres, amordazados con brutalidad para impedirles el más mínimo gemido.

Apenas cuatro teas iluminaban el rincón de la muralla por donde los Docilicos habían ido desfilando desde que cayó la noche. Al otro lado del muro una inmensidad negra los engullía al instante.

Al fondo, detrás de las teas, en el interior del fuerte, sólo se distinguía el volumen

de las chozas adosadas a lo largo. De vez en cuando algún quejido, un roce o un chasquido delataba que aún quedaban defensores en la oscuridad. Mas no hacían nada por acercarse al contorno de luz. Ellos se quedaban allí, en el hogar de los antepasados. Aliso entrevió varias sombras renqueantes. Se trataba de los más ancianos, de los heridos, de los que no tenían fuerzas suficientes para afrontar la travesía por los portillos de la sierra. No se oían súplicas o lloros, nadie lamentaba su suerte.

El numantino agitó los músculos debajo del sago y ensayó varios saltos que no llegó a efectuar. Casi no sentía la mano que sujetaba el bastón de la doble cabeza, así que lo cambió a la otra y la introdujo debajo del manto, con el puño apretado fuertemente para reactivar la circulación.

Su dignidad como Rey del Bosque le obligaba a mantener una pose solemne que, después de toda la noche de pie, le quebrantaba los huesos.

El último grupo era el más nutrido. Alcanzó a ver a Cantudobua en la fila que esperaba delante de la poterna. Delante de ella iba Atta envuelta en pieles y amarrada a la espalda de su tío Atilio. Aliso se acercó hasta ellos. Quiso ver el rostro de la muchacha pero sólo alcanzó a ver sus ojos dormidos debajo de la mantilla que le envolvía la cabeza.

—Ogmios ha aflojado los lazos, la niña vivirá...

Aliso se giró para localizar a la mujer que había dicho tales palabras. No era Cantudobua, era Drusuna. Ambas compartían el mismo brillo en la mirada. Volvió a mirar al bulto inerte que Atilio cargaba y sintió calor en el interior de su pecho.

—Deseo ir con ellos —murmuró Drusuna señalando a la niña—, puede necesitarme.

Tuvieron que pasar unos instantes para que Aliso se diera cuenta de que la joven le estaba pidiendo permiso. Apenas llevaba ejerciendo medio día como Rey del Bosque.

—Claro —balbuceó.

Tal como le asegurara Medugenus, al salir de la choza y al atribuirse el numantino el horrible crimen, nadie había hecho demasiadas preguntas. Sólo Lubbo se atrevió a vocear sus sospechas de asesinato. Aliso, abatido, fingió, sin demasiada convicción, que el propio Cántaber le había solicitado su muerte. Los guerreros se apresuraron a rodearle y a reconocerlo como nuevo Rey. Medugenus gritó que daba igual que la muerte de Cántaber hubiera sido violenta o consentida, que al haber sido obra de su sucesor, la cadena no se había roto y que el numantino debía coger el bastón de la doble cabeza.

Antes de salir, Drusuna levantó sus ojos y miró abiertamente a Aliso. Los dos se unieron en una sensualidad dulce y amarga a la vez, entre el temor y la esperanza. Aliso extrajo la mano y la extendió hacia ella. La muchacha alcanzó la suya. Ambas

se apretaron con fuerza; después Drusuna se ajustó la mantilla debajo del cuello y le dio la espalda.

Aliso volvió a su puesto.

Al cabo de un rato sólo quedaban por salir los hombres-árbol y los guerreros de Medugenus. Comenzaron a desfilar uno por uno a través de la puerta. Las teas se fueron apagando, los murmullos se desvanecieron. Cuando le llegó a Aliso el turno de agacharse bajo el dintel notó que el de delante, Medugenus, le pasaba el cabo de la cuerda, que debía pasar, a su vez, a quien lo seguía detrás. Después se sumergió en la negrura, como si se tratara de uno de sus viajes al Más Allá. Echaba con decisión el pie delante, por el pasillo, entre las piedras hincadas, sin temor a tropezar, confiando en los pasos de Cabeza de Piedra.

Sin saber por qué sus pensamientos no podían desasirse del guerrero. Medugenus había cometido el crimen más execrable que pudiera imaginar un celtíbero. Había asesinado al hombre a quién se había consagrado como guerrero. Y este hombre no era otro que el Rey de los hombres-árbol.

No existía reparación posible. A Medugenus sólo le quedaba la aniquilación, la exclusión del pulso eterno que impulsa la vida de uno a otro lado, del Más Allá al Más Acá, una y otra vez, como el vaivén de un corazón.

En su fuero interno intuyó que la ignominia del guerrero estaba dentro de ese pulso secreto. Tal vez fuera la suya esa violencia extrema, exclusiva de los héroes, de la que le habló Drusuna aquella vez, en lo alto de la muralla, capaz de demoler la inercia que aprisionaba el libre fluir de la Divinidad.

Con su crimen había salvado a los Docilicos, al menos por el momento. Aliso no tenía intención alguna de acudir a Colenda, aunque tal decisión encolerizara al guerrero; no tenía sentido escapar de una ratonera para caer en otra. Había dado orden de que, una vez dispersos los Docilicos en pequeños grupos por la comarca, se dirigieran todos hacia Colounico, en los confines de la Celtiberia, ciudad rodeada por inmensos bosques donde podrían esconderse.

Volvió a pensar en Medugenus; supo de repente que, la mañana anterior, cuando el guerrero se acercó a él para solicitarle consejo con Cántaber, ya tenía todo calculado en su cabeza. Pero ¿realmente había asesinado al Rey para salvar a sus parientes o detrás se escondía la ciega obsesión por luchar y derrotar a los romanos a cualquier precio?

La respuesta era tan oscura como la nada por la que caminaba con sigilo. Una racha helada lo devolvió a los huesos, a los músculos y a la piel que sujetaban su cara entumecida.

Capítulo cuarenta y cinco



CARTA DE M. TERENCEIO VARRON, CUESTOR DE LA CITERIOR, A POMPEYO MAGNO EN EL AÑO 682 DE LA FUNDACIÓN DE ROMA (28 años más tarde de los hechos narrados).

5.º DÍA ANTES DE LOS IDUS DE IUNIUS

Te escribo desde el corazón de la Celtiberia, desde la misma ciudad de Tiermes, a la que arribé hace apenas unos días. Es mi intención, tal como me solicitaste, proseguir mi recorrido por el resto de la Celtiberia Ulterior, especialmente por las ciudades que, como Tiermes, fueron fieles a Sertorio hasta el final.

¿Qué puedo contarte de lo que veo aquí? Después de que nuestro ejército devastara los campos y quemara la ciudad, apenas se han levantado algunas chozas en la ladera y las gentes aprovechan las cuevas y oquedades del cerro para vivir allí como alimañas. Muchos han dejado la comarca, otros se han refugiado en las profundidades de los bosques o en la sierra.

La situación no es muy distinta a la de las ciudades de los belos: Bílbilis, Segeda y Contrebia Belaisca; prácticamente han sido borradas del territorio.

No deja de admirarme cómo Sertorio fue capaz de conquistar el corazón de estas gentes hoscas y esquivas. Y todavía me admira más que juntara a todas las tribus en una sola. Tengo entendido que, al final, el tuerto sólo confiaba en su guardia personal: una cohorte de celtiberos consagrados a su persona, dispuestos a morir con él y por él. Parece ser que el que Perperna y los demás acabaran con su vida tuvo que ver con el trato de favor que daba a los bárbaros.

He oído alguna de las artimañas que empleó Sertorio para calar hondo en el espíritu ingenuo y supersticioso de esta gente. Por lo visto lo tenían por un dios y él no hacía nada para desmentirlo; es más, alimentaba la superstición. Muchos creen que sigue vivo en el Más Allá y por ello ciudades como Tiermes o Clunia le fueron fieles hasta después de su muerte.

Aunque los notables me han recibido bien, veo el odio y la rabia en los ojos de los lugareños. La mugre y el sufrimiento les dan un aire salvaje y temible. No osaría adentrarme solo en la comarca si no es acompañado de un escuadrón.

Ellos ignoran la guerra fratricida que corrompe Roma desde hace años, no saben de bandos ni de facciones, ni siquiera saben que combatieron en uno de ellos. En Sertorio sólo vieron a un dios que les devolvía la dignidad después de más de cien años de lucha.

Porque esta ciudad, mi joven amigo, lleva más de cien años en guerra contra Roma. Tito Didio la conquistó hace ya treinta y la guerra que siguió a su conquista

no concluyó hasta cinco años más tarde, con la caída de Colenda y otras ciudades rebeldes.

De Tito Didio, el cónsul, se cuenta que llevó a cabo una traición que cubrió de ignominia, una vez más, el nombre de Roma y acrecentó el rencor entre los bárbaros. Después de tomar Colenda, tras un cerco de nueve meses, una vez pacificada la región, convocó, cerca de la ciudad, a una gigantesca banda de ladrones que merodeaba por la región, unos tres mil guerreros, los cuáles le habían dado muchos problemas, con la promesa de repartir tierras entre ellos y obligarlos así a dejar las armas definitivamente.

Una vez separados los hombres de las mujeres, desarmados y encerrados en una empalizada con el engaño de hacer un censo para el reparto, los legionarios cayeron sobre ellos y los exterminaron a todos. A las mujeres y a los niños los vendieron como esclavos. No se ha borrado todavía del ánimo de estos bárbaros tan innoble matanza.

Lo más curioso es que en aquella contienda, Sertorio, tribuno entonces al servicio de Tito Didio, pisó por primera vez Hispania y combatió a los que después serían sus amigos. Su nombre no quedó manchado con la conducta cobarde y traicionera de su general y, a diferencia suya, supo ganarse la admiración de los celtíberos.

La conquista de Tiermes y Colenda y la paz que siguió a continuación debió ser, como tantas y tantas veces en el pasado de esta nación, un fuego mal extinguido, pues al menor soplo prendió de nuevo.

Y en esta ocasión, la racha fue el tuerto, quince años más tarde, fugitivo de Roma, nuestro enemigo. Bastó con incitarlos lo más mínimo para que se inflamara otra vez toda la Celtiberia y la Lusitania: ¡todos los bárbaros unidos bajo el mando de un general romano!

Durante estos diez años de guerra devastadora nunca el fuego estuvo tan cerca de cercenar Hispania del tronco de Roma.

Y así hubiera sido de no ser por ti, oh mi joven Anibal, magno entre todos los generales, Alejandro de nuestros días. Tu constancia en las campañas, tu arrojo y destreza en las escaramuzas, tu astucia al ir arrinconando al traidor en los parajes más recónditos y aislados de esta tierra, tu rapidez de movimientos, tu antelación y conocimiento de todos sus pasos mediante esa red también urdida de informadores, tu habilidad para concertar alianzas; todo ello te convierte en el salvador de la patria, emperador nuestro, unido ya a los designios de Roma por los siglos venideros.

Ahora Tiermes yace consumida y devastada, como el resto de la nación de los celtíberos. Sin embargo, éstos se hallan más cerca de nosotros que nunca y tal paradoja puede sorprenderte, pero así he podido comprobarlo en los días que llevo de viaje.

No puedo por menos que admirarme del modo como Sertorio, muy sutilmente,

acercó el espíritu de estos bárbaros al nuestro. Ya sabes de la escuela de Osca, de la educación romana que dio a los jóvenes príncipes bárbaros. No sólo eso, después de años de contienda junto al tuerto, a los greñudos guerreros les gusta ahora pertrecharse al modo romano y cortarse el pelo. Forman filas con el mismo orden y disciplina que nuestras legiones. Las monedas son ya de uso corriente y no es difícil oír nuestra lengua por todas partes, sobre todo en las ciudades.

A este respecto me veo obligado a contarte una anécdota que me ocurrió hace apenas dos días.

Fue en las inmediaciones de Tiermes, en un bosque que consideran sagrado porque en él mora un dios muy complicado que no sé describirte. Me ejercitaba con mis jinetes y varios príncipes termestinos en la caza del jabalí cuando atisbé en un claro, en lo más profundo, a un anciano, una especie de sacerdote o druida de estas gentes, ataviado de blanco, con una cabellera larga de mechones rojizos y canosos. Me llamó la atención la inmovilidad en la que permanecía, como hallándose tocado por la luz de los Dioses. Después de saludarle me acerqué a su lado y entonces me habló en nuestra lengua, con una perfección semejante a la de cualquier romano. Lo menos que esperaba encontrarme en aquel paraje recóndito era a un agreste druida hablando latín. Le pregunté por aquel conocimiento tan preciso pero él me respondió de un modo esquivo y poco amigable. En cuanto tuvo oportunidad se escabulló entre los arbustos y ya no lo volví a ver. Por lo que más tarde me contaron los príncipes, aquel hombre era una especie de pontífice al cuidado del bosque, un cargo que antaño significaba mucho pero que ahora apenas tenía trascendencia.

Si los más altos representantes de sus dioses hablan nuestra lengua de tal forma, como aquel indígena, en los lugares más recónditos de la comarca, puedo asegurarte que el día en que estos bárbaros presenten maneras civilizadas no está muy lejos.

El espíritu de estas gentes es mucho más recto que el nuestro, menos fácil de corromper, mas apegado a la familia y la patria. Sienten una devoción inquebrantable por el hombre que cumple su palabra y que se muestra generoso con ellos. No hay más que observar la hospitalidad que dispensan a quienes son sus amigos.

Sertorio supo apreciar tan caras cualidades y mantuvo con ellos un trato digno que le hizo aparecer a sus ojos como un dios.

Y tal magnanimidad me atrevo a solicitar de ti, mi amigo y protector, sabiendo de tu grandeza y de tu generosidad para quienes han sido tus enemigos y se hallan sometidos, por la fuerza de tu genio, a tu propósito.

Del conocimiento de estas gentes durante mi estancia en la Celtiberia y en Tiermes no tengo ninguna duda de que sacarías mucho mayor beneficio acogiéndo los bajo tu protección; acercando a tu lado a quienes, entre ellos, son notables; dejando que vuelvan a levantar sus ciudades, bien en el mismo sitio o en un lugar próximo; no poniéndoles trabas en ello y, sobre todo, representando sus intereses en Roma. Porque estas gentes andan necesitados de hombres rectos y no de

gobernantes corruptos.

Si así procedes te aseguro que la provincia permanecerá pacificada y contarás en estas tierras con la devoción de miles de hombres, temibles guerreros acostumbrados a las peores adversidades, que en los días inciertos que vive nuestra República, podrán serte, quizás, de alguna ayuda. Pues tú tienes prueba de la fidelidad de la que son capaces en aquellas ciudades que, como Tiermes, tuvimos que rendir a sangre y fuego, aun llevando Sertorio muerto mucho tiempo.

Porque ya tu nombre suena por todas partes y en todas las bocas, como el general que derrotó a Sertorio y que, en breve, gobernará Roma. Y si ahora les tiendes la mano, ellos te tenderán la suya para siempre.

NOTA FINAL

Una de las últimas citas en las que aparece Tiermes en las fuentes romanas pertenece a los *Anales* de Tácito. En ella se habla del asesinato de un pretor, L. Piso, ya en el primer siglo de nuestra era, cuando viajaba por el interior de la Hispania Citerior. El asesino fue un rudo termestino que huyó, a pie, por entre escarpados riscos dejando detrás su caballo. No les fue difícil a las autoridades detenerlo: condujeron la montura por toda la comarca preguntando por su dueño y dieron con él.

Le sometieron a tortura para que dijera los nombres de sus cómplices en el crimen. Entonces gritó con voz fiera y en la lengua de sus antepasados que interrogaban en vano, que nunca se los diría.

Al día siguiente, en un descuido de los guardias, salió corriendo y saltó al vacío golpeándose la cabeza contra una piedra.

La cita revela que a pesar de haber transcurrido más de cien años desde la caída de Tiermes, de haber sido reconstruida ésta como ciudad romana y a pesar de que toda la Hispania se hallaba ya sometida a Roma, la romanización no era un fenómeno que hubiera calado por igual en toda la población; más bien sólo en los núcleos urbanos, mientras que en los ámbitos más recónditos y rurales permanecía intacta la cultura y la lengua de los celtíberos, así como su afán de independencia.